

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR

MAY
McGOLDRICK

Edición
en
Español

THE
FLAME
FUEGO

Flame

Fuego

May McGoldrick

Book Duo Creative

Derechos de autor

Gracias por leer. En caso de que te guste este libro, por favor, considera compartir las buenas palabras dejando una reseña, o [ponte en contacto con los autores](#).

FUEGO (FLAME) © 2015 DE NIKOO K. Y JAMES A. MCGOLDRICK

TRADUCCIÓN AL ESPAÑOL © 2024 POR NIKOO Y JAMES A. MCGOLDRICK

Reservados todos los derechos. Excepto para su uso en cualquier reseña, queda prohibida la reproducción o utilización de esta obra, en su totalidad o en parte, en cualquier forma, por cualquier medio electrónico, mecánico o de otro tipo, conocido actualmente o inventado en el futuro, incluidos la xerografía, la fotocopia y la grabación, o en cualquier sistema de almacenamiento o recuperación de información, sin el permiso por escrito del editor: Book Duo Creative.

Publicado por primera vez por Topaz, un sello de Dutton Signet, una división de Penguin Books, USA, Inc. marzo de 1998

Portada de Dar Albert. www.WickedSmartDesigns.com

Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Epílogo](#)

[Nota de edición](#)

[Nota del autor](#)

[Otras Obras de May McGoldrick](#)

[Sobre el autor](#)

A la memoria de Selma E. McDonnell

y a

Colleen Admirand, Jodi Allen, Edith Bron Chiong, Sharon Hendricks y Carol Palermo

Por tener fe en nosotros en cada paso del camino

Prólogo

Castillo de Ironcross, Tierras Altas del Norte Mayo de 1527

CUANDO LA LUNA llena empezó a salir por detrás de la lejana meseta, las sombras se extendieron como dedos nudosos y asidos sobre los pálidos muros del castillo.

Los hacedores de sombras, en una colina más cercana, empezaron a descender de la cima, formando una línea y avanzando hacia la fortaleza. El sonido de los cánticos en voz baja que habían llegado en susurros por la brisa rasgada se extinguió cuando la última de las figuras oscuras desapareció entre los montones desplomados de roca en forma de losa del desfiladero situado bajo los muros del castillo. En el fondo del desfiladero, las aguas del lago brillaban a la luz de la luna.

Unos instantes después, muy por debajo de los enormes muros del castillo, un pesado cerrojo de hierro chasqueó y una gruesa puerta de roble se abrió de par en par.

Las figuras embozadas entraron por la entrada, silenciosas como la muerte. Una tras otra, cogieron velas apagadas de un hueco de piedra situado justo dentro de la puerta. Ninguna luz iluminaba la oscuridad, pero la hilera de figuras continuaba implacable a lo largo del pasadizo arqueado de piedra.

Cien pasos más allá, el líder giró y bajó media docena de escalones hasta una vasta sala casi circular. El espacio abierto de la bóveda estaba interrumpido por pilares que se elevaban en arcos en forma de rama, sosteniendo un techo bajo ennegrecido por el humo y la ceniza. En el otro extremo de la sala, más allá de una pira apagada de cañas y palos, había una mesa de piedra sobre la que había una copa adornada y una lámpara de aceite.

Una a una, las figuras embozadas se acercaron a la mesa y encendieron sus velas en la lámpara. Luego, dirigiéndose a las criptas que se extendían a lo largo del perímetro de la bóveda, todos tocaron la piedra con la frente antes de regresar y formar un amplio círculo.

Oculto en las profundas sombras de un nicho situado a menos de media docena de pasos de la mesa de piedra, una figura fantasmal contemplaba el ritual. La líder del culto recogió la copa y se dirigió a su lugar junto a la pira. El espectador se hundió aún más en la negrura mientras los ojos de la líder recorrían el círculo.

"¡Hermanas!", llamó la mujer, esperando a tener la atención embelesada del grupo. "Por las almas de estos muertos que yacen aquí sepultados, invocamos al Poder".

"Mater", proclamaron en respuesta las voces de las mujeres. "Invocamos el Poder".

"¡Hermanas! Por nosotras mismas, en memoria de su dolor, invocamos al Poder".

"Mater, invocamos el Poder".

"¡Hermanas! Sobre los malhechores, con justicia por un crimen no arrepentido. Invocamos al Poder".

"Mater, invocamos el Poder".

Mientras la mujer continuaba, los reunidos coreaban sus respuestas a su conjuro, y el espectador miraba horrorizado. Pasaron los minutos. Sus voces se elevaban cada vez más, y sus cuerpos empezaban a balancearse y a sacudirse como ramas que se inclinan ante un viento invisible.

Finalmente, con un grito salvaje, uno se arrodilló junto a la pira y encendió la maleza. Con un rugido crepitante, los juncos prendieron y la llamarada iluminó la cripta en una orgía de sombras y luz. El círculo se deshizo en un frenesí danzante y giratorio de gemidos y aullidos.

"Hermanas", gritó Mater por encima de sus voces cuando su paso salvaje empezó a ralentizarse. "Las generaciones pasan, hermanas mías, pero una vez más, al girar la luna, hemos cumplido nuestro voto de recordar".

"Lo recordamos", respondió la multitud.

"Recordamos", repitió Mater, levantando la copa por encima de su cabeza antes de verter el líquido carmesí en las llamas. A su alrededor, las mujeres cayeron al suelo de piedra, como sin sentido, y el único sonido fue el crepitante silbido del fuego.

Momentos después, las mujeres se levantaron como una sola, y Mater se dirigió a ellas una vez más.

"Esta noche, hermanas mías, tengo noticias que transmitir, pues me he enterado de que viene un nuevo laird".

Un murmullo recorrió la reunión, y la figura oculta en el nicho avanzó lo más posible sin ser descubierta.

"Como hemos visto en el pasado, el mal estampa las almas de los hombres". La voz de Mater se hundió en un áspero susurro. "Todas recordamos la razón de nuestro voto, la razón de nuestra reunión. Todas lo recordamos, hermanas mías".

La multitud se agitó con entusiasmo.

"Una vez más, como desde aquella noche, debemos continuar con nuestra tradición".

Mater levantó su vela, y el espectador vio su llama reflejada en los ojos de los seguidores. Un escalofrío recorrió al fantasmal observador.

"Que la maldición caiga donde caiga. Lo recordaremos".

Capítulo Uno

Stirling, Escocia

"Es un deseo de muerte ir allí, Gavin, y lo sabes".

Gavin Kerr fingió ignorar la airada preocupación de su amigo. Pasando de un cuadro a otro, el gigante de pelo negro siguió estudiando los espléndidos lienzos que adornaban las paredes del estudio de Ambrose Macpherson.

"Al menos una docena de muertes en el último medio año", gruñó Ambrose. "Piensa, hombre. El último laird y su familia murieron miserablemente en ese horrible montón de roca. Por los santos, Gavin, ningún laird del castillo de Ironcross ha muerto de viejo en siglos".

"Ambrosio, tu mujer tiene un don asombroso..."

"Hace un momento hablábamos de tu estupidez de ir a Ironcross", interrumpió Ambrose.

"Sí, pero estos rostros me llegan más al corazón". Gavin alzó la mano como si quisiera pasar los dedos por los arremolinados colores del lienzo. En el retrato, el rostro de una niña resplandecía mientras miraba cariñosamente a un bebé que tenía en brazos. "¡Bonnie Jaime! Ha crecido tanto desde la última vez que la vi. Y Michael, ya un muchacho fornido..."

Ambrose se apoyó en la mesa que los separaba. "Gavin, no estamos discutiendo sobre Elizabeth y mis hijos. Estamos aquí para convencerte de que no aceptes esta maldición de regalo que te ha otorgado el conde de Angus. ¿No ves que el Lord Canciller quiere librarse de ti?"

"No, a Angus no le costaría pensar en formas más fáciles de deshacerse de mí que haciéndome laird de un castillo de las Highlands". Gavin se pasó una mano por la barbilla antes de pasar al siguiente cuadro. "Aunque debería considerar esta recompensa más bien una deshonra, teniendo en cuenta la aversión natural que siento por todos los montañeses. Con la excepción de tu familia, por supuesto", añadió, sonriendo por encima del hombro.

En el momento en que Ambrose abrió la boca para hablar, la puerta del estudio se abrió y Elizabeth Macpherson entró silenciosamente en la habitación. Como una luna llena que asciende por el cielo nocturno, la entrada de la joven iluminó los rasgos oscuros del rostro de su marido.

"Veo que mis plegarias para que hubierais resuelto ya este espantoso asunto fueron en vano", reprendió con una sonrisa. Con una palmada en el brazo de Gavin, Elizabeth rodeó la mesa y se acurrucó cómodamente contra el costado de su marido.

La noticia de su preferencia se había extendido rápidamente por la corte, por lo que a Gavin no le sorprendió la repentina entrada de Isabel. Era evidente que sus amigos pretendían dominarle con aquella demostración de fuerza.

"Para complacerte, Gavin Kerr -dijo Elizabeth-, ya he hecho que coloquen paños negros en las ventanas de este extremo de la casa -para que no entre nada de luz- y que trasladen a los niños

al ala oeste de la casa -para eliminar cualquier otra señal de vida-."

"¿A mi gusto, Elizabeth?" repitió Gavin. "No puedo quedarme".

"Pero tú te quedas", dijo la joven con naturalidad. "Supongo que la única razón para que abandones tus propias tierras y vayas al castillo de Ironcross es que, una vez más, pretendes apartarte del mundo".

"Quieres decir, amor mío", intervino Ambrosio, "que este cabezota de las Tierras Bajas se ve acosado de nuevo por esos pensamientos oscuros y melancólicos en los que se aleja de toda la gente decente, odiando a unos y a otros... y a sí mismo".

Elizabeth sonrió. "Sí. Así que pensé que, por muy guapo que esté con su nueva falda escocesa, no puede haber ninguna necesidad de que viaje tan lejos, a las salvajes y peligrosas Tierras Altas del norte. Después de todo, podríamos proporcionarle la misma miseria -quiero decir, el mismo retiro eremítico- aquí mismo, con nosotros".

"No me harás desistir de mi decisión de ir". Gavin miró con dulzura a los dos que tenía delante. El vientre hinchado de Elizabeth hablaba de la inminente llegada de su tercer hijo. "Ya tienes bastante en lo que pensar. Y mis hombres están preparados. Se ha enviado un mensaje al castillo de Ironcross y a mi vecino, el conde de Athol. Me esperan allí dentro de quince días, así que lo que digáis vosotros dos no cambiará nada". Hizo una pausa antes de continuar. "Además, no es mi deseo de convertirme en ermitaño, ni ningún deseo de morir lo que me obliga a ir a ese castillo. Pero hay algo".

Gavin vaciló, considerando sus siguientes palabras, sabiendo que la verdad difícilmente haría que se preocuparan menos. Tras la devastadora pérdida de Flodden Field, se había quedado sin familia, y no había nadie más cercano a él que aquellas dos personas. Y también sabía que su preocupación por su bienestar era mucho más profunda que la suya propia.

Gavin volvió a empezar. "Una noble vino a verme hace quince días. En aquel momento aún estaba considerando la oferta del Lord Canciller sobre el castillo de Ironcross. La mujer que vino a verme era anciana y estaba enferma. Dijo que la recordarías, Elizabeth. Lady MacInnes". Gavin hizo una pausa cuando su expresión se suavizó y Ambrose la rodeó con un brazo reconfortante. "Incluso antes de conocerla, sabía que el castillo de Ironcross era propiedad de los MacInnes, que había pertenecido a su familia durante años, pero me dijo que, tras la última tragedia, Ironcross podría convertirse en polvo".

Elizabeth se acomodó lentamente en una silla cercana. "El verano pasado me contó una horrible historia sobre la pérdida de un marido y dos hijos en una serie de extraños accidentes en tierras del castillo".

"Sí. Todos sus hombres murieron menos uno", añadió Ambrose sombríamente. "Y también perdió al tercer hijo en aquel incendio, desde entonces. Junto con su mujer y su hija".

Gavin asintió gravemente en señal de reconocimiento. "Sí. Me dijo que su nieta se había encariñado mucho contigo".

"Siempre recordaré a Joanna", susurró Elizabeth. "Estaba tan llena de vida. Una joven verdaderamente encantadora. Y fuerte. Preparada para lo que le deparara la vida. Iba a casarse esta primavera con el sobrino del conde de Huntly, James Gordon. Pero todo eso se ha acabado. Los sueños de una vida se esfumaron en un instante".

"El motivo de la visita de lady MacInnes, amigos míos, no era tanto volver a contar aquellas tragedias como pedirme un favor". Gavin Kerr se volvió y miró de nuevo los cuadros que colgaban de la pared. "Me dijo que su nieta acudió a ti para que le hicieras un retrato el verano pasado". Se volvió y se encontró con la mirada de Elizabeth sobre él.

"Sí, eso hizo", respondió ella. "Y se llevaron el retrato a Ironcross, según tengo entendido".

Gavin miró fijamente a sus dos amigos. "La anciana quiere el cuadro. Es demasiado vieja, dice, para hacer el viaje al castillo de Ironcross, incluso para visitar su tumba. No le importa lo que quede del castillo. No le preocupa lo que yo haga con él. Lo único que me pide es que, si el cuadro de su nieta escapó a las llamas, le gustaría que se lo hiciera llegar".

Ambrosio miró fijamente al de las Tierras Bajas. "Si ésa es la única razón para que vayas, entonces puedes enviar a un mensajero y a un grupo de tus hombres para que se ocupen de la tarea. No hay razón para que tú..."

"Pero *hay* una razón para que vaya", interrumpió Gavin. "Hubo algo más que dijo que me hizo pensar, que me hizo decidirme a ir yo mismo".

Hizo una pausa. Los dos que estaban ante él lo miraron en silencio, esperando sus siguientes palabras. "Lady MacInnes dice que, aunque no es natural cuántos de sus parientes han muerto allí, sigue creyendo que la maldición del castillo de Ironcross no reside en el reino de los fantasmas y los trasgos. Hay maldad allí, dice, es cierto. Pero el mal es humano".

Gavin dejó escapar un largo suspiro. "Es hora de que alguien busque la verdad".

Capítulo Dos

EL POSTIGO CARBONIZADO, en lo alto de la torre en ruinas, se abrió de repente cuando la brisa de la tarde se desplazó hacia el oeste, y los rayos dorados de la luz del sol entraron en la cámara chamuscada.

Acurrucada en un rincón sobre un montón de paja, una figura sobresaltada se arrebujó más en su andrajosa capa. Aunque era primavera tardía, cada vez le costaba más librarse del frío que se le había metido en los huesos. Tal vez fuera porque apenas veía el sol, pensó. Ahora era una criatura de la noche, una mera sombra.

Se estremeció ligeramente, reconociendo la punzada de hambre que sentía en el vientre. Sacudió la cabeza, tratando de disipar esa sensación. No habría comida hasta la noche, cuando durmieran el mayordomo y los sirvientes que habían quedado desde el incendio. Entonces ella participaría en su guarida nocturna. Luego buscaría en las cocinas algo que pudiera alimentarla.

Los que quedaban en el castillo pensaban que era un fantasma. Qué tontos serían si supieran lo humanas que eran sus necesidades.

El tablón de madera seguía golpeando contra el umbral ennegrecido, y ella lo miró con desprecio. Ésta era su hora de descanso, reprendió en silencio a la molesta contraventana. Como los murciélagos y los búhos, pensó Joanna. Porque sólo al amparo de la oscuridad podía moverse libremente por aquella prisión calcinada que una vez había llamado hogar.

Poniéndose en pie, la harapienta criatura se movió silenciosamente por el suelo. Cuando se acercaba a la persiana, de repente se percató del ruido de los caballos a lo lejos. Los gritos procedían del patio de abajo y, mientras escuchaba, el patio parecía estallar en un frenesí de actividad.

Agarrando la persiana con sus manos envueltas en pañuelos, Joanna la cerró sin mirar abajo.

El hombre condenado, pensó. El laird maldito había llegado.

El golpeteo de los cascos de los cansados caballos contra el suelo blando levantó una nube gris que se arremolinó en torno a las cabezas de los jinetes. Gavin Kerr apartó los ojos de los mozos que se acercaban y se quedó mirando la enorme cruz de hierro sujeta al tosco muro de piedra, sobre el arco de las grandes puertas de entrada de roble. Por las manchas de óxido rojo sangre de la piedra que había bajo la cruz, el nuevo laird juzgó que debía de llevar siglos allí colgada. Apartando los ojos, Gavin echó un vistazo a los edificios que daban al patio abierto.

El castillo en sí era mucho más grande de lo que había esperado. Extendiéndose en ángulos de piedra afilada, la serie de enormes estructuras envolvía el patio como una mano dispuesta a

cerrarse. En lo alto, pequeñas rendijas de ventanas perforaban los muros del edificio principal y del ala norte. Las ventanas superiores del ala sur eran más grandes. Un añadido más reciente, pensó. Gavin dejó que sus ojos recorrieran lentamente lo que podía ver. No había rastro del incendio que se había cobrado la vida del anterior laird, su familia y sus sirvientes. El aguanieve y las lluvias del invierno habían limpiado la piedra de cualquier rastro de humo, sin duda.

Captó el movimiento con el rabillo del ojo: el lento cierre de una persiana en la torre de la parte superior del ala sur.

Sin embargo, unos hombres que se acercaban volvieron a atraer la atención de Gavin hacia la tierra. El hombre alto que reprendía a los mozos de cuadra debía de ser Allan, mayordomo de los cuatro últimos lairds MacInnes. El pelo y la barba canosos del hombre denotaban su avanzada edad, mientras que su poderosa complexión, aunque ligeramente encorvada, denotaba la fuerza necesaria para el cargo que había ocupado durante tanto tiempo.

Al apearse del caballo, Gavin asintió a un mozo de cuadra y le entregó las riendas mientras intercambiaba saludos con el mayordomo, que se inclinaba.

"En efecto, habéis llegado tal y como esperábamos, mi señor. Ni un día demasiado pronto ni un día demasiado tarde". El anciano extendió las manos en señal de invitación hacia la entrada del castillo. "Hace un día, más o menos, me tomé la libertad de hacer que Gibby, el cocinero, empezara a preparar un banquete para vuestra llegada".

Se detuvo cuando una docena de criados, junto con un sacerdote enano y de aspecto enfermizo, salieron a dar la bienvenida al nuevo terrateniente.

"Vuestro vecino, el conde de Athol -continuó Allan-, está ansioso por que lleguéis, milord. Si lo deseas, puedo enviar ahora a un hombre e invitar...".

"No, Allan. Eso puede esperar uno o dos días". La mirada de Gavin contempló de nuevo las torres situadas a ambos extremos del patio. "Mientras mis hombres se instalan, quiero que me guíes a través de este torreón".

El anciano asintió con la cabeza mientras seguía el paso del nuevo terrateniente, que se dirigía hacia la torre sur. "Tal vez, milord, queráis empezar por la parte principal de la casa -lo que llamamos la Vieja Torre del Homenaje- y dirigiros hacia las cocinas y los establos del ala norte. Hay muy poco que ver en el ala sur".

Gavin se detuvo bruscamente, echó un vistazo a la torre sur y luego miró directamente al mayordomo.

"Gran parte de esta ala quedó arruinada por el incendio, mi señor", explicó Allan rápidamente. "Desde el patio parece en buen estado, pero en el interior, sobre todo donde el ala se une a la Vieja Fortaleza, los daños han sido considerables. El tejado ha desaparecido en algunos lugares, y he hecho que enrejen las entradas exteriores del edificio para mantener..."

"¿Prohibido?" interrumpió Gavin, mirando fijamente a la torre.

"Sí. Aunque lo peor de los daños está en el lado más alejado, donde la torre da al lago. Allí dormían todos cuando empezó el incendio, que en paz descansan. Cuando los que estábamos en la Torre Vieja y en el ala norte oímos el humo, toda el ala sur estaba en llamas".

Gavin se acercó a la pared de piedra y miró por las rendijas de las ventanas inferiores. Podía ver rayos de luz que entraban por las vigas de los pisos superiores.

"¿Por qué permites que los sirvientes entren en esta ala?" preguntó Gavin brevemente, haciendo que la cara del anciano enrojeara de repente. "Esos pisos superiores parecen peligrosos, incluso desde aquí".

"Ninguna persona viva, mi señor, ha pisado esta ala desde el incendio", respondió el mayordomo con convicción. "Como ya he dicho, yo mismo hice atrancar todas las puertas y

tapiar los pasillos interiores. A excepción de algún tejón... o un zorro, quizá...". Su voz se entrecortó.

Gavin se apartó del edificio y miró hacia arriba, hacia las ventanas de la torre; sus ojos se posaron finalmente en la última del último piso. "Vi moverse la persiana de esa cámara".

El mayordomo miró brevemente hacia las ventanas de la torre y luego miró a su nuevo amo.

"Sí, mi señor. Vemos lo mismo de vez en cuando, pero es sólo el viento". Mientras el nuevo laird avanzaba por la fachada del edificio, Allan lo siguió. "El humo estaba por todas partes, y las escaleras que conducen a él están arruinadas. De eso estoy seguro. Sin embargo, puede que el tejado esté en buen estado y que uno o dos pájaros se hayan alojado allí. Y alas es lo que necesitarías para entrar en la torre".

Gavin volvió a mirar hacia la torre que se alzaba. Varias contraventanas golpeaban contra la piedra con la brisa creciente. La naturaleza, al parecer, tenía la sartén por el mango en todas las ventanas... menos en una. La ventana que antes había visto abierta, ahora estaba cerrada contra el viento del norte.

Así que los pájaros de las Tierras Altas pueden cerrar una persiana, pensó Gavin. Volviéndose sin decir palabra, se dirigió a la entrada principal de la Vieja Fortaleza, con su mayordomo a cuestas.

Nadie se atrevía a entrar en sus dominios.

Los tejados derruidos y dañados por el fuego, los enormes agujeros en las paredes que daban a los escarpados acantilados de Loch Moray y los suelos chamuscados e inseguros se combinaban para hacer del ala sur del castillo de Ironcross un lugar de difícil acceso. Pero mientras Joanna se abría paso silenciosamente a través de una habitación agujereada hacia el panel de madera y el pasadizo secreto que la llevaría a los túneles y cavernas subterráneos, de repente sintió que alguien había pasado por allí, y bastante recientemente.

Se detuvo y miró a su alrededor en el crepúsculo incipiente. Había poco que ver. Cayó suavemente sobre un tablón junto a la puerta, de rodillas y con las manos, y observó detenidamente el suelo cubierto de ceniza del pasadizo que había más allá de la puerta. Ella misma evitaba siempre aquellos pasillos por miedo a ser descubierta por algún alma intrépida que husmeara en esta ala.

Entrecerrando los ojos en la creciente penumbra, las vio claramente: las débiles huellas dejadas por alguien que venía de la Vieja Fortaleza. Quienquiera que fuese, había ido en dirección al estudio de su padre... o a lo que quedaba de él. En silencio, Joanna se levantó y, abrazándose a la pared, siguió el pasadizo hacia el estudio.

De pie, rígida junto a la puerta, echó un vistazo al interior de la habitación carbonizada. La cámara estaba vacía. Se asomó de nuevo a la turbia luz del pasillo. Como acababa de llegar del piso superior, quienquiera que hubiera entrado aquí debía de haber continuado y descendido por la escalera casi infranqueable hasta el piso principal.

Aliviada, se envolvió en la capa y volvió a echar un vistazo al interior del estudio. Cuando entró en la habitación arrasada por el fuego, sintió un dolor familiar que le oprimió el pecho. Nada había cambiado desde aquella terrible noche. Todo yacía en ruinas. De una pared colgaban los trozos de trapo quemado que habían sido un tapiz. En otro lugar había una mesa chamuscada y los palos rotos de una silla. Todo en ruinas.

Todo menos el estúpido retrato que colgaba sobre la repisa de la chimenea. Miró con odio el

rostro que le sonreía débilmente. Se le hizo un nudo en la garganta al verse a sí misma, la imagen de la perfección que había sido una vez. Qué vanidad, pensó con rabia.

Quería cruzar la habitación y agarrar el marco ennegrecido por el fuego. Quería derribarlo, aplastarlo, destruirlo como debería haber sido destruido hace mucho tiempo. Pero el suelo inestable le impidió acercarse. Por experiencia, conocía cada tabla suelta, cada tablón peligroso. No, no había sobrevivido tanto tiempo a esta prueba sólo para romperse el cuello cayendo por el suelo. Pero aquellos ojos la desafiaron. La desafiaban a seguir adelante. Odiaba aquel cuadro. ¿Por qué debía sobrevivir esa maldita cosa cuando nadie más lo había hecho? Nadie, incluida ella misma.

Al brotar una lágrima, Joanna se abalanzó sobre el abalorio reluciente. Apartándose de aquel rostro vanidoso y hermoso, se echó la capucha hacia delante y se dirigió hacia la oscuridad de los pasadizos que la llevarían a las profundidades de la tierra, donde nadie vería en lo que se había convertido... una sombra fantasmal del pasado, una criatura de la noche, quemada y fea, miserable. Muerta.

Desaparecida en la oscuridad, Joanna MacInnes pensó una vez más en su pobre madre y en su padre, en todos los inocentes que habían perecido en las llamas con ellos.

Ahora su destino era esconderse y esperar su oportunidad de hacer justicia.

Cuando las brasas del fuego se consumieron por debajo, un enorme tronco se desplomó, haciendo saltar llamas crepitantes y chispas en la enorme chimenea del Gran Comedor.

El rostro del nuevo laird estaba ensombrecido mientras miraba a su alrededor los rasgos jóvenes de los tres hombres que estaban sentados con él. Esparcidos por el Gran Salón, sirvientes y guerreros dormían en bancos y mesas, y varios perros yacían acurrucados entre los juncos que cubrían el suelo de piedra. La mayor parte de la familia ya dormía, aquí o en los establos y dependencias, pero Gavin se había quedado con aquellos tres guerreros de confianza. En el poco tiempo transcurrido desde su llegada, estos hombres se habían encargado de determinar lo que había que hacer para asegurar el castillo. Cada hombre se había ocupado de sus asuntos, y ahora Gavin se inclinó hacia delante para escucharlos.

empezó Edmund. "Oí con mis propios oídos al mayordomo transmitir tu deseo de que se abriera el ala sur para que la vieras por la mañana..."

"Sí", intervino Peter, brusco e impaciente. "Y un par de mozos y el viejo herrero se lanzaron a la tarea de derribar uno de los muros de bloqueo".

"El mayordomo controla muy bien a la gente del castillo", añadió Edmund con admiración.

"Así es", convino Peter. "Aunque un cuerpo pensaría que con atrancar una puerta habría bastado. Construir un muro para impedir el paso". El grueso guerrero escupió críticamente sobre los juncos del suelo. "La mayoría de los criados son demasiado viejos incluso para levantar un pestillo sin ayuda".

Gavin interrumpió a los dos hombres. "Comprendo la preocupación de Allan. Me dijo que, tras el incendio, quería estar seguro de que nadie entraría en esa ala, no hasta que Lady MacInnes o el siguiente laird vinieran a revisar lo que quedaba". Se sentó y levantó una taza mientras miraba la silenciosa sala. "Con tantos accidentes que han asolado a los lairds a lo largo de los años, estoy seguro de que demuestra buen juicio dejarlo todo intacto. ¿Qué has encontrado, Andrew?"

Andrew se aclaró la garganta y habló. "En mi cabalgada hacia la abadía, milord, me crucé

con algunos de los hombres del conde de Athol que se dirigían al norte. Todos hablaban de lo extraño que era estar aquí después del incendio. Ninguno de los guerreros del último laird se quedó atrás, dijeron. Parece que todos huyeron a las montañas como si tuvieran al mismísimo diablo pisándoles los talones".

Gavin escurrió su taza y la volvió a dejar sobre la mesa mientras se volvía hacia Andrew. "¿Qué puedes contarnos de la abadía?"

"Es un lugar extraño esa abadía. No está ni a una legua de aquí, siguiendo la orilla del lago, pero no es más que un montón de piedras y un muro en ruinas al abrigo de las altas colinas. El lugar está rodeado de pastos y tierras de labranza y algunas cabañas de campesinos, aunque hay una extraña falta de gente de granja por el lugar."

"Pero allí hay religiosos, nos dijeron".

"Eso no lo sé, mi señor", respondió Andrés. "Los que quedan viven en el centro del claustro en ruinas, en casitas de piedra que han remendado a partir de los viejos edificios".

"¿Hay un abad, o alguien al mando?" insistió Gavin.

"Sí, una mujer a la que llaman Mater".

"¿Una mujer?" soltó Peter.

"Sí", respondió Andrew lentamente. "Allí son todas mujeres. Todas las que vi antes de que desaparecieran, en todo caso". Hizo una pausa. "Y esa abadía, milord, parece bastante desprotegida, allí a la intemperie como está".

"¿Y no es eso propio de esos Highlanders?", resopló Peter, "dejar a una manada de mujeres..."

Gavin sintió que se le erizaban los pelos de la nuca cuando su atención fue atraída hacia el otro extremo del Gran Comedor. En un rincón oscuro, junto al pasadizo que conducía a las cocinas y al ala norte, algo se había movido. Una sombra. Algo. Estaba seguro de ello. Mirando en la oscuridad, con la luz del fuego a su espalda, Gavin estudió las figuras dormidas en los bancos mientras seguía escuchando a sus hombres. Hacía horas que habían despedido a los sirvientes. Aparte de los tres hombres que estaban sentados con él, era poco probable que hubiera nadie más en la torre del homenaje merodeando.

"Me encargué, milord, de decirle a Mater que vendrías tú mismo dentro de uno o dos días. Para hacerles una visita".

"Está bien", respondió Gavin. Sacudió ligeramente la cabeza ante sus fantasiosas imaginaciones y llenó su copa con más cerveza. Estaba cansado, decidió, desechando la idea con una última mirada al otro extremo de la Sala. Era su primera noche en el Castillo de Ironcross y ya estaba cayendo presa de la extrañeza del lugar. De repente, se dio cuenta de que uno de los perros se había puesto lentamente en pie. El perro gris trotó hacia las cocinas. Apartando la taza, el laird también se puso en pie.

"Además, los hombres del conde de Athol mencionaron que te haría una visita antes de que acabara la semana". Los ojos de Andrew siguieron a su líder cuando Gavin rodeó la mesa donde estaban sentados. "Sólo es un día de viaje, dijeron, y si eso no es conveniente..."

"Está bien", contestó Gavin distraídamente, sin volverse. "Descansad los tres. Mañana hay mucho que hacer".

Los tres hombres observaron en silencio cómo su amo caminaba tranquilamente hacia las oscuras cocinas.

Estos recién llegados iban a ser algo más que una molestia, pensó. Iban a ser francamente peligrosos. Y eran muchos.

Al salir de los pasadizos, cuando el ruido del banquete se había apagado, Joanna se había sorprendido de la cantidad de gente que quedaba en el Gran Comedor. Por experiencia sabía que allí tendría más posibilidades de encontrar comida que en las cocinas, pero estaba claro que aquel plan ya no funcionaría. Sólo esperaba que Gibby, que solía ser muy estricta, no lo hubiera guardado todo bajo llave, como era su costumbre.

Al entrar en las cocinas, Joanna se asomó a los rincones en busca de durmientes extraviados, pero con el tiempo más cálido, no se veía ni un cuerpo. Las brasas de la enorme chimenea parpadeaban, y pudo ver las hileras de masa de pan formando hogazas sobre una larga mesa.

Se acercó a un aparador y encontró un gran cuenco con trozos de pan duro. Joanna sacó un puñado y lo guardó con cuidado en el bolsillo profundo de su capa, luegoladeó la cabeza para escuchar. Con más gente alrededor, tendría que ser mucho más cuidadosa que en el pasado. Ser descubierta significaría el fin de sus planes. Sería la muerte de su único deseo, el que la había impulsado a aferrarse a su raquíctica existencia. Si la descubrían, no habría justicia para los que habían asesinado a sus padres. De eso estaba segura.

Joanna se deslizó silenciosamente por la cocina, y luego se detuvo con un suspiro junto a una despensa cerrada. El suave empujón del hocico del perro contra su cadera hizo que el corazón de la joven saltara en su pecho. Sacudiendo la cabeza mientras las comisuras de sus labios se alzaban en una sonrisa irónica, se agachó para acariciar a la mansa bestia. Todos los perros del castillo estaban acostumbrados a ella, pero el peludo Max era el único que se le acercaba. Joanna aceptó un beso húmedo en la barbilla y le dio una palmadita cariñosa en la cabeza. Sin decir palabra, se enderezó y siguió buscando más comida.

Los olores celestiales de los panqueques y el cordero asado aún flotaban en el aire, haciéndole la boca agua, pero, para su consternación, no quedaba nada más que pudiera encontrar. En lo alto de las vigas, podía ver las formas oscuras de la carne ahumada, pero no se atrevía a robar nada que pudiera levantar revuelo. Al oír a Max olfatear en un rincón oscuro, Joanna vio dos bolas de queso colgadas de cuerdas en un tablero de clavijas alto, justo fuera del alcance del perro. Gratificada por la oportunidad de añadir algo diferente a su dieta de repuesto, las cogió.

"Siento mucho que tengas que cargar con la culpa de los dos", susurró con una sonrisa al perro feliz. "Pero sólo puedes tener uno". Haciendo rodar juguetonamente su parte por el suelo de piedra, Joanna guardó la otra en el bolsillo de su capa.

El perro saltó por la cocina tras ella, pero de repente se detuvo en seco, y el profundo gruñido que emanó de su garganta hizo que Joanna corriera a esconderse. En silencio, se adentró en las profundas sombras que había tras la gigantesca chimenea, hasta la estrecha puerta que conducía a los sótanos. Desde allí podía adentrarse en el laberinto de pasadizos que había bajo el castillo, pero se detuvo un momento, con la mano en el panel, dispuesta a correr si surgía la necesidad.

"¿Qué escondes ahí, sarnoso?". La voz del hombre era grave y extrañamente suave. "Sólo tú y el hada del hogar, ¿eh?".

Joanna apretó la cara contra la cálida piedra de la chimenea mientras escuchaba. Por el jadeo amistoso del perro y la risita de garganta profunda del hombre, se dio cuenta de que el recién llegado ya se había ganado el afecto del animal.

"Och, ya veo que te has metido en un lío. Eres un ladrón, ¿verdad? Un trozo de queso. Un delito capital, si ese cocinero se entera, muchacho. Hmm. No te lo tiraré, bestia babosa".

Joanna sabía que debía irse, pero no podía. La curiosidad tiraba de ella, impulsándola con el

deseo de poner cara a aquella voz.

"Entonces, ¿quieres jugar? Quieres que te persiga, ¿es eso?"

Debía de ser uno de los hombres del nuevo hacendado. Podía imaginárselo apoyado en el borde de la larga y pesada mesa del centro de la cocina.

"Es muy tarde por la noche, bestia. Pues muy bien. Tráela aquí y te la arrojaré. Pero sólo una vez, ¿me oyes?"

El gruñido grave del perro era ahora juguetón, y de nuevo la risita profunda del hombre le hizo sonreír.

"Inteligente también. Para ser de las Highlands".

Así que son de las Tierras Bajas, pensó. Con el ceño fruncido, Joanna avanzó un poco y miró al hombre a la tenue luz del fuego mortecino. Tal como lo había imaginado, estaba sentado en el borde de la mesa, de espaldas a ella. En ese momento, estaba preocupado por arrancar la bola de queso de la boca de Max.

"No me obligues a ponerme duro contigo".

Estudió sus anchos hombros. El hombre era mucho más corpulento que cualquiera de los criados que su padre había tenido a su servicio. El rojo de su tartán era apagado y oscuro. Cuando se levantó un momento, ella retrocedió, pero él volvió a agacharse sobre el perro. Sin duda era un gigante, y no sólo para ser de las Tierras Bajas. Llevaba el pelo largo y oscuro atado con una correa a la nuca de un cuello fuerte. Al forcejear con el perro, volvió la cara, y ella pudo echar un rápido vistazo a su apuesto perfil. De repente, sintió una extraña opresión en el pecho. Al retroceder un poco más, sintió que se le calentaba la cara. ¿Qué le pasaba? pensó, luchando por respirar.

¿Qué importaba que el hombre fuera guapo? pensó con fastidio. ¿Qué diferencia había entre ella y un fantasma? En la oscuridad de las cocinas, era fácil dejar que la imaginación controlara la realidad. A la luz del día, podría ser el hombre más feo de Escocia, aunque ella nunca lo vería. La oscuridad. Quizá era el lugar para los dos, pensó furiosa. Quién sabe, en la penumbra de esta cámara, tal vez él ni siquiera viera sus deformidades. Llevó una mano temblorosa ante sus ojos, la contempló momentáneamente y luego se echó la capucha sobre la cara.

No, nadie era tan ciego.

"Como tu laird, te ordeno que compartas ese queso. Och, eres un cerdo. Te lo has comido todo".

¿Laird? Rápidamente, Joanna retrocedió tras el hogar. Con el rostro sombrío, se deslizó a través del panel y se adentró en la negrura del pasadizo. Tanteó los escalones de piedra y continuó hasta la puerta de madera que conducía a los sótanos. En silencio, se abrió paso por los estrechos y sinuosos pasadizos, bajó más escalones de piedra tallada y atravesó amplias aberturas cavernosas hasta que se alejó de las cocinas. Al subir otro tramo de escalones, Joanna se detuvo, tratando de recuperar el aliento, y se apoyó pesadamente en una pared toscamente labrada.

¡Laird! Deseó no haberle visto nunca. Sería mucho más fácil llorar su muerte si nunca lo hubiera visto. Pobre alma, pensó, volviendo a avanzar rápidamente por el túnel. No tendría ninguna oportunidad contra el mal que le rodeaba.

Capítulo Tres

EL OLOR A FUEGO y podredumbre flotaba en el aire como la muerte.

"Es penoso para mí ver así el castillo de Ironcross, milord". La voz de Allan era tensa. "Parece bastante sano desde fuera, pero aquí dentro...". El mayordomo miró a Gavin y negó con la cabeza.

Gavin no dijo nada, pero hizo un gesto a Allan para que siguiera subiendo por la escalera circular. Casi habían llegado al rellano del segundo piso, que era hasta donde llegarían. Gavin miró hacia arriba, a través de los maderos retorcidos y carbonizados que una vez habían sido escalones, hacia el cielo gris acero.

"Sí", dijo Allan, siguiendo la mirada de su amo. "Aquí no hay nada que evite la lluvia".

El nuevo laird gruñó y trepó por una viga quemada. Al llegar al rellano, empujó al mayordomo hacia el pasillo.

"Esta parte del castillo parece mucho más nueva que el resto", dijo Gavin bruscamente. La destrucción era extensa, aunque empezaba a pensar que el edificio podría salvarse. Tendría que hacer que sus hombres limpiaran los escombros antes de poder emitir un buen juicio sobre la solidez de los muros.

"Sí, mi señor", respondió Allan. "Esta ala fue construida por sir Duncan MacInnes, padre de los tres últimos lairds. Dios guarde sus almas".

Gavin miró las secciones astilladas de las vigas de arriba. Los techos eran altos en el ala sur. Al menos en esta planta, el pasillo daba al patio, y las ventanas largas y estrechas dejaban entrar la luz y el aire. Algunas de las puertas de las cámaras de la derecha colgaban abiertas en ángulos rasgados, y había telarañas y suciedad por todas partes. "¿Cómo murió Duncan?"

"¿Duncan?", repitió el mayordomo, con evidente sorpresa en la voz. "Vaya, la pobre alma". Hizo una pausa. "Eso fue hace tanto tiempo. Han pasado más de veinte años desde..."

"Eras entonces mayordomo de Ironcross, ¿verdad, Allan?"

"Sí, mi señor".

Gavin dirigió una mirada crítica al hombre que tenía al lado. "¿No recuerdas cómo murió tu maestro?"

"Sí, milord. Claro que sí", se apresuró a decir Allan. "Es sólo una sorpresa, tu pregunta. La pobre alma se partió el cráneo al caer de su caballo. Fue un día triste y luctuoso para el castillo de Ironcross". El hombre mayor bajó la mirada hacia sus pies. "De caza, lo fue".

"¿Quién cazaba con él?" Gavin avanzó lentamente por el pasadizo, probando los suelos a medida que avanzaba, y Allan le siguió detrás.

"¿Cazando con él?" El mayordomo se rascó la cabeza. "Bueno, en aquellos tiempos teníamos mucha más gente en el castillo. A ver. Creo que Alejandro, el hijo mayor, estaba con él. Y los

cazadores y mozos de cuadra, por supuesto. Lady MacInnes había vuelto entonces a Stirling. Pasó muy poco tiempo en Ironcross durante aquellos años. Ahora, estoy pensando... sí, lord Athol, el padre del actual conde, también estaba con el grupo".

Gavin levantó la mano. Más adelante en el pasillo, desde una de las últimas habitaciones, se oía el sonido de un raspado. Mientras Allan miraba fijamente, Gavin sacó en silencio el puñal del cinturón y se echó la tartana al hombro. Sin embargo, antes de que hubiera dado dos pasos, una rata salió al pasillo, los vio y desapareció de nuevo en la habitación.

El nuevo laird envainó su puñal y se volvió hacia el mayordomo. "Quiero que hagas que los mozos de cuadra y los muchachos que puedas reunir cacen un poco de ratas. No me interesa compartir mi cena o mi cama con alimañas. Quiero que el castillo esté libre de ellas".

"Sí, mi señor". Era evidente que Allan se esforzaba por ocultar su sorpresa ante tal excentricidad, pero asintió en respuesta. "Como queráis".

Gavin odiaba las ratas. Sabía que estaban por todas partes, en todos los castillos y chozas de Europa. En Florencia, París e incluso en la recién reconstruida Edimburgo, pero él las odiaba y no las tendría en su torre del homenaje, si podía evitarlo.

Dando la espalda al mayordomo, Gavin miró hacia la cámara ante la que se encontraban. También había sufrido graves quemaduras, y la habitación estaba llena de muebles rotos y carbonizados.

"Éste era el estudio del laird, milord", ofreció Allan. "Sir John, el anterior señor del castillo de Ironcross, pasaba mucho tiempo en esta habitación. Era un gran erudito, más que su padre o los dos hermanos que le precedieron".

Cuando Gavin se volvió para continuar por el pasillo, sus ojos se fijaron en una puerta parcialmente abierta en el revestimiento de madera tallada, justo dentro del estudio. Entrando en la cámara, el nuevo laird se acercó despreocupadamente al panel y abrió la puerta de un tirón. Había un pequeño armario empotrado en la pared, y varios libros yacían en una estantería, completamente intactos por el fuego. Sorprendido, Gavin los sacó del armario.

"Ah, milord", dijo Allan en tono de disculpa, cogiendo los libros de la mano del nuevo laird. "Debería haberlos llevado a la Vieja Fortaleza después del incendio. Me temo que he sido negligente al dejar de lado el cuidado de esta ala. Pero ahora que estás aquí, voy a...".

Gavin ya no oía al viejo mayordomo. Su mirada estaba fija en el retrato que colgaba sobre la pequeña chimenea, y todo lo demás en el mundo dejó de existir de repente. Fijados en el objeto del otro lado de la habitación, sus ojos absorbieron la visión del cabello dorado y la piel de marfil de la joven muchacha, la nariz recta y la delicada boca que sólo mostraba un atisbo de sonrisa. Pero fueron los ojos, los profundos ojos azules, los que le embelesaron. A pesar de las oscuras manchas de hollín que cubrían casi la mitad del cuadro, sus ojos casi violetas centelleaban, riendo, brillando con la alegría de vivir, con el puro resplandor de la inocencia juvenil.

"Era mistress Joanna, milord. La hija de Sir John".

Gavin se sobresaltó al oír la voz del mayordomo y se volvió hacia él.

"Que Dios la tenga en su gloria", continuó Allan con reverencia. "Era una muchacha hermosa, por dentro y por fuera. Fue un desperdicio que se la llevaran tan joven".

Gavin volvió la mirada hacia el retrato. Joanna MacInnes.

"Sólo la conocimos aquí poco tiempo, pues el laird nunca le permitió permanecer en Ironcross demasiado tiempo. Sé que fue educada en París, como una dama de la corte. Aunque a la muchacha le gustaban sus visitas al norte del país, sir John se empeñó en que se quedara con su madre, lady MacInnes, en Stirling". El mayordomo sacudió la cabeza. "Al conocerla, milord, habría creído encontrarse con un ángel. Era toda bondad y compasión. Nada que ver con esas

damas que Thomas, el segundo hijo de sir Duncan, traía aquí".

Gavin volvió a mirarla a los ojos. Había franqueza en ellos, ningún atisbo de timidez.

"Fue muy triste", continuó Allan. "La pérdida de una mujer tan joven". Gavin dio otro paso hacia ella, hacia el cuadro.

"Fue la primera de las señoras MacInnes que mostró interés por las mujeres de la abadía".

Gavin dio otro paso y luego se volvió para mirar al mayordomo.

"Dime", empezó el laird, "¿ella y Mater...?".

Pero no terminó. Sin previo aviso, el suelo se abrió y cayó bajo él.

Joanna se incorporó como un rayo bajo la paja que la cubría.

El escalofriante crujido dio paso a un estremecedor estruendo, y toda el ala sur tembló violentamente. Con el corazón latándole con fuerza en el pecho, se quedó inmóvil, incapaz de moverse. Tenía que ser el nuevo laird. Había muerto. Otra vida desperdiciada... ¿y para qué?

Maldita seas, Joanna MacInnes, juró en voz baja. ¿Cuándo encontrarás el valor suficiente para poner fin a esta maldición? ¿Cuántos más deben morir antes de que actúes?

"¡Señor!"

Colgando en el aire, con los dedos apenas agarrados al borde de una viga saliente, Gavin ignoró el grito del camarero e intentó balancear las piernas sobre el borde. Al segundo intento, utilizando otra viga carbonizada, se subió a los estrechos restos del suelo quemado de la esquina de la cámara.

"Estos suelos, mi señor", gritó el mayordomo desde el otro lado del camino, la angustia evidente en su voz. "¿Quién podría saber cuáles están en buen estado? Había un buen..."

"Basta, Allan", ordenó Gavin, poniéndose en pie mientras miraba el enorme agujero que había en medio de la habitación. "Ve en busca de ayuda. Edmund debería estar inspeccionando el muro cortina. Al menos trae contigo algo de cuerda". Al ver que el anciano dudaba, volvió a ordenar. "Ve, hombre, antes de que el resto de este piso ceda".

Con una rápida inclinación de cabeza, el mayordomo se escabulló por el pasillo hacia la escalera quemada.

Solo, Gavin se recostó contra el revestimiento de madera tallada y observó la habitación. El estruendoso martilleo de su corazón por fin pareció aminorar su ritmo. Había estado muy cerca de caerse. Demasiado cerca, pensó, observando la amplia brecha y la considerable caída hacia los restos que había debajo.

Entonces lo oyó claramente. El crujido de una tabla sobre su cabeza. Mirando hacia arriba, observó el techo cubierto de hollín. ¿Otra rata? Volvió a moverse. Intentó calibrar el peso. Si era otra de las alimañas, era grande. Y se movía hacia la pared a la que estaba de espaldas.

Escuchó atentamente. Silencio. Esperó, pero sólo el silencio lo envolvió.

El panel se atascó ligeramente antes de ceder a la presión de su mano. Joanna lo abrió vacilante, escuchó un momento y luego se deslizó en la oscuridad del pasadizo entre las paredes.

El estrecho túnel estaba débilmente iluminado, la única luz provenía de un pequeño agujero en el techo. Sigilosamente, Joanna se acercó a una escalera que conducía al pasadizo inferior y, finalmente, a los túneles bajo el castillo. Lenta y cuidadosamente, descendió peldaño a peldaño hasta llegar al siguiente nivel.

De pie en la estrecha cornisa, Gavin miró a lo largo de la pared el retrato que colgaba sobre el hogar abierto. Estaba a cierta distancia de la esquina donde él se encontraba. Por un momento pensó en intentar llegar hasta él, pero el saliente era estrecho e inestable.

Un sonido -un leve chirrido de madera contra madera- procedía del panel que tenía detrás y, al girarse para enfrentarse a él, estuvo a punto de caer por el borde.

Recuperando rápidamente el equilibrio, Gavin se apretó contra la esquina y empezó a inspeccionar los paneles. Uno parecía claramente combarse un poco bajo una pieza de borde tallada.

Joanna escuchó atentamente en busca de algún sonido procedente del otro lado del panel. Estaba bastante segura de que el estruendo y los gritos habían procedido de esta cámara, pero ahora no se oía nada.

Con la mano en el pestillo, jugó con la idea de esperar en los túneles bajo el castillo hasta que oscureciera antes de aventurarse a salir. Si el nuevo terrateniente había muerto, no tenía sentido exponerse sólo para averiguar qué había ocurrido.

Sin embargo, algo la corroía y no podía esperar más. Empujando el borde deformado, soltó el pestillo silenciosamente y empezó a tirar del panel para abrirlo.

Capítulo Cuatro

"¡SEÑOR!"

El grito procedente del otro lado del panel aturdió a Joanna por su cercanía. Lo peor, sin embargo, fue la visión del perfil del nuevo laird a través de la estrecha abertura, a sólo un suspiro de distancia. Tenía la cara vuelta hacia el estudio, cuando el grito volvió a sonar, claramente pero desde abajo.

Mirando boquiabierta su perfil, Joanna cerró rápidamente el panel tan silenciosamente como pudo. Corrió el pestillo, apoyó las palmas de las manos en la madera y exhaló un suspiro suave y ahogado. Por primera vez en meses, casi se había delatado; se había encontrado cara a cara con aquel hombre. Apoyó la frente en los nudillos y cerró los ojos. Tenía que reunir fuerzas. Tenía que huir. Aquello estaba demasiado cerca. Su cuerpo se estremeció y se sobresaltó al sentir que sus rodillas estaban a punto de doblarse cuando intentó levantarse.

Gavin se volvió hacia el panel y sus dedos recorrieron la madera áspera y chamuscada, comprobando cada costura. Habría jurado que hacía un momento lo había sentido moverse.

"¡Milord!" Esta vez la voz jadeante de Edmund llegó desde el otro lado de la habitación. "El maldito suelo... Por el Virg... Qué desastre... Gavin, ¿estás herido?".

Había algo en el interior de esta pared. Gavin podía sentirlo. ¿Podría ser alguien? se preguntó. Sabía de otros castillos que tenían pasadizos secretos. Y si había uno, permitiría a alguien viajar a través de esta ala. Gavin retiró una mano y la golpeó con fuerza contra la pared. Sintió que se movía, no toda la pared, sino sólo una parte. Empujando una costura junto a la pieza del borde, apareció una grieta. Bajo él, el suelo gimió ominosamente, y Gavin aflojó la presión. Se oyó un ruido al otro lado del panel. Apretando una oreja contra él, pudo oír claramente movimiento. El sonido de pasos apresurados.

"¿Señor?"

Gavin ignoró a Allan mientras apretaba más la oreja contra la madera.

"¿Qué hay aquí detrás, Allan?"

El anciano se detuvo un momento antes de soltar: "¿El muro?".

"¿Me tomas por tonto?" gruñó Gavin, dirigiéndole una mirada amenazadora. "Estabas aquí cuando se construyó esta ala. ¿Me estás diciendo...?"

"En su momento se construyeron pasadizos", intervino rápidamente el viejo mayordomo. "Pero sólo el laird lo sabía... los pasadizos conducen a las cavernas que alveolan estas colinas, y hasta el lago. Pero nadie ha utilizado esas cavernas desde los tiempos de Duncan, mi señor".

"¿Cómo se abre esto?" preguntó Gavin. "Este panel es una entrada, ¿no?"

Cuando Allan hizo una pausa, Edmund habló. "Milord, si me permitís al menos asegurar esta cuerda, por si ese suelo..."

"¿Cómo se abre esta maldita cosa?"

Su rugido furioso hizo hablar al viejo. "En el armario... allí en la esquina junto a la pared exterior... sí, ése... un anillo de hierro..."

Gavin se agachó con cuidado y metió la mano dentro. Pasando los dedos por la madera, encontró el círculo metálico. Al tirar de él, observó con satisfacción cómo el panel ante el que había estado sólo un momento antes se abría con un chasquido.

"Milord. No pensarás entrar ahí solo -dijo Edmund alarmado-.

"Una vez que estás bajo el castillo, los caminos no tienen sentido", convino Allan. "De hecho, uno de los aprendices de constructor desapareció en esos túneles. Es peligroso, incluso para quienes conocen los pasadizos. Hay simas que no tienen fondo. Nunca se encontró al muchacho, mi señor, y no fue el único".

Gavin se acercó al panel y lo abrió de par en par.

"Rogad, mi señor", la voz de Edmund era la más persistente. "Permitidme, al menos, que os acompañe. Nunca he visto una..."

"Encuentra la forma de acercar tu grupa al hogar". El Lowlander miró por encima del hombro a la guerrera pelirroja. Con los ojos señaló el retrato de Joanna MacInnes que había sobre la chimenea. "Lleva el cuadro a la Vieja Fortaleza. Ponlo en mi cámara".

Sin decir nada más, Gavin atravesó el panel y desapareció en la oscuridad del pasadizo.

La esbelta espalda de la anciana se arqueaba bajo el peso de las pesadas mochilas que llevaba. Arrastrando los pies unos pasos más por el barro, divisó más hierbas junto a un peñasco saliente. Apoyando una mano nudosa en la roca, agarró la parte superior de la planta y tiró de ella. La obstinada raíz no se soltaba.

Aunque el sol se había abierto paso entre las pesadas nubes, el aire estaba espeso por la humedad de las lluvias. Volviendo a tirar de la planta, la mujer se secó el sudor que le goteaba de los ojos con la otra mano, dejando una mancha de suciedad en el abanico de arrugas del pelo blanco que tenía al descubierto en la sien. Dio un suspiro de alivio cuando la raíz la soltó por fin. Se limpió la suciedad con una mano callosa y la depositó con cuidado en una de las bolsas, antes de enderezarse dolorosamente bajo su peso.

"Och, Mater", reprendió la voz grave desde atrás. "¿Por qué tienes que llevar las dos bolsas con este sol? Deja que te eche una mano".

La anciana agitó despectivamente una mano en el aire mientras continuaba con su búsqueda. Pero no se resistió cuando, un momento después, la mujer más joven llegó hasta ella y, en silencio, cogió una de las carteras, colgándosela del hombro.

"Los demás podríamos hacer más de esto. No hay razón para que, a tu edad, hagas siempre tanto por cuidar de tantos".

"Lo hay", dijo Mater sin rodeos mientras se agachaba para tirar de otra raíz. "¿Qué noticias tienes del castillo?"

"Molly ha venido a visitar a sus hermanas. Ha traído noticias. Esta mañana ha habido un accidente. El laird insistió en que Allan le mostrara los daños causados por el fuego en el ala sur".

"Sabía que no podría mantenerse alejado de allí. ¿Qué ha pasado?"

"Uno de los pisos se derrumbó bajo él. Pero no resultó herido".

Mater se detuvo un momento, asintió y dirigió sus pasos valle abajo hacia la abadía en ruinas. "¿Algo más?"

La mujer más joven le siguió el paso. "Tal como te dijo su hombre ayer, Molly dice que el laird planea hacer una visita a la abadía". La mujer miró fijamente al anciano líder. "¿Quieres verle, Mater?"

Mater se detuvo y miró al cielo. "No tengo elección. Le veré... si aún vive".

La capilla se alzaba, achaparrada y antigua, en el borde del acantilado, en la esquina sureste del castillo, con las aguas grises del lago debajo. Salvo por un arco bajo que se había construido para dar acceso al pequeño kirkyard, la construcción del ala sur había aislado por completo la pequeña iglesia del patio del castillo.

"Es un lugar miserable", espetó el curita de rostro pálido, mirando el edificio. "Hace más calor que en el infierno en verano y más viento que en el culo de Lutero en invierno. No es de extrañar que los campesinos de la explotación no quieran saber nada de ella".

Sí, pensó Gavin, mirando la expresión agria del hombre. No me extraña.

"Tienen poca fe en estas colinas, ¿sabes? Lo que ansían es comodidad. Sir John MacInnes, el último laird, me prometió que reconstruiría la capilla, pero no lo hizo".

"Enséñame el interior, padre William", ordenó Gavin, avanzando a grandes zancadas hacia el edificio.

"Sí, por supuesto", respondió el escuálido clérigo, corriendo para seguirle el ritmo. "Aunque que me cuelguen si encuentras allí algo que te interese".

Gavin dejó pasar aquel comentario, aunque la actitud del sacerdote era, cuando menos, curiosa. El padre William abrió de un tirón la gruesa puerta de roble.

"No como antes. Sin fe. Sin sentido del deber. Desde la muerte de Sir John, he visto cómo casi todos sus campesinos... tus campesinos... recogían a sus pequeños y se trasladaban a las tierras del conde de Athol, al norte".

Pero no todos se habían ido, pensó Gavin. No todos. Uno de ellos, estaba completamente seguro, era el "fantasma" que rondaba el ala sur.

Antes, cuando Gavin había entrado en el estrecho pasadizo de la pared del estudio, había encontrado fácilmente la escalera que conducía al piso superior. Evidentemente, las habitaciones de arriba habían sido diseñadas y amuebladas con comodidad, pero ahora estaban destrozadas. Recorrió las habitaciones con mucho cuidado para evitar que se repitiera el desastre que había estado a punto de sufrir en el estudio. Finalmente, había llegado hasta la habitación de la torre, donde había visto cerrarse la persiana.

Allí, el lecho de paja, un trozo de manta quemada, algunos harapos y un cuenco de madera le indicaron que había acertado. Alguien se había refugiado en la torre, y probablemente había encontrado el camino hacia el castillo y sus pasadizos desde las cavernas de abajo.

Si lo que acababa de decir el sacerdote era cierto, Gavin sabía que aquel desconocido tenía que ser un campesino. El de las Tierras Bajas había investigado los pasadizos que pudo en el ala incendiada, pero había aplazado a regañadientes la exploración de los túneles que conducían abajo. Necesitaría una antorcha, y preferiblemente un guía, para aquella pequeña expedición.

De hecho, pensó, ahora le vendría bien una antorcha. La capilla, oscura y mohosa, ofrecía

poco para refutar las palabras del clérigo. Las pocas ventanas, largas y delgadas, apenas proporcionaban luz ni aire al santuario. Ningún ornamento de valor adornaba el altar. Sólo una cruz de madera, tachonada con clavos de hierro, colgaba de la pared sobre él. Eso era todo.

Al examinar el resto del interior, Gavin señaló con la cabeza los escalones que conducían a una oscura alcoba. "¿La cripta?"

"Sí, milord". La nota de desprecio en la respuesta del hombre era evidente y, aunque Gavin no sabía a qué iba dirigida, se estaba cansando rápidamente del hombrecillo.

"Coge una vela".

Cuando el sacerdote regresó con una luz, Gavin empezó a bajar los escalones hacia la cripta. Era una cámara baja y cuadrada, con tumbas de piedra alineadas en las paredes. Algunas estaban adornadas con efigies de caballeros, con sus espadas talladas en piedra a su lado. Mientras William seguía comentando la relativa superioridad de las generaciones pasadas, Gavin descubrió la puerta baja que daba a otra zona y, cogiendo la vela, se dirigió a la parte más nueva de la húmeda cámara.

"Sir Duncan mandó construir esta parte antes de que yo estuviera aquí. Ésa es su tumba, con la piedra tallada. Sus hijos nunca tuvieron mucha oportunidad de planificar sus propios entierros".

"¿Dónde están Sir John, su mujer y su hija?"

El rostro de William parecía amarillento y bastante malsano a la vacilante luz de la vela, y pareció dudar antes de responder. Hizo un gesto con la cabeza.

"En el kirkyard, mi señor".

Gavin se quedó mirando al hombre un momento. "Quiero ver dónde los has puesto".

"Sí, por aquí".

Mientras él y el sacerdote volvían sobre sus pasos, Gavin consideró lo que supondría volver a introducir en la cripta a los anteriores lairds y a sus familias.

El sol que había aparecido brevemente a primera hora de la tarde había vuelto a ser engullido por las nubes. Mientras Gavin miraba por encima del bajo muro que separaba el kirkyard de los escarpados acantilados sobre el lago, pudo ver la tormenta al oeste que se cernía sobre Cairn Liath y Cairn Ellick, ocultando sus cumbres en una nube. El viento se había levantado considerablemente y las aguas del lago Moray eran ahora una agitada masa de olas blancas.

Gavin siguió al pequeño sacerdote hasta una gran losa junto al acantilado.

"Aquí, milord", dijo bruscamente el padre William. "Los pusimos aquí. Lo bastante cerca de los hermanos de Sir John. Yacen allí". El hombre señaló otras dos losas no muy lejos. Sir John quería trasladar a sus hermanos al interior de la cripta. Como puedes ver, el buen Señor no tuvo a bien darle tiempo para ello".

Gavin volvió la vista hacia la gran losa que tenía ante sus pies. "¿Dices que los tres yacen aquí?"

La incómoda pausa en la respuesta del sacerdote fue evidente, y el nuevo laird volvió su mirada hacia el hombre.

"¿Yacen aquí?", repitió.

"Sí, por lo que sabemos".

"¿Quemaron los cuerpos?" preguntó Gavin.

"Sí", respondió el sacerdote con disgusto. "Eran como los propios demonios del infierno. Todos quemados. Todos perdidos..." La voz del hombre se entrecortó. "Eran muchos. El ala estaba llena de los sirvientes de Sir John y de las doncellas de las damas..."

El padre William vaciló y se detuvo. Gavin se agachó ante la losa y puso una mano sobre la

tumba. La sintió extrañamente cálida al tacto. Al cabo de un momento, el sacerdote continuó.

"No pudimos distinguir a uno de otro. No encontramos a nadie en los aposentos del laird ni en la habitación de mistress Joanna. La mayoría de los cadáveres yacían amontonados en el hueco de la escalera. Creemos que algunas de las doncellas intentaron saltar al lago". El sacerdote desvió la mirada hacia las turbulentas aguas. Las gotas de lluvia empezaban a salpicar las piedras que los rodeaban. "Encontramos rastros de sangre y sábanas desgarradas en los acantilados, pero ningún cadáver. Parece que todos los demás huyeron hacia los corredores. Allí los encontramos. Todos carbonizados y amontonados".

"¿Pudiste reconocerlos?" Gavin se puso en pie.

El hombre negó lentamente con la cabeza. "No. Sin embargo, el laird era un hombre de buen tamaño, por lo que podíamos estar bastante seguros de él, y su cuerpo yacía aparte, con dos mujeres a su lado. Así que envolvimos a esas tres y las colocamos aquí. El resto... el resto lo enterramos allí".

Gavin miró en la dirección que señalaba el sacerdote. En la esquina del kirkyard se veía una docena de tumbas con hierba nueva brotando sobre los montículos de tierra. El hombrecillo caminó inseguro hacia las tumbas y se quedó mirando una que estaba ligeramente separada de las demás. La lluvia empezaba a caer con más fuerza, pero ninguno de los dos se dio cuenta.

"¿Quién está enterrado en esa tumba?" preguntó Gavin, siguiendo la mirada del otro hombre. "¿La que está alejada de las demás?"

"¿Quién?" La cabeza del sacerdote se giró hacia las otras tumbas, sus ojos evitaron la mirada del laird. "Pues, uno de los sirvientes".

"¿Por qué está separado? Si todos murieron juntos, ¿por qué enterrar a éste aparte?"

"Porque no se quemó como las demás", respondió William irritado. "Era una de las sirvientas de lady MacInnes, y se rompió el cuello saltando desde una ventana de la torre".

"Quizá una forma mejor de morir", dijo Gavin en voz baja, mirando atentamente la tumba cuidadosamente cuidada. "¿Cómo se llamaba?"

"¿Su nombre?" El sacerdote se pasó la mano por los ojos. "No lo recuerdo".

Un rayo iluminó el cielo.

"Iris", soltó rápidamente. "Eso es. Iris, creo que era".

Un trueno retumbó tras el destello anterior. Un movimiento junto a la capilla atrajo la atención de Gavin. Una mujer estaba de pie sosteniendo sábanas dobladas en las manos. Gavin la reconoció como Margaret, la hermana muda del mayordomo.

El hombrecillo murmuró algo que Gavin pensó que debía de ser una disculpa y se apresuró a acercarse a la mujer.

El Lowlander volvió a centrar su atención en las tumbas que tenía a sus pies. La muerte era algo a lo que no era ajeno. Mientras el laird contemplaba los montículos de tierra, se le ocurrió que perder a sus seres queridos era algo a lo que se había enfrentado toda su vida. Es extraño, pensó, que cierto dolor nunca termine.

Nunca conoció a su madre. Ella había muerto al traerle a esta vida. Su padre y sus dos hermanos mayores le habían enseñado un tipo de amor basado en la lealtad, la fuerza y el valor. Pero los tres habían sido abatidos en un solo día, luchando contra los ingleses en Flodden Field. Él mismo había sido herido aquel día. Él mismo se había enfrentado al crudo rostro de la muerte. Y si no hubiera sido porque Ambrose Macpherson le salvó la vida, con toda seguridad habría sido degollado por los carroñeros del campo de batalla.

Aunque ése no había sido su destino aquel día, se preguntaba ahora -como se había preguntado a menudo desde aquel día- si la muerte encerraba el único fin del dolor.

Gavin volvió a la losa, ahora casi negra por la lluvia que caía. Pequeñas volutas de vapor, como almas liberadas, surgían de la superficie.

Mirándolas fijamente, pensó en otra tumba. En su mente vio a Mary, con el pelo oscuro revoloteando alrededor de su pálida piel al viento del verano. Había sido la única mujer a la que había permitido acercarse a él. Extraño, pensó, había pasado casi toda su vida al servicio de su rey. Un hombre de acción, un hombre de guerra. Había visto mundo y había conocido el lecho de muchas mujeres. Pero con María había conocido algo más. Había conocido el anhelo de dos almas, la apertura de los corazones. Pero entonces ella también murió. Su vida se apagó ante sus ojos. Le fue arrebatada, como todas las que había amado.

De repente, la lluvia empezó a caer con fuerza. Impulsada por el viento, le azotaba la cara.

De nuevo, mirando la oscura piedra que cubría la tumba, Gavin sintió el fuego moribundo en su corazón y conoció la fría miseria de su vida.

Pues la muerte aguardaba a quien tuviera la mala suerte de ser amado por Gavin Kerr.

Capítulo Cinco

TENÍA FRÍO. Era desgraciada. Era un hombre odioso. Le había quitado su refugio.

Maldiciéndole, Joanna salió del agua oscura del lago subterráneo. Temblando, subió por la extraña formación rocosa en forma de escalera hasta la losa plana de piedra donde había dejado su ropa "nueva". Metiéndose en el turno, levantó el vestido que había conseguido robarle a Gibby, el cocinero, esta misma noche.

Joanna volvió a mirar las manchas oscuras de la roca, cerca de donde había depositado el vestido, y miró hacia la oscuridad del techo de la caverna, muy por encima de ella, preguntándose qué podría haber producido semejante marca en la roca. Encogiéndose de hombros, dirigió sus pasos hacia el pequeño fuego que había al otro lado de la caverna, donde había hecho una cama con juncos y paja robados de las cocinas.

Recogiendo su vieja muda de la cama, Joanna le arrancó una tira y se la ató a la cintura. Al echarse la raída capa sobre los hombros, sintió que el calor se extendía lentamente por ella y, un momento después, apartó a un lado su largo y dorado cabello, escurrió el agua y se peinó con los dedos. Luego, con un profundo suspiro, se agachó lo más cerca que pudo del pequeño fuego.

Observando distraídamente cómo la luz de la llama bailaba contra el techo y las paredes de la caverna, la vista de Joanna se fijó de repente en lo que parecían marcas en la pared de la caverna, no lejos de donde estaba sentada. Cogió un palo ardiendo del fuego, se acercó a la pared y levantó la antorcha improvisada. Apenas podía distinguir unas figuras: una cruz y, debajo de ella, la figura de una mujer postrada en un palo. No muy lejos, a la altura de la mujer, se veía otra figura de palo agarrando lo que parecía una cabeza por el pelo y, en la otra mano, un gran cuchillo. Extraños dibujos, pensó, sintiendo un escalofrío que le recorría el cuello y el cuero cabelludo.

Caminando de vuelta hacia el fuego, se planteó seriamente quién podría haber pintado las figuras. Parecían obra de un niño. Ya había tan pocos niños.

Sentada de nuevo junto a la pequeña hoguera, Joanna utilizó más tiras de su turno para envolverse las manos llenas de cicatrices. Luego dejó que su mente recordara todo lo ocurrido.

A última hora del día, cuando se había arrastrado tan cerca como se atrevió en la oscuridad oculta de los túneles, había oído el ruido de los hombres en el ala sur del castillo. El nuevo laird parecía haber puesto a trabajar a todas las manos disponibles en el castillo de Ironcross para retirar los escombros. Pero al hacerlo, el maldito Lowlander le estaba quitando la poca seguridad y comodidad que tenía. El sonido de las hachas cortando la madera quemada y el desgarrar del yeso se habían filtrado hasta ella. Pero entonces, por fin, cuando todo había quedado en silencio durante la noche, Joanna había regresado a través de los pasadizos hasta su habitación en la torre en busca de lo que pudiera salvar. Todas sus escasas posesiones, incluso el harapo que llevaba

como vestido, habían sido vaciadas.

Nada había ido bien desde que había llegado. Nada. Joanna intentó ignorar el rugido de su estómago. Incluso su incursión en la cocina esta noche había sido un fracaso. Bueno, no un fracaso total. Deslizándose por la oscura cámara, había tenido la suerte de tropezar con aquel viejo vestido, doblado en un banco de la esquina. Al menos, no tendría que rondar por el castillo vistiéndolo sólo su turno.

No es una imagen reconfortante, pensó, juntando las rodillas contra el pecho. Se le nubló la cara. Tenía poco más de quince días antes de la luna llena. Pocos días para armarse de valor y llevar a cabo su plan de venganza. Pero hasta entonces, no se quedaría de brazos cruzados y dejaría que ese usurpador de las Tierras Bajas arruinara su existencia. Ni un poco, pensó, animada.

Desde que era pequeña, había oído hablar de la maldición de Ironcross. Había oído a las mujeres hablar de sus fantasmas. Ahora conocía la verdad.

Pero en cuanto a los fantasmas, este Lowlander debe de estar oyendo algunos de los mismos cuentos.

Un brillo travieso asomó a sus ojos. Que se levanten las sombras, pensó. Que los fantasmas de Ironcross enseñen a este laird una lección sobre cómo molestar a un espíritu.

Aún con la ropa mojada, Gavin miró a través de una de las pequeñas ventanas abiertas hacia la oscuridad absoluta de la noche sin luna. Durante el día, se podía ver el lago desde esta cámara, así como el sendero de colinas que conducía hacia el sur, hacia la abadía. En una noche como ésta, ni siquiera se podía ver el desfiladero salpicado de rocas que había debajo, y el único sonido era el repiqueteo de la lluvia y el eco ocasional de un trueno lejano.

No debía ser molestado, había dicho antes de retirarse a la cámara del maestro de la Vieja Torre del Homenaje. Por la mañana, Andrew cabalgaría hacia el norte, a Elgin, y reuniría suficientes carpinteros para reconstruir el ala sur del castillo, y un cantero para construir las tumbas de la familia de sus predecesores.

Sí, para ti, pensó, volviéndose hacia el retrato de Joanna MacInnes, apoyado en un arcón junto al fuego.

Gavin apartó la mirada de sus ojos despiertos y vibrantes y se quedó mirando su cena, intacta en la mesita junto al fuego. De todo lo que había ocurrido aquel día, su visita al kirkyard había sido lo más inquietante de todo. Tantas tumbas recientes. Y tantas que habían muerto tan jóvenes. No podía deshacerse de la melancolía que se había apoderado de su alma mientras permanecía de pie bajo la lluvia impulsada por el viento.

Despojándose del tartán mojado, la camisa y la falda escocesa, el laird amontonó la ropa sobre el hogar. Contempló el fuego un momento, pero cuando se sentó y se quitó las botas, los ojos de Gavin volvieron a fijarse en el rostro de Joanna MacInnes. ¿Qué había en aquella mujer que le obsesionaba tanto?

Gavin retiró la manta de su cama y se metió entre sus sábanas. Recostado con una mano apoyada detrás de la cabeza, miró fijamente su rostro a través de la habitación. Ahora se alegraba de haber dicho a sus hombres que hicieran traer aquí el cuadro, en lugar de envolverlo inmediatamente para prepararlo para el viaje de vuelta a Lady MacInnes. Era egoísta, lo sabía, retrasar la petición de la anciana. Pero al contemplar el retrato se dio cuenta de lo deslumbrante que había sido Joanna MacInnes.

Y se dio cuenta de lo fácil que habría sido caer bajo su hechizo.

Había algo mucho más poderoso que su belleza que le cautivaba. No, había conocido a muchas mujeres hermosas. Había misterio en la profundidad azul violeta de sus ojos, en la insinuación de una pregunta que flotaba en los bordes de sus labios carnosos. De un secreto encerrado en su corazón.

Y luego estaban los seductores tonos marfil de su piel. Acarició con los ojos el suave oleaje de unos pechos firmes y jóvenes que se elevaban por encima de su vestido brocado. De repente, Gavin sintió que sus entrañas se agitaban al imaginar la sensación de sus labios sobre ella...

"¿Estás loco?" empezó, apartando los ojos del retrato y rodando para alejarse de la luz. Debe de estar loco de remate, decidió, apretando los dientes. Excitado por una mujer muerta hacía mucho tiempo.

Joanna se detuvo silenciosamente en la cuña del panel abierto y escuchó atentamente el sonido de su respiración. Estaba dormido -ella estaba segura-, tumbado boca abajo en la gran cama, con las cortinas corridas en la noche de verano. Tenía la cara vuelta hacia ella. Aun sabiendo exactamente lo que quería hacer, no se atrevía a moverse. Todavía no.

Mechones de pelo negro le habían caído sobre los ojos. Su rostro apuesto y cincelado era severo y preocupado, incluso cuando dormía. Los labios de Joanna se entreabrieron y la respiración se le entrecortó en el pecho cuando sus ojos recorrieron el resto de su cuerpo. La manta sólo conseguía cubrirle la parte inferior de la espalda y una de las piernas. Sintió que le subía el calor a la cara al ver los músculos nervudos de su ancha espalda y sus gruesos brazos llenos de cicatrices. En lo más profundo de su vientre, empezó a surgir otro calor, un calor salvaje y fundido que la asustó por su brusquedad y su potencia. Joanna apartó rápidamente los ojos.

Asombrada de que respondiera así ante la mera visión de un hombre, Joanna se sintió cada vez más enfadada y se reprendió en silencio. Eso es justo lo que necesitas ahora, pensó con reproche. Un momento de cordura. Sacudiendo la cabeza, miró a través de la cámara.

El cuadro estaba allí. De algún modo, sabía que estaría allí. Caminó en silencio sobre la alfombra tejida que cubría el suelo y se detuvo a cada paso. Deliberadamente, apartó de su mente cualquier pensamiento sobre las consecuencias de ser descubierta. A medida que avanzaba hacia el fuego, se estremecía ante la sensación de peligro que ahora se apoderaba de ella. Interpretar al fantasma, por alguna razón, parecía merecer el peligro de ser capturada.

Al llegar a la chimenea, vio la bandeja llena de comida y se encogió ante el súbito gruñido que emanaba de su estómago vacío. Lanzando una mirada nerviosa por encima del hombro, se quedó mirando, esperando. Pero él no se movió.

Bueno, lo primero es lo primero, pensó, envolviendo el pan y la carne en el paño de lino de la bandeja. El olor de la comida le hizo la boca agua, pero luchó contra el impulso de comérsela inmediatamente. Tenía una tarea que cumplir, y el vestido de la cocinera estaba claramente diseñado para ser práctico más que para ir a la moda, así que Joanna se metió la cena, así como la copa vacía, en el enorme bolsillo.

Con las dos manos libres, cogió el cuadro y se lo metió tranquilamente bajo un brazo. Volvió a mirar cautelosamente en su dirección y empezó a retroceder, pero estuvo a punto de tropezar con un montón de ropa mojada.

Balanceando el retrato contra su pierna, recogió las prendas y las extendió, una a una, sobre

la mesa y la silla para que se secaran. Es increíble, pensó con ironía, cómo vivir sin las comodidades de un hogar durante medio año puede cambiar la perspectiva de uno sobre los privilegios de la vida cotidiana.

Y además, pensó ella, cogiendo el cuadro y volviendo a cruzar la habitación hacia el panel, por la mañana él no pensaría del todo mal de su fantasmal visitante. Es cierto que le había quitado el cuadro y la cena. Pero, al menos, había hecho una buena obra.

Cuando se acercó al panel, se quedó inmóvil cuando el gigante de pelo negro rodó sobre su espalda. Joanna estaba a un paso del panel, pero no se atrevió a moverse. El olor a lana húmeda y caliente recorrió la cámara y observó, petrificada, cómo la mano del hombre empezaba a moverse lentamente sobre las sábanas. Por el rítmico subir y bajar de su pecho, Joanna supo que seguía durmiendo, y rezó para que su estómago no gruñera ahora.

Pero antes de que pudiera deslizarse por el panel, el gigante dormido pateó inquieto las mantas, y el corazón de Joanna se detuvo.

Ella miró, se ruborizó y huyó.

Al oír el rugido del furioso laird, los largos bancos de las mesas de caballete se despejaron en un instante.

Inmóviles en el estrado, los tres guerreros vieron a Gavin Kerr entrar en el Gran Salón. Sus ardientes ojos negros se clavaron en ellos.

"Cobardes", susurró Peter en voz baja mientras los hombres que habían estado en la comida de la mañana se dirigían en masa hacia la puerta... y fuera del alcance de su furioso amo.

"¿Qué has hecho ahora, Peter?" preguntó Edmund en voz baja, frunciendo el ceño hacia el hombre corpulento que tenía a su lado. "Dínoslo ahora para que podamos pensar una respuesta".

"Nada", respondió, con una rápida mirada de súplica a Edmund y Andrew. "Nada que deba irritarle tanto. Yo sólo..."

"Así que los tres habéis decidido haceros los tontos", rugió Gavin, levantando uno de los largos y pesados bancos como si fuera una ramita, y cargando hacia el atónito trío.

Sujetando el banco por el cuerpo, el laird empujó a los guerreros sobre la mesa cargada de comida con la fuerza de un toro enfurecido, lanzando comida y bebida en todas direcciones e inmovilizando a los tres de espaldas en el lado opuesto.

"¿Así que crees que estoy de humor para bromas?". Ninguno de los tres se atrevió siquiera a respirar, sino que se limitaron a mirar fijamente al hombre sentado sobre sus pechos. "¿Así que vosotros, canallas, no tenéis nada mejor que hacer que bromear conmigo?".

"¿Una bagatela, milord?" Edmund se estremeció cuando Gavin se volvió repentinamente hacia él.

"Sí, nimiedad. Y os retorceré esos gruesos cuellos con mis propias manos a menos que uno de vosotros me lo devuelva en este instante".

Los tres habitantes de las Tierras Bajas miraron confundidos a su amo, y la penetrante mirada de Gavin pasó de uno a otro.

"¿Es eso, milord?" preguntó finalmente Pedro.

"Así que eras tú", gritó el laird, agachándose y agarrando a Peter por el cuello. "De mente ágil e igual de rápido para crear problemas. Debería haberlo sabido. Aburrido ya, sin duda. Espero que cualquier emoción anime las cosas. Yo te animaré las cosas. Te desenvainaremos, te descuartizaremos y clavaremos tu lengua en la puerta del castillo".

Gavin descargó todo su peso sobre Peter y apretó con fuerza el cuello del guerrero mientras los otros dos salían de debajo del banco.

"Te daré una última oportunidad, bulldog ladrón. ¿Dónde diablos lo has metido?"

Andrew, de los tres el más parecido a Gavin en tamaño, fue el que pudo arrancar a Peter del agarre del laird.

"Mi señor", rugió, retrocediendo de un salto cuando la cabeza de su amo giró en su dirección. Gavin le fulminó con la mirada.

"Creo", continuó Andrew. "Creo que ninguno de nosotros tiene ni idea de lo que os estáis perdiendo".

Los tres hombres asintieron al unísono.

"Ni idea, milord", añadió rápidamente Peter. "No soy culpable de ningún delito".

"¿No te pasa nada?" exclamó Gavin, con la sospecha grabada en el rostro mientras miraba a su hombre.

"Bueno, en broma podría haber dicho...". Peter se sonrojó. "Bueno, milord, yo... bueno, se me fue un poco la lengua anoche por el hecho de que pasaras una noche en compañía de mistress Joanna".

"Sólo era una broma sobre el retrato. Sólo hablaba la cerveza", añadió Edmund. "Y todos... quiero decir, nadie se rió, milord".

"Sí, casi nadie", convino Andrew solemnemente. "No pretendía faltáros al respeto más de lo habitual, milord".

Gavin agarró la barbilla de Peter. "¿Y fue la cerveza, supongo, lo que te permitió entrar en mi cámara?".

Los tres negaron con la cabeza.

"No, mi señor", respondió Pedro.

"Fue la cerveza la que se llevó el cuadro". Gavin clavó la mirada en el rostro perplejo del hombre. "No intentes negarlo, Peter. *Tuviste* que ser tú".

"Y tú, Edmund", dijo el laird, levantándose del fornido pecho del hombre y dando un paso hacia el alto guerrero pelirrojo. Edmund retrocedió de inmediato, y Peter se puso rápidamente en pie. "Lástima que no te hayas atragantado con mi cena. Aunque, ahora que lo pienso mejor, probablemente diste de comer con ella a los perros".

El hombre negó en voz alta y dolorida, pero Gavin le hizo un gesto para que se marchara y se volvió hacia Andrew, que permanecía de pie, con aspecto totalmente desconcertado.

"Y tú también, Andrew. Sin duda alentado por ellos dos en tu primera incursión en el crimen contra mí".

"No, mi señor", replicó el hombretón.

interrumpió Gavin con frustración. "Ni siquiera se te ocurrió nada vicioso, como a tus compinches de aquí, así que colgaste mi ropa mojada junto a la chimenea. Te conozco, Andrew. ¿No fue eso lo que ocurrió? Bueno, por tus esfuerzos, ahora las malditas cosas huelen a oveja chamuscada, que lo sepas".

Mientras Gavin tomaba aliento, Edmund intentó rápidamente decir algo. "Milord, juro sobre la tumba de mi difunta madre que no tuvimos nada que ver con...".

"No, nada, milord", intervino Peter. "Es cierto que bebimos más que nuestra ración de cerveza, pero anoche -los tres- dormimos aquí mismo, en la Sala".

"Ya sabes que tengo el sueño ligero, milord", añadió Andrew. "Si Pedro hubiera estado tramando algo malo, yo habría estado despierto y en su garganta...".

"Ah, ¿así que soy yo el alborotador, dices?". Pedro se volvió furioso contra Andrés.

"Sí, lo eres". respondió Andrew con sencillez. "Y lo sabes".

Mientras los dos hombres se enfrentaban, Gavin se dio cuenta de repente de que el resto de los hombres, incluido Allan el mayordomo, se habían acercado cautelosamente, formando una multitud a su alrededor.

Sin embargo, antes de que se pudiera pronunciar otra palabra, el sonido de unos gritos atrajo la atención de todos hacia la entrada del Gran Comedor. Gavin se adelantó mientras uno de los jóvenes mozos de cuadra se abría paso sin aliento entre la multitud. Los ojos asustados del joven escrutaron a la multitud y, al encontrar tanto a Gavin como a Allan, su rostro ceniciento reflejó de repente su incertidumbre sobre a quién debía dirigirse.

"¿Qué te pasa, David?". Allan fue el primero en hablar. "Parece como si hubieras visto un fantasma".

"Ha vuelto. Exactamente donde estaba antes".

La Sala quedó en silencio mientras los ojos desorbitados de David escrutaban a la multitud. "Desde que era un chiquillo no he vuelto a creer en ellos. Todas esas historias que cuentan las mujeres sobre fantasmas. Nunca las he creído". Movi6 lentamente la cabeza. "Hasta ahora. Gibby dice que sus ollas traquetean por las noches, que se llevan cosas. Molly jura que oye llorar y gemir a las paredes".

"Ya basta, muchacho. Esas tonterías son para tontos".

"No, Allan". Gavin levantó la mano, acallando la aguda reprimenda del mayordomo. Mirando la cara de asombro del mozo de cuadra, el nuevo laird suavizó la voz. "¿Qué hay de nuevo, David?"

"Pues el cuadro, milord", respondió tembloroso. "El de mistress Joanna".

Gavin miró amenazadoramente a los tres guerreros que tenía a su lado. Pero todos parecían tan desconcertados como el joven trabajador.

"Hemos derribado el resto de la planta del estudio, milord", intervino Allan. "No hay forma de subir".

El joven volvió a mover la cabeza. "Sí, fue algo espeluznante entrar allí y ver su cara mirándonos desde tan alto". David hizo inconscientemente la señal de la cruz. "Quienquiera que lo pusiera allí no necesitaba piernas, milord. Al estar tan alto, debió de volar...".

"Creo que echaremos un vistazo a la obra de este fantasma, David", ordenó Gavin, indicando con la cabeza al hombre que guiara el camino. Allan y toda la multitud lo siguieron detrás.

Cuando entraron en la cámara que había debajo del estudio, David señaló el cuadro que colgaba de nuevo sobre la chimenea. El suelo se había derribado por completo y, a primera vista, parecía como si hubiera que subir volando. Sin embargo, había un estrecho borde de una viga, apenas visible desde el suelo, que corría a lo largo de la pared desde el hogar, pero lejos del panel secreto de la esquina. No podía tener más de dos o tres dedos de ancho, pensó Gavin, descartándolo como posibilidad. No veía forma alguna de que alguien pudiera llegar desde el pasadizo secreto hasta el hogar. Gavin sacudió la cabeza.

"¿Prohibiste el panel?", preguntó el laird, posando su mirada en Allan.

"Sí, mi señor. Hice lo que me pedisteis".

"¿Quién ha pasado la noche aquí?"

Tres de sus hombres respondieron afirmativamente.

"¿Y no viste nada?"

"No", respondió uno mientras los demás negaban con la cabeza.

Bueno, pensó, hasta aquí llegó la posibilidad de que alguien utilizara una escalera para escalar el muro.

Gavin dejó que sus ojos recorrieran los rostros de sus propios hombres y los del Castillo de Ironcross. Ahora todos dependían de él. Las expresiones confusas, el murmullo bajo de miedo le aseguraban que el culpable de este truco no estaba entre ellos. Y eso incluía a sus tres guerreros.

"Bueno, muchachos, si lo peor que puede hacer este fantasma es robar y volver a colgar cuadros, entonces es un tipo inofensivo, sin duda". Las palabras de Gavin provocaron una sonrisa y algunos asentimientos alentadores por parte de los hombres. "Aunque con todo el trabajo que hay que hacer aquí, podría haberse ocupado de forma un poco más productiva".

"Probablemente sea un caballero", dijo Peter en voz baja, lo bastante alto para que todos lo oyeran.

Las carcajadas de Gavin coincidieron con la respuesta de la multitud y disiparon la inquietud que se había apoderado de todos momentos antes. Cuando la multitud se disolvió y la mayoría se dirigió a sus tareas cotidianas, Gavin se volvió hacia Edmund. "Coge escaleras y todo lo que necesites y derriba la maldita cosa".

"Después de quitar el cuadro, milord, ¿dónde lo queréis?". preguntó Edmund. "¿Lo empaquetamos para su viaje?".

Gavin se detuvo un momento antes de contestar y se quedó mirando pensativo la cara sonriente de la pared. Lo honorable sería enviar el retrato a su legítimo propietario. Pero la travesura de anoche no hizo más que aumentar su deseo de conservar el cuadro. Sólo por poco tiempo.

"Llévatelo a mi habitación", ordenó, alejándose. "Ponlo donde estaba antes".

"¿No deberíamos tener a alguien vigilando el cuadro, milord?" le preguntó Edmund. "¿Para evitar que vuelvan a robarlo?"

"¿Por qué?" preguntó Gavin, haciendo una pausa y volviéndose para mirar a los tres. "Ahora que sabemos lo lejos que puede andar ese cuadro, no me preocupa. Además, con Andrew cabalgando hacia Elgin, podré vigilarlos a los dos".

Capítulo Seis

NO UNA OVEJA. Ni una vaca pelirroja. Ni un alma.

Gavin, cabalgando solo hacia la abadía, espoleó a su corcel hasta la cima de la colina rocosa cubierta de brezo. La última niebla se había disipado horas antes, y sólo unas pocas y solitarias volutas blancas manchaban un brillante cielo azul. Pero la tierra que se encontraba ante la mirada del nuevo laird estaba tan vacía como la bóveda celeste.

A su derecha, las aguas del lago se curvaban hacia el oeste. Más allá de la línea de picos en la distancia, Gavin sabía que el río Spey fluía hacia el mar. Y elevándose sobre el Spey, quizá sólo a uno o dos días de distancia, se encontraba el castillo de Benmore, hogar del clan Macpherson. Girando el cuerpo, Gavin volvió la vista sobre el terreno que había recorrido.

Por encima de las colinas, pudo ver el castillo de Ironcross, escarpado y orgulloso en su elevado terreno con vistas al lago. Sería una buena posesión, decidió, una vez que reconstruyera el ala sur. Y una vez que hubiera disipado las viejas creencias en su maldición.

El gigante de pelo negro volvió la mirada hacia el norte. A la deriva en el cielo, sobre la siguiente colina, pudo ver un halcón volando en círculos y suspendido en la brisa ocasional. Mientras lo observaba, el depredador se precipitó repentinamente hacia el suelo, desapareciendo tras una cresta escarpada. Al norte, el conde de Athol era el vecino más próximo de Gavin. Gavin lo había visto en varias ocasiones. Era pariente del rey... y un hombre extraño, este John Stewart.

Dejando de lado sus pensamientos sobre Athol, volvió a centrar su atención en la dirección de la abadía. El lugar se hallaba en un pequeño valle que ascendía desde el lago. No estaba lejos, le había dicho Andrew.

Al pie de la colina, junto a una arboleda de altos árboles, Gavin divisó un puñado de chozas apiñadas. Al girar su corcel ladera abajo, el nuevo laird se sintió decepcionado al ver que las viviendas estaban desiertas. Había esperado encontrar gente de la granja en este viaje a la abadía, pero hasta el momento no había encontrado nada en sus tierras salvo escarpados afloramientos rocosos y las amplias aguas vacías del lago Moray.

Cuando Gavin llegó a la cresta de la siguiente colina, detuvo su corcel. Al pie de la ladera, junto a un ancho arroyo serpenteante, se hallaba la abadía en ruinas. Extendiéndose desde lo que habían sido las puertas principales, un grupo de veinte o treinta casitas formaba un próspero pueblecito. A este lado del arroyo, un huerto de árboles frutales se extendía en ordenadas hileras por la ladera de la colina, y peludas reses rojas pastaban en un pequeño rebaño en los pastizales. Al otro lado del valle, podía ver rebaños de ovejas recién paridas de buen tamaño. Erguido sobre sus estribos, Gavin dejó que sus ojos contemplaran los campos de grano y otros cultivos que se extendían a lo largo del pequeño y rápido arroyo.

Y vio a hombres y mujeres que trabajaban diligentemente en la tierra.

Los alegres chillidos de los niños atrajeron la mirada del hacendado hacia las cabañas, y Gavin esbozó una sonrisa al ver a una docena de pequeños niños descalzos que corrían persiguiendo juguetonamente a un perro. Allan había mencionado que Joanna sentía predilección por la abadía. Ahora comprendía por qué. Por primera vez desde su llegada, Gavin se enfrentó a la vida.

"¿Lo ves? No todos han entrado al servicio de Athol", dijo el laird en voz alta, acariciando el grueso y musculoso cuello de su corcel. "Bueno, ¿qué te parece si les hacemos una visita?".

Mientras cabalgaba por las arboledas que bordeaban la empinada ladera, Gavin pensó que podía haber atraído a aquella gente a la abadía en ruinas. Desde luego, este valle no era más adecuado para la agricultura o el pastoreo que las tierras que rodeaban el lago. Tendría que atraerlos de vuelta, de algún modo, aunque quizá estarían más que dispuestos a venir, si vieran que el nuevo laird de Ironcross no estaba a punto de caer ante alguna maldición.

Les daría tiempo. Al fin y al cabo, aquellas tierras formaban parte de sus dominios tanto como las que rodeaban el castillo. Era sólo la distancia lo que deseaba poder eliminar. Tener la bulliciosa actividad de un clan trabajador a su alrededor, eso era lo que echaba de menos.

Al salir de los árboles y entrar en uno de los pastos superiores, Gavin frenó alarmado a su montura.

No quedaba ni un solo hombre, mujer o niño en los campos, pastos o aldeas. Donde había visto a los trabajadores dedicados a sus tareas, ahora había aperos de labranza desechados. Alerta ante posibles problemas, instó a su semental a avanzar lentamente. Fuera lo que fuese lo que había sobresaltado a esta comunidad, Gavin no veía señales de ello. Al acercarse a la aldea, echó un vistazo a los huertos recién trabajados, a las cestas de verduras abandonadas en la huida. Antes de abandonar el Castillo de Ironcross, se había atado la vaina de su espada a la espalda, y ahora se echó la mano al hombro para aflojar el arma.

El pequeño camino que conducía a la abadía en ruinas estaba inquietantemente silencioso hasta que, con un gruñido y un ladrido asustado, un perro agitado se abalanzó sobre el caballo de Gavin desde una de las primeras casitas. El solitario animal era la única señal del grupo de niños que le habían perseguido tan juguetonamente hacía unos instantes. Sin detenerse, Gavin habló bruscamente al can y, mientras caballo y jinete seguían adelante, el animal se retiró a la cabaña que había defendido con tanto valor.

En lugar de detenerse en una de las chozas y buscar a los campesinos que vivían allí, el laird decidió cabalgar directamente hacia la abadía. Tanto si estaban escondidos en las cabañas como si habían huido a los árboles más allá de los huertos, Gavin estaba seguro de que sus ojos estaban sobre él. Podía sentir su presencia y su miedo. Se escondían de él y la alarma que había causado su llegada a la aldea le perturbaba enormemente. Intentó recordar todo lo que Andrew había dicho sobre su visita al lugar. *Una extraña falta de gente de la granja*. Evidentemente, habían respondido a su hombre del mismo modo que habían respondido a él. Simplemente habían desaparecido.

Más allá de lo que habían sido las puertas de la abadía, Gavin pudo ver los muros en ruinas de la kirk. Aunque gran parte de la piedra de los muros de la abadía se había utilizado, al parecer, para construir las cabañas del pueblo, los muros de la kirk se alzaban por encima del resto. Sin embargo, el edificio carecía de tejado y era evidente que llevaba siglos sin utilizarse. A un lado de la iglesia había un círculo de cabañas de piedra, más rudas que las casas de paja del pueblo, y cuando Gavin pasó junto a la primera, vio a la anciana.

Estaba sentada en una piedra, echando ramitas al fuego. Unas llamas amarillas lamían el fondo de una pequeña olla. Gavin desmontó, tirando las riendas de su caballo por encima de la

rama de un roble matorral, y se acercó a ella, observando atentamente cómo ni una sola vez levantaba la cabeza ni lo reconocía de ningún modo.

"Que tengas un buen día", dijo Gavin agradablemente.

Finalmente, mientras seguía trabajando, los ojos grises de la anciana se alzaron lentamente y se fijaron críticamente en su rostro. El montañés le devolvió la mirada apreciativa con la suya propia. Llevaba un velo blanco, pero la única señal de su vocación religiosa era una cruz colgada del cuello con una correa de cuero. Su mirada directa le decía que no le temía, aunque más allá de eso, una expresión cautelosa ocultaba cualquier indicio de las emociones que se escondían tras ella.

Se detuvo ante su fuego y se agachó frente a ella. "Tu cara es la primera alegre que encuentro desde que salí de Ironcross esta mañana".

El arqueo de una fina ceja y una mirada entrecerrada le hicieron retractarse. "Muy bien", dijo. "La tuya es la *única* cara con la que me he cruzado desde que salí esta mañana".

Bajó los ojos, al parecer dirigiendo toda su atención a preparar el fuego.

"¿Eres Mater?", preguntó sin rodeos.

"Lo estoy". Su voz era fuerte, segura.

"Soy Gavin Kerr", respondió. "Vengo de..."

"Sé quién eres, laird -interrumpió ella, volviendo a dirigir sus ojos grises hacia el rostro de él. La penetrante cualidad que emanaba de sus profundidades dio a Gavin la impresión de que ella conocía algo más que su identidad.

Enseguida se dio cuenta de que no era una mujer para charlas triviales. También supo que no era una mujer a la que se pudiera interrogar. Había algo muy diferente en Mater, y sabía en su fuero interno que sería difícil conquistarla. Y era cierto que *quería* conquistarla. Era la primera alma de fuera de Ironcross con la que se había cruzado, pero como líder religioso de la región, ahora mismo era muy importante para Gavin que ella aceptara su lairdship. Por lo que le habían contado los del castillo, estaba claro que la forma de ganarse la confianza de su gente era a través de Mater.

La atención de Mater estaba centrada en su tarea. Mientras removía el contenido de la tetera, la imagen de Joanna MacInnes apareció en la cabeza de Gavin. Era tan extraño que no podía quitársela de la cabeza. Esta mañana, antes de partir del castillo de Ironcross, había seguido su impulso y había vuelto a su habitación simplemente para contemplar de nuevo su retrato. Estaba allí donde Edmund lo había devuelto, sobre la chimenea.

Gavin estaba seguro ahora de que ninguno de sus hombres se había llevado el cuadro. Sabía que los tres guerreros habrían disfrutado más regodeándose de su osada maniobra que robando el retrato de su cámara. Pero todo aquello seguía desconcertándole. Era tan extraño que alguien se tomara la molestia de robar aquel cuadro y volver a colocarlo donde siempre había estado. El acto no tenía ningún propósito.

Gavin sacudió la cabeza e intentó apartar los ojos del fuego.

"Ella vendría aquí, ya lo sabes, y haría exactamente lo que tú has hecho".

Las palabras de Mater atravesaron los pensamientos de Gavin como un rayo. Levantó los ojos y la miró fijamente a los ojos grises. "¿Quién?", preguntó inseguro.

Los ojos de Mater se desviaron hacia la dirección por la que había venido. "Venía sola hacia nosotros, cabalgando colina abajo. Bajaba de su yegua y caminaba hasta este fuego y se sentaba tan silenciosamente ante él. Igual que estás haciendo tú ahora".

¿Cómo podía saberlo? se preguntó. ¿Cómo podía mencionar el nombre de Joanna cuando él acababa de pensar en ella? Por lo que Mater sabía, nunca había conocido a la joven. A pesar de

lo que su corazón intentaba decirle, nunca la había visto. Miró a la anciana a través del fuego. Gavin sabía que quien puede leer los pensamientos puede ser un amigo poderoso... o un enemigo aún más poderoso.

"Tu alma está atormentada, laird", añadió. "Pero la suya estaba tan profundamente atormentada como la tuya".

Su rostro se ensombreció y sus ojos se entrecerraron. En cuanto a sus palabras sobre él, Gavin sabía que sus rasgos reflejaban la sombría expresión que llevaba dentro. Pero lo que dijo sobre Joanna le alarmó. Aquel retrato era una imagen de juventud, felicidad y esperanza.

"¿Eras su confidente?", preguntó. "¿Su consejero?"

"Para ella, yo era Mater".

Su simple declaración era poderosa, pero él no estaba convencido. "Una casa de sirvientes me dice que era feliz", recalcó. "Y sin embargo..."

"Los que la conocían bien han muerto".

"¿Y tú eres la última persona viva que puede contarme más cosas sobre ella?"

"No, no la última", dijo enigmáticamente, sacudiendo la cabeza. "Pero hubo un tiempo en que escapaba de Ironcross y se refugiaba aquí. Sí, muchas veces pasábamos unas horas junto a este fuego... aquí, en la abadía".

Los ojos de Gavin se desviaron hacia las manos de la mujer mientras removía el contenido de una tetera que ahora hervía a fuego lento. "¿Cuál era el motivo de su desdicha?"

No respondió a su pregunta, sino que cogió un cuenco de madera.

"¿Cómo puede una mujer de su edad y lugar estar plagada de una pena tan profunda como...?". Gavin cortó sus propias palabras.

"¿Tan profundo como el tuyo?", terminó. "No, laird. ¿Cómo podría un *hombre* en tu lugar y posición ser tan torturado como *ella*?"

Sumergió el cuenco de madera en la tetera. Extendiendo las dos manos sobre el fuego, le ofreció la humeante poción. Gavin la tomó.

"¿Cómo? La miró a los ojos y luego, sorprendido por su propia franqueza, se oyó a sí mismo decir sin rodeos: "Pena".

Cogió la cuchara de madera y siguió removiendo. Gavin se llevó el cuenco a los labios.

"Un hombre que oculta su pena", dijo, "no encontrará remedio para ella".

Gavin hizo una pausa. "No lo oculto. Simplemente me pregunto si existe algún remedio para ello".

"No has buscado ninguno".

"Quizá no exista remedio".

"¿Qué pasaría si te dijera que tengo la respuesta?"

Se quedó mirando.

"¿Me creerías?"

"Esto es una tontería".

"No me crees".

"No estoy aquí para hablar de mi dolor". Su tono era brusco incluso para sus propios oídos, pero, inesperadamente, vio que los ojos de Mater se suavizaban con comprensión.

"Aprende a llorar, laird, y aprenderás a reír de nuevo".

Al mirarla, se le ocurrió que hablaba como si le conociera desde hacía años. Y a pesar de lo que le gustaba admitir, sabía que, en efecto, ocultaba su dolor bajo su feroz exterior. Gavin la miró más detenidamente. Desde que era un chaval, nunca había llorado. Recordó que una vez se preguntó si, una vez empezado, sería capaz de parar.

Bajó la mirada hacia el cuenco que tenía entre las manos, y sus pensamientos volvieron a Joanna y a su dolor.

"¿Por quién se afligió?", preguntó bruscamente.

"Las respuestas a tus preguntas sobre Joanna MacInnes te esperan en tu torre del homenaje".

Sacudió la cabeza. "Todos los que la conocían de cerca -los que podían responder a cualquier pregunta sobre ella- están muertos. Tú mismo lo has dicho".

Gavin vio cómo la chispa volvía a sus ojos cuando Mater lo miró directamente a los ojos. Esperó a que dijera algo más, pero no lo hizo. Sintiendo el peso del cuenco en sus manos, se lo llevó a los labios. El brebaje era relajante y cálido mientras bajaba.

Pasó un momento mientras Mater observaba su rostro. Gavin le devolvió la mirada y se terminó el caldo, mientras un curioso ceño fruncía la frente de la mujer.

"No todos", respondió entonces. "No están *todos* muertos".

Mirándola fijamente desde detrás del borde rebajado del cuenco, Gavin esperó, con la esperanza de saber más. Pero estaba claro que la anciana había terminado su charla. La observó mientras se ponía en pie y recogía una bolsa que había en el suelo. Gavin sintió que le despedían, pero no tenía ningún deseo de marcharse. Todavía no. Así que él también se levantó y se puso a su lado.

Durante las dos horas siguientes, Gavin caminó con ella mientras recorría las laderas calentadas por el sol que rodeaban el valle. Algo en la forma en que la luz del sol caía sobre el río, las rocas y la hierba -algo en el tiempo que compartieron- le recordó los días que había pasado de muchacho en las colinas que rodeaban la abadía de Jedburgh, en los Borders. No la presionó para que le contara más y ella pareció tolerar su presencia. Él la ayudaba siempre que ella se lo permitía: arrancando alguna raíz rebelde, sujetándole la mochila cuando ella se la dejaba. Pero cuando llegaron a los campos donde Gavin -desde lo alto de la colina- había visto a los aldeanos trabajando la tierra, el nuevo terrateniente se agachó y cogió en la mano una azada desechada.

"¿Por qué se esconden?"

"No confían en ti", dijo. "Tienen miedo".

"¿Pero por qué?"

Volvió sus ojos grises hacia su cara. Podía sentir el sol en la espalda. Pero nunca entrecerró los ojos ni levantó una mano para protegerse de la luz. "¿Por qué eres tan confiada?"

Su voz tenía un tono cortante, y Gavin la miró con el ceño fruncido, intentando comprender qué tenía que ver su pregunta con el miedo abrumador que podía llevar a todo un pueblo a esconderse ante la mirada de un solo hombre.

"Yo *decido* dónde depositar mi confianza", respondió Gavin.

"Aceptaste el caldo de mis manos y lo bebiste sin rechistar".

"No pasaría de una ofrenda de hospitalidad", argumentó.

"Podría haberte envenenado".

"Sí. Podrías haberlo hecho. Pero confié en ti".

"No me conocías".

"Aun así, confío en ti".

"¿Por qué?", casi siseó, haciendo patente la frustración en sus arrugados rasgos.

"Porque no he hecho nada para provocar tu mala voluntad. Porque quería que estuviéramos en paz. No huiste y te escondiste como los demás. Te quedaste fuera y te enfrentaste a mí. Por lo que sabías, podría haber venido a hacerte daño. Pero confiaste en mí, así que yo confié en ti".

"No era confianza, tonto", espetó ella. "No temo la violencia que tú u otro hombre pueda

ejercer sobre mí. A mi edad, no temo a la muerte".

"Yo tampoco", dijo con frialdad.

Se mordió las siguientes palabras y se miraron en silencio. Gavin volvió a hablar.

"He venido a las Tierras Altas en son de paz. Estoy aquí para ser laird, y quiero la confianza de ti y de esta gente".

"Te temen. Te odian".

Sus duras palabras fueron un golpe, pero Gavin se encogió de hombros. "No he hecho nada para merecer su odio".

"Tal vez, señor. Pero los anteriores a ti sí".

Gavin se quedó mirando un momento. Había tanto que necesitaba aprender sobre aquella gente, sobre el Castillo de Ironcross y su pasado. Sus palabras fueron entrecortadas cuando volvió a hablar. "No puedo cambiar lo pasado. Sólo puedo controlar el presente. Sólo puedo trabajar por el bienestar futuro de todos los que viven en estas tierras".

"¡Ja! ¿Crees que puedes controlar el presente?". Ella levantó un dedo y se lo apretó contra el pecho. "No puedes obligarnos a escucharte. No, laird. Tendrás que cargar con el precio de la culpa de tus predecesores. Es demasiado tarde para...".

"No, Mater". La interrumpió, rodeando sus huesudos dedos con su gigantesca mano. Sabía lo fácil que sería aplastarlos con su agarre, y pudo ver en su rostro que ella también lo sabía. Pero se limitó a sostener la mano -con suavidad- y dejó que la carne de su palma calentara la frialdad de sus viejos huesos. "No, Mater. Me ganaré su respeto y su confianza. Me ganaré la tuya".

"Sí, para que nos traiciones".

"Yo no traiciono una confianza", gruñó Gavin. "Eso juro".

Capítulo Siete

EL SOL DESAPARECIÓ de la vista tras los altos muros del castillo de Ironcross mientras Gavin descendía la última colina hacia el desfiladero, y ya estaba bastante oscuro cuando llegó a las losas de roca desordenadas que se apoyaban unas en otras junto al sendero. Las rocas parecían casi blancas en la penumbra; había docenas de esas extrañas formaciones en el desfiladero, que parecían un ejército de horribles monstruos en la penumbra.

Nunca había esperado regresar tan tarde. Pero cuando había partido hacia la abadía por la mañana, nunca había esperado aprender tanto en un solo día.

Sin duda, Mater era una mujer fascinante. Tenía una especie de encanto rudo que a Gavin le resultaba bastante atractivo. A veces, la sinceridad con la que hablaba había sido tan desgarradora como esclarecedora. Sin embargo, a medida que avanzaba la tarde, también había hablado con palabras que parecían acertijos. Sin embargo, estaba seguro de que sus palabras pretendían darle algunas pistas sobre el origen de la maldición que todos creían que pesaba sobre el Castillo de Ironcross. Después de lo que había oído hoy, Gavin sabía que la mayor parte de la verdad que buscaba se hallaba en las historias combinadas de la abadía y de los antiguos lairds de Ironcross. Lo que era, sin embargo, no se lo diría.

Sin embargo, a pesar de su obstinación, antes de que terminara el día y Gavin se despidiera, estaba seguro de que había logrado un cierto cambio en Mater. Aunque era evidente que no sentía ninguna simpatía por los anteriores lairds -y a pesar de su declaración abierta de que no confiaría en él-, se había vuelto casi agradable a medida que avanzaba el día. Y antes de que acabara el día, Gavin había visto incluso a algunos trabajadores que regresaban a los campos. Muy pocos, recordaba, pero hoy al menos había empezado.

Los pensamientos de Gavin volvieron al presente por la sacudida de la cabeza de su corcel cuando el sendero se estrechó. Le dio unas palmaditas en el cuello para calmarlo.

"Sí, Paris", dijo el laird en voz alta, "yo también veo el castillo. Ya casi estamos en casa, gran amigo, y aunque esos dos perros, Edmund y Peter, probablemente se hayan comido *mi* cena, estoy bastante seguro de que han guardado algo de avena para tu..."

La roca, lo bastante grande como para aplastar el cráneo de Gavin, le rozó el hombro con suficiente impacto como para descabalgár al gigante, haciéndole chocar contra la pared rocosa junto al sendero.

Se puso en pie de un salto, sacó su espada de la vaina y miró hacia los salientes rocosos en busca de su atacante. Su asustado corcel se había escabullido en la oscuridad, pero Gavin sabía que el animal no iría muy lejos. El silencio de la noche no se había roto y el laird no podía ver nada.

Con el corazón martilleándole en el pecho, la mente de Gavin se inundó de repente con

aquellas palabras de advertencia. *¡La maldición! Ningún laird del castillo de Ironcross había muerto de viejo en siglos.* Sacudió la cabeza, disgustado consigo mismo. Sencillamente, no iba a permitir que las tonterías nublaran su mente o rigieran sus actos.

Avanzando con cautela por el sendero, Gavin se arrodilló junto a la roca. Un hombre podría levantarla, de eso estaba bastante seguro. Dos hombres podrían manejarla fácilmente, y tal vez apuntar con cierta precisión. Un hombre, o quizá incluso una mujer, podría hacerla rodar desde un saliente. Gavin sentía que la sangre le corría por el lado de la cara donde se había golpeado contra la pared rocosa, y flexionó los músculos del hombro.

En silencio, Gavin envainó su espada y desenvainó su puñal. Sujetando el puñal entre los dientes, cruzó rápidamente hasta la base del montículo de rocas y empezó a trepar. Este montículo se elevaba bastante por encima del suelo del desfiladero, y había varios lugares desde los que podría haber caído la roca.

La noche estaba quieta, salvo por el sonido de París dando pisotones y resoplando de impaciencia unos metros más abajo por el sendero. Gavin subió con cuidado, pero no había movimiento arriba. Y no había nadie a quien encontrar. Aunque estaba oscuro, ni una sombra se movía por ninguna parte, y empezó a preguntarse si tal vez la roca se había desplomado sin ayuda humana.

En uno de los salientes de la formación rocosa, se detuvo y miró a su alrededor. Las murallas del castillo de Ironcross se alzaban altas y negras, y el laird pudo ver a un centinela encendiendo antorchas mientras se abría paso a lo largo del parapeto. Por encima de él, las estrellas eran como diamantes en el cielo de terciopelo negro. Decidió que no tenía sentido seguir subiendo. No sin una antorcha.

Sacudiendo la cabeza, Gavin envainó el puñal y empezó a bajar. Al llegar abajo, silbó a París, y el enorme animal se acercó trotando. Con un gruñido de dolor, el laird se subió a la silla y empujó al caballo hacia el castillo.

"A casa, grandullón", ordenó, añadiendo: "Y si en el futuro ves más fantasmas, puedes estar seguro de que te haré más caso".

Joanna se quedó helada al oír el chirrido de la gran puerta de roble.

De pie en el centro de la cripta subterránea, la joven miró aterrorizada a su alrededor. Nunca antes Mater y su secta habían entrado en el castillo en una noche que no fuera de luna llena. Al menos, ninguna noche que ella supiera. ¿Por qué venían esta noche? La única noche que Joanna había elegido para ultimar su plan de justicia.

El pánico la invadió al oír el pesado chasquido metálico de la antigua cerradura de la puerta. Sabía que tenía que esconderse y voló en silencio por el suelo de piedra hacia el recoveco sombrío que había junto a la mesa en forma de altar. La lámpara de aceite que estaba sobre la mesa, ardiendo eternamente, parpadeó con la amenaza de exponerla.

El sonido de los pasos resonó en el túnel mientras Joanna se lanzaba al oscuro refugio. Apretándose contra la pared, contuvo la respiración cuando los pasos se detuvieron en la entrada de la cripta. Uno de los gruesos pilares le impedía ver la puerta, pero Joanna se dio cuenta de repente de que el intruso estaba solo. No había conversaciones, ni susurros en voz baja... no era una reunión de culto. Esperó, pero no se oía nada. Quienquiera que estuviera en la entrada también esperaba. Si el intruso entraba y registraba, Joanna sabía que la encontrarían. Se llevó la mano al puñal que llevaba al cinto.

Tras lo que pareció una eternidad, quienquiera que fuese siguió avanzando por el túnel.

Joanna esperó unos instantes más, pero nadie regresó, y dejó escapar un largo suspiro de alivio. Pero entonces, una urgente sensación de preocupación se apoderó de sus sentidos. Algo iba terriblemente mal. Tenía que haber venido una de las mujeres de Mater, pero ¿por qué no había entrado en la cámara?

Joanna se devanó los sesos mientras salía de nuevo a la cripta. ¿Por qué si no iba a utilizar alguien aquella puerta de roble para entrar en el castillo? Estos túneles nunca habían sido utilizados como pasadizos por los sirvientes de la casa, ni por campesinos hambrientos en busca de refugio. Desde que Joanna se había escondido aquí, Mater y sus malvados seguidores habían sido los únicos intrusos.

La joven miró a su alrededor, asegurándose de que no había dejado ninguna pista de su presencia allí. Luego salió silenciosamente de la cripta. No había terminado lo que había venido a hacer, pero aún quedaban unos quince días para la siguiente luna llena. Aún le quedaba tiempo para planear su venganza final.

De pie en la oscuridad total del túnel, escuchó ruidos, pero no había nada. Una vez más, la quietud de la tierra la envolvió. A su derecha la aguardaban las largas y profundas cavernas y pasadizos que se hundían bajo Ironcross. A su izquierda, la puerta de roble. Estaba tan cerca. Parecía llamarla en la oscuridad.

Se dirigió a ella.

Joanna sabía que la enorme llave de hierro colgaba de un pincho clavado en el muro de piedra, y vacilante la palpó. El antiguo metal estaba frío en las yemas de sus dedos, y la cogió, deslizándola en la cerradura y girándola.

Respirando hondo, Joanna abrió la puerta y se asomó a la oscuridad que había tras ella. No había nada. Ningún sonido. Ninguna señal de vida. Volviéndose hacia la puerta abierta, la atravesó y avanzó cautelosamente en la oscuridad. Pronto la pared del túnel dio paso a las paredes de piedra de una pequeña cueva y, al ensancharse el pasadizo, una pincelada de fresca brisa nocturna le revolvió el pelo. Como un mendigo hambriento que por fin se sienta a la mesa, Joanna se llenó los pulmones con el aire fresco perfumado de brezo hasta que pensó que iba a reventar.

De repente, salió del techo de la cueva y, sobre ella, las estrellas centellearon con un fulgor que nunca había recordado. La capacidad de respirar, de sentir la brisa fresca tirando suavemente de su ropa, de su pelo... eran sensaciones que Joanna pensaba que nunca volvería a experimentar. Como una prisionera encadenada en una fosa profunda, se había condenado a sí misma a permanecer encerrada en aquel castillo. Durante más de seis meses, se había enterrado en lo que para ella era la laberíntica tumba bajo Ironcross. Y era una tumba de la que no podía escapar. Su muerte podía ser el único fin de esta condena.

Levantó las manos en el aire, dejando que el suave aire nocturno la envolviera, que acariciara su cuerpo.

Un silbido bajo y luego el sonido de un caballo flotaron hacia ella, sacándola bruscamente de su ensueño. Joanna se asomó a la cornisa.

Era él. El laird.

Estaba lo bastante cerca de él como para oírle gruñir de dolor cuando se subió al cargador.

Mientras lo veía alejarse hacia el castillo, Joanna miró hacia atrás, hacia la penumbra del túnel, y luego volvió a mirar por el borde, hacia el sendero que había debajo. A pesar de lo acostumbrados que estaban sus ojos a la oscuridad, pudo ver con suficiente claridad para darse cuenta de lo que había ocurrido. Había una roca en el centro del sendero. Quienquiera que

hubiera pasado junto a la cripta había empujado la roca desde este saliente.

Joanna contempló al nuevo laird mientras desaparecía en la noche. Una vez más había escapado a la muerte.

¿Pero cuánto tiempo más podría sobrevivir a la maldad de este torreón? se preguntó Joanna. ¿Hasta la próxima luna llena? Si la suerte del hombre durase hasta entonces, ella arreglaría las cosas.

Juró que velaría por él hasta entonces. Tenía que hacerlo.

Capítulo Ocho

EL ROSTRO del terrateniente era lo bastante sombrío cuando entró en su cámara, pero había una fría furia grabada en él cuando salió furioso.

Los dos guerreros habían acompañado a su jefe hasta su cámara, pero apenas se habían apartado de la puerta cuando reapareció. La mirada furiosa que ensombrecía la expresión de Gavin Kerr hizo que Edmund y Peter se apartaran de un salto y le siguieran mientras marchaba en dirección al ala sur.

"Estábamos hablando, milord", resopló Peter, trotando para seguirle el paso. "Edmund y yo, claro. Y estábamos pensando que viajar por estas Tierras Altas sin vigilancia podría no ser la mejor política para un hombre como tú".

"Sí. Por ejemplo, ese corte en el costado de tu cabeza", añadió Edmund. "Si te hubieran dejado inconsciente en aquellas colinas..."

"Cabalgando solo, milord, como estabais", añadió Pedro.

"Sí. Bueno, pensábamos que, a estas alturas, ya habrías sido presa de cualquier criatura salvaje de cuatro patas que pudiera merodear por la noche".

"No es que roer tu viejo y duro cadáver sea un verdadero placer para una bestia, mi señor, pero...". Peter se tragó sus palabras ante la mirada amenazadora de su líder.

Mientras ambos intercambiaban miradas de soslayo, Gavin cogió una vela encendida de un candelabro de pared y los guió en silencio hasta que llegaron a los pasillos del exterior del Salón Sur. En el patio se había amontonado una gran cantidad de escombros, pero había más en montones dentro de la propia ala sur.

"¡Qué diablos!" exclamó Peter, cuando entraron en la sala casi destripada.

Gavin precedió a los otros dos hasta el centro de la habitación y miró el cuadro de Joanna que colgaba en el segundo nivel, sobre el hogar. Los mismos tres guerreros que habían dormido allí la noche anterior saltaron alarmados.

"Bájala", ordenó tajantemente, haciendo un gesto a Edmund.

"Milord, me visteis ponerlo en vuestra habitación esta mañana. Por 'sangre, los hombres estuvieron trabajando aquí hasta casi el anochecer. Es que... ¿cómo podría...?".

"Bajadlo y llevadlo a mi cámara", ordenó Gavin, volviéndose bruscamente hacia sus dos hombres.

Peter retrocedió un paso hasta que sus fornidos hombros quedaron apoyados contra el marco de la puerta. "Lo juro por el alma de mi madre, milord. Nunca he tocado esta... cosa. Está embrujada. Tiene que estarlo. Juro, milord, que ni una sola vez estuve fuera... fuera de la sombra de Edmund mientras estuvisteis fuera".

Con el ceño aún fruncido, el laird empujó la vela hacia la mano del guerrero que

chisporroteaba y desapareció en la oscuridad del pasillo.

Los dos hombres que quedaban atrás se miraron incrédulos antes de levantar los ojos al unísono hacia el retrato.

"La primera vez, lo admito, me pareció gracioso", dijo Peter en voz baja.

"Sí, todos lo hicimos", respondió Edmund. "Pero ya no. ¿Viste la expresión de sus ojos?"

"Sí".

Los dos hombres contemplaron el cuadro en silencio durante un largo momento.

"Pobre desgraciado", dijo Peter.

"Sí". respondió Edmund. "Aunque inteligente".

"El maestro lo atrapará".

"Y entonces..."

"Su muerte no llegará lo bastante pronto", terminó Peter. "Pobre desgraciado".

Justo lo que necesitaba. Empresa.

Su vecino, el conde de Athol, llegaría al día siguiente.

Frotándose distraídamente el hombro dolorido con una mano, Gavin observó cómo Margaret, la muda hermana menor del mayordomo, vertía la última tetera humeante de agua en la bañera de madera. Dando las gracias a la mujer con una inclinación de cabeza, el hacendado esperó a que se cerrara la puerta de su habitación antes de empezar a despojarse de sus ropas.

Athol. Ahora Gavin estaba sintiendo las primeras punzadas de duda sobre la condición de señor en un castillo de las Tierras Altas. Ser hospitalario con hombres como Athol era un reto mayor de lo que estaba acostumbrado. Y acoger a un maldito montañés en su torreón. Nunca había sido un secreto en la corte que, aparte de los Macpherson, Gavin Kerr los despreciaba a todos.

Catorce años atrás, en aquel sangriento día del Campo de Flodden, el rey Jamie había perdido la vida en batalla contra los ingleses por culpa de aquellos traidores. Es cierto que no todos habían tenido la culpa. Pero un número suficiente de lairds de las Tierras Altas habían mirado - volviendo la cabeza y manteniéndose al margen cuando más se les necesitaba- para que las posibilidades de Escocia estuvieran condenadas y su mayor rey desde Bruce fuera abatido en la flor de la vida.

Hizo un leve gesto de dolor cuando se puso la camisa por encima de la cabeza. El hombro dolorido ya se estaba agarrotando. Mirando por las habitaciones del maestro y viendo lo que su destino le había deparado, Gavin sabía que no era momento de detenerse en las heridas del pasado. Y la razón le decía que ya tenía bastante que hacer aquí como para añadir una disputa con un vecino a la lista de sus problemas. Así que mañana pondría en práctica sus mejores modales y saludaría al perro despreciable de Athol y a su séquito con cara de mono. Sin duda era capaz de tanta diplomacia.

Mientras Gavin se deshacía de lo último de su ropa, sus ojos se posaron en el retrato de Joanna MacInnes. Al bajar a la bañera, se detuvo de repente y, saliendo del agua caliente, cruzó la habitación y regresó con su espada. Volvió a introducirse, colocó la espada sobre las duelas del enorme tubo y se acomodó para disfrutar de un cómodo baño. Esta vez había colocado el cuadro sobre el hogar, y contempló sus bellos rasgos. No iba a arriesgarse a perder de nuevo el cuadro. Además, era mucho más agradable pensar en ella que en los invitados que llegaban.

Soñar despierto en un baño era una cosa, pero mañana había muchas cosas que hacer. Cosas

como interrogar al sacerdote sobre la historia de la abadía. Necesitaba saber más sobre los anteriores lairds MacInnes y su relación con el conde de Athol.

Los ojos de Gavin volvieron a estudiar la enigmática sonrisa de Joanna MacInnes. Quería averiguar más cosas sobre la joven y las penas ocultas a las que se había referido Mater.

Y mientras tanto, atraparía al bastardo tramposo que seguía robándole su premio.

Sinceramente, no había ni una pizca de modestia en aquel hombre.

Frunciendo el ceño desde el otro lado de la habitación, Joanna decidió que probablemente también podría dormir sobre una hilera de pinchos. Se quedó quieta y observó cómo suspiraba en sueños, se movía un poco y volvía a acomodarse. El gigante tenía que estar incómodo, con la barbilla apoyada en su enorme pecho, los musculosos brazos cruzados y apoyados en la parte plana de la hoja de la espada que yacía sobre la bañera. Joanna intentó ignorar las rodillas y piernas desnudas del laird que sobresalían del agua y, en su lugar, se centró en su rostro. El pelo mojado se alisaba sobre su frente. Los ojos se cerraron en un rostro ceñudo pero extremadamente apuesto.

Vio unas gotas de sangre fresca en un lado de la cabeza. Se preguntó si serían de su percance en el desfiladero.

Controlando el impulso de acercarse e inspeccionar la herida, decidió que, desde luego, no parecía dolerle.

Volvió a moverse, y un largo brazo se movió, cayendo hacia fuera sobre las duelas de la bañera mientras él giraba ligeramente los hombros. Que el Señor la perdone, pensó, podría convertir en un hábito el venir aquí cada noche y verle dormir. Y estaba segura de que también podría salirse con la suya. El gigante dormía como un muerto.

Esta noche, tras asomarse a la alcoba, Joanna había esperado un buen rato en el pasillo, suponiendo que el hombre acabaría de bañarse y se retiraría. Como no lo había hecho, incluso había bajado a la cocina a buscar algo de cena. Y allí estaba él, todavía en la bañera, profundamente dormido.

Había hecho algunos ruidos antes de entrar en la cámara -rascar la estera tejida del suelo, dar golpecitos en el panel de madera-, pero, para su deleite, el Lowlander había seguido durmiendo plácidamente en lo que, a estas alturas, debía de ser agua muy fría. Así que se había aventurado a entrar.

Depositando el cuadro con cuidado, Joanna mantuvo los ojos clavados en su rostro y se arrodilló lentamente junto a la bañera. Su largo brazo colgaba sin fuerza por el lateral, y ella depositó la daga sobre la alfombrilla, a un suspiro de sus nudillos.

Estaba claro que se había creído lo bastante listo como para burlarla. Y casi lo había conseguido. De no haber sido por su rapidez, la habría atrapado, pues cuando había alzado la mano hacia el retrato, Joanna se sobresaltó cuando la daga, con la punta hacia abajo, se le clavó en la cara. El villano había apoyado el arma encima del marco, sabiendo que sería un peligro, o al menos una alarma.

Había sido un milagro que pudiera coger la daga con la palma de la mano sin que se le cayera el cuadro. Resultaba casi irónico pensar que los vendajes que llevaba para ocultar sus horribles cicatrices habían evitado que sus manos sufrieran más daños. Al menos, habían evitado que la capturasen.

Joanna se puso en pie, intentando que su mirada no se detuviera en el resto de él. Se dio la

vuelta, sabiendo que se estaba volviendo demasiado impetuosa. Aquel juego de volver a su habitación para hacerse el retrato era demasiado atrevido. Pero también sabía que era otra cosa. No era más que una excusa que utilizaba para mirarle. Para estar cerca de él. Tenía que estar perdiendo la cabeza, decidió.

Se dirigió hacia el panel. No podía encariñarse en absoluto. No podía. Y, desde luego, no podía permitirse que la atraparan. Miró por última vez en su dirección, observando el subir y bajar de la mata de pelo que se le secaba sobre el ancho pecho, y una repentina preocupación invadió a Joanna.

El agua en la que dormitaba ya debía de estar helada. ¿Qué pasaría si cogía un resfriado? ¿Quién cuidaría de él si le diera fiebre? Entonces sería un objetivo mucho más fácil de destruir.

Con ese pensamiento en mente, Joanna volvió a entrar en el pasadizo. Con el cuadro en la mano, cerró el panel de golpe. Mientras huía a través de la oscuridad, los sonidos de sus maldiciones, vívida y ruidosamente descriptivos, le arrancaron una sonrisa.

A Gavin Kerr no le sorprendió el silencio que se apoderó de la multitud del Gran Salón cuando entró. El murmullo de la conversación entre guerreros y trabajadores del castillo, inclinados sobre su comida matutina, cesó al instante, y más de uno empezó a levantarse antes de volver a sentarse rápidamente. Muchos de los allí reunidos probablemente pensaban que estaba loco y, en cuanto al resto, estaba seguro de que tenían demasiado miedo como para llamar la atención.

Desde luego, había creado un alboroto en mitad de la noche. Vestido sólo con su falda escocesa, Gavin había marchado ruidosamente por el Gran Salón, había salido al patio y había entrado en el Salón Sur. Se dio cuenta de que, junto con dos docenas de seguidores, el truhán le había golpeado allí y había colgado su premio. Gavin se había subido una escalera al hombro, había trepado hasta la chimenea y había bajado el cuadro él mismo. Sin decir una palabra a los curiosos, había regresado enfadado a su habitación con el cuadro bajo el brazo.

Este canalla tenía valor, Gavin tenía que reconocerlo. ¡Pensar que este ladrón era tan audaz que ni siquiera veía la necesidad de robar en silencio! El bribón había sido tan descarado que incluso había golpeado el maldito panel al salir.

Gavin no podía evitarlo, pero empezaba a caerle bien el canalla.

Mientras cruzaba la habitación, se juró a sí mismo que atraparía al bastardo la próxima vez. Debía de ser una criatura de pies ligeros para poder colarse en una habitación donde Gavin dormía. Después de todo, siempre se había enorgullecido de tener un sueño muy ligero.

El ceño del llanero se frunció al llegar a la mesa donde Edmund y Peter estaban encorvados tomando su comida matutina. Por las sonrisas que los dos pícaros lucían en sus rostros, era evidente que estaban de muy buen humor. Y Gavin sabía a costa de quién estaban tan alegres. Gavin se sentó junto a ellos.

Bueno, podía arreglarlo, decidió.

"Buenos días, muchachos", gruñó el laird a modo de saludo. "Una buena mañana, por lo que veo".

"Sí, milord", respondió Pedro, con el pan moreno embutido en las mejillas.

Un mozo se apresuró a acercarse y colocó un cuenco colmado ante el terrateniente. Gavin miró la espesa papilla con el ceño fruncido antes de mirar el plato de queso, cordero frío y pan de Peter. No importaba adónde fuesen, el guerrero rechoncho tenía una forma de conseguir comida mejor que la del resto.

"Hoy tenemos cosas que hacer", anunció el de las Tierras Bajas, mirando a la cara a sus dos hombres, "antes de que lleguen nuestros vecinos".

"Hemos dado instrucciones a los guerreros que vigilan las murallas y hemos destinado a los que protegen la...".

"Este castillo ha estado desprotegido durante seis meses. Si Athol lo hubiera querido en serio...". Gavin negó con la cabeza. "No, vosotros dos tenéis otros deberes esta mañana".

Los dos se sentaron con atención. "Peter, cuando hayas llenado esa carcasa tuya con forma de barril, quiero que vayas a buscar a Molly, la mujer que se ocupa de la casa. Vosotros dos podréis decidir qué habitaciones serán adecuadas para alojar a Athol y a su séquito".

"¿Molly? Pero, milord", protestó Peter. "¿De verdad no querrás que vaya detrás de esa vieja? Seguramente... quiero decir, ¿seguro que puede hacerlo ella sola? Y además, estoy segura, milord, de que Allan...".

"Irás a ayudarla con esto, Peter", gruñó Gavin. "Y eso no es todo lo que quiero que hagas esta mañana. Cuando acabes con Molly, irás a ver a Gibby, la cocinera, y repasarás con ella -punto por punto- la comida que está preparando para la cena".

Peter lo miraba estupefacto. "Pero, milord, los hombres dicen que odia que nadie se entrometa en sus asuntos de cocina. Ya le ha hecho la puñeta a Lank Donald, nuestro carnicero. Te digo que es una diablesa. Antes me enfrentaría al fantasma de Torquemada que a ella".

Gavin ignoró las protestas de su hombre mientras hurgaba en el contenido de su cuenco. "Sólo con ver la diferencia entre lo que nos han servido a ti y a mí esta mañana, tendría que decir que ya has encontrado un refugio seguro en su cocina". El laird alargó la mano y cogió un trozo de pan moreno de la trinchera de Peter. "Sigue utilizando tus encantos y estoy seguro de que estarás bien".

Gavin se volvió entonces hacia el sonriente Edmund. "Y tú, Red..."

El rostro del guerrero se puso inmediatamente serio. "¿Sí, mi señor?"

"Debes encontrar al mayordomo y empezar a recorrer los túneles que hay bajo este torreón. Empezarás desde mi cámara. A ver si descubres el camino hacia los pisos superiores del ala sur".

"Pero, mi señor, he oído a Allan jurar ante ti que no recuerda el camino por esos túneles. Afirma que hace años que nadie los utiliza".

"Pues se equivoca". Gavin dio un mordisco al pan y se quedó mirando la papilla que se le pegaba a la cuchara. Sólo mirar la espesa mezcla le quitó el apetito. Al levantar la vista, vio a sus dos guerreros observando su reacción ante la comida. Uno de estos días le preguntaría a Peter en privado sobre los métodos que utilizaba el guerrero para conseguir comida medio decente.

"¿Pero si se niega a recordar?"

"Intimídale si es necesario". Gavin apartó bruscamente el plato. "Por eso te envío con él. Lleva lámparas de mecha. Arrástralo a cada paso, si es la única manera. Haz lo que haga falta. Pero encuentra el maldito pasadizo entre mi habitación y el ala sur. Quiero que luego me enseñes el camino".

La estricta orden de Gavin no dejaba espacio para que los dos hombres discutieran. El Lowlander se puso en pie.

"Pero, mi señor. En caso de problemas..." Peter miró fijamente en dirección a las cocinas. "Quiero decir que si alguien... si surgiera una situación..."

"¿Dónde podríamos encontraros, mi señor?" intervino Edmund.

"En caso de que aquí se desate el infierno", terminó Peter.

"Estaré con el cura".

Nunca antes había luchado contra una dolencia como ésta.

Abriendo ligeramente la persiana, Joanna se asomó y observó al hacendado pasear por el patio.

Sabía que el peligro de ser descubierta era grande. Justo un piso por debajo de ella, una docena de hombres trabajaban duro en el ala quemada. Pero, de algún modo, nada de eso había importado mientras ella se rendía a su abrumador deseo de verle. Así que, trepando por los pasadizos hasta la cámara de la torre, se había colocado junto a la ventana de su antiguo refugio y había esperado.

Era tan impresionantemente fuerte, y algo se agitó en su interior al verle volverse y dirigirse a unos cuantos hombres que se le acercaron. Al lado del hacendado, el perro Max contemplaba a su nuevo amo con la misma expresión de asombro que Joanne sintió de pronto en sí misma.

Ahogando una carcajada, la joven pensó en lo mortificada que se sentiría si él la viera en su escondite junto a la ventana, moviendo la cola y con la lengua fuera.

El sonido de las voces de los trabajadores de abajo devolvió a Joanna a la realidad de su posición, y retrocedió de mala gana y se dirigió hacia el panel.

En efecto, era una enfermedad, se reprendió a sí misma. Pero, de todos modos, era una de las pocas cosas que podían arrancarle una sonrisa.

Capítulo Nueve

LAS CRECIENTES ráfagas de viento que se arremolinaban a su alrededor en el kirkyard hacían que el diminuto sacerdote pareciese frágil frente al poder de la naturaleza. La pequeña parcela de tierra que el padre Guillermo había estado removiendo con el palo afilado parecía negra contra el gris pálido del ala sur.

"El conde de Athol estuvo aquí, en Ironcross, la noche del incendio".

Gavin se quedó mirando sorprendido.

"¿Cómo es que el conde escapó de las llamas mientras el resto pereció?"

"No se alojaba en el ala sur con el resto. Antes del incendio, los invitados solían alojarse en la Vieja Fortaleza, incluso los de sangre noble. A Athol le dieron los aposentos que ahora ocupáis, mi señor".

La mente de Gavin se inundó al instante con la imagen del pasadizo oculto que sabía que unía aquella alcoba con el ala sur. Cuando volvió a mirar al rostro del sacerdote, los ojos del hombre parpadearon.

"Háblame de la noche del incendio".

El capellán hizo una pausa, volviendo la cara hacia el viento. "Había un mal que se cernía sobre el torreón aquella noche", dijo, levantando una mano y señalando hacia el lago. "La luna llena era fría, brillante. Junto a los santos, los perros del castillo aullaban como si el mismo diablo se hubiera apoderado de ellos. Y luego estaba..." el hombre volvió a hacer una pausa y miró directamente a los ojos de Gavin. "Luego estaba el asunto del amo".

"¿Y tu amo?"

"Durante todos los años que conocí a Sir John MacInnes, siempre lo consideré un hombre de temperamento apacible. Era un hombre fuerte cuando era necesario, pero no violento. Nunca levantaba la mano por temeridad o ira. Ni siquiera le vi pegar nunca a un criado. Hubo momentos, mi señor, en que me pregunté si era capaz de la ira". El sacerdote sacudió la cabeza. "Hasta aquella noche".

Gavin esperó impaciente a que el capellán continuara, pero los ojos y la atención del hombre parecían desviarse.

Un movimiento junto al pasadizo arqueado que conducía al patio atrajo la atención de Gavin. Margaret, la sirvienta muda, los miró un momento, luego se volvió y desapareció. Gavin volvió a mirar al sacerdote.

"¿Qué pasó aquella noche... exactamente?"

El padre Guillermo se sacudió para salir de su ensoñación y se volvió hacia el hacendado.

"Vayamos a sentarnos al abrigo del viento -dijo, conduciendo a Gavin a un banco de piedra junto a los riscos, al otro lado de la iglesia-.

Rechazando la oferta de sentarse, el laird se apoyó con la bota en el muro bajo y contempló la orilla del lago, más allá de la línea de colinas, hacia el valle donde se ocultaba la vieja abadía.

"¿Qué ocurrió aquella noche?", repitió sin volver la vista hacia el sacerdote.

"Fue una noche terrible. Una noche en la que el rostro de Dios se apartó de nosotros", empezó William. "Cuando estalló la reyerta entre Sir John y el conde, el aire estaba viciado de mala voluntad. Llevaban discutiendo dos horas o más, empezando por la cena y continuando sin cesar. Se cruzaron muchas palabras duras. De no ser por la presencia de las damas, creo que habríamos derramado sangre allí, en el Gran Salón". Los ojos del sacerdote miraron a través del kirkyard. "Mistress Joanna se tomó la disputa muy a pecho. Es decir, estar allí a la mesa con los dos hombres discutiendo por ella. Era una muchacha altiva y orgullosa. Demasiado buena para este lugar maldito. Aunque era mujer, sabía que su valor superaba con creces el de cualquier pedazo de tierra, y que no se podía hacer trueque por ella. Todos los que estábamos en las mesas inferiores sentíamos lástima por ella, sentada allí con los ojos bajos, su piel clara volviéndose más escarlata...". William se inclinó y arrancó un trébol de la hierba.

Gavin observó cómo el hombrecillo trituraba el trébol hasta convertirlo en una masa pulposa entre sus dedos nerviosos.

"Y entonces las palabras entre los dos hombres se hicieron aún más violentas. Sir John perdió por fin los estribos con el conde, y los guerreros de la Sala empezaron a separarse en compañías. Los que quedamos nos apiñamos en los rincones, seguros de que correría la sangre".

"De repente, la Ama Joanna se levantó y bajó del estrado. Los dos hombres se detuvieron y la miraron, y ella les dijo lo que pensaba. Cuando se dio la vuelta y salió furiosa del Gran Salón, éste quedó silencioso como una tumba. Y después de que su hija se marchara -antes de que nadie pudiera decir una palabra-, lady Ana, la esposa del hacendado, tomó la palabra y consiguió que los hombres se calmaran y se retiraran".

Gavin miró al sacerdote con impaciencia. "No me has dicho por qué discutían. ¿Por qué iba a discutir Athol por la hija?".

El clérigo sacó un juego de cuentas de oración de su cinturón. Pasó las cuentas de madera lisa entre sus dedos y volvió a mirar al laird. "No sé cómo será en las Fronteras, mi señor, pero en las Tierras Altas, la tierra, el poder y el buen nombre del clan están por encima de cualquier llamada a la razón".

Gavin rememoró las viejas rencillas que tenían lugar en las tierras que rodeaban Ferniehurst, su señorío, muy al sur. "No es diferente en las Fronteras, pero eso no es una respuesta".

El sacerdote asintió sombríamente. "Durante más de cuatro generaciones, quizá más, los condes de Athol han intentado extender sus tierras hacia el sur desde el castillo de Balvenie. Creo que siempre han deseado el castillo de Ironcross y Loch Moray. Se dice que, antiguamente, intentaron tomar Ironcross un buen puñado de veces por la fuerza, pero nunca pudieron conseguirlo. Entonces, cuando Duncan MacInnes recibió la tenencia, cesó la lucha".

"¿Así que Duncan fue el primero del clan MacInnes en ser laird de Ironcross?".

"Sí", respondió el sacerdote. "Lo mismo que vale para ti, valía para ellos. El rey les concedió Ironcross después de que el último de los jefes Murray muriera o se trasladara a otras posesiones... por miedo a la maldición". William miró con el ceño fruncido al nuevo laird. "Verás, todos sabían lo de la maldición, pero la mayoría nunca creyó en ella hasta que fue demasiado tarde para ellos".

Gavin sabía que las palabras del hombre también iban dirigidas a él.

"Dices que, después de que Duncan MacInnes se hiciera cargo de esta posesión, cesaron las rencillas con los Stewarts de Athol. Por lo que sé de los montañeses, me cuesta creer que

renuncien tan fácilmente a lo que han deseado durante tanto tiempo."

"Sí, es cierto lo que decís, mi señor. Pero verás, los Murray de Ironcross y los Stewarts de Athol han sido enemigos acérrimos desde los días de Noé. Duncan MacInnes vino aquí desde Argyll, así que no había mala sangre desde el principio. Y desde el principio, tengo entendido que Duncan siempre hizo entender a los condes de Athol que algún día las dos familias podrían unirse mediante algún tipo de matrimonio." El sacerdote sacudió la cabeza. "Pero Duncan fue bendecido con hijos varones, así que no se pudo realizar ningún emparejamiento. Hasta que..."

"Joanna".

"Sí". El hombre asintió. "Creo que ése era el pensamiento del conde".

"Pero no el pensamiento de John MacInnes", añadió Gavin. Poco a poco, las cosas se iban aclarando. "Y Joanna estaba prometida a James Gordon en vez de a Athol".

"Sí, como tú dices. Y ése fue el motivo de la visita del conde a Ironcross aquella noche. Acababan de llegarle noticias del combate".

"No hay sorpresa agradable en ello, creo".

"No, milord", respondió solemnemente el sacerdote. "El conde asumió claramente que ella... bueno, siendo ella la última de este linaje MacInnes y heredera de la tenencia, era legítimamente suya".

"Entonces el padre defendió la elección de marido de la hija, y los dos hombres se pelearon".

"¿La elección de la hija?" El sacerdote negó rotundamente con la cabeza. "James Gordon no fue elección de la muchacha, que yo sepa. Fue el propio Sir John quien dispuso que Joanna se casara con aquel hombre. Pero siendo como era, la muchacha estaba dispuesta a complacer a su padre. Supongo que, en poder y fortuna, Gordon era al menos tan buen partido como Athol, a pesar de su título. Pero eso no era todo".

"¿Qué más? preguntó Gavin brevemente.

"Sir John quería alejarla de este lugar. Creo que era el único de los lairds MacInnes que realmente creía en la maldición de Ironcross y la temía, no tanto por miedo a sí mismo, sino por lo que podría acarrear a su hija y a los hijos que pudiera traer a este desdichado mundo. Y James Gordon tiene sus propios parientes en el norte. Sir John sabía que aquel hombre no tendría ningún interés en mudarse al castillo de Ironcross. La quería más lejos que el castillo de Balvenie, propiedad del conde de Athol".

Gavin se volvió y miró a la cara al sacerdote. "Y éste fue el motivo de su discusión con Athol".

"Todo lo que sé de él". El sacerdote se levantó y se metió las cuentas de la oración en el cinturón. "Si eso es todo lo que querías de mí..."

Gavin asintió y observó cómo William cruzaba el kirkyard. Cuando salió del refugio protector del muro de la capilla, el viento arrastró la túnica clerical contra su delgado cuerpo.

El laird también se enderezó y cruzó el cementerio en dirección al pasadizo arqueado que unía la Vieja Torre del Homenaje con el ala sur, separando la pequeña iglesia del patio. Allan y las demás personas con las que había hablado nunca habían insinuado que el incendio del ala sur hubiera sido algo más que un accidente. Al fin y al cabo, los accidentes parecían ocurrir con gran frecuencia aquí, en el castillo de Ironcross. Tal vez una vela demasiado cerca de un tapiz, o una brasa encendida cayendo en los juncos del suelo.

Pero, ¿y si la verdad no residiera en ese pensamiento?

Se oyeron gritos y luego caballos procedentes del patio. Gavin levantó la vista. John Stewart, el conde de Athol, laird del castillo de Balvenie, había llegado.

Capítulo Diez

LA QUIETUD, tensa y cargada de hostilidad, flotaba suspendida en el aire sobre los guerreros de la Gran Sala. La amenaza de la violencia acechaba en cada rincón, y los pocos murmullos audibles envenenaban el aire con gruñidos graves y amenazadores. En las paredes, cazadores armados y animales moribundos miraban desde los tapices entre las cabezas montadas de ciervos, alces y jabalíes.

Y en la mesa principal, los dos líderes no parecían hacer ningún intento serio de disipar el pesimismo o aliviar la tensión.

Gavin Kerr miró pensativo la copa de cristal que tenía en la mano. El vino, rojo y potente, brillaba a la luz del fuego del gran hogar. Le resultaba difícil ignorar la semilla de la sospecha que el sacerdote había plantado en su mente. Desde el momento en que había saludado al conde de Athol y a sus hombres, una frialdad se había apoderado de él, impulsando sus acciones. Gavin sabía que no era muy hábil ocultando sus sentimientos, y estaba seguro de que el alto y delgado montañés había leído la desconfianza en su rostro. Ahora, sentado a la larga mesa con el altivo y silencioso hombre, se preguntaba si John Stewart era realmente responsable de las muertes que habían tenido lugar aquí el otoño pasado. Athol tenía motivos para desear venganza, y se le presentaba la oportunidad.

El Lowlander observó a los hombres que se agolpaban en la sala. Esta noche, antes de que todos se sentaran a cenar, Gavin había apartado a su mayordomo, Allan, y le había interrogado de nuevo sobre aquella terrible noche. El mayordomo le había dicho que cuando el fuego se extinguió -cuando quedó claro que no había supervivientes- el conde de Athol y sus hombres habían abandonado inmediatamente el castillo de Ironcross. Es más, le dijo Allan, no se habían molestado en quedarse tanto tiempo como para enterrar a los muertos. Qué impulsaría a un hombre a huir de semejante catástrofe, se preguntó Gavin. Si no eran los demonios de la culpa, entonces... ¿qué?

Gavin conocía a algunos de los guerreros de Athol. Había muy buenos luchadores entre la compañía de los Stewart. De hecho, demasiadas manos descansaban sobre las empuñaduras de las espadas a la luz parpadeante del hogar y la antorcha. Los guerreros de ambos bandos los observaban atentamente, recibiendo señales de los dos líderes. Edmund se había sentado con sus hombres junto a la puerta del patio, y Gavin pudo ver a Peter entre sus combatientes.

Gavin conocía el valor de sus propios hombres, y sabía que podían ganar un combate contra la compañía de Athol. Pero sería una victoria sangrienta, ¿y para qué? No era el momento ni el lugar para saldar los crímenes del pasado. Además, se recordó a sí mismo, no tenía pruebas... todavía. Aún debía conceder al hombre el beneficio de la duda. Al fin y al cabo, el conde de Athol llevaba la sangre de la familia real en las venas. John Stewart había sido primo de Jaime

IV, el rey a quien Gavin había honrado por encima de todos los hombres. Derramar la sangre de John Stewart requeriría pruebas irrefutables de culpabilidad.

Se volvió hacia el noble sentado a su lado. El pelo de Athol se había adornado con finas trenzas que se mezclaban con el resto de los largos mechones rojo oscuro que llevaba a la espalda. Un poco dandi, pensó Gavin, observando el broche con incrustaciones de joyas que sujetaba su tartán rojo y verde. Sin embargo, no cometería el error de subestimar al hombre. Había visto a Athol blandir una espada en varios torneos, y su velocidad era letal.

Gavin se obligó a hablar. "Hemos empezado a trabajar en el ala sur".

Athol levantó su copa de vino y la apuró. "Sabía que tus hombres de la Frontera eran famosos por su destreza en la batalla". Su rostro mostraba un leve rastro de alegría. "No sabía que también eran constructores".

"Mis muchachos derribarían y reconstruirían las puertas del Infierno si yo lo ordenara". Gavin miró fijamente a los tensos combatientes que los observaban con ojos de halcón. Aligeró perceptiblemente su tono y volvió a mirar a su invitado. "Ya he enviado a un hombre a Elgin para que traiga a los carpinteros y canteros necesarios. Pienso reconstruir esa ala como era antes".

"No pierdes el tiempo".

"Por lo que sé, cuando eres el señor de este torreón, el tiempo es un bien muypreciado".

"El tiempo es precioso para todos nosotros", respondió Athol vagamente, antes de volver de nuevo la mirada hacia el Lowlander. "Pero dime, Gavin Kerr. ¿Crees en la maldición de Ironcross?".

Gavin llenó la taza de su invitado y luego hizo lo mismo para sí mismo. "Has vivido en esta región durante toda tu vida. ¿En qué crees?"

El montañés se quedó pensativo mientras se llevaba el vino a los labios. Luego dejó que su mirada recorriera la Sala antes de volver a su anfitrión. "Lo que yo crea no importa. Pero parece que la historia está del lado de creer".

"Entonces, ¿crees en esas maldiciones y fantasmas y en la muerte violenta que conlleva ser laird de este torreón?".

"Puede que sí".

Gavin se tomó un largo momento antes de continuar. "Entonces, ¿por qué has insistido en tu pretensión de ser el laird de esta explotación? ¿No valoras tu vida?"

Un repentino rubor oscureció la expresión de Athol.

"No es ningún secreto", continuó Gavin, indicando a un mozo que trajera más vino. "Sir John y tú no intentasteis ocultar vuestros sentimientos la noche en que murió. Según he oído, este Gran Salón estaba lleno de curiosos, como lo está ahora". Con calma, hizo una pausa mientras rellenaba las copas de ambos. "Pero, ¿por qué lo querías tanto y a la mañana siguiente lo dejaste yermo, desprotegido y listo para ser tomado?"

"Superas los límites de una nueva... amistad".

"¿Yo?"

"Sí. No es asunto tuyo lo que ocurrió entre los lairds MacInnes y los Stewarts de Athol, y no te debo explicaciones por nada de lo que hago. Pero te diré una cosa. Mi reclamación fue justa".

Gavin devolvió la mirada firme del hombre durante un largo instante. "Quizá sea así... amigo".

Athol vaciló y luego cogió la copa. Varios de los guerreros visitantes se agitaban inquietos en sus asientos -al igual que los hombres de Gavin-, pero aún no habían desenfundado las armas.

La mirada que Athol dirigió a Gavin le indicó que su vecino también era muy consciente de

la proximidad de un enfrentamiento. Tras beber otro trago, el conde volvió a hablar, intentando claramente mantener la calma. "¿Cuánto... cuánto habéis avanzado en esa ala?".

Gavin se detuvo un momento y luego asintió, reconociendo el esfuerzo de Athol por disipar la posible violencia entre sus hombres. "Puedes verlo por ti mismo". Se levantó de la mesa. "Ven conmigo y te lo enseñaré".

Por el alboroto en las cocinas, había sabido que la torre del homenaje estaba repleta de invitados y sabía quién era el visitante. Pero Joanna aún tenía una reputación fantasmal que mantener.

Sin embargo, había sido un día difícil para ella y sin dormir. El laird maldito había tenido a su hombre y a Allan explorando los pasadizos durante la mayor parte del día. Después de regresar de la cámara de la torre, los había vigilado, siguiéndolos mientras llegaban hasta los túneles subterráneos, pero no tan cerca como para que tuvieran idea de que ella estaba allí. Curiosamente, Allan no parecía estar muy familiarizado con los pasadizos, por lo que los dos no habían podido ir muy lejos. Ni siquiera se habían acercado al ala sur. Pero Joanna ya estaba bastante cansada. Los fantasmas de verdad, supuso, no necesitan descansar mucho.

Pero al fin lo consiguió, y Joanna sonrió al cerrar el panel situado junto a la chimenea de lo que había sido el estudio. La entrada del pasadizo donde había estado a punto de ser atrapada por el nuevo terrateniente ya no le servía de nada -con el suelo destrozado y el panel clavado-, pero otro pequeño panel situado en el lado opuesto de la chimenea estaba lo bastante cerca como para que pudiera seguir atormentando al hombre.

Así que, cuando todos se habían instalado a cenar en el Gran Comedor, ella había vuelto sigilosamente a la habitación del hacendado, había vuelto a coger su retrato y lo había traído aquí.

Una vez, hace mucho tiempo, Joanna se había enorgullecido de su fuerza y perseverancia. Incluso había sido un poco traviesa de niña.

Volvía a ser bueno tener la oportunidad de volver a ser humano.

Gavin fulminó con la mirada a la imagen sonriente.

Tuvo que contenerse mucho para no maldecir en voz alta al ver el retrato colgado de nuevo en aquella maldita pared. Inspirando profundamente, miró con el ceño fruncido a Edmund, que estaba junto a él y miraba boquiabierto el retrato.

Apartando los ojos del cuadro, el laird intentó fingir que no pasaba nada. Gavin entró en la zona abierta y continuó con la explicación de las renovaciones que había planeado.

"Como puedes ver, aún estamos derribando esos muros. Mi idea es reconstruirlas, utilizando un estilo que he visto en mis viajes". Gavin vaciló, al darse cuenta de que su invitado no le había seguido al interior de la habitación. Athol permaneció de pie en la entrada, con los ojos fijos en el retrato de Joanna. Cuando el de las Tierras Bajas miró el rostro del conde, percibió algo muy distinto de lo que había esperado encontrar allí. Pues Gavin no vio culpabilidad, y sus mandíbulas se apretaron con fuerza en respuesta.

Había nostalgia en los ojos de Athol mientras el hombre contemplaba el retrato.

Gavin se dio la vuelta, luchando contra la insana posesividad que sentía que le inundaba. Y

sabía *que era* una locura. Quería librarse de aquel intruso, subir la escalera y llevarse el cuadro a su habitación. Como había hecho antes. Como volvería a hacer.

Athol rompió el incómodo silencio, y su voz era ronca, casi reverente. "No sabía que nada había sobrevivido al incendio".

"Lo hizo", dijo Gavin brevemente.

"¿Por qué la has dejado allí?"

"Para supervisar el trabajo".

Los ojos de Athol se desviaron hacia Gavin. Un destello de irónica diversión parpadeó en sus profundidades. "Veo que la locura que recorre estas colinas también te ha afectado a ti. Pagaría un buen precio por ese cuadro si soportaras desprenderte de ella".

"No está en venta", dijo Gavin en pocas palabras, dispuesto a acompañar a su invitada fuera de la cámara. Edmund y algunos hombres estaban en el pasillo, más allá de Athol.

El conde no estaba dispuesto a moverse de donde estaba. Casi sonrió ante la respuesta de Gavin. "Quizá no sea un buen momento para discutir el asunto".

"*Nunca* será un buen momento para discutirlo".

Athol no parecía convencido. Todavía clavado en el sitio, volvió a mirar con nostalgia el retrato de Joanna. "Conocía bien a la abuela. Estaba muy unida a la muchacha".

"Sí. ¿Y qué?"

"Me preguntaba si ibas a cumplir su deseo".

"¿Qué sabes de los deseos de Lady MacInnes?"

"Sé que quiere el cuadro para ella. Me avisó el invierno pasado, después del incendio. Quería que viniera hasta aquí y viera si... si el retrato de Joanna había sobrevivido a las llamas".

"Pero no has vuelto".

Athol le miró fijamente. "No. No he vuelto".

"¿Por qué?" insistió Gavin. "¿Qué había en esta destrucción que no te atrevías a contemplar? Dicen que es difícil volver a un lugar donde uno se siente...". Hizo una pausa, fingiendo buscar la palabra adecuada.

"Una vez más te entrometes en mis asuntos".

Gavin señaló la cámara que había tras él. "Veo la destrucción en un torreón que ahora me pertenece. Es asunto mío averiguar la verdad".

"Esa verdad que persigues no tiene nada que ver conmigo. Lo que ocurrió aquella noche entre John MacInnes y yo fue la misma disputa que veníamos manteniendo desde hacía tiempo. Aquella noche, sin embargo, había muchos presentes".

"Y aquella noche sobrevino el desastre".

"Un desastre que no tenía nada que ver con nuestro desacuerdo".

"Hay otros que piensan de forma diferente".

"Pueden arder todos en el infierno", estalló el conde. "Por lo que a mí respecta, no son más que una jauría de perros cobardes. Si miras más de cerca... laird... verás que cada uno de ellos... bueno, verás que aquí hay más debajo de la superficie de lo que parece. Y muchas más razones para asesinar en algunos de las que encontrarás en cualquier debate entre los MacInnes y yo".

Gavin miró la cara enrojecida de Athol y vio que lo mejor era dejar el asunto, por ahora. "Pasara lo que pasara, fue un desperdicio de vida, ¿no?"

El conde de Athol miró fijamente a su anfitrión durante un largo instante. "Sí, Gavin Kerr. Un gran desperdicio".

Joanna se despertó sobresaltada.

Escondida en un pasadizo bajo el Gran Comedor, la joven escuchó atentamente. Debía de haberse quedado dormida, agazapada junto a la pared, pero no estaba segura de qué la había despertado.

En silencio, se levantó. Mientras avanzaba con confianza por la oscuridad, pensó en lo atrevida que se había vuelto últimamente. Sabía que habían devuelto el cuadro a la alcoba del terrateniente justo antes de que éste se retirara y, al llegar a ese nivel, sintió una gran emoción. Sí, pensó, volvería a robarlo y nadie la atraparía.

Pero cuando Joanna cerró un panel corredizo tras ella, un escalofrío le recorrió la columna vertebral y pensó, de repente, en lo frágil que puede ser la imagen de un espejo. Alguien había pasado por este pasadizo, y no mucho antes que ella. El olor a aceite de una lámpara de mecha era intenso en el espacio cerrado.

Apoyando la espalda contra la pared, la joven permaneció inmóvil y consideró su siguiente movimiento. El terrateniente -con razón- se estaba irritando con sus travesuras. Sin duda, ése era el motivo por el que había enviado a sus hombres a sondear los pasadizos a primera hora del día. Miró a través de la oscuridad por el pasadizo. Sólo estaba a unas decenas de pasos de la cámara del hacendado. ¿Podría estar tendiéndole una trampa? ¿Podría estar esperándola para descubrirla? Para su sorpresa, oleadas de miedo se mezclaron con una insana sensación de excitación y -aunque se negaba incluso a pensarlo- de anticipación. Llevaba demasiado tiempo sola, pensó, mordiéndose el labio.

Sacudió la cabeza, enfadándose consigo misma por haber tenido ideas tan tontas y fantasiosas sobre el apuesto hacendado. Es cierto que el hombre parecía enamorado de su retrato. Pero, ¿cómo reaccionaría si alguna vez la viera en persona?

Tal vez lo mejor sería que abandonara sus travesuras por esta noche y dejara que la pobre alma descansara en paz. No debe correr riesgos tontos, pensó, reprendiéndose en silencio. Con ese pensamiento en mente, Joanna se dio la vuelta y se alejó escaleras abajo.

Pero antes de que hubiera dado un solo paso, el olor de la muerte penetró en sus sentidos.

Se lanzó hacia delante a través de la oscuridad, siguiendo el rastro de humo.

Su corazón latía con fuerza. Sus ojos lagrimeaban. Le temblaban las manos.

¿Podría ser que ella también le hubiera fallado?

Capítulo Once

EL CIELO AMENAZABA CON ASFIXIARLE, pues no había aire en la niebla gris.

No importaba si era de día o de noche; él sabía dónde estaba. Llovía a cántaros y la lúgubre nube que le rodeaba era espesa y negra por el humo de los pesados cañones que los ingleses habían utilizado para reducir sus filas a jirones de huesos rotos y carne sangrante.

Podía saborear su propia sangre en la boca, el calor ardiente en la cara.

Gavin intentó levantar la cabeza del barro. El humo de los cañones le envolvía, cegándole, pero sabía que estaba de nuevo en el Campo de Flodden, tendido en el fango con los moribundos y los muertos. A su alrededor, un río de sangre empujaba ladera abajo, recogiendo almas en su implacable corriente. Cerrando los ojos, volvió a recostar la cabeza y esperó a que la riada lo reclamara.

Había llegado su hora. Por fin había llegado su fin.

Las pequeñas manos, empujando con fuerza su hombro, le obligaron a salir de su letargo. Cuando sus ojos se abrieron un resquicio, Gavin intentó concentrarse en la tumultuosa escena de la batalla. Pero todo había desaparecido, y reconoció su alcoba. El muro de llamas que rodeaba su cama no era otro sueño. Se despertó sobresaltado.

La criatura con aspecto de espíritu tiraba ferozmente de una cortina de cama en llamas que tenía a sus pies. Con ojos incrédulos, Gavin observó cómo una de sus manos apartaba su salvaje melena dorada de las saltarinas lenguas de fuego, mientras la otra seguía luchando furiosamente con el material en llamas. Aparentemente sin miedo, atravesó las llamas y golpeó con fuerza sus pies con un pequeño puño vendado.

"¡Despierta! Despiértate, por el amor de Dios".

Su voz no era más que un susurro desesperado. Gavin sacudió la cabeza para intentar despejarla. Se le oprimió el pecho y tosió, incapaz de respirar con claridad. El humo era denso y las ardientes llamas se extendían hasta la parte superior de la cama con dosel.

La mujer se volvió bruscamente al oír su tos. Observó con repentino horror cómo las llamas se prendían en el dobladillo de sus faldas, extendiéndose rápidamente hacia arriba. Saltando de la cama, agarró su capa y la envolvió con fuerza, agachándose y sofocando las llamas de su vestido con las manos. Ella forcejeó contra él, empujándole los brazos mientras intentaba de nuevo alcanzar las cortinas ardientes de la cama. El gigantesco guerrero la retuvo hasta que estuvo seguro de que ya no ardía.

Luego, empujándola detrás de él, el propio Gavin se dirigió a la cama en llamas. Rasgó las cortinas, arrancó el dosel y lo arrojó todo sobre el hogar de piedra. Arrancó las sábanas del colchón, las extendió sobre los juncos ardientes del suelo y pisoteó las llamas.

El pesado humo flotaba como una nube negra en la habitación, mezclándose con el

repugnante olor a tela quemada y haciendo casi imposible respirar. Los dos tosían ahora y, mirando detrás de él, Gavin vio que la mujer se daba la vuelta y se despojaba de la cubierta que la envolvía. En la penumbra de la cámara, su cabello dorado reflejaba la luz parpadeante del hogar, pero poco más podía ver. Cruzando la habitación, el hacendado abrió bruscamente los postigos de las estrechas ventanas, postigos que habían estado abiertos cuando se había retirado. El aire de la noche entró a toda velocidad y, cuando se volvió hacia ella, se oyeron golpes y gritos procedentes del exterior de su puerta.

"La puerta está atrancada... debe de estar dormido... derribala...".

Su pánico fue tan evidente como inmediato. Gavin la vio salir disparada hacia el panel abierto junto a su cama. Corriendo por la habitación, la agarró por el brazo antes de que volviera a desaparecer. Ella forcejeó con fuerza en sus brazos, pero él no iba a dejarla escapar.

"¡Señor! Gavin!" La voz de Edmund fue la que más se oyó. "Que lo derribes, te digo. El fuego está..."

"El fuego está apagado. Ya voy", le gritó Gavin mientras la arrastraba bruscamente hacia la puerta. Pero cuando alargó la mano para levantar la barra, ella se retorció en sus brazos y sus ojos se encontraron.

Se quedó mirando un momento, aturdido e incapaz de hablar.

"¿Joanna?", susurró por fin, aflojando inconscientemente su agarre sobre ella.

Ella le devolvió la mirada con unos ojos azules tan oscuros y profundos como el cielo al amanecer. Pero entonces, al darse cuenta de que estaba libre, se lanzó de nuevo hacia el panel de la pared.

La conmoción que le había recorrido se disipó en un instante, y Gavin reaccionó con la velocidad del rayo ante el intento de huida de ella. Agarrándola por la muñeca, la hizo girar.

"No tan deprisa, mi lindo osito".

De nuevo, el sonido del golpeteo impaciente de sus hombres atrajo su atención hacia la puerta. Plantó los pies y se contuvo mientras él la arrastraba por la cámara.

"Ya voy", gritó. "No hace falta despertar a toda la casa".

"Por favor". Le suplicaron sus ojos oscuros. La desesperación resonaba en su voz. "No dejes que me encuentren aquí. En nombre del cielo, déjame ir".

"Pero estás viva", respondió él, mientras sus ojos se bebían la piel pálida y perfecta de su rostro, la melena rebelde de cabello dorado, los labios carnosos y sin sonrisas. "¿Cómo demonios esperas que...?"

"No *se me puede ver*". Tosió, tirando ansiosamente para liberar su muñeca. "No me has visto aquí. No existo".

"¿Me tomas por tonto? No te dejaré marchar, no hasta que me expliques lo que has estado haciendo durante todos estos meses".

"Volveré... volveré. Te prometo que volveré y te lo explicaré todo", juró, volviendo a mirar hacia el panel y tirando en esa dirección. "No puedo permitir que sepan que aún vivo".

"¿Quién? ¿Quién no puede saber que estás vivo?"

"¿Podéis alcanzar la puerta, mi señor?", se oyó gritar desde el pasillo.

"Te lo ruego, no dejes que me encuentren". Ella sacudió la cabeza con impotencia.

Gavin miró la habitación llena de humo. Levantó su cuerpo agitado, la llevó hacia la puerta y la arrojó sin contemplaciones de pie junto a la entrada.

"Quédate y no te muevas", gruñó amenazador mientras recorría rápidamente la pesada puerta, abriéndola de par en par y atrapando tras ella a la asustada joven.

Las expresiones de asombro en los rostros de los hombres reunidos en la sala le dieron la

bienvenida. El mayordomo Allan llevaba una antorcha. "¿Qué pasa?" ladró Gavin.

"Bueno... el humo, milord". Los ojos de Edmund hicieron un barrido por la habitación. "Lo oímos, y luego lo vimos venir de alrededor de tu puerta".

Gavin miró con el ceño fruncido al grupo de guerreros que se agolpaba alrededor de la entrada. El humo que pasaba por sus cabezas desde detrás de él empezaba a remitir un poco. "Se acabó, muchachos. Todo va bien. Debí de derribar una lámpara de mecha con la mano. El fuego está apagado. Ahora seguid vuestro camino. Todos vosotros".

Ninguno parecía dispuesto a marcharse. Se limitaban a permanecer de pie, mirándole fijamente, reacios a regresar al Gran Comedor si su líder les necesitaba.

"¿Queréis que os cambie la ropa de cama, milord?", preguntó el mayordomo.

Gavin miró por encima del hombro hacia la cama chamuscada y luego volvió a mirar a Allan. "No, mañana será suficiente. No hay razón para despertar a tu hermana ni a nadie a estas horas". Hizo una pausa. "Pensándolo bien, me vendría bien otra lámpara de mecha".

Con una rápida inclinación de cabeza, el mayordomo entregó la antorcha a Edmund y desapareció por el pasillo. Gavin volvió a mirar a sus guerreros. "¿A qué esperáis, muchachos? Volved a vuestro descanso. Fuera de aquí".

Todos, excepto Edmund y Peter, avanzaron de mala gana por el corredor a la orden de su laird.

"¿Estás seguro de que fuiste tú quien provocó el incendio, mi señor?"

"No, no estoy seguro de cómo empezó la maldita cosa", respondió Gavin. "Pero a estas horas de la noche, no voy a armar un escándalo buscando fantasmas".

Pedro le miró con asombro. "¿Seguro que os encontráis bien, milord? No es propio de vos estar tan...".

"He dicho que estoy bien, babuino escorbuto", respondió Gavin, frunciendo el ceño cuando Allan llegó con la lámpara de mecha. "Y ahora pienso volver a la cama. Y no, no necesito que ninguno de vosotros se quede para arroparme. Ahora, marchaos".

Cogiendo la lámpara del mayordomo, cerró la puerta en las narices de los tres, que seguían boquiabiertos en el pasillo como si a su amo le hubiera crecido una segunda cabeza.

Joanna apretó las palmas de sus manos vendadas contra el panel de la pared que tenía detrás y esperó, luchando por mantener la calma ante su creciente ansiedad.

Cuando la puerta se cerró, ella le dirigió una breve mirada mientras el gigante volvía a dejar caer la barra en su sitio. Luego, fijando la mirada en las sábanas en ruinas amontonadas en el hogar, se negó a volverse y mirar en su dirección.

Consciente de que él la miraba, Joanna volvió los ojos hacia su propio retrato: la expresión juvenil y risueña que se burlaba de la mujer que permanecía en harapos contra la pared. Cuánto tiempo había pasado desde que se sentó ante aquel cuadro. Cuánto tiempo parecía haber pasado desde que había sido aquella joven. Tal vez el retrato le divirtiera. Pero, ¿cómo reaccionaría aquel hombre ahora que se enfrentaba a la mujer llena de cicatrices y destrozada en que se había convertido Joanna? La verdad era mucho más fea que aquella fantasía de color y óleo.

Le lanzó una rápida mirada. El montañés estaba cómodamente apoyado en la puerta, con los brazos cruzados sobre un pecho imposiblemente ancho. En sus manos, la lámpara de mecha parecía un juguete diminuto. Sus ojos oscuros se posaron en ella. Bueno, se lo merecía, pensó. No todos los días alguien conoce a un muerto.

"No podía estar segura de que seguirías aquí cuando cerrara la puerta".

"¿Pensabas que era un fantasma? ¿Un duende?" Su voz era inestable. "¿Un demonio eldritch que se escabullía al infierno cuando me dabas la espalda?"

"Temía que sólo fueras un sueño".

Necesité un increíble autocontrol para no girarme y mirarle a la cara. "Una horrible pesadilla, supongo".

"No, no es una pesadilla. Sino un sueño recurrente".

Joanna se apresuró a mirarle a la cara. Parecía divertido por su incomodidad. "Así que, mi señor. ¿Sueñas a menudo con que te queman y te rescatan los espíritus?".

Sacudió la cabeza. "No, no de quemarse. Que te rescaten los espíritus es otra cosa. ¿A qué hombre no le gustaría ser rescatado por un fantasma tan hermoso como el que tengo ante mí?"

Joanna no podía evitar ni la repentina fiebre que sentía que le quemaba las mejillas ni el intenso calor que de repente se extendía por ella.

"Ah, puedes ruborizarte", dijo en voz baja, asintiendo. "Creo que las apariciones no tienen sangre para eso". Una sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios. "Soy Gavin Kerr, señora".

No había mucho que no llegara a sus oídos. "El nuevo laird. Lo sé".

"¿Pero sabes también que, desde que me convertí en laird del castillo de Ironcross, soñar contigo se ha convertido en un hábito para mí?".

Ahora no podía apartar la mirada de aquellos ojos oscuros y traviesos. Los vio bajar y concentrarse en sus labios. Tragó saliva, dando tumbos, buscando las palabras adecuadas. "¿Tienes que... hablarme...?".

"¿Qué, muchacha? ¿Hablar de soñar?"

"No". Ella negó con la cabeza, atreviéndose a mirar hacia el pecho desnudo de él. "¿Tienes que hablar? Estáis... ah... estáis desnudo, mi señor. Es un poco desconcertante".

Con la lámpara de mecha apagada, Gavin se enderezó desde la puerta y se miró a sí mismo. "Así es".

Ella apartó los ojos, intentando mirar a cualquier otra cosa menos a él.

Gavin apagó la lámpara de mecha y la colocó en un aplique junto a la puerta. "Pero entonces -continuó-, la visión de mi cuerpo seguramente no puede tener ninguna importancia para ti, teniendo en cuenta la forma en que has estado utilizando mi cámara todas las noches para tu deporte".

"¿Deporte?"

"Sí, para la caza nocturna. Para el entretenimiento. Te ha servido incluso como comedor. ¿Lo niegas, mi espíritu errante?"

"¿Qué te hace pensar que he sido yo?", le preguntó, mirándole a la cara. La luz disminuida la hizo sentirse un poco más cómoda, pero sólo hasta que él dio un paso más hacia ella.

"¿No has sido tú?", preguntó él, con sus ojos clavados en los de ella de un modo que barrió todo vestigio de tranquilidad en su interior. Ella intentó apartar la mirada de nuevo, pero él la agarró por la barbilla y la levantó hasta que sus ojos volvieron a quedar fijos. "Dime, ¿no has sido tú quien, una y otra vez, ha robado su propio retrato delante de mis narices?". Su contacto la hizo arder más que los fuegos a los que se había enfrentado antes al rescatarle.

"¿Y bien?", volvió a preguntar, apoyando suavemente el pulgar en la mejilla de ella.

Ella se encogió de hombros en respuesta. Estaba demasiado conmovida por su proximidad y su contacto como para intentar una respuesta coherente. Su piel era de color rojo dorado a la luz del fuego, y Joanna ya no podía ni respirar.

Cuando soltó la mano y se dirigió hacia su cama, la confusión la atormentó. ¿Cómo era posible que un dolor tan parecido a la decepción se clavara como una estaca en su pecho cuando él la soltó? Lo miró fijamente mientras él buscaba su falda escocesa en el suelo, junto a la gran cama.

No pudo evitar mirar su ancha espalda desnuda y sus nalgas duras y musculosas. Rápidamente sintió una opresión en el centro. Era increíblemente alto y de constitución fuerte. Las marcas de viejas heridas resaltaban blancas en sus hombros y brazos, y ella había visto una terrible cicatriz dentada a lo largo de sus costillas izquierdas, justo debajo del corazón. Pero era más asombrosamente perfecto que cualquier semejanza de hombre que hubiera visto en la vida o en los cuadros. Dejó que sus ojos recorrieran sus piernas delgadas y nervudas, observando la flexión de los músculos mientras él se ceñía la falda escocesa a la cintura.

"Sigo sin ver el motivo de tu incomodidad ante mi desnudez", dijo, sin volverse.

Ella dio un respingo, sobresaltada al sentirse atrapada. Mientras ella miraba fijamente, él desabrochó su espada de un grueso cinturón y la dejó caer sobre la cama antes de rodearse con la correa de cuero marrón.

Gavin se volvió y se encaró con ella. "He perdido la cuenta de cuántas veces has entrado en esta habitación, pero debes de haberme visto en la cama en numerosas ocasiones. ¿No es cierto?"

Avergonzada y enfadada consigo misma por ser tan atrevida, Joanna volvió la cara, intentando enfriar el calor que la recorría. "Una o dos veces", susurró.

"Y luego, por supuesto, estuvo la vez que entraste aquí para robar el retrato mientras yo dormitaba en la bañera. Creo que entonces también iba vestida de forma poco modesta".

"Hmm... Sólo puedo suponer que ibais adecuadamente ataviado para la situación, milord". Intentó ocultar su sonrisa. "No es que me haya dado cuenta".

"¿Y esperas que me lo crea?", replicó, cruzando los brazos sobre el pecho. "¿Que no *te diste cuenta*?"

"Poco importa que lo hagas o no. Pero respecto al cuadro, difícilmente consideraría 'robar' lo que es mío".

"¿Consideras tuyo ese retrato?" El laird sonrió con picardía mientras sus ojos la recorrían. "¿Has olvidado, ama Joanna, que llevas muerta más de medio año?"

"Puede que te parezca tan fea como un cadáver recién levantado de la tumba, pero te aseguro que no estoy muerta".

"Y *te* aseguro que moriría de buena gana mil veces si pensara que alguien como tú me haría compañía durante toda la eternidad".

Joanna lo miró boquiabierta. Sus ojos irradiaban calor. Sus expresiones eran seguramente palabras vacías de adulación, pero la mirada de su rostro seguía desconcertándola. Sus ojos eran negros y centelleantes cuando se clavaron en el rostro de ella. Luchó un instante por encontrar la voz y la compostura. "Como... como iba diciendo, puedo aseguraros, mi señor, que soy de carne y hueso... y estoy viva".

"Por lo que veo".

Joanna casi deseaba que dejara de mirarla. ¿Es que estaba ciego? Desde luego, no era una diosa que descendiera hacia él desde los cielos. Pero su reacción ante ella se parecía tanto a un sueño. Tantas veces había deseado volver a estar completa. Ser una fracción de lo que había sido.

"¿Por qué me miras así?", le preguntó ella, devolviéndole su atrevida mirada con una propia.

"¿Por aquí?", preguntó con una media sonrisa. "Sólo he empezado a alimentar mi curiosidad, y aún me queda mucho para satisfacerla. Y, por lo que veo, tú has empezado a hacer lo mismo".

Joanna apartó la mirada. Él tenía razón, y ella lo sabía. Era demasiado obvio que ella misma había permitido que sus ojos se deleitaran abiertamente con él. ¡Y verle vestirse así! Pero nunca antes había sentido el fuego líquido que ahora corría por sus venas. Allí de pie, contemplando las brasas de un fuego moribundo, Joanna se dio cuenta ahora de que en algún lugar, hacía mucho tiempo, había renunciado a la expectativa de tales sentimientos.

"¿Dónde estábamos, muchacha?"

El mero sonido de su voz la sacudió de su salvaje ensueño, y un repentino pánico se apoderó de ella.

"Será mejor que me vaya. Es muy tarde. Demasiado tarde. Te dormirás si te dejas en paz". Ella le miró, incapaz de apartar los ojos de su duro rostro mientras él se acercaba a ella. "Seguro que estás cansada. No volveré a coger el cuadro".

Joanna no pudo continuar. Las palabras se marchitaron en sus labios, su respiración se entrecortó cuando él se detuvo a medio paso de ella. Lo único que podía ver era la anchura de sus hombros, que le impedían escapar. Apoyó la cabeza contra la pared y lo miró fijamente a los ojos negros. Un escalofrío la recorrió como una fiebre.

"No te irás".

"Es tarde, y tú..."

"Aún no he empezado".

Se trataba de un hombre peligroso y ella sabía que debería estar asustada, pero de algún modo no lo estaba. "¿Qué quieres decir con eso? Lo de no..."

El terrateniente ignoró su pregunta y ella descubrió que sus ojos la observaban lentamente, de la cabeza a los pies y viceversa.

"¿Qué es lo que buscas?", preguntó ella con voz ronca.

Hizo una larga pausa. "Respuestas".

"¿Y eso es todo lo que tú...?". Joanna se mordió el labio, la vergüenza hirviendo bajo la piel de su rostro.

Los labios carnosos del terrateniente esbozaron una sonrisa ante la impulsiva expresión de la muchacha, y él se levantó y le rodeó la cara con sus grandes manos. Sus manos estaban increíblemente frías sobre su piel, y los ojos de Joanna se fijaron en los rizos oscuros que adornaban la musculatura cicatrizada de su pecho. Pasó un largo momento, y de pronto se dio cuenta de que se preguntaba cómo sería pasar los dedos por aquellos rizos, sentirlos contra su mejilla.

"Bueno, muchacha. Has conseguido leerme la mente. Hay muchas preguntas que me atormentan. Pero ninguna de ellas es lo bastante interesante como para romper este hechizo que me has lanzado".

"Soy un fantasma, mi señor, no una bruja. Aquí no se ha lanzado ningún hechizo -dijo ella en voz baja mientras los dedos de él hacían un sensual recorrido por los planos de su rostro. La estaba volviendo loca. Joanna se levantó y le agarró la muñeca. "Tu propia imaginación te lleva a esto. Es simplemente un retrato que te retiene".

"Qué bonita eres, Joanna MacInnes", susurró. "Tan suave, tal como imaginé que serías".

"Te equivocas. Yo no soy ella, mi señor. Esa belleza se sienta sobre tu hogar. Pero ella ya no está. Llevo las cicatrices de..."

"Calla". Bajó la cabeza y rozó ligeramente sus labios con los de ella. Los ojos de Joanna se abrieron de golpe, y contempló atónita cómo los labios de él quedaban un suspiro por encima de los suyos. Sus ojos oscuros y misteriosos recorrieron sus rasgos, acariciando su rostro. "Eres hermosa... y real... y estás viva".

Entonces, como en un sueño, Joanna sacó las manos de detrás de ella y se las rodeó en el cuello. Con una pasión que la cegó, acercó sus labios a los de él.

Capítulo Doce

LAS LLAMAS, que saltaban en el hogar detrás de él, hacían que la sombra del conde se alargara como un demonio, dispuesta a apagar la existencia misma del joven que estaba de pie contra la pared del fondo.

"¿Y estás seguro de que nadie sospecha de ti. ¿Incluso ahora?"

"Sí, milord", dijo David en voz baja. "Nadie sospecha de mí. Para todos ellos, no soy más que otro mozo de cuadra. Lo llevamos en la sangre, y mi madre siempre decía..."

El conde de Athol levantó una mano para silenciar a su fiel y joven informador. Luego empezó a pasearse por la habitación, tirándose pensativo de una oreja mientras caminaba ante el fuego. Se detuvo y volvió a mirar al muchacho. "Pero volvamos a lo que acabas de decir. Estás seguro de que sobrevivió ileso al incendio".

"Lo hizo", David movió la cabeza. "Cuando todos los hombres estaban reunidos en el pasillo, justo delante de su puerta, me colé detrás de ellos y observé cómo el laird abría su puerta. Escapó de todo sin una quemadura en la piel. Todo el mundo en el torreón habla de que el hombre dormía como un cadáver, pero de algún modo debió de conseguir despertarse a tiempo para salvar el pellejo."

Dormir como un muerto no es querer estar muerto de verdad, pensó Athol sacudiendo la cabeza. El deseo de morir de Gavin Kerr no era tan profundo como le habían hecho creer.

"Parece que al hombre aún le queda algo de lucha", susurró Athol, volviéndose y mirando fijamente a las llamas.

La respuesta de Gavin a su atrevimiento la dejó totalmente aturdida.

A Joanna se le cortó la respiración. Las envolturas de las palmas de sus manos se empaparon de repente. Su mente y sus pensamientos eran un caos. Se estremeció en su apretado abrazo y se estremeció ante el calor febril que se propagaba por ella.

La garganta de Gavin emitió un sonido hambriento mientras él profundizaba el beso, aplastándola más contra su cuerpo duro e inflexible. Un intenso deseo la invadió. Podía sentir el calor de su pecho desnudo quemándola y acariciándola. Entonces Joanna sintió que su lengua recorría los bordes de sus labios y se dio cuenta de que quería que le abriera la boca. Tentativamente, separó los labios, y la lengua de Gavin penetró en su interior.

Aturdida por la intimidad del beso, Joanna tembló y le flaquearon las rodillas. El mundo giraba a su alrededor y se agarró con fuerza a los hombros de Gavin, segura de que se caería si él la soltaba.

Pero Gavin no hizo ningún movimiento para liberarla. En lugar de eso, la rodeó con sus brazos desnudos, acercándola tanto que -a través de la bruma de deseo que nublaba su mente- pudo sentir la presión de su virilidad bajo la lana de su falda escocesa. Vagamente, sabía que debería alarmarse por el creciente peligro, pero el dolor de sus pechos anuló tales pensamientos de precaución. Lo que más deseaba en aquel momento era sentir su piel desnuda contra la de él.

Él se movió ligeramente, levantándole la barbilla y pasándole los dedos por la línea de la mandíbula. Ella se giró un poco entre sus brazos y la rodilla desnuda de él le presionó la cara interna de los muslos. Podía sentir la fuerza nervuda de su pierna contra la suya. Su mano acarició la piel de su garganta, la parte superior de su pecho. Joanna respiró hondo y su cuerpo se elevó al contacto con él. Sus dedos recorrieron el amplio escote de su vestido de gran tamaño y tiraron suavemente de él hacia abajo, dejando al descubierto su carne hasta que su pecho se liberó.

Cuando el pulgar de Joanna rodeó el pezón que se le estaba endureciendo, la joven jadeó. La recorrieron extrañas sensaciones, salvajes y turbulentas, que no se parecían a nada que hubiera conocido antes.

Así que ésta era, por fin, la verdadera pasión. El pensamiento surgió de los oscuros recovecos de su mente y un estremecimiento de ardiente excitación se desencadenó en el interior de Joanna. Estaba viva, realmente viva, y se le ofrecía la oportunidad de saborear este fruto del cielo antes de llegar al final de su vida.

Con una oleada de placer arrebatador, le rodeó el cuello con los brazos, igualando y devolviendo la presión de la boca exigente de Gavin.

"Joanna", susurró contra sus labios, rompiendo el beso y acercando los labios a su oído. "Me has hechizado". Mientras le chupaba el lóbulo de la oreja, su mano hizo un recorrido más amplio por su pecho, amasando y acariciando su carne firme. Luego, con un gemido bajo, Gavin deslizó la mano alrededor de su cadera y le acarició las nalgas.

Le sintió levantar su cuerpo contra él hasta que pudo sentir su excitación cada vez más dura presionando contra la unión de sus piernas.

Joanna se balanceaba entre sus brazos, y el placer la inundaba con cada nueva sensación. El mundo que la rodeaba se volvía fluido, disolviéndose con cada latido. Este éxtasis creciente, esta dulce hambre que sentía en su abrazo, era ahora la pasión dominante.

"Creo que el diablo ha poseído mi alma", le dijo roncamente al oído. Apretándola contra la pared, Gavin la agarró por las muñecas y se las bajó a los costados. Su voz estaba desgarrada por el deseo. "Dime que pare, Joanna, antes de que te lleve a mi cama". Sus poderosas manos le acunaron suavemente la cara mientras le echaba la cabeza hacia atrás y la miraba fijamente a los ojos. "Eres de carne y hueso. Y durante demasiado tiempo te he mirado, te he deseado, he soñado con hacerte el amor".

Joanna miró fijamente su rostro cincelado, sus ojos negros y ardientes. El deseo, como oscuros charcos de acero fundido, los llenaba, y ella podía sentir el poder de su control, tenso y crispado, pero dispuesto a desatar sus propias necesidades.

"Entonces haz conmigo lo que desees", se oyó susurrar suavemente. Su cuerpo ardía por él, por su contacto. Sólo sabía vagamente qué hacer, qué esperar, pero también sabía que moriría si él no le mostraba el resto del camino. Sus manos volvieron a acunar su rostro.

"Hazme tuya. Ahora", añadió con un susurro, girando la cara y besándole la palma de la mano. "No me queda mucho tiempo. Concédeme este único deseo".

Sólo tardó un instante en asimilar sus palabras, y entonces las manos que sólo un momento antes la habían acariciado suavemente, ahora le infligieron dolor al tomarla por los hombros con

un apretón similar al de una vara.

Le miró asombrada. Sus ojos eran de una furia fría, y sus dedos parecían que iban a aplastar los huesos bajo su piel.

"¿De qué demonios estás hablando? ¿Cómo que no te queda mucho tiempo?"

El hechizo se rompió y todo cristalizó ante sus ojos. La cámara que había estado borrosa y onírica en su tierno abrazo, se convirtió de repente en una masa de líneas y colores nítidamente definidos.

"Joanna", dijo, sacudiéndola con fuerza y obligándola a levantar los ojos hacia los suyos. "Explícame qué querías decir con esas palabras".

Aquel arrebató, tan repentino como feroz, la dejó estupefacta y sin ganas de hablar. Lo que la había impulsado a decir lo que dijo había desaparecido, y Joanna sabía que no sería prudente revelar nada de sus planes. Se subió el escote del vestido para cubrirse e intentó recobrar la cordura.

Fijó la mirada en los labios que ahora estaban apretados. "Para el mundo, llevo meses muerto. Sola en estas cavernas, he pensado mucho en la muerte. En mi mente, me he visto morir numerosas veces. No temo ese final. Todos debemos morir algún día, algunos antes que otros".

"No hables con acertijos", le ordenó con dureza, sin dejar de abrazarla con fuerza. "No hablabas del destino de uno, ni del cielo o el infierno que nos esperan cuando acabe nuestro tiempo en esta vida. Hablabas de ti misma. ¿Qué es lo que no me estás contando?"

Intentó reírse de su pregunta. "Lees mucho de tan poco. Intentó zafarse de él encogiéndose de hombros, pero él no renunció a sujetarla. "Ahora suéltame".

"Exijo que tú, Joanna MacInnes, me digas..."

"No -interrumpió ella, con el temperamento encendido, mientras golpeaba con fuerza el ancho pecho de él con el puño. Bien podría haber martillado los muros del mismísimo castillo de Ironcross. "No tienes derecho a exigirme nada".

"Ahora soy el señor de estas tierras".

"¡Toma Ironcross y que te den! Eso no es nada para mí".

"Responderás a mis preguntas".

"No lo haré", respondió ella con obstinación, igualando su mirada, "No hasta que te calmes y me digas qué causa tienes para esta ira".

Gavin la miró fijamente un momento y, por su mirada, Joanna estaba segura de que pensaba que era tonta.

"¿Y bien?", sondeó ella, sintiendo el peso de las manos de él aún sobre sus hombros.

"Tú eres quien empezó todo esto. Tú eres quien deseaba ocultarse. Y luego, intentando hechizarme... tan suave y dispuesta en mis brazos".

Joanna sintió que le ardía la piel al oír sus palabras. Prácticamente se había arrojado a sus brazos.

"Puedes creerte muy lista -continuó él, aflojando el agarre y volviendo a pasar las manos con más suavidad por los brazos de ella-. "Es muy posible que seas muy lista por haber sobrevivido como lo has hecho durante todos estos meses. Pero esta noche todo eso ha llegado a su fin. Te he descubierto. Estás vivo y sano. Es hora de que salgas de las sombras y me digas qué te llevó a cometer semejante locura".

"¿Tonterías?", se encolerizó ella. Le estaba siguiendo la corriente, tratándola como a una idiota sin capacidad para pensar por sí misma. "¿Qué sabes tú de todo esto? Juro por la Virgen que la única tontería que he cometido en todo este tiempo ha sido venir aquí e intentar salvar tu miserable vida de esas llamas".

"Bien podrías haber provocado tú mismo el incendio".

Los ojos de Joanna brillaron como si la hubieran abofeteado.

"Sí, llevas días entrando y saliendo de esta cámara. Tú mismo acabas de decirme que eres la única alma que vive en las cavernas bajo este torreón. ¿Quién sino tú tendría acceso a...?".

"Muchos, bruto simplón", espetó. "A estos pasadizos se puede llegar desde una docena de habitaciones de esta torre del homenaje".

"Pero nadie -ni siquiera el mayordomo- parece saber que existen".

"Y sólo un tonto de un laird se creerá todo lo que le digan". Volvió a golpearle en el pecho. "Suéltame".

"Cuando acabe contigo", dijo con arrogancia. "¿Me estás diciendo que estas personas -estos sirvientes- conocen las formas y, sin embargo, no lo admiten?".

"Te digo que estos pasadizos son accesibles incluso desde fuera del castillo... y que hay muchos que entran y salen sin que lo sepas". Hizo una pausa. "Y hay algunos que traen la muerte hasta tu misma puerta".

"¿Quieres decir aparte de ti?"

"¿Aparte de mí? Bribón ingrato". Ella retorció el cuerpo entre sus brazos. "Me haces daño".

Los ojos de Gavin no la soltaron mientras aflojaba el agarre de su hombro. "¿Quién? ¿Quiénes son esas personas de las que hablas?", preguntó.

"Los mismos que, el otoño pasado, mataron a mis padres, junto con inocentes y desprevenidos sirvientes".

El repentino temblor de su voz hizo que Gavin mirara más profundamente sus ojos azules. Eran tan oscuros a la tenue luz de la cámara, pero mostraban la ira y el dolor, la intensa tristeza que yacía enroscada como una serpiente alrededor de su corazón.

"¿Sabes quién mató a tus padres?", preguntó al fin.

Ella asintió sin vacilar. "Sí, lo sé".

"Entonces, ¿por qué se escondió? ¿Por qué esperaste tanto para hacer caer la justicia sobre su cabeza?".

El destello de tristeza que la vio ocultar rápidamente, fue traicionado por las gotas cristalinas que se acumularon a lo largo de los párpados de sus ojos. Gavin la observó esforzarse por contener las lágrimas. La mera mención de su pérdida la había convertido de leona en cordero maltratado ante sus ojos.

"¿Por qué no te has presentado antes, muchacha?", preguntó con dulzura.

"Lo intenté, pero no me atreví". Joanna se llevó una mano a la cara para apartar una lágrima que se había escapado y yacía como un diamante en su mejilla. Fue entonces, antes de que pudiera ocultarla de nuevo, cuando Gavin le agarró la mano vendada.

Para su gran alivio, esta vez ella no intentó luchar contra él. Se quedó mirando la mano que tenía vendada. Las tiras de lino que envolvían la palma y los dedos sólo conseguían cubrir parte de la carne dañada. Alrededor del borde se veían parches de piel roja y cicatrizada. Con cuidado, sacó la otra mano de su espalda y la examinó también. Aunque las cicatrices se estaban curando bastante bien, sabía que debían de haber sido extremadamente dolorosas durante algún tiempo después del incendio. Levantó la vista y encontró los ojos de Joanna clavados en el cuadro que colgaba sobre su chimenea.

"Ahora ya lo sabes. Yo no soy ella". Su voz era un mero susurro. "La Joanna MacInnes que ves en ese retrato pereció como el resto en aquel incendio".

Qué tonto ciego había sido al no darse cuenta del dolor y el sufrimiento que ella debía de haber soportado para sobrevivir. Desde que la había encontrado viva, no había expresado ni una

sola vez su compasión por la pérdida de su familia, ni se le había ocurrido preguntarle si ella misma había resultado herida. Volviendo a bajar la mirada hacia los dedos que ahora se enroscaban tensos en sus palmas, Gavin se llevó una de sus manos a los labios y depositó un suave beso en la piel expuesta y enrojecida.

Ella la retiró al instante. "No me compadezcas, Gavin Kerr".

"No hay piedad en lo que hago, muchacha".

"Entonces, ¿por qué hiciste... lo que...?". Frustrada, interrumpió sus palabras y apartó la mirada.

"Por la misma razón que besé tus labios, tu cara. Por la misma razón que besaré también el resto de ti, si me das la oportunidad". La agarró por la barbilla y le acercó la cara. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no inclinarse y besarla de nuevo. Sus ojos estaban humedecidos por las emociones que luchaban en su interior, su piel brillaba en las brasas del fuego, sus labios estaban hinchados por los besos de él. Pero en la comisura de sus labios se dibujó una sonrisa. Había oído su confesión.

"Ver tu mano vendada -continuó con dulzura- me ha recordado lo desconsiderado que he sido".

Ella le miró fijamente, con una pizca de desconcierto evidente en el rostro.

"Te pregunto, Joanna. Háblame de tu vida aquí. ¿Cómo te las has arreglado para vivir desde... desde el incendio?".

Empezó a hablar con recelo. "No es un cuento para una noche, mi señor. Sobre todo esta noche. Como puedes ver, el cielo se aclara tras tus ventanas y pronto amanecerá. Debes liberarme, pues... estoy muy cansada, como tú mismo debes estarlo".

Gavin la miró a los ojos, reacio a dejarla marchar. Si se trataba de una cuestión de confianza, pensó en lo tenue que era el hilo que los unía.

"¿Esperas que simplemente te deje desaparecer como un espíritu de la noche?"

Ella asintió.

"Me temo que si te dejara marchar, dentro de una hora me preguntaría si alguna vez estuviste aquí".

"¿Sería eso tan terrible, mi señor?"

"Sí, muchacha".

El profundo azul violeta de sus ojos brillaba mientras Joanna le miraba fijamente a la cara. Por fin, volvió a asentir.

"Te doy mi palabra de que volveré contigo. Tienes que atender a un invitado, pero volveré". Echó un vistazo a la cámara. "Quizá entonces podamos hablar".

Dejarla marchar era una tontería, él lo sabía.

Sus palabras irrumpieron en sus pensamientos. "Ahora sabes que vivo. Y por muy grandes y complicadas que parezcan las cavernas que hay bajo este torreón, estoy seguro de que si no cumpliera mi parte del trato, serías capaz de encontrarme. Pero no faltaré a mi palabra".

Siguió mirándola. Podía seducir hasta a un santo con su voz ronca y seductora.

"¿Cómo sé que estarás a salvo?"

Joanna ladeó la cabeza y le miró, con el rostro grave, pero la mirada impaciente. "Teniendo en cuenta los... accidentes que te han asolado desde que llegaste aquí, debería pensar que *tu seguridad* podría preocuparnos más en estos momentos".

"¿Has comido lo suficiente mientras has estado escondido? ¿Te ha ayudado alguien? ¿Te ha traído comida? ¿Ropa?"

"No me has oído", dijo ella en voz baja, con la chispa de la ira encendida de nuevo en sus

ojos. "Te he dicho que *tu vida* corre peligro".

"Sí, te he oído, muchacha. Pero debes responder a mis preguntas si esperas que te deje marchar".

Se detuvo un instante mientras estudiaba su expresión obstinada. "He comido mejor desde que tú y tus hombres llegasteis. Y además, nadie sabe que he sobrevivido al incendio. Sólo soy un fantasma más que vaga por los salones y pasillos del castillo de Ironcross. Como ves, no me aguarda ningún peligro fuera de esta cámara".

El sonido de los sirvientes de la torre del homenaje en el pasillo, justo fuera de su habitación, atrajo la atención de Gavin, que echó un vistazo a la ventana abierta. Los primeros rayos del alba empezaban a iluminar el cielo oriental.

"Volveré", susurró de nuevo. "Te lo prometo".

Los ojos de Gavin volaron de nuevo a su bello rostro. No podía retenerla aquí. Lo sabía. Molly y las demás sirvientas pondrían patas arriba la habitación -en cuanto él saliera de ella- para limpiar los daños causados por el incendio. Por supuesto, pensó, siempre podía obligarla a salir al exterior.

La imagen de John Stewart, conde de Athol, mirando con nostalgia el retrato de Joanna, acudió inmediatamente a la mente de Gavin.

"Volverás mañana por la noche... quiero decir, esta noche", ordenó con un gruñido que sonaba más a amenaza que a invitación. "Volverás inmediatamente después de que todos se hayan retirado".

Se detuvo un momento, mirándole fijamente, con los labios fruncidos. Luego, evidentemente demasiado cansada para discutir, asintió con la cabeza. "Si lo deseas".

"Sí, quiero", murmuró. Empezó a apartarse para dejarla pasar, pero luego se detuvo. "¿Qué pasa si necesito localizarte antes?"

"Pero, ¿por qué ibas a hacerlo?"

"Por si acaso... ¿cómo voy a saberlo? Simplemente quiero saberlo".

Gavin frunció el ceño, y luego observó los ojos de ella recorriendo la habitación mientras intentaba pensar en una respuesta. En lo que a él respectaba, podía tomarse todo el tiempo que quisiera. El hecho de que estuviera viva, delante de él, le parecía irreal. Sólo quería mirarla, estudiarla, disfrutar de los placeres de aquella hechicera que le hacía sentirse de nuevo como un colegial de abadía.

Demasiado pronto, sus ojos se iluminaron y volvieron a los de él. "Si alguna vez necesitas localizarme, ve a ver al sacerdote, el padre William. Que te lleve a la cripta subterránea".

"Lo he visto".

Joanna le miró insegura. "¿Ah, sí?"

"Sí, me llevó a través de la capilla cuando llegué".

Su rostro se aclaró mientras negaba con la cabeza. "No. Hay otra cripta, con tumbas mucho más antiguas que la que has visto. Ésta se encuentra en las profundidades de la tierra, muy por debajo de los muros del castillo. El capellán sabrá de una entrada exterior al lugar. Dile que te lleve". Joanna miró nerviosa hacia la puerta mientras se oía el ruido de unos pasos que avanzaban por el pasillo. Bajó la voz. "Cuando llegues, haz que el sacerdote vuelva por donde ha venido, y entonces iré a verte".

"¿Pero cómo sabrás que estoy allí?"

Ella le rodeó. "Estoy muy en sintonía con esa habitación. Créeme, si me necesitas, allí estaré".

Por mucho que lo deseara, Gavin no intentó detenerla mientras avanzaba rápidamente hacia

el panel de la pared.

"Una cosa más antes de que te vayas", dijo, atrayendo su mirada. "¿Quién provocó el incendio que mató a tus padres, Joanna? Me dijiste que conocías al asesino".

Sus ojos se clavaron en él mientras permanecía de pie junto a la parte abierta de la pared. Su voz tenía la nota de una convicción absoluta.

"Mater", respondió ella. "Mater los mató".

Capítulo Trece

COLINA ABAJO, al borde de la espesa arboleda que se extendía a lo largo de la cañada, Allan supervisaba el descuartizamiento del ciervo y las dos hembras que habían cazado. Apoyado en su lanza de caza y sujetando las riendas de su corcel, Gavin miraba con aire ausente cómo el mayordomo arrojaba restos de la presa a los perros que esperaban.

Joanna MacInnes había perdido la cabeza. ¿Cómo no iba a estarlo? reflexionó, recordando su encuentro y sus palabras de despedida antes de desaparecer de su alcoba cuando amenazaba el alba.

Desde luego, era comprensible que una joven se sintiera angustiada y abrumada por el dolor tras una tragedia así. Pero vivir como había estado viviendo durante los últimos seis meses. La pérdida de sus padres en semejante incendio -en tales circunstancias- podría haber inclinado fácilmente la balanza de la razón de cualquiera. Debe de ser eso, pensó. Parecía probable, al menos, si se tenía en cuenta que tras el incendio había elegido voluntariamente una vida de ermitaña, rehuyendo todo contacto humano, y que luego se le había ocurrido la descabellada idea de que aquella anciana inofensiva había cometido un asesinato de proporciones tan atroces.

Pero desde luego no parecía enfadada, pensó.

Si tan sólo se hubiera tomado más tiempo esta mañana para interrogar a Joanna sobre su acusación, antes de que ella se hubiera limitado a entrar en el pasadizo y desaparecer en la oscuridad.

Y si no hubiera sido por el escorbuto y canalla de su huésped, habría ido tras ella. Era una maldita diablura tener compañía que te importuna cuando menos lo deseas, pensó Gavin, calmando a su inquieto caballo. El maldito conde planeaba quedarse toda la semana y, a menos que insultara abiertamente al arrogante bastardo -e iniciara una guerra vecinal-, el montañés no sabía muy bien cómo acortar la visita del otro hombre.

Pero aun así, antes de salir de caza esta mañana, Gavin se había tomado un momento para interrogar al sacerdote sobre las criptas subterráneas de las que había hablado Joanna. Gavin no había pestañeado cuando la mandíbula del padre William se desencajó sorprendida por el conocimiento que su laird tenía de las bóvedas subterráneas.

Con la más mínima presión, Gavin había conseguido que el clérigo hablara, aunque la información que el hombre le había transmitido había sido somera, en el mejor de los casos. Las tumbas de allí tenían cientos de años, le había dicho el sacerdote al guerrero, aunque él mismo casi no sabía quién estaba enterrado allí. Pero cuando Gavin le preguntó si sabía cómo llevarle hasta allí, el sacerdote asintió de mala gana y dijo que el viejo sacerdote que le había precedido le había mostrado el camino. Mirando por encima del muro hacia el desfiladero donde Gavin se había encontrado con la roca desprendida, el padre William había dicho que había una entrada

exterior a la cripta, y que estaba bastante seguro de que aún podría encontrarla.

Puede que todo haya sido en vano, pensó Gavin, viendo cómo el sabueso Max se llevaba un buen trozo de carne. Aun así, el laird estaba decidido a buscar respuestas a las preguntas que habían surgido en su mente a raíz de la aparición de Joanna. Una inquietud le invadió al pensar que ella volvería esta noche. Obligándose a ignorar la agitación de sus entrañas, clavó la punta de su lanza de caza en el suelo en barbecho. Tal vez un hombre con una razón que funcionara no habría confiado en que ella volviera, seguro de que aprovecharía la oportunidad para escapar de él. Pero Gavin no.

Entre ellos había pasado un voto tácito de confianza, y era un pacto que había hecho creer a Gavin que ella volvería. Y cuando ella volviera, él quería recibirla con su propia información. No se atrevía a creer que Mater fuera una asesina, y necesitaba saber qué la había llevado a acusar a la anciana. Pero si quería discutir con ella sobre quién podría ser el asesino de sus padres, sabía que más le valía saber más de la historia de este torreón de lo que sabía ahora.

Mirando hacia la cañada, a lo largo de la línea de árboles, Gavin seguía sin ver rastro de Athol. El conde y el resto de su grupo de caza se habían marchado tras varias ciervas y, francamente, eso le venía muy bien a Gavin. Parecía que cada vez que había mirado a John Stewart esta mañana, una ira oscura e hirviente lo había atravesado. Y aunque el guerrero se negaba a admitir que pudiera estar celoso de aquel hombre, saber que Athol tenía un pasado común con Joanna despertaba en Gavin una ira que no podía negar ni desechar.

No era una niña. Él lo sabía. Su respuesta abierta y ardiente a sus besos le hablaba a Gavin de su naturaleza apasionada. Pero también hablaba de su experiencia pasada. Y durante toda la mañana, como una espina, el pensamiento de su vida anterior le aguijoneó. Si ese despreciable canalla de Athol no fuera huésped del Castillo de Ironcross, si no se viera obligado a contemplar tan a menudo el rostro condenadamente apuesto del montañés, tal vez ese pensamiento no le atormentaría tanto.

Pero lo era, ¡maldita sea!

Una vez más, Gavin clavó su lanza en el lateral de la brecha, maldiciéndose por sentirse así. Nunca le había importado lo más mínimo el pasado de una mujer. En su opinión, la virginidad era una condición sobrevalorada. Aunque hacía tiempo que había muerto, María Bolena -una de las mejores mujeres que había conocido- había sido amante de un rey y de Dios sabe quién más. Sus labios se apretaron en una fina línea. Entonces, ¿por qué debía sentirse así respecto a Joanna MacInnes?

Gavin se miró sombríamente las gruesas manos llenas de cicatrices que envolvían la lanza. Por el demonio, hombre, se dijo a sí mismo, ella te incita a desearla, pero seguramente la atracción no puede ser más que física. Nadie sabía mejor que el propio Gavin lo poco que podía depararle el futuro. Esto era lujuria, se recordó a sí mismo, nada más. Cualquier otra cosa que le empujara podría... bueno, podría irse al garete.

Con un esfuerzo, Gavin cerró su mente a tales pensamientos y volvió a centrar su atención en Allan. Desmontó de su caballo y comenzó a descender por la ladera hacia el anciano, con la mente puesta de nuevo en las criptas subterráneas y en lo poco que el sacerdote había podido contarle.

Cuando el laird se acercó al pequeño grupo de hombres, el peludo sabueso Max se acercó a grandes zancadas. Cuando Gavin aminoró la marcha, la bestia saltó y apoyó sus grandes patas en el pecho de Gavin, estirando el cuello y lamiendo la cara del amo.

Soltando las riendas de su caballo, Gavin agarró las greñas a ambos lados de la cara del perro. Rascándose detrás de las orejas del perro, Gavin se volvió hacia el mayordomo y le llamó

la atención. "Creía que estos perros se criaban para ser cazadores", dijo bruscamente. "Son tan mansos como perros falderos".

"La mayoría están mejor entrenados. Pero éste está un poco confuso". Allan sacudió la cabeza ante el animal. "Creo que deberíamos haberle golpeado más".

"No obstante, hoy han actuado bien". Cuando el mayordomo asintió en reconocimiento del cumplido, Gavin se quitó el perro del pecho y se volvió para observar los montones de carne ya preparada y lista para partir. "Sin contar lo que puedan traer Athol y sus hombres, debo decir que hemos tenido un día exitoso".

"Sí, mi señor. Todo se aprovechará".

Gavin se agachó y cogió un palo, lanzándoselo al perro. Mientras Max corría tras él, el laird se volvió y se encaró con el mayordomo. "¿Qué sabes de las criptas que hay bajo el castillo de Ironcross, Allan?"

La expresión de asombro del camarero fue rápidamente sustituida por una de desconcierto.

"¿Y bien?" pinchó Gavin, sin querer dar al otro hombre la oportunidad de recuperarse de lo repentino de la pregunta.

"¿Cómo sabes lo de...?"

"¿Por qué es ésta la primera pregunta que hace todo el mundo? ¿Es tan extraño que yo conozca la cripta? ¿Hay algo prohibido en que yo sepa lo que hay bajo mi propio torreón?"

"No, mi señor". El mayordomo sacudió rápidamente la cabeza. "No pretendía faltar al respeto. "Es sólo que... quiero decir... m'lord, nadie ha hablado de ello ni ha bajado allí desde hace años... que yo recuerde. Me sorprende un poco que hayas oído hablar de ello. No sé si muchos en la fortaleza saben siquiera que hay criptas bajo el castillo".

"Bueno, algunos lo saben. Y supongo que unos pocos que incluso recuerdan cómo llegar hasta allí". Gavin frunció el ceño. "Aunque me sigue maravillando que, el otro día, cuando preguntaba quién conocía el camino por los pasadizos, nadie hablara. Ni siquiera tú".

"No es lo que pensáis, mi señor". El mayordomo volvió a negar con la cabeza. "Todos queremos servirlos. Es sólo que esas criptas, al ser tan viejas... bueno, ya nadie tiene motivos para ir allí".

Cuando la voz del mayordomo se apagó, Gavin frunció el ceño. Quizá esperaba demasiado de sus nuevos sirvientes que confiaran en él. Si no quería que le temieran, tenía que ganarse su confianza, y luego esperar que se la dieran. Pero aún quedaba la cuestión de la cámara acorazada. Le ocultaban demasiadas cosas.

"¿Quién está enterrado en esa cripta?"

El mayordomo hizo una pausa mientras miraba inseguro de Gavin a una perspectiva que descendía hacia una cañada al oeste.

"¿Quién está enterrado allí, Allan?"

"Muchas", dijo el anciano en voz baja. "La cripta de la que habláis alberga muchas tumbas, mi señor. Los ancianos solían decir que no es un solo espíritu el que caza el castillo de Ironcross, sino muchos".

Se hizo un silencio incómodo entre los dos, y Gavin se dio cuenta del fuerte viento racheado que azotaba, sobresaltando a los perros y preocupando a los caballos. Gavin se dio cuenta de que ya no tenía la atención del mayordomo. La mirada del anciano -su alma misma- parecía distante, retraída, en otro mundo.

La mente de Gavin volvió a Joanna. Ella sabía lo de aquella cripta. Seguramente, la creencia de aquella gente en los espíritus que rondaban el castillo y los pasadizos sólo había ayudado a evitar que la descubrieran.

Pero ¿sabía algo de los orígenes de los que allí estaban enterrados? Al volverse y mirar la expresión aún distante del rostro del mayordomo, Gavin sintió que su impaciencia por saber más se hacía cada vez más fuerte. Maldiciones, espíritus, criptas olvidadas...

Gavin negó con la cabeza. Por extraña que fuera la respuesta que Joanna le había dado a su pregunta sobre el asesinato de sus padres, ella también creía claramente que había manos humanas implicadas en esos asesinatos.

"Allan", ladró Gavin, atrayendo de nuevo la atención del hombre hacia él. "Esa gente de la que hablas -los que yacen en la cripta-, ¿quiénes eran y de dónde venían?"

El mayordomo miró hacia atrás, aparentemente poco dispuesto a ofrecer respuesta alguna.

Pero Gavin no estaba dispuesto a rendirse. "¿Y cuánto tiempo hace que están enterrados allí?"

Allan hizo otra larga pausa, y Gavin dio un paso hacia él, perdiendo el control sobre su creciente mal genio. Pero entonces, respondiendo a la evidente impaciencia de su laird, el mayordomo abrió la boca y habló.

"La edad de esa cámara se remonta más allá de la memoria de cualquier persona viva. Con toda seguridad, tiene más del triple de mi edad. Y en cuanto a los nombres de los muertos, sólo me han dicho que son santos, mi señor. De la abadía".

"¿De la abadía?"

Allan se encontró con la mirada interrogante de Gavin. "Sí, mi señor. Eso es todo lo que sé con certeza. Sin embargo, con el paso de los años, a medida que la maldición... a medida que los accidentes empezaron a cobrarse cada vez más de los lairds de Ironcross, los campesinos empezaron a inventar historias sobre las criptas y los poderes de los allí enterrados. Cuando era un muchacho, los recuerdo".

"¿Recuerdas *quién* vino?"

"Campesinos, mi señor. Pobre gente ignorante. Dejando regalos en la bóveda para alejar el mal... y no sólo el mal de la maldición. Como peregrinos, venían de todas partes de las Tierras Altas: MacKenzies y MacLeods, Campbells y MacIntyres. Se diría que era Jerusalén. Pero en aquellos días no teníamos ningún laird que pasara algún tiempo en Ironcross, así que no había nadie que prestara atención a la gente de las colinas que deambulaba por debajo del castillo."

Allan miró hacia la delgada franja de lago que se veía al final de la cañada.

"Vamos", ordenó Gavin, sacando al viejo mayordomo de su ensoñación.

"Todo eso terminó cuando Sir Duncan MacInnes se convirtió en señor del Castillo de Ironcross. Ordenó a la gente común que se mantuviera alejada y dispuso un castigo para quienes fueran sorprendidos invadiendo los pasadizos." Allan encogió sus anchos y viejos hombros y volvió a apartar la mirada. "Ya nadie va allí. Por eso nadie de la casa se atrevería a entrar en los pasadizos. Hace siglos que nadie baja por allí. Por eso nadie se acuerda".

"¿Por qué, Allan, enterraría un laird de Ironcross a alguien de la abadía en las cavernas que hay bajo su propio castillo? ¿Por qué no en el patio de la capilla? ¿Por qué no en el kirkyard de la abadía? Santos o no, enterrarlos aquí no tiene sentido".

"Yo... no lo sé, mi señor".

El rostro de Gavin se nubló ante la incapacidad del mayordomo para satisfacer sus preguntas.

"¿Cuánto crees que sabe Mater de la historia de esa gente?"

Allan miró fijamente a su amo y luego empezó a sacudir lentamente la cabeza "Yo no..."

"¿No crees que lo sabe?" Gavin frunció el ceño. "¿O crees que no me lo dirá?"

"Ella... seguramente no sería prudente..."

¿"Sabio"? ¿Cuestionar a Mater? ¿Por qué, Allan?"

El mayordomo vaciló, pero luego pareció aliviado al oír el ruido de los caballos a lo lejos. Gavin se volvió y miró hacia la cañada mientras Athol y sus hombres salían del bosque y cabalgaban por el borde de los árboles. Pudo ver un par de ciervas sobre las monturas de los hombres del conde.

Al ver acercarse a su invitado, Gavin se volvió de nuevo hacia el mayordomo. "Parece que hemos cogido más de lo que necesitamos. Prepara la presa del conde, y avisa a los hombres de que a la vuelta nos detendremos en la abadía".

"¿El motivo de esta visita, milord?", preguntó Allan vacilante, mostrando en su rostro su perplejidad. "¿Pretendéis intentar interrogar a Mater? Sobre la cripta, quiero decir".

"Sí". Gavin asintió, mirando a la cara al mayordomo. "Tengo claro que no obtendré mucha información de mi propia gente... a menos que me interese sonsacársela. Creo que puedo aprender mucho más hablando con la mujer".

El mayordomo no mostró más voluntad de hablar, aunque la preocupación estaba grabada en sus facciones. Con una mirada de disgusto, Gavin se dio la vuelta y montó en su caballo. Por supuesto, pensó, que *ella* esté dispuesta a contarme lo que sabe es una cuestión totalmente distinta. Sacudiendo la cabeza, empujó a su corcel colina abajo, donde Athol y sus hombres esperaban.

Desde el momento en que Joanna había señalado a Mater como responsable de los asesinatos, Gavin había estado buscando una excusa para visitar a la anciana antes de volver a reunirse con la muchacha. Había algo muy inquietante en todo este asunto. En su última visita a la abadía, Mater había hablado de Joanna como una visitante frecuente. Había hablado de ella como de una amiga. Pero Gavin también recordaba cómo había hablado con acertijos cuando había respondido a sus preguntas sobre la joven. Ahora, sabiendo que Joanna había estado viva todo el tiempo, no podía evitar preguntarse si la anciana abadesa también sabía la verdad. Pero entonces, ¿cómo? Y lo que era más importante, ¿por qué -a menos que viera a la mujer encender el fuego con sus propios ojos- Joanna MacInnes pasaría de buscar la compañía de la anciana a llamarla asesina?

"Así que pudiste atropellar a unos cuantos", dijo Gavin, acercándose a su vecino.

"Sí", respondió el conde con un movimiento de cabeza. "Y podríamos haber cogido dos más con poco esfuerzo. Sin nadie que cace aquí últimamente, deberías tener carne de sobra para abastecer las despensas de Ironcross".

Gavin pasó una mano por el lateral del cuello de Paris. "Bueno, se me ha ocurrido un uso más digno para la carne que hemos reunido hoy. Nos detendremos en la vieja abadía de regreso a Ironcross. Pienso dejar allí parte de la carne que ha matado nuestro grupo. Mientras estamos allí, he pensado que podría visitar unos momentos a la abadesa, Mater".

El silencio de Athol atrajo los ojos de Gavin hacia el rostro del montañés. Su expresión se había ensombrecido visiblemente, y su mirada se dirigía más allá de la cañada, en dirección a la abadía.

"Si no deseas acompañarme hasta allí, podríamos reunirnos de nuevo en la torre del homenaje. Mi mayordomo te acompañará y se asegurará de que estés cómodo". Gavin observó los cambios de color en el rostro del conde.

"Sí", dijo finalmente el conde. "No tengo ningún deseo de ver a la anciana ni su triste montón de piedras. Nos veremos en Ironcross".

Mientras Gavin se esforzaba por ocultar su satisfacción, los agudos ojos grises de Athol se volvieron hacia el rostro del guerrero. "Dime", dijo en tono de conversación. "¿Fuiste bien recibido allí... cuando los visitaste por primera vez?".

"¿Cómo sabes si los he visitado antes?"

Aunque el montañés nunca apartó la mirada, Gavin notó el cambio de tonalidad en su rostro.

La voz de Athol era firme cuando respondió. "Supuse que habías estado allí. Las ruinas de la abadía y las tierras que la rodean han sido propiedad indiscutible de los lairds de Ironcross durante... el diablo sabe cuánto tiempo. Simplemente supuse que habrías querido conocerla enseguida".

Tras una pausa, Gavin aceptó el razonamiento del otro hombre. "Como tú dices, ya he estado allí antes. Es una mujer interesante. Pero, respondiendo a tu pregunta, no son los más amistosos, si he entendido bien lo que quieres decir. ¿Por qué lo preguntas?"

El montañés se inclinó hacia delante sobre su caballo, acariciando el cuello color ébano de su corcel. "Bueno, no sé cuánto te habrás enterado, pero a lo largo de los años bastantes campesinos de tus tierras se han trasladado a las mías. Algunos en busca de trabajo, otros simplemente deseando la protección de un laird".

A Gavin se lo había dicho el sacerdote y asintió.

"Las historias que traían estas gentes sencillas siempre me llevaron a pensar que había algo muy peculiar -quizá incluso peligroso- en esta abadía". Athol miró fijamente a su anfitrión. "Y la anciana".

"¿Qué tipo de historias?"

"Historias sobre..." Athol agitó una mano en dirección a la cañada. "Sobre mujeres que vivían allí... mujeres extrañas y salvajes... que vivían y trabajaban los campos. Y otras historias sobre hombres raptados en las tierras cercanas a Ironcross y retenidos como esclavos en las tierras de la abadía. Historias salvajes sobre el uso de estos hombres sólo para plantar su semilla en una esposa. Sobre que después los ahogaban en el lago... o los quemaban".

"¿Y te creíste esos cuentos?" preguntó Gavin con incredulidad.

"Claro que no". Athol se limitó a sacudir la cabeza. "Lo atribuí todo a las excusas que esos hombres creían necesitar para dejar atrás las tierras que sus familias habían trabajado desde los tiempos de Noé. Pero supongo que siempre hay ira en un hombre que ve mujeres que pueden sobrevivir sin él. Mi opinión cambió, sin embargo, cuando yo mismo me enfrenté a su hostilidad".

La atención de Gavin estaba ahora clavada en el conde.

"Aquel primer verano en que Joanna vino al castillo de Ironcross, yo la visitaba con frecuencia. No era una desconocida para el Alto..."

"Esto fue el verano pasado, supongo". Gavin pudo oír la hostilidad en su propia voz, y miró hacia el arroyo cuando la mirada de Athol se dirigió hacia él. Aunque sin duda no era el momento, algo en Gavin deseaba retorcerle el pescuezo a aquel hombre.

"Anteanoche", dijo lentamente el conde. "El primer verano en que Ironcross se convirtió en su hogar. Era una invitada constante aquí. Pero fue enviada de vuelta a la corte en otoño, sólo para regresar al otoño siguiente con noticias de su..." Se detuvo, con el rostro tan oscuro y feroz como una tormenta invernal.

Joanna había vuelto a Ironcross prometida a James Gordon, Gavin lo sabía. Cómo podía olvidarlo, su propio rostro se endurecía de rabia. Estaba viva y seguía legalmente ligada a él. La hostilidad que ambos hombres sentían casi crepitaba en el aire entre ellos. En un momento, el rostro del visitante se aclaró un poco y continuó con su historia.

"Bueno, eso se acabó. Pero aquel primer verano, pronto descubrí que era una visitante constante de la abadía. Y cada vez que la interrogaba sobre el lugar, mostraba tal entusiasmo por la gente y por lo que hacían allí que cualquiera habría pensado que había descubierto a una banda

de ángeles viviendo entre el resto de nosotros, los mortales."

"Y en sus alabanzas a la gente de allí, ¿incluía también a la abadesa Mater?". preguntó Gavin.

"Sí, ella la que más". El montañés asintió. "Aquella anciana era la fuente de todo lo bueno de la abadía, por lo que a Joanna se refería. Miraba a Mater con admiración por la influencia espiritual de la anciana sobre su rebaño de seguidores. Sin duda, admiraba y respetaba a la mujer".

Gavin se tiró de la oreja y miró hacia la cresta de la colina, esforzándose por reprimir las preguntas que lo corroían. Entonces, ¿qué ocurrió? quiso saber.

"Como ya he dicho, durante la mayor parte de mis años como laird del castillo de Balvenie, había oído las historias sobre la abadía. Pero cuando... cuando me dispuse a cortejar directamente a Joanna, decidí que necesitaba saber la verdad sobre el lugar... y sobre Mater. Así que la acompañé hasta allí".

"¿Y su descripción del lugar, y de Mater, coincidía con lo que viste?"

Los ojos grises de Athol se fijaron en el rostro de Gavin. "A excepción de Mater, no vi ni un alma. Era bastante extraño, siendo el comienzo de la época de la cosecha, pero los cultivos permanecían desatendidos en los campos. Nadie trabajaba la tierra. Creo que fue lo más espeluznante que he visto nunca. Aquel primer día, cuando nos fuimos, le pregunté a Joanna y me dijo que mi presencia había asustado a los campesinos. Quizá la próxima vez, dijo, lo aceptarían mejor".

"¿Fue diferente cuando volviste?"

Athol soltó una carcajada vacía. "No, no fue diferente. Pero, terco como soy, creí que podía imponer mi voluntad a un puñado de mujeres. Eso es todo lo que creía que eran. Mujeres asustadas, sin rostro, invisibles. Al final fui yo a quien hicieron sentirse invisible".

"Con todo esto", preguntó Gavin, con el rostro grave. "¿Cómo te trató Mater?"

"Toleraba mi presencia, creo que por Joanna. Pero ni una sola vez habló conmigo, ni me incluyó. Fui quizá media docena de veces, hasta que Joanna me pidió que dejara de hacerlo. Había quedado muy claro que mi presencia con ella en la abadía estaba ejerciendo algún tipo de presión sobre su relación con aquellas mujeres. Así que, al final, las eligió a ellas antes que a mí".

Gavin apartó la mirada de la sombría expresión del Highlander. Había mucho que analizar en sus palabras. Pero una cosa era evidente de inmediato. La fuerza de la conexión entre Joanna y aquellas mujeres, incluida Mater, había sido más fuerte que todo lo que había sentido por aquel hombre. Estaba claro que Athol se había considerado un pretendiente, con derecho a casarse con ella. Pero Joanna lo había rechazado, primero al excluirlo de su mundo y luego al desposarse con otro.

Gavin miró de nuevo en dirección a la abadía. Aunque tenía mucho que aprender de Mater, de repente supo que cualquier información que Joanna tuviera que compartir, quizá valía más que cualquier cosa que pudiera aprender de Mater, Allan, Athol o cualquiera de ellos.

Sólo Joanna parecía tener la llave del pasado.

Capítulo Catorce

NO LA HABÍA CREÍDO.

Aunque hubiera olvidado muchos de los modales de la vida cotidiana en la corte, nunca olvidaría lo buena que podía ser una mirada de desprecio. Ahora tenía claro que Gavin Kerr consideraba una tontería la revelación que le había hecho. Y también estaba muy claro que él tenía la misma opinión de ella.

De hecho, pensó, debía de estar loca, porque estaba claramente enamorada de aquel hombre. Ya no podía negarlo, no después de lo que había pasado anoche. No después de cómo la había besado y acariciado en su habitación. Ni después de cómo se había sentido abrazada a él. Joanna sabía ahora que Gavin Kerr había sentido por ella la misma fascinación que su retrato por él. Y tuvo que admitir -aunque a regañadientes- que había sentido algo por él mucho antes de encontrarse cara a cara con él. Después de todo, era tonta. Y de la misma manera obstinada en que él había llevado su foto a su habitación una y otra vez, ella también se había dejado llevar por un loco deseo de contemplarlo noche tras noche. Aunque le costara admitirlo, ahora sabía la verdad que había detrás de sus excursiones nocturnas a su habitación. Es cierto que entonces sus visitas sólo le habían parecido una emoción placentera. Pero tras encontrarse con él la noche anterior, ahora sabía que esa emoción podía convertirse fácilmente en un hábito. Y un hábito con el que deleitarse.

Pero, ¿quién *era él* para pensar que estaba loca? Ahora podía imaginárselo en su mente, apenas escuchando la verdad -o cualquier otra cosa- si ella la decía. La imagen de él de pie junto a la puerta, con el humo gris del fuego flotando aún alrededor de su magnífico cuerpo, parpadeó en su mente y respiró con fuerza.

Maldito sea, pensó, apartando la visión -a regañadientes- de sus pensamientos.

Joanna se inclinó e intentó concentrarse en su tarea, apuñalando de nuevo la dura tierra bajo sus dedos. Hacía mucho, mucho tiempo que no necesitaba a nadie; y no iba a empezar a pedir ayuda ahora. No cuando se trataba de una lucha *que era suya por derecho*.

"¡Maldita sea!", maldijo en voz alta cuando la daga resbaló de su mano. Escuchó un momento, sorprendida por el eco de su voz.

Apartando un poco la titilante lámpara de mecha, Joanna se enderezó y estiró sus rígidas articulaciones -rodillas, espalda, hombros y dedos- antes de arrodillarse de nuevo en el suelo de la cripta. Echándose hacia atrás, la joven reanudó su excavación, utilizando la punta de la daga para extender el canal en el que había estado trabajando durante semanas. Tenía que borrar de su mente todos los pensamientos sobre él. Tenía que olvidar sus besos conmovedores, sus manos errantes, las caricias que la habían hecho sentirse mujer. Tenía que concentrarse en una cosa. En la justicia. Por eso estaba aquí. Por eso había soportado estos interminables meses de oscuridad,

soledad y dolor. Tenía que proceder. Tenía que ejecutar su plan.

Tras observar cómo aquellas mujeres llevaban a cabo sus rituales mes tras mes, se había colado en la cripta cuando supo que podía buscar sin miedo a ser descubierta. Y había encontrado el camino. Joanna había descubierto el pequeño canal que se había excavado en círculo en el centro de la bóveda. Sobre el canal construirían su pira de ramas y juncos. Y alrededor de este círculo se reunían las mujeres. Todas ellas en luna llena.

Al final del círculo, más allá de donde estaba Mater, había un gran recipiente de aceite. Joanna había observado repetidamente cómo, en el punto álgido de su orgía, la anciana liberaba el aceite del recipiente en el canal.

Retrocedió de nuevo por su camino. Éste era su plan, sencillo y justo. Simplemente había añadido una extensión al canal. Una que llevaría el río de aceite hasta la puerta y bloquearía su única vía de escape. En la penumbra, ni siquiera sabrían que había algo diferente. No hasta que el fuego ya hubiera tocado el aceite.

Ya podía sentir el calor de las llamas a su alrededor. Había imaginado la escena tantas veces en su mente. Todos ellos aún salvajes e insensibles en su frenesí. Ella, de pie junto a la puerta, impidiéndoles el paso, las llamas saltando a su espalda. Porque los juncos que habría sacado rápidamente de detrás de las criptas más cercanas a la puerta, los que había empapado en aceite y escondido, ahora estarían ardiendo. Su única salida sería un infierno humeante. Ella alimentaría el fuego y los vería gritar y morir. Del mismo modo que sabía que habían muerto sus propios padres. Ella encontraría su propio final en aquella habitación. Pero ése era su destino.

Si era una locura, pensó Joanna, que así fuera. ¿Qué otras opciones tenía? Era la única y verdadera heredera de Ironcross. Era la única capaz de hacer justicia a la diablesa.

Era tonto si pensaba que su recibimiento sería diferente al que le habían dado antes. Pero aun así, pensó Gavin irónicamente, siempre se podía tener esperanza.

Tras dejar a los pocos hombres que habían venido con él junto al río, en las afueras de la aldea, Gavin condujo a la yegua que llevaba su ofrenda de carne por el sendero hacia las puertas en ruinas de la abadía. Al igual que la última vez, el vacío y el silencio fueron todo lo que le recibió.

Gavin ató su caballo a un pequeño arbusto junto a la misma cabaña donde había visto a Mater por última vez. Esta vez, sin embargo, sólo encontró las brasas de un viejo fuego y un bloque de piedra vacío. Sin dejarse afectar por la falta de bienvenida, el montañés se volvió hacia la yegua y descargó rápidamente la carne de venado. Llevándolo de vuelta al fuego, Gavin extendió la piel de uno de los animales y colocó la carne sobre ella. Mientras trabajaba, era muy consciente del peso de muchos ojos que le observaban desde la oscuridad de las chozas que le rodeaban.

Unos instantes después, cuando el hacendado hubo terminado esta parte de lo que había venido a hacer, se agachó junto al fuego y empezó a echar leña a las brasas. Saltaron pequeñas llamas y, aunque el día aún era cálido, Gavin fue añadiendo poco a poco trozos de leña más grandes hasta conseguir una hoguera bastante grande. Por lo que cualquiera de los curiosos podía deducir, parecía que planeaba pasar el día. Gavin sabía que esto molestaría un poco a la gente que se había apresurado a dejar su trabajo sin hacer en los campos. Sabía que la abadía llevaba mucho tiempo alimentando a su gente y ganándose la vida sin ayuda de los señores de Ironcross. También sabía que la temporada de cultivo era bastante corta en las Tierras Altas. Estaba seguro

de que perder un día de trabajo sería un precio muy alto.

Tardó un rato, pero por fin el delgado cuerpo de Mater salió de la cabaña. Su ceño desaprobador al verle relajado junto al fuego fue un premio por el que mereció la pena esperar. Gavin sonrió a modo de saludo y se levantó. Ella le devolvió la mirada antes de lanzar una mirada desdeñosa en dirección a la carne.

"¿Qué te trae por aquí? Su tono era frío como el hielo e impaciente.

Con una inclinación de cabeza, se agachó y empezó a alimentar de nuevo el fuego, como había hecho ella la última vez que había estado aquí. "Hemos terminado un buen día de caza y me ha parecido apropiado compartir el botín".

"No necesitamos actos de caridad".

"Si es así, Mater, debes de ser el único líder religioso a este lado de Jerusalén que piensa así".

La anciana miró fijamente al laird en silencio, y Gavin supo que se esforzaba por contener la lengua.

"En realidad", continuó. "No es ninguna obra de caridad. Probablemente, al menos una de estas ciervas fue capturada en tus tierras. Es justo que tu gente tenga una parte de la carne".

Se quedó quieta, mirando a Gavin a través de las llamas. "Mantente a ti y a tus hombres lejos de esta abadía. Con mucho gusto renunciamos a todos los derechos sobre cualquier pieza de caza que cojáis. Y no tocaremos esta carne".

"Eso, por supuesto, depende de ti, pero tendrás que soportar un hedor espantoso mientras se pudre aquí, junto a tu fuego".

"Ésa sí que es una amenaza débil", reprendió. "Pero malgastar tales cantidades es pecaminoso. No, laird, tienes que devolverlo".

"No lo haré", respondió con determinación. "Y si sigues con esta tontería, haré que mis hombres te traigan provisiones a diario. De hecho, puede que les haga volver a Ironcross y regresar con el resto de lo que hemos matado hoy".

Se quedó mirándole como si fuera una bestia horrible y salvaje. Gavin se puso en pie con un movimiento fluido y le sonrió. "Pero debo decirte que han tenido un duro día de cabalgata. Y una vez que los arrastre hasta aquí después de todo ese trabajo extra, no creo que sea una tarea fácil volver a montarlos tan pronto. Me temo que acabarán teniendo un poco más de compañía de la que están acostumbrados. Pero no tienes por qué preocuparte, ya que estarán contentos durmiendo aquí fuera en lo que seguro que será una noche despejada".

Su tez arrugada enrojeció y sus ojos eran carbones encendidos. "¿Me estás amenazando?", preguntó, con la furia a punto de estallar.

"No, intento hacerme amigo tuyo".

Gavin observó cómo su simple afirmación la sorprendía en lo que estaba a punto de decir. Una fugaz mirada de confusión cruzó su arrugado ceño mientras el destello de ira disminuía visiblemente.

"No te entiendo, laird", dijo al fin.

"Eso es culpa tuya y nada mía".

Ella reanudó de nuevo su esfuerzo por mirarle fijamente, pero Gavin había oído las lejanas alarmas de victoria, y no estaba dispuesto a retroceder ahora.

"¿Qué es lo que queréis de nosotros?"

"¿Vas a preguntarme eso cada vez que venga de visita?"

"Si pensara que algo de lo que pudiera decir podría disuadirlos de perseguirnos, rezaría para que los ángeles repitieran esas palabras cada día sobre el castillo de Ironcross".

"Bueno, podrías plantearte rezar por algo más útil, abadesa", respondió. "Simplemente acepta

el hecho de que Ironcross tiene un laird que se interesa por su pueblo. Debes acostumbrarte a tenerme cerca. Cuanto antes lo hagas, más cómodo se sentirá tu pueblo y menos perturbado..." Señaló hacia los campos vacíos. "Menos se alterará la vida de todos".

"¿Crees que es así de sencillo?"

"Lo pones demasiado difícil".

La frustración de Mater siseó en un fuerte suspiro mientras giraba sobre sus talones y se dirigía furiosa hacia la puerta.

"Espera, Mater", dijo él, poniendo una mano enorme sobre el brazo huesudo de ella. Ella se detuvo, mirándole fijamente. "Podrías decirle a tus legiones de ángeles que esta carne debe sacarse del sol".

La anciana miró la carne un momento y luego hizo un gesto casi imperceptible con la cabeza en dirección a la cabaña de la que había salido. Sin decir una palabra más, ni siquiera mirarle, salió a grandes zancadas -con Gavin sobre los talones- por la puerta, siguiendo el muro en ruinas hasta que el fondo del valle empezó a elevarse hacia los campos que había sobre la aldea.

Antes de que hubieran recorrido un tiro de flecha desde la abadía, el sol desapareció de su vista. Al mirar hacia el oeste, Gavin pudo ver las negras nubes de una tormenta que avanzaban sobre el lejano lago. Volvió a centrar su atención en la anciana.

"¿Cuántas veces tendré que venir a la abadía para que tu pueblo empiece a aceptar mi presencia aquí?"

"¿Cuántos alientos te quedan en el cuerpo, laird?", dijo ella con dureza. "No puedes forzarlos".

"No tengo intención de utilizar la fuerza", dijo Gavin con naturalidad. "Pero ahora éste también es mi pueblo, Mater, y quiero que entiendas que no puedes hacerme desaparecer sin más".

Le dirigió una mirada crítica y de reojo. "Si yo fuera tú, no estaría tan segura de mí misma. No eres más que una criatura mortal, de carne y hueso".

"¿Crees que sólo los hombres son mortales?"

Ella no le respondió, sino que volvió a fijarse en las plantas que les rodeaban mientras caminaban.

"¿Qué tienes contra nosotros, Mater?". continuó Gavin tras una ligera pausa. "¿Por qué recibes con agrado la visita de cualquier mujer y, sin embargo, desprecias la compañía de todos los hombres?"

Ella ignoró su pregunta, pero se detuvo. Gavin la observó mientras miraba al suelo. Cuando sus ojos se fijaron en unas flores blancas de aspecto frágil que había en la base de un peñasco, se apartó de él y se dirigió hacia su premio.

Una vez más, había sido despedido, Gavin lo sabía. Pero estaba lejos de estar dispuesto a marcharse. Caminó tras ella, observándola atentamente. "Mater, ¿qué sabes de las criptas y las bóvedas que hay bajo Ironcross?"

La evidente rigidez de sus hombros no pasó desapercibida para la Lowlander.

"¿Por qué, Mater, esas personas de la abadía fueron enterradas bajo el castillo y no aquí... donde pertenecen?"

Se detuvo lentamente.

"¿Por qué se les considera santos?"

Giró el rostro y Gavin observó su duro perfil inmutable mientras miraba hacia la abadía. Permaneció en un silencio sepulcral.

"¿Existe algún vínculo entre las muertes de los sepultados en la cripta y la maldición que ha

estado asolando el castillo de Ironcross?", continuó con tenacidad. "¿Por qué ya nadie quiere hablar de ellos? ¿A qué se debe tanto misterio, Mater?"

La rodeó hasta que estuvieron frente a frente. Su alto cuerpo y su ancho pecho bloqueaban su campo de visión. Se vio obligada a levantar la vista y encontrarse con su mirada.

"No me rendiré hasta que respondas al menos a algunas de mis preguntas". Intentó mantener la dureza de su voz. "¿Quién está enterrado allí y por qué?"

Allí de pie, esperando su respuesta, se dio cuenta por primera vez del fuerte viento que había llegado silbando desde el lago hasta el valle abierto. El brezo y la hierba se curvaban con la ráfaga de aire, y él se sacudió la melena negra que le azotaba la cara. La anciana se limitó a mirarle, sin que parecieran afectarle las penetrantes ráfagas.

"Cuéntame, Mater. Háblame de su pasado".

Sus miradas se cruzaron en una feroz batalla de voluntades mientras el viento los azotaba.

"Mujeres. Son mujeres las que están enterradas allí", dijo al fin por encima del viento que se levantaba. "Son nuestras antepasadas, nuestras santas y nuestras hermanas. Y tú, laird. Sería más prudente que dejaras de hacer tus estúpidas preguntas y dejaras que sus almas descansaran en paz. Lo mejor para ti sería cabalgar de vuelta a las llanuras y no mirar nunca atrás".

"¿Y si no lo hago?", desafió, tratando de ignorar el viento que tiraba de su tartán. "¿Me caería entonces de un caballo y me partiría el cráneo contra una roca como Duncan MacInnes? ¿O me ahogaría en el lago como su hijo Alexander? O tal vez me envenenaría como Thomas. Pero supongo que todas éstas son muertes mejores que la de ser quemado vivo en un incendio que se lleve por delante a mi familia y a inocentes sirvientes".

Vio el más mínimo temblor en la línea de su mandíbula. "¿De qué se trata, Mater? Si no me pliego a tu voluntad, ¿ordenarás también mi muerte? ¿Invocarás los poderes de esas mujeres y desearás que me lleve a la tumba?"

"¿Qué sabes tú de doblegarse a la propia voluntad? Tú... y los que son como tú... no sabéis nada de lo que es doblegarse... sufrir".

En algún lugar no muy lejano del valle, un relámpago fue seguido por el estallido de un trueno. La tormenta se acercaba rápidamente. Gavin no apartó su penetrante mirada de sus duros ojos grises, ni siquiera cuando sintió que las primeras gotas de lluvia golpeaban su rostro.

"Haré lo que deba para proteger a mi pueblo", dijo ominosamente. "Y utilizaré todo el poder que pueda reunir para aplastar el mal que hay en los hombres".

Sin esperar a que él dijera nada más, la anciana se volvió y pasó rápidamente junto a él, bajando la colina hacia la abadía. Estaba a medio camino de los muros en ruinas cuando Gavin se volvió para observarla. Sobre ella, el cielo había adquirido extrañas e inquietantes tonalidades grises y verdes, y los relámpagos eran seguidos inmediatamente por estruendos que parecían dispuestos a partir el firmamento con su ruido.

Gavin la vio marchar a través de la puerta y, cuando desapareció entre las cabañas de piedra, estuvo más seguro que nunca de que la acusación de Joanna de la noche anterior tenía que ser falsa.

Las palabras de Mater resonaron en su cerebro, y consideró todo lo que ella había dicho. Era cierto que protegería a su pueblo. Pero, de algún modo, Gavin sabía que su voto solemne no incluía el asesinato.

No, pensó mientras el viento golpeaba contra él, Mater no era un asesino.

Capítulo Quince

AÑADIENDO OTRO TRONCO AL HOGAR, Gavin se puso en pie y miró fijamente las llamas que saltaban. Durante todo el trayecto de vuelta de la abadía, había intentado recordar todo lo que había aprendido de Lady MacInnes antes de abandonar la corte escocesa, ya que el recuerdo que la anciana tenía de los acontecimientos pasados era lo único en lo que estaba seguro de poder confiar.

Por San Andrew, desde el momento en que puso un pie en el Castillo de Ironcross, aún no había oído una historia completa de nadie, y eso incluía a Joanna. Para Gavin, estaba claro que estaba demasiado angustiada por la tragedia a la que se había enfrentado como para transmitir algo que pudiera interpretarse como racional u objetivo.

¿Y qué pasa con Mater?

Apoyando un brazo en el manto tallado, Gavin imaginó la mirada afilada de la anciana. Era una figura impresionante -de eso no había duda-, adoptando el enfoque que había adoptado. Y era astuta, pues hablar tan duro y ser eficaz sin nada que lo respalde era todo un arte. Asustar a un adversario con alusiones a poderes superiores a los del mundo natural. Pero ésa era su mejor defensa posible, pensó Gavin.

Sin embargo, habían atentado contra su vida. El acre olor de la lana seca se elevaba desde su falda escocesa, mezclándose con el persistente aroma a damasco quemado de las cortinas que habían colgado de su cama. Alguien había entrado en su habitación la noche anterior y le había prendido fuego a la cama. Aunque hasta ahora no había tenido tiempo de pensar en ello, Gavin estaba seguro de que no había sido fruto de ningún accidente. Había apagado la lámpara de mecha. No había quedado ninguna vela encendida. Las brasas del fuego de su hogar estaban simplemente demasiado lejos para que la estera de juncos tejidos prendiera fuego. No, no había sido un accidente.

Y, decidió Gavin, el intruso había sido una persona, no un demonio invocado desde las entrañas del infierno como a Mater le gustaría que creyera. Quienquiera que hubiera estado aquí, el guerrero sintió con cierta certeza que vivía en esta torre del homenaje. Sin duda era alguien que había presenciado la repetida pugna de Gavin por la posesión del retrato de Joanna, pues el intruso sabía que dormía profundamente. Por eso el posible asesino había tenido el valor suficiente para cerrar los postigos de la cámara antes de prender fuego a la cama, con la esperanza de que su víctima muriera entre el humo espeso y asfixiante.

El suave sonido de un pestillo al deslizarse y el silencioso crujido del panel al abrirse sobre sus goznes borrarón en un instante su ceño pensativo, ahuyentando todos los pensamientos desagradables de su mente. Gavin se enderezó ante el fuego y miró esperanzado en dirección a la puerta secreta. Cuando la atravesó y cerró el panel de la puerta, el marco de Joanna formó una

silueta sombría en la pared a la luz del fuego crepitante.

Ella vendría, tal como él sabía que lo haría.

Ella entró vacilante en la habitación y se encontró con su mirada acogedora. Dios mío, pensó, es preciosa. Esta vez, no tan aturcido como la primera vez que se vieron, Gavin dejó que sus ojos estudiaran su rostro. Había sido sincera al decir que ya no era la mujer del retrato. Un poco más delgada de cara; más pálida de tez; sus ojos más grandes, más salvajes y algo más intensos; sus labios más carnosos; sus rasgos se combinaban para hacerla aún más despampanante que la increíble belleza plasmada por el pincel del óleo sobre el lienzo.

Esta noche se había echado el pelo dorado hacia atrás y los ojos de Gavin siguieron la larga y gruesa cuerda de una trenza que le caía sobre el hombro y le llegaba por encima del pecho hasta casi la cintura. Seguía llevando el mismo vestido grande y viejo con el que la había visto la noche anterior. El vestido parecía diseñado para ocultar todo rastro de sus curvas femeninas, aunque en realidad sólo le llegaba hasta los tobillos. Pero, al contemplar la tersa piel de marfil por encima del escote cuadrado, Gavin sintió cómo se agitaba en sus entrañas un calor punzante al recordar que había tocado y acariciado lo que había debajo de la prenda mal ajustada. Gavin miró con una lujuriosa apreciación la belleza esculpida de las piernas que asomaban por debajo del dobladillo del vestido y por encima de la parte superior de los suaves y gastados zapatos que cubrían sus pies. Las marcas chamuscadas alrededor del dobladillo le recordaron lo cerca que había estado de hacerse daño.

De repente, le sacó de su ensueño la visión de sus manos vendadas tirando de la falda para cubrirse las piernas. Cuando levantó la vista, divertido, para contemplar sus acciones, fue recompensado con una reveladora visión de la parte superior de sus amplios pechos por encima del escote del vestido.

Sus ojos azul oscuro le fulminaron al darse cuenta de la inutilidad de sus actos, y cruzó los brazos sobre los pechos.

"Así que has vuelto".

"Te dije que lo haría".

Sus ojos volvieron a recorrer su cuerpo.

"Pero no quiero que asumas...", empezó rápidamente. "Quiero decir que, como he vuelto esta noche...".

Incluso su voz tenía la resonancia ronca de alguna criatura rara, ajena a este mundo. Era como un buen ángel enviado para vigilar a los habitantes nocturnos de este mundo peligroso e incierto, pensó Gavin, esperando a que continuara.

Evidentemente frustrada, soltó un largo suspiro y cambió el peso de un pie a otro. "Es sólo lo que pasó entre nosotros anoche. No quiero que pienses...".

"No querrás que piense que te debo la vida".

Ella asintió, y luego sacudió la cabeza. "No, no es eso en absoluto".

Gavin continuó imperturbable. "Y no querrás que piense que debo esperar que me vigiles".

Volvió a sacudir la cabeza. "No quería decir nada de eso".

"Ah, entonces *sí* que te debo la vida y tú velarás por mí y me protegerás", se burló.

Joanna lo miró con ojos rasgados. Gavin recordó que era rápida para irritarse, pensando en su breve encuentro de la noche anterior. Eso le gustaba de ella.

"Eso no era lo que iba a decir. Estás poniendo palabras en mi boca".

"Entonces, ¿por qué no me dices qué tenías exactamente en la lengua?". Un bonito tono rosado se había instalado en sus mejillas.

"Lo estaba... lo estoy intentando, pero no dejas de interrumpirme".

Gavin se acercó a ella. "Prometo no interrumpir. Continúa, por favor". Ella lo observaba con desconfianza mientras él la rodeaba hasta el panel cerrado, acercándose lo suficiente como para que su brazo rozara suavemente su hombro.

Al comprobar que la puerta secreta estaba bien cerrada, Gavin se volvió y miró sus hombros delgados y su espalda recta. En aquel momento, lo que más deseaba era alcanzarla, estrecharla entre sus brazos y sentir sus labios bajo los suyos. Como si le leyera el pensamiento, ella miró rápidamente por encima del hombro, frunciéndole el ceño. Él le dedicó una sonrisa antes de alejarse del panel.

"¿Qué decías?", preguntó, dirigiéndose hacia la pequeña mesa en la que había comido. Gavin había utilizado la terrible experiencia de la noche anterior como excusa para retirarse a su habitación mientras el bardo visitante empezaba a cantar lo que seguramente sería un largo relato sobre el antiguo héroe celta Cuchulain. El invitado de Gavin, el conde de Athol, no pareció ofenderse por la decisión de su anfitrión. Saliendo a grandes zancadas de la Sala, Gavin había hecho pasar a Peter con unas palabras al cocinero para que le enviara algo de comida a su habitación.

Y la cocinera había hecho lo que se le había ordenado, proporcionando una formidable ración de carne, pescado, panes, dulces y vino. Pero ahora, mirando las velas ya medio consumidas, Gavin se dio cuenta de que eso había ocurrido hacía horas. Joanna se había tomado su tiempo en venir.

Volvió a mirarla y descubrió que su atención se centraba en la mesa llena de comida. Levantando las mantas de los platos, aspiró los olores aromáticos de la comida que llenaron inmediatamente la habitación.

"Puesto que ya no recuerdas tus preocupaciones anteriores, ¿me harías el honor de acompañarme a cenar un poco?".

Joanna levantó lentamente los ojos de la comida y lo miró fijamente a la cara. "No hace falta que te hayas tomado tantas molestias sólo para interrogarme. He vuelto aquí por voluntad propia y con la intención de contarte todo lo que desees saber." La joven vaciló. "Aunque estoy segura de que no te gustará ni creerás parte de lo que tengo que decirte".

Gavin no estaba dispuesto a enzarzarse con ella en una discusión sobre Mater, así que se quedó detrás de una silla y esperó. "Pero me he tomado 'todas estas molestias', y nuestra cena está esperando. Así que, ¿por qué no te unes a mí?".

"¿Y tus preguntas?", preguntó ella, mordiéndose el labio.

"Créeme, no los olvidaré".

"Y..." Levantó la barbilla. "¿Y hay algo más?"

La miró con las cejas alzadas, meneando la cabeza en tono interrogativo.

"Sabes de qué hablo. Más allá de las respuestas a tus preguntas".

"¿Quieres decir a cambio de esta comida?"

Ella asintió, y una sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios.

"¿De verdad me consideras tan bruto, Joanna?". Lanzó una mirada de reproche a la mesa. Luego la recorrió con la mirada, observando cómo su cuerpo se tensaba aún más bajo su escrutinio. De repente, sacudió la cabeza con determinación. "Nunca".

"Ahora bien, si esto fuera comida de las cocinas de mi cocinero en el castillo de Ferniehurst - o incluso un plato servido en casa de Ambrose y Elizabeth Macpherson-...".

Como él esperaba, al mencionar aquellos nombres de su pasado, Joanna se animó de inmediato. "¿Los conoces?"

La miró fijamente, hipnotizado por el resplandor que emanaba de ella. Era la primera vez que

sonreía desde que él la había visto, y de repente iluminó la cámara.

"Resulta que son mis mejores amigos", respondió finalmente. "De hecho, podría decir que son los *únicos* amigos que tengo".

"Entonces debe de ser bastante difícil llevarse bien contigo". Ella frunció el ceño. "¿Lo eres?"

"Teniendo en cuenta que hace poco que nos conocemos, sería una gran tonta si respondiera a semejante pregunta, ¿no?". Gavin apartó la silla e hizo una cortés reverencia, invitándola a sentarse. "¿Por qué no me haces compañía durante esta cena y luego decides por ti misma sobre mi... idoneidad como compañera?".

Empezó a cruzar la habitación y luego vaciló, estudiándolo con una expresión algo cautelosa. Luego, resolviendo por fin la cuestión que la retenía, asintió y acortó la distancia que los separaba.

Gavin no se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración hasta que ella empezó a sentarse. Observando la suave trenza dorada que ahora se deslizaba por su espalda, la franja de piel cremosa que asomaba por encima del escote del vestido, el Lowlander admitió abiertamente que saber la verdad sobre los últimos seis meses no era lo único que tenía en mente.

"Espero que no pienses quedarte detrás de mí mientras como".

"Yo... bueno... no pienso hacer tal cosa -dijo lo más despreocupadamente que pudo, tomando asiento junto a ella. Sus rodillas rozaron la falda de ella y notó lo rápido que se acomodó en la silla, moviéndola hasta que hubo una discreta distancia entre ellos. Entonces ella volvió a dirigir sus profundos ojos azules hacia el rostro de él. Él se ruborizó, sintiéndose de repente otra vez como un muchacho de la escuela de la abadía, y le asaltó la idea de que un hombre podría ahogarse felizmente en las profundidades de aquellos ojos.

"¿Así que conoces a los Macpherson? Su pregunta fue interrumpida por un gruñido de su estómago que tenía el sonido de un jabalí embistiendo.

Cuando el color subió bruscamente en su rostro, a Gavin le recordó la visión de las flores silvestres en un campo abierto. Un campo abierto ruidoso, pensó irónicamente, pero bonito al fin y al cabo.

"Sí, conozco a la familia desde hace muchos años". Se volvió hacia la comida y empezó a servirla. "Aunque debo admitir que Ambrose fue quien me presentó al resto de la familia". Colocando una abundante trinchera ante ella, Gavin cogió a continuación la jarra y llenó sus copas de vino. Ella se quedó mirando la comida, pero dudó en empezar, así que Gavin cogió un trozo de pastel de bannock y lo rompió, entregándole la mitad. Éste era todo el estímulo que Joanna necesitaba.

"¿Y tú?", sondeó.

"Sólo he tenido el placer de conocer a Elizabeth y a Ambrose". Hizo una pausa y cerró los ojos tras dar el primer bocado. La expresión de puro placer de su rostro hizo que Gavin envidiara lo que comía. Con el anhelo de un indigente, observó la pausa de sus labios carnosos mientras saboreaba cada bocado antes de dar el siguiente. Lo que daría por tener esos labios contra los suyos.

Por sus heridas, pensó Gavin con un sobresalto, si no decía o hacía algo para distraerse de esta línea de pensamiento, en un momento la estaría arrastrando sobre su regazo.

"Tú...", tropezó, buscando algo que decir. "¿Nunca conociste a Alec Macpherson y a su esposa Fiona en la corte?".

Abrió los ojos y lo miró con cierta vergüenza. "Perdona, ¿qué me has preguntado?".

"Dije que me extrañaba que no fueras una de la legión de mujeres de la corte que pasaban el tiempo suspirando por John Macpherson".

La severidad de su ceño casi le hizo reír. "Eso no fue lo que dijiste. Dijiste algo sobre el hermano mayor de Ambrose y su mujer".

"Así que sí me oíste. Y aun así fingiste estar perdido en algún lugar del páramo".

"Sólo ponía a prueba tu honestidad", respondió ella con indiferencia, volviendo a centrar su atención en la comida que tenía delante. "Y tu temperamento".

Gavin se echó hacia atrás y la observó divertido mientras empezaba de nuevo con la cena. "Así que he fracasado".

"Sí, miserablemente", respondió ella, tragando un bocado. "Pero esta vez no lo tendré en cuenta y te daré otra oportunidad".

Le hizo una inclinación de cabeza. "Y correré ese riesgo".

Joanna le dedicó una pequeña sonrisa mientras bebía un sorbo de vino de su copa.

El guerrero sintió que el hambre se agitaba en su interior, pero sabía que la comida no le ofrecería ningún remedio. Sus ojos rozaron las suaves líneas de su garganta. Podía ver el parpadeo de su pulso bajo la piel de marfil. Apretando las mandíbulas, Gavin se echó hacia atrás y cruzó los brazos sobre su enorme pecho, observándola mientras seguía comiendo.

"Volviendo a mi pregunta", sondeó, acercándose y levantando su copa de vino. "Sobre los Macpherson".

"Sí, conocí a Fiona y a Alec, pero sólo una vez, en el estudio de Elizabeth. Y no, nunca me enamoré de John Macpherson. Pero, por otra parte, nunca le conocí, y conozco a muchos que sí tienen... una buena opinión de él". Enarcó una ceja y le miró seriamente a la cara. "Ahora que lo mencionas, debo decir que Ambrose me falló al no presentarme a su hermano menor, el buen Señor de la Marina, cuando hubo ocasión. Pero si lo hubiera hecho... y si fuera tan guapo como sus dos hermanos mayores...". Joanna lo miró con la inocencia de un cordero. "Quién sabe, tal vez me habría unido a las legiones de lunáticos a sus pies".

Gavin la fulminó con la mirada durante un instante. "Llevas un demonio dentro, Joanna MacInnes".

"Y tú pareces sacarlo a relucir en mí".

"He hecho una simple pregunta".

"Sí, una pregunta manchada con tu picardía. Mereces algo peor de lo que has recibido".

"Humph", resopló. "Que me digan que un montañés, sobre todo uno tan feo como John Macpherson... no es que no sienta afecto por su familia... bueno, que me digan que ese patán es *guapo*". La miró con asombro. "Si estás insinuando que es superior a...".

"Sólo tienes que aprender a aceptar tus defectos". Le acarició suavemente el brazo con una mano vendada. "Pero, siendo de las Tierras Bajas y, además, de la Frontera, seguro que estás acostumbrado a esas comparaciones".

Gavin le gruñó, y Joanna le apartó rápidamente la mano.

"Bueno, quizá no debería ser tan dura. En el futuro intentaré ser más suave".

Con una mirada de lástima, ocultó una sonrisa burlona mientras volvía a centrar su atención en la comida.

Tenía sentido del humor. Tenía encanto. Y tenía belleza. Por Sus Heridas, pensó Gavin, ¿qué había estado haciendo encerrada en esas bóvedas durante los últimos seis meses? Si añadíamos esas cualidades a la riqueza que aportaba al matrimonio, se convertía en el tipo de mujer por la que los hombres se peleaban, a menudo hasta la muerte. Hombres con poder y riqueza propios, hombres como Athol y Gordon. Quizá hombres como él, admitió Gavin a regañadientes. Pero nunca antes, añadió rápidamente, había tenido la inclinación o el deseo de perseguir a ninguna mujer.

Bueno, no con fines matrimoniales, pensó irónicamente, mientras sus ojos volvían a contemplar sus rasgos perfectos, su forma asombrosamente femenina. Pero aunque Joanna despertaba en él los más profundos sentimientos de lujuria, ya sentía que había algo más en aquella mujer, aquella criatura casi de otro mundo cuyo mero retrato le había cautivado. Sólo la había besado una vez y, sin embargo, una sed insaciable le había acosado desde entonces, un susurro en su cerebro que le decía una y otra vez que debía tenerla. Que la tendría. No sólo esta noche o mañana, sino durante un tiempo más allá del presente, quizá mucho más allá del aquí y ahora.

Joanna levantó la vista un momento, y él se encontró de nuevo ahogado en el azul violeta de sus ojos. Quizá por primera vez en su vida, la Fortuna se había dignado sonreírle al traer a Joanna a su vida. Algo en lo más profundo de su ser -algo que había sentido agitarse desde el momento en que vio su retrato por primera vez- le decía que había sido traído a las Tierras Altas con un propósito. Ahora más que nunca, Gavin tenía la certeza de que Joanna y él habían sido reunidos con un propósito mayor que el de hacer justicia a quienes habían asesinado a sus padres.

Respiró hondo y se preguntó si debía atreverse a esperar tal bendición.

"Es bastante inusual", dijo ella en voz baja, levantando la vista y captando de nuevo sus ojos. "Me refiero a que tú, de las Fronteras, seas tan amigo de un clan de las Tierras Altas".

"Bueno, mi ascendencia está manchada con un poco de sangre Ross de la familia de mi madre, así que probablemente sea una debilidad por mi parte". Esta vez fue ella quien gruñó, una respuesta que le complació enormemente. "Pero lo que dices es cierto", continuó él, apartando la mirada. "Sé que es muy raro que un habitante de las Tierras Bajas confíe en los salvajes y ladrones canallas que vagan por estas colinas. Aunque existen excepciones".

Gavin no necesitó levantar la vista para sentir las dagas que brotaban de sus ojos. Alcanzó la jarra y llenó su taza, dándole vueltas en la mano. Se dio cuenta de que ella ya había terminado casi todo lo que le había servido. Debía de llevar días sin comer nada sólido, decidió Gavin, quizá semanas.

"De vez en cuando, ya sabes, es posible encontrar a un Highlander bastante refinado con el que un cuerpo no se avergüence demasiado de ser visto". Tragó un bocado de vino y la miró. "Pero, ¿he dicho ya que es raro?".

"Sí, lo hiciste". Sin ninguna ceremonia, Joanna alargó la mano al otro lado de la mesa y, cogiendo la zanjadora sin tocar de él, vació el contenido en la suya.

"Veo que no hay razón para ninguna pretensión de refinamiento cuando ya me consideras un bárbaro".

"Así que te llevas mi cena", se quejó, dejando la taza sobre la mesa e inclinándose amenazadoramente hacia ella. "Sabes que los de las Tierras Bajas no tenemos fama de compartir".

Joanna se encogió de hombros mientras se ponía delante de él y le arrebatava también el trozo de pastel de bannock que había dejado. "Pero se sabe que los montañeses robamos".

Con la rapidez de un relámpago, le cogió la mano. Ambos miraron el trozo de pan que aún tenía entre los dedos, y sus miradas volvieron a encontrarse.

"Y los de las Tierras Bajas somos conocidos por recuperar lo que es nuestro". Lentamente, Gavin empezó a llevarle el puño vendado -y el pan- hacia la boca. Ella trató de resistirse, pero su débil lucha no tuvo más efecto contra su fuerza arrolladora que el de un cordero en las garras de un león. Su mano se acercaba cada vez más a la boca de él, hasta que, de repente, Joanna se levantó de la silla y, inclinándose rápidamente, cogió el pan entre los dientes.

"Ah", murmuró, con la boca llena. "Pero los montañeses somos demasiado rápidos para dejarnos atrapar".

Gavin contuvo una sonrisa y la miró amenazadoramente mientras ella mordisqueaba desafiante el pan.

"Devuélvemela", gruñó en broma, soltándole la mano y agarrándole bruscamente la trenza de la nuca.

Joanna negó con la cabeza mientras luchaba contra su agarre. "Pero sobre todo, somos demasiado rápidos para vosotros, perezosos de las Tierras Bajas".

"¿Me llamas vago?" Le acercó la cara a la suya, mientras relajaba el áspero agarre de su pelo.

"No sería muy inteligente por mi parte admitirlo, ¿verdad, mi señor? Su voz se tornó de repente sedosa en su desafío, y sus ojos ardieron con un resplandor de brasas cuando le devolvió la mirada. Toda broma desapareció en un instante cuando algo mucho más fuerte que la alegría se apoderó de los dos.

Gavin no pudo esperar más para saborear sus labios. Mientras le enmarcaba la cara con las manos, su boca se posó en los labios carnosos de ella. "Creo que puedo saborear mi cena", susurró irónicamente, conteniendo el aliento.

Ella le devolvió una suave sonrisa. "No. Pero tal vez puedan enviar algo de las cocinas para ti".

"Piensa lo que quieras", respondió él, rozando sus labios con los de ella. "Pero lo que tengo en mente promete ser mucho más delicioso que cualquier cosa que pudiera soñar el cocinero Gibby".

Capítulo Dieciséis

EMPUJÓ RÁPIDO Y CON FUERZA, mientras las caderas de ella chocaban con fuerza contra sus lomos.

"¡Iris!", gritó con los dientes apretados, mientras le atravesaban rayos de fuego y vertía su semilla en el interior de la mujer.

Al cabo de un momento, los delgados brazos de Margaret se deslizaron alrededor de su delgado cuerpo, que yacía exhausto sobre ella. Y un instante después, cuando las lágrimas del hombre empezaron a empapar la muda camisa de la mujer, ésta pasó los dedos con suavidad por el lino arrugado de su camisa. Cuando el llanto se calmó, el hombre levantó la cabeza y contempló la expresión grave de la enjuta y casi frágil mujer.

"¿Por qué haces esto, Margarita? ¿Por qué permites que te haga cosas así?".

Su respuesta sólo pudo ser el silencio, y ni siquiera sus ojos le respondieron. Pero sus dedos siguieron acariciando suavemente su rostro.

"Sé que es terrible que un hombre utilice así a una mujer. La lujuria es algo que mata, sin duda". Se apartó de ella y cayó de espaldas, con el dorso de la mano cubriéndole los ojos. Su voz tenía el chirrido grave de un cuchillo sobre una piedra. "Y aún es peor que sólo vea el rostro de Iris cuando yazgo contigo. Sólo pienso en nuestro hijo en su vientre cuando...".

Margaret se incorporó y se bajó la bata por encima de los muslos. Cogió una manta tirada a un lado del jergón de paja y la colocó suavemente sobre el sexo desnudo del hombre.

"Siempre pendiente de mí", murmuró con dureza. "Siempre amable y dispuesto".

Dejó que sus dedos recorrieran la palma de su mano.

"Y soy tan poco merecedor de ti, Margaret". El hombre levantó la mano de la frente y miró profundamente los ojos castaños oscuros de la mujer. "Y nunca oyes ni entiendes una palabra de lo que digo. Nunca revelarás los terribles secretos que...".

Ella le observó en silencio, y él se dio la vuelta.

"Mi Iris me traicionó, Margaret. No pudo evitarlo. Era su asquerosa sangre gitana". Una nueva lágrima asomó por el rabillo de un ojo. La mujer muda la alcanzó y la tocó con la punta del pulgar. La gota se esparció húmeda y brillante sobre su piel callosa.

"Le dije que no fuera a ver al terrateniente -continuó bruscamente, con los bordes ásperos de la ira asomando a su voz-. "Le di mi palabra de que encontraría la forma. Que cuidaría de ella y de nuestro hijo. Pero mi Iris era impaciente. Al final, la zorra se propuso arruinarme".

Se incorporó bruscamente y cogió un aguamanil de cerveza que había en el suelo. Dio un profundo trago al licor y miró con desagrado los dedos de Margaret que le acariciaban suavemente el brazo. Le apartó la mano con un gruñido feroz y luego se llevó las rodillas al pecho. No dijo nada durante un largo rato, y la mujer le miró fijamente a la cara.

Cuando volvió a hablar, su voz llevaba toda la angustia de los condenados. "Merecía morir aquella noche, ¿sabes?". Volvió a desplomarse sobre la cama, cubriéndose los ojos con los brazos. "No había camino para nosotros, mujer. Lo vi claro como el día entonces, y lo veo ahora. Se fue con el laird, la vil zorra dulce, y después de eso no hubo forma de recuperarse del daño que causó".

Miró a Margarita, con una miseria salvaje y atormentadora en los ojos.

"Ella merecía morir, te lo aseguro", gritó. "Y él también. Me lo habría quitado todo. ¡Todo! Él también merecía morir".

El sacerdote apartó los ojos del rostro mudo de la mujer y se quedó mirando largo rato hacia la negrura del techo.

Al cabo de un rato, Margaret, asintiendo imperceptiblemente, depositó un beso en el hombro del hombre y recostó la cabeza en la cama, junto a él.

Joanna abrió los labios y sintió que un gemido emanaba de algún lugar profundo de su propia garganta cuando la lengua de él se introdujo en los recovecos de su boca. Rodeándole el cuello con los brazos, se acurrucó más en su regazo, donde él la había atraído hacía un momento. Al perderse en la profundidad de su beso, Joanna sintió que una bruma cálida y palpitante alejaba todos los pensamientos de su mente, y se rindió a ella, sin miedo, mientras un deseo insaciable ardía de repente en su interior, encendiendo sus sentidos. Ya no importaba nada más. Nadie más existía.

Deseaba tan desesperadamente sentirlo, tocarlo, saborear esa pasión que había sido tan inalcanzable en su vida. Pero no cometería el mismo error que antes. Sabía que su fin estaba cerca, pero eso no era algo que Gavin Kerr aceptara a la ligera.

Inclinó la cabeza y le permitió profundizar aún más en su beso, Joanna juró que no permitiría que se detuviera. Esta vez no.

Como si pudiera leerle la mente, rompió el beso y ella se maldijo por tentar a la suerte. Sus dedos amasaron los gruesos músculos de sus hombros y espalda, y se enredaron en su suave melena negra mientras el guerrero respiraba profundamente en su oído, aplastando su cuerpo contra su pecho.

"Juana", gruñó contra su pelo. "El fuego te trajo a mí y, desde aquel primer momento, las llamas han atormentado mi alma. Ardo en deseos de tocarte, de hacerte el amor... de poseerte". Sus manos rasgaron ferozmente su espalda, levantándola y apretándola aún más contra él. "No es propio de mí perder el control de mis deseos. Sentirme tan... obsesionado".

Ella levantó la cabeza y le rozó la boca con los labios, haciéndole callar. "¿Estás seguro de que no es a la Joanna MacInnes que se sienta sobre tu hogar a quien pretendías poseer, y no a mí a quien deseas?".

"No", dijo intensamente. "*Te deseo a ti*. El bello y formidable fantasma que ha estado rondando mi alma".

Vio en sus ojos la pasión ardiente que brotaba de su interior, y su deseo arrancó lo último que quedaba de su vacilación. Al diablo con el decoro. A los ojos de él, ella era entera y hermosa, y había llegado el momento de que se entregara a la llama que los llevaría a ambos a la locura y a una pasión desbordante.

"No soy un fantasma, Gavin Kerr". Joanna se deslizó fuera de su regazo y se movió descaradamente entre sus piernas. Asombrada de su propio atrevimiento, desabrochó, no

obstante, la tira de la ropa que sujetaba el amplio vestido ceñido a su cintura. "Ha llegado el momento de que veas el resto de mí".

Sus ojos ardían en los de ella y vio cómo se le ponía rígida la mandíbula cuando empezó a empujar el gran escote del vestido, primero sobre un hombro y luego sobre el siguiente. "Joanna, esta... esta pasión... debes saber que te tendré y te conservaré para siempre".

"Que lo harás", susurró ella, bajándole el vestido de los hombros hasta la cintura. "Mientras la vida te lo permita".

Al darle un último tirón, el vestido se enredó alrededor de sus pies, y ella se quedó en la fina tela de su chemise ante los ojos abrasadores de él.

Joanna se estremeció de excitación cuando él levantó las manos hacia la tela y le acarició ligeramente los pechos. Sus ojos siguieron el movimiento de sus dedos y, al mirar hacia abajo, vio que sus pezones cobraban vida bajo su contacto. Luego le bajó las manos por los hombros, empujando lentamente la camisa hasta que sólo quedó sujeta por las puntas de los pechos. Creyó que moriría de la excitación que la invadía. Pero entonces sus manos bajaron por sus brazos, hasta apoderarse de sus manos. Súbitamente consciente de su intención, se puso rígida.

"No lo hagas". Ella trató de zafarse de su carne llena de cicatrices, pero él las sujetó con fuerza y levantó las manos de ella contra su corazón.

"Te tendré toda, Joanna", dijo roncamente inclinándose y depositando un beso en la punta de los dedos de ella. "Tal como eres". Empezó a desenvolverle la mano. "Te poseeré toda, muchacha".

Ella volvió la cara hacia un lado, no queriendo presenciar la repulsión que seguramente encontraría en sus ojos cuando se viera expuesto a su horrible forma. Pero él se puso en pie y, atrapando las manos desnudas de ella contra su pecho, se inclinó y le tapó la boca.

Aunque ella hubiera querido, él no le permitiría contenerse. Sus labios exigieron, su boca tomó y, sin embargo, hizo que ella se derritiera bajo el calor de su pasión. Cuando él se retiró de nuevo, ella le siguió con los labios, hasta que una vez más se encontró con la visión de sus manos sobre el corazón de él. Entonces las levantó ante sus ojos y le besó las palmas, dándoles la vuelta y continuando acariciando con sus labios, su carne sanadora.

Joanna renunció a su intento de contener las lágrimas que resbalaban por sus mejillas. Al mirarle, con la cabeza inclinada sobre sus manos, sintió que su obstinado corazón se ablandaba, abriendo sus férreas puertas con agrí dulce alegría cuando él se deslizó silenciosamente hacia ella. Ella había querido que el lazo que los unía fuera sólo el del deseo, el de la pasión sin sentido. Pero con el roce de sus labios, él la había obligado a pensar de nuevo, a sentir de nuevo. Estaba decidido a poseerla, lo sabía, pero no sólo se quedaría con su cuerpo, sino también con su alma.

Levantó las manos hacia la gruesa trenza de su pelo.

Con torpeza, pero con una determinación que se reflejaba en su rostro, Gavin se soltó los mechones dorados, peinándolos con los dedos hasta que ondularon como una manta sobre sus pechos.

Hizo una pausa. "Joanna, tenemos que hablar de matrimonio. No puedo aceptarte sin más, sin planes de futuro". Su voz estaba ronca por la emoción, pero ella apretó los dedos contra sus labios.

En silencio, deslizó la camisa por sus pechos y la dejó caer al suelo. Ya no había nada que separara su cuerpo de la mirada de él.

"Eres tan hermosa". Hizo una pausa, sus ojos eran un campo de batalla de contención y deseo. "Pero debo resolver tus esponsales".

Con una sonrisa, volvió a ponerle los dedos en la boca y le recorrió los labios carnosos.

"No hay esponsales", respondió ella con una leve sonrisa.

"Pero la hay".

"Después de ti, no habrá ningún otro hombre. Soy sólo tuya. Por favor, Gavin -continuó ella, dando un paso hacia él hasta que sus pechos desnudos se apoyaron en el lino de su camisa. "Te deseo ahora. Por favor, no hablemos del futuro. Ahora no".

Ella le acarició la cara y la contención de Gavin se esfumó junto con su compostura. Puso sus manos sobre las de ella, aprisionándolas contra sus mejillas. Ella fue plenamente consciente de la fuerza de sus dedos al aplastar los suyos entre ellos.

"Que Dios me ayude, Joanna", dijo con voz gruesa. "Todo... todo lo que sé es... ahora. Pero debes ayudarme a pensar en...".

"Ahora es todo lo que pido".

La mantuvo cautiva entre sus brazos, y su boca descendió sobre la de ella, aplastándole los labios con su pasión desbordante.

Un anhelo caliente y líquido empezó a fluir en lo más profundo de su ser, surgiendo de sus entrañas y abrasando su carne con su calor. Rodeándole el cuello con los brazos, Joanna sintió que las manos de Gavin bajaban por su espalda desnuda y le acariciaban las nalgas, levantándola contra él. Gimió al sentir su enorme excitación presionándola a través de la suave lana de su falda escocesa.

Cuando él terminó el beso, ella respiró para protestar hasta que el roce de sus labios en su oreja transformó su protesta en un suspiro arrebatador. Echó la cabeza hacia atrás y se balanceó ligeramente en su abrazo.

"Joanna", murmuró, "mi espíritu hechizante". Dejó un rastro de besos desde su mandíbula hasta la tierna carne de su garganta, y sus labios se detuvieron en su pulso agitado.

Súbitamente abrumada por la necesidad de sentir su piel desnuda contra la suya, Joanna deslizó las manos dentro de su camisa. Es cierto que ya lo había visto desnudo, pero la sensación real de sus músculos nervudos bajo sus dedos la hizo desear más.

La levantó del suelo y Joanna, instintivamente, le rodeó la cintura con las piernas. Él gimió y apartó la boca. "Joanna, sin duda moriré si no te cojo ahora".

Le mordió la oreja antes de chupársela. "Entonces tómame, Gavin. Hazme tuya". Apretó los labios contra el hueco de la clavícula. Sintió un cosquilleo salado al deslizar la lengua por el hueso hasta el hombro, donde mordisqueó la poderosa carne que encontró allí. Cuando el profundo gemido de él penetró en su cerebro, una gloriosa sensación de maldad la invadió al sentir cómo él se deshacía de los últimos jirones de su control. Con unas cuantas zancadas rápidas, la llevó hasta su cama y la sentó en el borde.

El gigantesco guerrero se quitó las botas a toda prisa y los dedos de ella tiraron torpemente de su cinturón. Cuando él se hizo cargo de la tarea, se deshizo de la falda escocesa y se arrodilló ante ella, sus ojos se centraron momentáneamente en su enorme hombría. Se le cortó la respiración. Joanna se inclinó hacia delante y le abrió la parte delantera de la camisa.

Acababa de tocar la tensa calidez de su musculoso pecho cuando Gavin la empujó ligeramente hacia atrás y cerró la boca sobre su pecho. Ella se quedó boquiabierta mientras él rodeaba con la lengua el pezón duro y erecto antes de tirar de él con los labios y los dientes. Ella se detuvo, paralizada por la excitación, y lo miró con los ojos entornados hasta que no pudo permanecer más tiempo inmóvil.

Invasada por una fiebre creciente que exigía liberación, Joanna lo empujó hacia atrás por los hombros, tirando de la camisa hacia abajo por encima de sus enormes brazos. Cuando él se la quitó, ella la tiró a un lado con un suspiro.

"He querido hacerlo desde el primer momento en que entré aquí esta noche", murmuró ella, contemplando su rostro feroz, sus ojos ardientes.

Le hundió una mano en el espeso y sedoso mechón de pelo, tirando de él hacia atrás y dejando al descubierto el cuello. Le pasó la lengua y los labios por la piel de la garganta, mientras con la otra mano le acariciaba el pecho y con el pulgar el pezón excitado.

"Y quise arrastrarte a esta cama y enterrarme en ti desde el momento en que atravesaste la puerta del panel".

"¡Qué pensamientos tan perversos!", gimió mientras la mano de él se deslizaba por su vientre, sobre el montículo peludo, y entre los pliegues de su feminidad. Se estremeció por la vibración de la respuesta de su cuerpo. Sus caderas se curvaron contra la mano de él, y una pierna se levantó y rodeó su cintura y sus nalgas desnudas.

La sangre le latía con fuerza en el cerebro y las luces palpitantes que habían sustituido a la neblina anterior parpadeaban ahora, encendidas con una miríada de colores. Su cuerpo y su piel ardieron y sintió que su respiración se entrecortaba mientras él seguía acariciando el punto sensible de su interior. Joanna echó la cabeza hacia atrás y gimió cuando él penetró más y más profundamente en su calor íntimo, y su boca volvió a chuparle un pecho.

Las sensaciones empezaron a desplazar su conciencia. Era como deslizarse por una nube que se movía rápidamente, o correr en sueños por una colina interminable, sintiendo cómo aumentaba la excitación y no queriendo que terminara nunca. Pero en un rincón luminoso de su cerebro, Joanna sabía que aquello no podía durar eternamente. Había una urgencia que le decía que la realización completa estaba cerca. Pero ella no quería que terminara. Por arrebatador que pudiera ser lo que hubiera más allá, no quería cruzar esa línea, no sin él.

A ciegas, extendió la mano hacia él, sus dedos recorrieron a tientas su cuerpo hasta encontrar el tallo largo y duro. La piel estaba caliente y palpitaba al tacto. Su mano se enroscó alrededor de él y se deslizó por toda su longitud hasta que su pulgar acarició la corona satinada.

"No, Joanna", gimió él apartando la boca de su pecho. "Todavía no".

Pero a pesar de su reticencia, la guerrera apenas se resistió cuando acercó la ancha punta de su virilidad a sus húmedos pliegues y se apretó contra ella.

"Ahora, Gavin", susurró ella, la nota de ardor evidente en su voz mientras lo miraba a los ojos oscuros y vidriosos de pasión. "Por favor, tómame ahora".

Impulsada ahora por la urgencia de tenerlo dentro de ella, se movió con él mientras se centraba sobre ella y se apoderaba de sus caderas.

"¿Y serás mía, Juana? ¿Me pertenecerás para siempre?"

Ella asintió y le atrajo la cabeza hacia abajo, besándole con toda la pasión que llevaba dentro.

Cuando él la penetró, Joanna se puso rígida al principio, aturdida por el dolor desgarrador de su entrada. Mantuvo los párpados cerrados y se mordió el labio para no gritar mientras él dejaba de moverse durante lo que le pareció una eternidad. Pero entonces, poco a poco, sintió que su eje palpitante empezaba a moverse, despacio al principio, y luego cada vez más deprisa, hasta que su mente desechó todo recuerdo de dolor, todo recuerdo de inocencia, y las luces blancas de algún cielo abrasador se abrieron y la consumieron.

Alejándose de las turbias aguas del lago subterráneo, el hombre levantó la lámpara de mecha y miró a través de la oscuridad de la caverna situada bajo el castillo de Ironcross. Algo junto a una pared llamó su aguda atención. Agachando la cabeza mientras se movía bajo un saliente de roca,

el conde de Athol se agachó ante el áspero lecho de paja, observando la esquina de una tela oscura que asomaba por debajo. Apartando la paja, descubrió las escasas posesiones que el habitante había escondido allí. Una capa manchada de mugre negra y un montón de harapos enrollados. Recogió la ropa, escudriñándola en busca de alguna marca reveladora. Colocando la lámpara de mecha sobre la tierra apelmazada, levantó los harapos ante sus ojos, reconociendo que los jirones podrían haber sido en otro tiempo la ropa de una mujer.

Dejando a un lado la tela, se volvió hacia el pequeño montón de palos que había no muy lejos. Poniendo la mano sobre las cenizas aún calientes del fuego, supo que el dueño de aquellas cosas se había marchado de allí no hacía mucho.

Recogiendo la lámpara de mecha, el conde miró a su alrededor en busca de otras pistas y volvió a centrar su atención en la paja. Volviendo a meter la ropa debajo, encontró un cuenco de madera con restos de pan seco. Una taza de madera vacía.

Poniéndose en pie, Athol se echó hacia atrás su larga melena pelirroja por encima del hombro y echó un vistazo a la caverna en busca de algo más que pudiera saber de aquella pobre alma tímida, el último de los "fantasmas" de Ironcross.

Por todos los diablos, desde que era un chiquillo -demonios, desde que no era más que un chiquillo- había conocido esas cavernas, corriendo por ellas con John MacInnes y los mozos de cuadra. Por aquel entonces, los únicos fantasmas que rondaban el castillo habían sido él y sus amigos. Sonrió en la oscuridad al recordarlo, pero su rostro se puso serio enseguida. Su hombre, David, había hablado de un espíritu que vagaba por el castillo ahora, pero Athol se había inclinado a no creerle entonces. Ahora, mirando las pertenencias de un pobre mendigo, estaba seguro de ello. Ningún fantasma del que hubiera oído hablar se calentaba junto al fuego ni se servía pan. Sin embargo, lo que aún dejaba perplejo al conde era el comportamiento de un "fantasma" que parecía decidido a seguir devolviendo el cuadro de Joanna al lugar donde había colgado originalmente.

Que el nuevo laird de Ironcross se retirara temprano esta noche había estado bien, por lo que a Athol respectaba. Encontrar la verdad tras aquel "fantasma" era algo que el conde sabía que debía hacer él mismo. Desde luego, no podía confiar en David.

Athol empujó la raída capa con el pie. No iba a permitir que un pobre mendigo arruinara sus esfuerzos.

No cuando estaba tan cerca de conseguirlo.

Acomodándose de nuevo sobre las almohadas acolchadas, Gavin respiró hondo y escuchó la lluvia azotada por el viento contra los muros del torreón. De vez en cuando, el sonido sordo y retumbante de un trueno rodaba por el lago, y el laird trató de ceder a la cálida sensación de tranquilidad que le calaba hasta los huesos.

Había algo maravillosamente íntimo en estar tumbado en su enorme cama con Joanna acurrucada a su lado. Hacía un momento, después de hacer el amor, se había levantado y la había vuelto a colocar en la cama, levantándola hacia el centro y cubriéndola con la suave manta de lana. Fue entonces cuando vio la prueba de su inocencia. Cuando había entrado en ella por primera vez, había descubierto que él había sido el primero. Y aunque nunca antes había considerado importante la virginidad de una mujer, ahora se dio cuenta de que era algo muy valioso. Se puso de lado y le apartó suavemente el pelo dorado oscuro de la frente húmeda.

"Eras virgen", dijo sencillamente.

Rodó sobre su espalda y su mirada se apartó de la de él. "Así era".

Le cogió la barbilla y le devolvió la mirada. "Pero, ¿por qué no me lo dijiste?".

Ella le soltó suavemente la barbilla. "Habrías pensado lo que hubieras querido sin importar lo que te hubiera dicho".

"No, Joanna, no puedes pensar eso -arguyó Gavin con suavidad, tirando de ella hacia un lado hasta que quedó frente a él. Ella apoyó la cabeza en su brazo y él, distraídamente, le peinó la larga cabellera con la otra mano. "Eso no dice mucho de mi carácter, ¿verdad? Debo de ser más depravado de lo que pensaba".

Ella negó con la cabeza. "Estábamos hablando de mi virginidad. ¿Y qué importa eso ahora? Lo hecho, hecho está. Pero, ¿por qué tienes que regañarme por haberte dado lo que era mío?".

"No es lo que has hecho", dijo él, dejando que su mano se posara ligeramente en la mejilla de ella. "Es la forma en que me comporté lo que me molesta. Debería haber sido... más suave. Debería haberme tomado mi tiempo, pero en lugar de eso te tomé como si fueras una mujer de mundo, una mujer familiarizada con..."

Ella le puso un dedo en los labios: "¿Disfrutaste de nuestro acto sexual?".

La miró fijamente un momento, pero luego se rió, se llevó la mano a los labios y le dio un beso en la palma. "Sí, Joanna. Inmensamente".

"¿Y soy lo que esperabas? Me refiero a mi forma... ¿mi cuerpo? ¿Soy demasiado delgada o demasiado gorda?"

"Eres tal y como había soñado que serías". Se inclinó sobre ella y rozó sus labios con los de ella. "Eres perfecta".

Ella se apartó. "Entonces debe ser que fui inepta en tus brazos".

Sacudió la cabeza. "No, Joanna. Fuiste increíblemente capaz".

Se detuvo un momento antes de dejar que una sonrisa asomara a sus labios. "Entonces creo que he conseguido seducirte".

Durante una docena de latidos, se hizo el silencio mientras él la miraba fijamente a los brillantes ojos azul violáceo. "Sí, has conseguido seducirme".

"¿Y piensas que soy una libertina?"

"No... bueno, en mi opinión, un poco de libertinaje está bien".

"¿No te escandalizas?"

"¿A qué?", preguntó, arqueando las cejas con diversión. "¿Por haberme seducido antes de que yo pudiera seducirte a ti? Le deslizó la mano por el cuello y la clavícula, empujando la manta hasta que le acarició un pecho. "Tenía mis propios planes, ¿sabes?". Gavin le pasó suavemente el pulgar por el pezón. Se endureció como un guijarro bajo su contacto. Vio cómo Joanna cerraba los ojos un instante y respiraba. "Pero ahora, teniendo en cuenta lo lejos que hemos llegado -sin duda más rápido de lo que hubiera podido esperar-, admito de buen grado que apruebo mejor tu método".

"¿Entonces hemos terminado con tu interrogatorio?"

Gavin estudió su expresión. Sus ojos brillantes contenían un destello diabólico, una juguetona expectación. Sus labios carnosos, con las comisuras hacia arriba, delataban su alegría. La mano de ella se estiró contra el pecho de él y empezó a bajar por los duros planos de su vientre. La cogió justo por encima de su creciente virilidad.

"Sólo si me dejas seducirte", gruñó.

Ella liberó su mano y la deslizó alrededor de su cintura. Acercándose, apretó la longitud de su cuerpo contra él, y él sintió que su miembro, completamente excitado, se acurrucaba entre sus muslos.

"Puedes intentarlo", desafió ella. "Pero te advierto que tengo mis propios planes".

Capítulo Diecisiete

A MARGARET le temblaban las manos cuando intentaba levantar el pestillo de la puerta tras ella. Sus ojos saltones siguieron los pasos impacientes de su hermano, que se paseaba por la pequeña habitación. Se detuvo de repente.

"Así que por fin has decidido volver con nosotros".

Apretó con fuerza la espalda contra la puerta y miró los juncos del suelo.

"¿Dónde estabas, Margaret?"

Se limpió las palmas mojadas en las faldas, pero no levantó los ojos.

"¿Dónde *demonios* has estado, Margaret?"

La vehemencia de la voz de Allan la hizo estremecerse. Vacilante, levantó la mirada y lo miró a los ojos furiosos.

"Vaw...cuh..."

"No. Molly estaba allí, pero dijo que no te había visto".

Sacudió la cabeza y repitió sus palabras entrecortadas. "Vaw...cuh..."

"Nunca me mentirías, ¿verdad, hermana?"

La violenta sacudida de su cabeza fue seguida instantáneamente por el lagrimeo de sus ojos.

"Uno de los mozos de cuadra te vio ir a la capilla".

Margaret se persignó. "P...P..."

"¿Por qué te pones tan colorada? ¿Por qué, Margaret?" Allan se llevó las manos a los costados. "¿Estuviste con ese cerdo enano que es el cura?"

Volvió a sacudir la cabeza y luego miró al suelo. "Vaw...vaw..."

Allan le soltó una gran mano y se la puso en el hombro. "Es tan malo como el mismo diablo, hermana. ¿Lo entiendes?"

Margaret se levantó y le cogió la mano.

"No quiero que te acerques a él. No quiero que tengas nada que ver con él. ¿Lo entiendes?"

Ella asintió.

"No podemos permitir que nadie nos cause más dolor. Nadie, Margaret. Nadie".

Temblorosa, volvió a asentir.

Echando otro leño en el crepitante fuego, Gavin se enderezó y se volvió, mirando seriamente el rostro preocupado de Joanna. Estaba sentada en la cabecera de la cama, con las rodillas apretadas contra el pecho. Tenía la barbilla apoyada en la manta que se había puesto alrededor de las piernas y, al mirarla a los ojos, descubrió que los tenía clavados en un rincón oscuro de la

habitación. Incluso a esa distancia, pudo ver en ellos el parpadeo de recuerdos turbulentos.

Momentos antes, había sido perfectamente feliz entre sus brazos. Mientras hacían el amor o hablaban de cualquier cosa que no fuera el pasado, su espíritu había estado vivo, encantador, en alza.

Pero en cuanto él había empezado a hacer las preguntas que ambos sabían que debía hacer, ella se había retirado, la magia del momento rota, arrastrada a la tierra, sometida.

Gavin recogió el aguamanil de vino y las dos copas llenas de la mesa antes de volver a la cama. Miró hacia él y se encontró con su mirada.

"Aún me queda mucho por aprender", dijo en voz baja.

"¿Por dónde quieres que empiece? ¿Quieres que te cuente todos los horribles detalles de aquel incendio? ¿Quieres oír cómo escapé de aquella muerte infernal cuando mi familia no lo hizo?". Su voz era un mero susurro.

Colocó el vino y las copas junto a la cama, se sentó a su lado y se metió bajo la manta. Sus pies helados rozaron su pierna, y él pudo sentirla estremecerse cuando le rodeó el hombro con el brazo. Volvió a sentarse contra el cabecero tallado y la acercó a su lado. Inmediatamente, ella acurrucó la cabeza bajo su barbilla. Era algo sencillo, ese gesto de confianza, pero envolvió su corazón en un calor satisfactorio.

"¿Por qué no empiezas por el principio?". Le rozó el pelo con los labios. "Quiero saberlo todo".

"¿Te refieres al primer verano que vine al castillo de Ironcross?"

"No", respondió negando con la cabeza. "¿Por qué no empezar incluso antes? Háblame de tu infancia".

Volvió la cara hacia él. "¿Me lo preguntas sólo para tranquilizarme?"

Miró la pequeña sonrisa que ahora adornaba sus labios. Inclino la cabeza y los besó. Sus labios eran suaves, flexibles, y se abrieron de forma tentadora. Pero antes de que se permitiera profundizar el beso y olvidar todo lo demás, se apartó con un profundo suspiro.

"Joanna, hay tantas cosas sobre ti que quiero saber. Al fin y al cabo, eres la única mujer a la que he pedido que sea mi esposa".

"Tu mujer. ¿Quieres decir que aún...?"

Sus palabras se interrumpieron, pero el ceño fruncido que se dibujó en su rostro, arrugando su frente, le dijo claramente que aún no se había hecho a la idea de su propuesta de matrimonio. Pero ésa era una discusión para otro momento.

"Dime", me animó. "De niña, ¿eras tan serena y tímida como ahora?"

Ella resopló en respuesta. "¿Serena y tímida? Ésas son palabras que no recuerdo haber oído nunca a mi madre o a mi padre para describirme".

"¡Claro que no! ¿Cómo podría olvidarlo? Eras hija única".

"Sí. Y no sólo eso, sino el último de la estirpe MacInnes".

"Debías de ser un infierno". Sonrió. "Ahora puedo verte, testaruda, obstinada y contraria. ¿Era eso?"

Joanna asintió mientras volvía a apoyar la cabeza en su hombro. "Mi abuelo Duncan murió antes de que yo naciera y mis dos tíos mayores, Alexander y Thomas, nunca mostraron interés por casarse. Así que, de todos modos, toda la familia me trataba como a su querida".

"Así que, además de ser intratable por naturaleza, también te mimaban y consentían".

"Sí, y cosas peores", admitió. "Mis padres sabían muy poco de lo que hacía. Quizá estaban demasiado consumidos el uno por el otro, pero no vieron nada malo en darme todo lo que buscaba. Entre ellos y las interminables indulgencias de mis dos tíos, estoy segura de que habría

acabado arruinada para siempre de no haber sido por la influencia de mi abuela."

"Tiene un aire de autoridad".

"¿La conoces?" preguntó Joanna con gran sorpresa.

"Sí, es una gran mujer. La conocí antes de partir hacia las Tierras Altas para reclamar el Castillo de Ironcross". Gavin le pasó la mano acariciándola por el brazo desnudo. "Ella fue quien te presentó por primera vez a mí, mi pequeña hechicera, aunque sólo a través de sus maravillosas descripciones".

"¿Está bien?" preguntó Joanna suavemente, tomando la otra mano de él entre las suyas. "Debió de ser muy duro para ella enterarse de la muerte de mi padre y del resto de nosotros".

"Cuando la dejé, parecía algo frágil de cuerpo, aunque tiene un espíritu y una mente que compensan con creces lo que ha perdido con la edad". Gavin escuchó un momento la lluvia. "No hubo nada de lo que dijo en mi encuentro con ella que me llevara a creer que está dispuesta a renunciar a la esperanza".

"¿Esperanza?" preguntó Joanna, mirándole con perplejidad. "¿Crees que sospecha que alguien ha sobrevivido?".

Gavin frunció el ceño. "No estoy seguro de que se atreviera siquiera a desear semejante milagro. Pero su forma de hablar -la forma en que me convenció para que viniera a las Tierras Altas- me hizo creer que aún esperaba que, al menos, se hiciera justicia con los responsables."

Gavin captó el cambio en la expresión de Joanna. Vio que sus ojos se desviaban y miraban fijamente a través de la habitación. Algo de lo que acababa de decir había tocado una fibra sensible en su atribulada memoria.

"¿Se ajusta mi descripción de lady MacInnes a lo que recuerdas de ella?", preguntó.

Se volvió rápidamente y asintió con una media sonrisa. "Siempre fue muy decidida, una vez que se proponía algo. Como he dicho antes, fueron su influencia y sus constantes reproches los que me pusieron en el buen camino. ¿Te dijo algo la última vez que os visteis... sobre mí, quiero decir? ¿O sobre este castillo?"

"Creía que era yo quien hacía las preguntas".

"Lo eres", dijo ella suavemente, acercándose y alisándole la arruga de la frente con un suave toque. "Pero después de todo lo que he aprendido en estos meses, sigo recordando ciertas cosas que ella me insinuó en los años pasados. Al recordarlo todo, muchas cosas parecen estar relacionadas de algún modo".

"Me pidió que buscara tu retrato. A decir verdad, creo que ese retrato era lo único que ella esperaba recuperar de este castillo".

Se sentó recta en la cama y se volvió hacia él. "¿Te habló de algo más? ¿Te habló de los desastres que han asolado a nuestra familia?".

Gavin observó cómo los dedos de ella revoloteaban nerviosos entre las manos de él. "Me habló de la forma en que murió cada uno de sus hijos, y dijo que la maldición del castillo de Ironcross no reside en el reino de los fantasmas y los duendes. Habló del mal que atormenta el lugar, pero dijo que es un mal que procede del corazón humano".

"Y te convenció para que buscaras la verdad".

"Sí", asintió. "Tengo mis propias tierras y mi propia gente en las Fronteras. Nunca pretendí que el castillo de Ironcross fuera mi hogar para siempre. El conde de Angus me dio estas tierras - y veo que la gente de aquí necesita ahora un laird que vele por ellos-, pero nunca habría venido a las Tierras Altas de no haber sido por la visita de tu abuela."

"¿Lamentas haber venido?", preguntó en voz baja.

La miró profundamente a los ojos azules y respondió con sinceridad. "Estoy en deuda con tu

abuela para siempre. Ella me ha presentado el calor del sol". Se llevó la mano de ella a los labios. "Ella me presentó a ti".

Joanna apartó rápidamente la cara, pero no antes de que Gavin viera las lágrimas que resbalaban por su mejilla impecable. De mala gana, le permitió retirar la mano de su agarre, pero permaneció donde estaba, estudiando su hermoso perfil y esperando a que encontrara sus palabras.

De hecho, se le secó la garganta y una emoción inesperada le subió al pecho. Le dolían los dedos por volver a estrecharla entre sus brazos.

Con un esfuerzo, Gavin apartó los ojos de ella y miró al fuego a través de la habitación. No podía permitirse sentirse así. Durante toda su vida había visto cómo la muerte se llevaba a aquellos con los que sentía los lazos más fuertes, y se había jurado a sí mismo que nunca volvería a cometer ese error. Era un jefe guerrero, un laird. Tenía deberes para con los demás y no necesitaba a nadie tan cerca. Gavin no quería volver a amar ni a ser amado.

Pero aquí estaba ella, causando estragos en su corazón.

Cierto, pensó, le había ofrecido matrimonio. Pero la oferta se basaba en lo que era correcto y honorable. Por supuesto, reflexionó Gavin, nunca había experimentado una atracción física hacia nadie que se acercara siquiera al relámpago que encendía su sangre cada vez que se limitaba a mirarla. Pero, en cualquier caso, el matrimonio que le ofrecía era adecuado a su situación. Ella no podía vivir como una ermitaña bajo aquel torreón; su matrimonio le permitiría recuperar lo que le pertenecía por derecho. Al fin y al cabo, el Castillo de Ironcross debía ser suyo, a pesar de las acciones del Lord Canciller y de que Gavin hubiera tomado posesión de él.

Pero volviendo la mirada hacia Joanna, levantó la mano hacia su piel sedosa y limpió el rastro brillante de otra lágrima.

Todo cierto, pensó. Y todo mentira.

"Aún lo recuerdo", dijo rompiendo el silencio. "Tras el primer verano que pasé aquí, en Ironcross, regresé a la corte y con mi abuela, llena de vida y de historias sobre lo mucho que amaba las Tierras Altas. Amaba este lugar". Se secó una lágrima con el dorso de la mano. "Pero su respuesta no fue en absoluto la que yo esperaba. Me dejó atónita por su vehemencia". Joanna reflexionó un momento y su rostro reflejó el recuerdo. "Montó en cólera contra mí, y supe que de algún modo tenía que ver con mis sentimientos por las Tierras Altas, pero no pude comprender el motivo. Mi amor por Ironcross y este país no era nada nuevo; ella misma había vivido algunos años entre estas gentes. Nunca la había visto tan feroz en su ira".

"¿Y permaneció mucho tiempo enfadada? ¿Explicó alguna vez las razones de su comportamiento?"

Joanna frunció el ceño ante la pregunta. "No de inmediato, pero su ira disminuyó rápidamente cuando me alejé de ella, defendiéndome a mí y a este lugar. Entonces, inexplicablemente, mi abuela casi se asustó. Nunca la había visto así. Me suplicó. Entonces, por fin, empezó a contarme las cosas que más tarde te contaría a ti. Sobre las muertes de mi abuelo y mis tíos. Sobre cómo sus muertes parecían accidentes. Pero ella las llamó asesinatos".

"Lady MacInnes nunca fue tan lejos en lo que me dijo, aunque su significado era bastante claro. ¿Pero te habló alguna vez de pruebas? ¿Acusó a alguien en concreto? ¿Fue tu abuela quien acusó a Mater?"

Joanna se quedó mirando en silencio durante un momento. Gavin podía ver claramente la lucha por la que estaba pasando.

"Joanna, ¿cuándo fue la primera vez que sospechaste de Mater?"

Ella levantó los ojos hacia los de él, pero no dijo nada.

"Háblame, Joanna", insistió. "Estamos juntos en esto".

"Esta es *mi* batalla. No la tuya".

"No". Sacudió la cabeza. "Tal vez fuera así antes de que yo llegara aquí. Pero, al menos para el mundo, soy el señor del castillo de Ironcross. Y ahora, sobre todo después de esta noche, me concierne mucho".

Sus ojos brillaron. "No has añadido ninguna obligación por lo de esta noche, pero...". Levantó una mano para acallar su respuesta. "Esto *debería* interesarte por el incendio que hubo anoche en esta habitación. No fue un accidente. Alguien estuvo aquí. E intentaron matarte". Miró durante un largo instante el enrojecimiento de sus manos. "Tienes razón. Tu vida está en peligro y tienes derecho a saberlo".

"El miedo a la muerte no tiene nada que ver con mi deseo de conocer la verdad. Pero tenerte a mi lado -abierta, viva y a salvo- eso es lo que me impulsa ahora".

Sus ojos brillaban cuando se centraron en los de él. El afecto que Gavin vio en sus profundidades le hizo contener la respiración. En el fondo de su mente surgió un punzante dolor de sombríos recuerdos de la muerte, de los que habían muerto, de los que le habían amado.

"¿Cuándo fue la primera vez que sospechaste de Mater?", volvió a preguntar, y su voz sonó áspera a su propio oído al repetir la pregunta. "Por lo que he oído a los demás, tú y ella erais grandes amigos antes del incendio".

"Éramos amigas", respondió. "En una época, de hecho, fui lo bastante tonto como para admirarla. La defendí".

"¿Defenderla de quién?"

"Contra mi abuela".

"¿Le caía mal a Lady MacInnes? ¿Conocía bien a Mater?"

Joanna negó con la cabeza. "Durante todos los años en que los hombres de MacInnes fueron señores de estas tierras, creo que mi abuela pasó muy poco tiempo aquí. Así que no me la imagino teniendo la oportunidad de pasar mucho tiempo en la abadía, sobre todo con Mater. Pero, como te dije antes, después de aquel primer verano -cuando regresé de las Tierras Altas-, lo que más disgustó a mi abuela fueron mis conversaciones y alabanzas sobre Mater."

"¿Y fue entonces cuando hablaste en su favor?"

"Lo hice". Ella asintió. "Y equivocadamente. Ahora lo sé".

"¿Pero tu abuela te dio alguna razón de sus sentimientos?"

Joanna volvió a asentir lentamente. "Sí, mi abuela odia a Mater porque es la responsable de todas las muertes del castillo de Ironcross. ¿No es razón suficiente?"

"Sí", dijo sombríamente. "Es razón suficiente... si es verdad. ¿Pero de qué pruebas hablaba?"

Joanna volvió a negar con la cabeza. "No estaba dispuesta a revelar nada concreto. Por eso defendí a Mater con tanto ahínco. Pero era tan ingenua -dijo con amargura, pasando distraídamente la mano por encima de la manta.

"Joanna, cuéntame qué ha pasado". Intentó sonar alentador. "Hazme comprender lo que sentiste, lo que viste".

"Aquel otoño, cuando regresé a Stirling, estaba llena de sueños. Durante el verano, había tenido la oportunidad de conocer y trabajar con Mater y con las mujeres de la abadía. Para mí se habían convertido en las personas más increíbles que existen. Eran dedicadas; eran buenas. Recuerdo que me impresionó mucho la fuerza de su voluntad, el asombroso vínculo que las unía mientras seguían adelante en sus esfuerzos por ayudar y proteger a su rebaño. Así que aquí, con esa admiración bien asentada en mi mente, volví al tribunal y me encontré a mi propia abuela llamando a la líder de esa gente 'la hija del mismísimo Satanás'". Joanna sacudió la cabeza con

frustración. "Pero dijera lo que dijera, por mucho que le suplicara, ella simplemente se negaba a decir nada más".

Empuñó una mano y la apretó contra la palma. "Me habían educado para no creer en los cotilleos de la corte. Nunca he sido de las que participan en charlas ociosas. Y ahora, por lo que podía ver, la misma mujer que me había enseñado esos valores parecía esperar que aceptara sus palabras sin cuestionarlas. Me exigió que me mantuviera alejada de Mater y de las mujeres que había reunido a su alrededor".

Gavin puso su mano sobre la de ella y atrajo los ojos de ella hacia los suyos. "Pero cuando regresaste a las Tierras Altas el otoño siguiente -a pesar de lo que ella te había dicho-, seguiste volviendo a la abadía".

"Lo hice", susurró. "Y ahora me duele admitir que decidí ir en contra de las palabras de mi abuela".

"Y entonces, ocurrió algo".

"Sí, ocurrió algo", respondió, y sus ojos adquirieron una mirada lejana. "En mi última visita a la abadía, escuché por casualidad una conversación sobre una reunión que estaba a punto de celebrarse. Una especie de ritual para las mujeres. Se despertó mi curiosidad y, aunque no fui invitada, estaba decidida a averiguar lo que pudiera."

Gavin notó cómo las manos de ella se aferraban ahora a la manta, así que se acercó y las cogió con las suyas. Ella lo miró, casi sorprendida por su atención.

"¿Dónde fue la reunión, Joanna?"

"En la bóveda que hay bajo el castillo", susurró con voz ronca. "En la misma sala donde estaban las criptas".

Joanna se estremeció y el propio Gavin sintió que un repentino escalofrío recorría la habitación. Mirando en dirección al hogar, contempló un momento el fuego. "¿Así que fuiste allí?"

"Quería hacerlo. Verás, iban a reunirse aquella noche. Había luna llena. Pero no sería tan fácil. Antes, ese mismo día, había llegado un mensaje del castillo que anunciaba la llegada del conde de Athol. Sabía que vendría, y sabía que habría duras palabras entre John y mi padre... a causa de mi compromiso. Así que no había forma de excusarme".

Gavin levantó la manta y cubrió con ella su hombro desnudo. "Y ésta fue la noche del incendio".

"Sí. La misma noche terrible". Joanna asintió y volvió a estremecerse. "Me quedé todo el tiempo que pude en el Gran Salón. Y como había sospechado, mi padre y Athol retomaron su discusión. Pero, para mi consternación, se enfadaron más de lo que jamás había visto a ninguno de los dos. Finalmente, utilizando su falta de voluntad para razonar como excusa, huí a mi habitación y me adentré en los pasadizos. Quería llegar a la cámara antes de que saliera la luna".

"¿Cómo supiste orientarte?" preguntó Gavin con curiosidad.

"De Athol", susurró. "El verano anterior había conseguido convencerle para que me enseñara los túneles y las cavernas. Incluso me llevó hasta la Puerta del Infierno".

"¿Es de extrañar que el laird de las tierras vecinas conozca tan bien los secretos de este torreón?"

"No es así. Las cavernas no son un secreto. Por lo que me contó, mi propio padre le había mostrado los pasadizos secretos cuando eran meros muchachos. Más tarde, cuando mi padre ya había crecido, Athol seguía pasando muchos días recorriendo aquellos pasadizos, pues hubo muchos años, tras fallecer mi abuelo, en los que ninguno de mis tíos quiso ocupar su puesto permanente como laird. Athol decía que aquellos eran los años en que él y sus amigos

exploraban las cavernas de Ironcross por pura aventura. Por aquella época, mi padre también regresaba ocasionalmente a las Tierras Altas. Por lo que he oído, en una época estuvieron muy unidos".

Joanna se enredó el pelo en una mano: "Athol me contó que todo el mundo pensaba que el castillo era un lugar encantado. Cruzar la pasarela de la Puerta del Infierno era una verdadera prueba de hombría para los jóvenes que vivían cerca".

Gavin tuvo que forzar su mente y su atención para volver a los acontecimientos de aquella noche fatal. Deseaba saber más sobre Athol -y sobre esta Puerta del Infierno-, pero esa información tendría que esperar un poco.

"Cuéntame qué pasó después... la noche del incendio... cuando entraste en los túneles".

"Fue fácil encontrar la cámara acorazada, pero el lugar estaba silencioso como la misma muerte". Joanna se sobresaltó de repente cuando una ráfaga de viento atravesó la ventana, golpeando con fuerza las contraventanas de madera contra las paredes. Aferró con más fuerza la manta alrededor de los hombros. "Así que decidí quedarme y esconderme... y esperar".

"¿Y vinieron?" preguntó Gavin.

El viento entraba silbando en la habitación, y el guerrero miró irritado hacia las ventanas abiertas. Apartando las mantas, cruzó la cámara para cerrar los postigos. Fuera, parecía que se avecinaba una tempestad, y la lluvia que salpicaba su piel desnuda era aguda y fría. Con cierto esfuerzo, empujó los postigos y los cerró con pestillo. Volviéndose hacia Joanna, se sorprendió de lo frágil y asustada que parecía de repente. Pensó en todas las penurias que había soportado durante aquellos meses, en la fuerza que debía de haberle costado reunir simplemente para seguir viva. Y ahora, por el momento, parecía haberla perdido por completo.

Llegó a la cama y, en un gesto que le llegó directo al corazón, Joanna levantó la mirada y echó hacia atrás las mantas, abriéndole los brazos. Gavin la estrechó contra sí. Era tan fácil perderse en su abrazo. Era realmente una hechicera, que le despojaba de todo escudo, de toda barrera que había construido a lo largo de los años. Le puso la mano en el corazón, tocándole allí donde él creía haber construido la mayor protección. Ahora se daba cuenta de lo equivocado que estaba.

"Vinieron", susurró en voz baja. "Pero no como las mujeres que había llegado a conocer. Vinieron como extrañas, como un grupo de locas delirantes y cantarinas".

"¿Te han visto?"

Ella sacudió la cabeza y apoyó la frente en la barbilla de él. "No, me sorprendió tanto su presencia en aquella cripta -por la charla, por sus malvadas plegarias- que me quedé muda, helada donde me escondía".

Volvió a estremecerse cuando Gavin le pasó una mano caliente por el brazo bajo las sábanas. Su piel estaba helada al tacto.

"¿Qué pasó después, Joanna?"

"Era una especie de ritual. Les resultaba tan familiar como respirar el aire a ti y a mí. No sé si era cristiano, pagano o del mismísimo diablo. Pero lo que vino después me dará pesadillas hasta el día de mi muerte".

Gavin giró la cabeza cuando las llamas de la chimenea saltaron de repente al hogar. Entre el viento y la maldita corriente de aire de las chimeneas, pensó para sí, era increíble que el castillo entero no hubiera ardido hasta los cimientos hacía mucho tiempo.

"Fue lo más perturbador de todo lo que hicieron hasta entonces". Joanna se mordió las palabras. "Mientras observaba, una de las mujeres, con un grito de algún demonio eldritch, se arrodilló junto a la pira que habían construido en el centro de la bóveda y encendió la maleza.

Aún puedo oír el rugido crepitante, los juncos, las cañas y los palos encendiéndose. La hoguera iluminó toda la cripta en una orgía de sombras y luz. Entonces las mujeres, como demonios, rompieron en alguna danza pagana, girando y cayendo en un frenesí de gemidos y aullidos. ¡Era como si hubieran dejado de ser humanas! Y Mater las vigilaba a todas".

Aunque nunca había sido testigo de tales rituales, Gavin había oído hablar, en ocasiones, de lugares tanto en las Tierras Altas como en las Fronteras occidentales donde se producían esas extrañas reuniones. Algunos decían que formaban parte de la antigua religión. La mayoría no decía nada en absoluto.

Pero esto seguía sin ofrecer una causa justa para atribuir la culpa de los asesinatos a Mater.

"Y hubo más", continuó Joanna. "Mientras aquellas mujeres continuaban con sus danzas y cánticos, Mater empezó a predicarles, con palabras sobre los lairds y los males de tales hombres y la maldición y las tradiciones. Desde donde yo estaba, oculta tras una cripta, no tardé en darme cuenta de que hablaba de mi padre. Estaba invocando a la justicia. Mater estaba invocando a algún "poder" para que trajera la muerte... sobre él y sobre todos los que le siguieran en su lugar".

Joanna se acercó y cogió con fuerza la mano de Gavin entre las suyas. "Por muy asombrada que estuviera por lo que había pasado antes, no era nada comparado con aquel momento, con oír aquellas palabras. Hablaba de mi padre, John MacInnes. Un hombre pacífico que nunca había causado voluntariamente ni un ápice de dolor o penuria a ningún ser vivo. ¿Por qué él?"

"¿Qué pasó después, Joanna?"

"Finalmente, todos salieron por fin de la cámara acorazada, aún con los ojos desorbitados, poseídos por el frenesí. No podía creer lo que había visto. Me senté acurrucada en aquel rincón durante no sé cuánto tiempo. Supongo que estaba completamente conmocionada, confusa por lo que había presenciado". Miró fijamente en la oscuridad de su memoria. "Fuera lo que fuese lo que me conmovió -miedo o traición-, al cabo de un rato me revolví. Me armé de valor y regresé a mi habitación, aunque ahora sé que debió de ser algún tiempo después".

Joanna ya no temblaba; se estremecía abiertamente en sus brazos. Gavin la levantó de su sitio, atrayéndola suavemente hacia su regazo, y la rodeó protectoramente con los brazos. Fuera, un trueno largo y grave retumbó en el lago.

"Llegué demasiado tarde", graznó por encima del ruido. "Cuando llegué a los pasadizos del ala sur, el humo era espeso y el calor insoportable. Me ahogaba, pero subí. Había llamas saltando por todas partes. Y se oían gritos ahogados por encima del rugido del fuego. ¡Los he matado! Esperé demasiado en la cripta. I..."

Ella se derrumbó. Gavin la estrechó contra su pecho. Sus lágrimas corrían a raudales por sus mejillas y caían sobre el pecho de él. Al guerrero se le hizo un nudo en la garganta y apretó las mandíbulas. Conocía muy bien la pena que ella sentía. Conocía muy bien la angustia de perder a tus seres queridos. La impotencia condenada de sobrevivir. La culpa de haber fracasado.

Permanecieron sentados así durante un buen rato, hasta que finalmente ella inspiró larga e irregularmente y continuó.

"Apenas pude llegar a los pisos superiores. Creo que estuve a punto de desmayarme, el aire era tan caliente y humeante. Empujé el panel de mi propia cámara, pero el pestillo no cedía. Desde los bordes de la puerta, las llamas me lamían las manos. Me ardían las manos... Podía oler mi propia carne. Pero yo... estaba atrapada en el pasadizo con mi madre y mi padre atrapados dentro. Me aparté. Avancé a trompicones, como en una pesadilla, por el pasadizo. Encontré otro panel. Allí era igual. Fuera donde fuera, era igual. No podía pasar. Recuerdo que encontré el pasadizo que, estaba segura, conducía a la alcoba de mis padres. Me arrojé contra el panel -

gritando y escarbando con las manos en la madera encendida- suplicando que me dejaran entrar. Pero... pero ya debían de estar todos muertos. Todos estaban muertos. Y yo estaba condenada a vivir".

Gavin puso la mano sobre los dedos temblorosos de ella y los aplastó contra su corazón. "¿Cómo podría alguien soportar el calor de las llamas?".

Ella metió la cabeza bajo su barbilla. Su voz era fría, casi sin vida. "Las llamas no fueron nada comparadas con la angustia que he soportado al verme obligada a vivir".

En su mente, Gavin viajó a los campos embarrados de Flodden. Él también se había visto obligado a presenciar la muerte de sus parientes, a estar demasiado lejos para ayudar a sus dos hermanos mayores en la batalla. Él también se había visto obligado a soportar el recuerdo de ser abatido, de yacer indefenso junto a los moribundos y los muertos.

Él también había esperado morir. Pero un montañés había venido a por él. Aunque él mismo estaba herido, Ambrose Macpherson se lo había subido al hombro y lo había llevado a través de la lluvia durante dos días de vuelta a Escocia. Gavin miró distraídamente hacia las ventanas de la habitación. Fuera, la tormenta había seguido creciendo, y los truenos retumbaban con un eco resonante.

Recordó la miseria que había infligido a Ambrose durante ese tiempo. Desde las amenazas físicas hasta el abuso verbal del honor del hombre, Gavin había hecho todo lo posible para que al Highlander le resultara imposible seguir adelante. Al igual que Joanna, Gavin se había visto obligado a vivir.

Pero la obstinada valentía de Ambrosio no tenía límites. Conteniéndole físicamente para que no se hiciera más daño, el montañés sólo había hablado de esperanza. De una oportunidad para el futuro. De una Escocia que le necesitaría ahora más que nunca. Ambrose Macpherson le había mostrado el valor y la fuerza que acompañan a la compasión. Y más tarde, le había enseñado que podía existir una amistad y una lealtad que rivalizaban con los lazos de parentesco. Esto era lo que Joanna necesitaba sentir ahora. Era su turno, pensó Gavin, de transmitir la lección que su amigo le había dado una vez hacía mucho tiempo.

"Creo que en medio de ella debí de desmayarme". La voz de Joanna devolvió a Gavin al presente. "De hecho, debía de estar confuso, delirante incluso, cuando recobré la consciencia, ya que no recuerdo absolutamente nada de aquellos momentos. Mis primeros recuerdos claros son de algún tiempo después, cuando me encontré junto al lago subterráneo que hay bajo el castillo. Tenía las manos tendidas en el agua fría, la carne quemada empapada y el dolor recorriendo todo mi cuerpo en horribles oleadas."

"¿Has vuelto al ala sur?"

"Lo intenté, pero la fiebre se apoderó de mí. Y el dolor que me atravesaba las manos casi me volvió loco. Creo que estuve allí tumbada en la oscuridad de aquella caverna durante horas... o días... el tiempo no significaba nada. Pero entonces, después de quién sabe cuánto tiempo, me encontré de pie. No sé qué me mantenía en pie. Era como una marioneta sujeta por hilos invisibles. De algún modo, me abrí paso por los túneles hasta el ala incendiada, pero todos habían desaparecido. El lugar estaba en ruinas. Las cenizas estaban frías y no había nada más".

Apenas respiraba, Joanna se había puesto rígida entre sus brazos, y Gavin le acarició suavemente la espalda. Podía ver las lágrimas que corrían por su rostro. Tardó unos instantes, pero sus hombros empezaron a perder la tensión y su respiración se normalizó.

"¿Crees que fue al día siguiente?"

Se encogió de hombros. "No tenía noción del tiempo. Recuerdo que estaba oscureciendo y no había ni un alma". Apartó la mirada e inspiró profundamente.

"¿Y el resto de la casa, Joanna? El resto de los sirvientes que no habían estado en esa ala. Seguramente podrías haber buscado la ayuda de alguno de ellos".

Súbitamente enfadada, negó con la cabeza. "*Nunca habría* acudido a ellos. ¿Cómo iba a hacerlo? Fueron tan partícipes de esos asesinatos como la propia Mater".

Gavin la rodeó y la agarró por la barbilla, levantándola hasta que sus ojos se encontraron. Al mirarla a la cara, la cámara volvió a iluminarse de repente con un relámpago. "¿Qué quieres decir? El crujido de los truenos que siguieron partió en dos su pregunta. "¿Qué quieres decir con que formaban parte de ello?".

"Estaban todas allí", respondió Joanna, con los ojos desorbitados. "Todas las mujeres de esta casa forman parte del rebaño de Mater. Las vi en la cripta. ¿Crees que no las conozco? Estaban todas allí. Gibby, la cocinera. Molly y las que la sirven en la casa. Incluso la muda, Margaret. Todos formaban parte de ello. Todos ellos... portando las llamas de la muerte".

"Pero en realidad nunca les viste prender fuego al ala sur, ¿verdad?".

"No tenía por qué hacerlo", respondió enfadada. "¿No crees que lo que vi fue suficiente?".

"No, no creo que fuera suficiente", respondió Gavin con sinceridad. "Pero eso no significa que debamos dejar de buscar pruebas de su culpabilidad".

"Pero son culpables".

"Dices que lo son", argumentó. "Pero no puedes estar más seguro que tu abuela de la culpabilidad de Mater. Y no hay nada que puedas hacer para impartir justicia a esas mujeres".

"Ésa puede ser *tu* percepción de la verdad". Ella le miró fijamente a los ojos. "Pero es sólo tuya".

Capítulo Dieciocho

CUANDO ENTRÓ en el Gran Comedor, Gavin se detuvo para observar las largas filas de mesas. La mayoría de sus hombres y muchos de los de Athol ya se habían instalado en las mesas, descansando o tomando su comida matutina.

Los ojos del Lowlander se posaron en Allan, que estaba sentado con Edmund y Peter en una de las mesas. La expresión hosca del anciano le indicó que el mayordomo parecía ser el blanco del ingenio de Peter esta mañana. Anoche, en una pausa entre las tormentas, Gavin había preguntado a Joanna por el mayordomo. ¿Por qué, le había preguntado, Joanna no había optado por buscar la ayuda del anciano en lugar de esconderse?

La respuesta había sido demasiado obvia para Joanna. La mujer muda, Margaret, era la hermana menor de Allan, y qué posibilidades tenía una joven afligida y febril de ser creída en contra de la palabra de los parientes y compañeros de trabajo que el mayordomo había conocido toda su vida.

No iba a culparla ahora por sospechar. Después de todo lo que había pasado, se había ganado el derecho. Gavin buscó a su invitado, Athol.

En contra de sus deseos, Joanna había insistido esta mañana en regresar a la oscuridad de las cavernas bajo la torre del homenaje. Por mucho que le dijera, sabía que no había conseguido convencerla de que dejara de ocultar su existencia a la familia. Incluso había intentado que se quedara en su alcoba y atrancase la puerta.

Obstinadamente, ella había rechazado su oferta, dándole sólo su palabra antes de marcharse de que regresaría al anochecer. Pero ahora, mientras Gavin pensaba un poco ansioso en el demasiado implicado conde de Athol, sintió una punzada de inquietud. No debería haberla dejado marchar. Ella misma le había dicho que Athol conocía sus caminos por las cavernas de este torreón. ¿Y si el canalla estaba, ahora mismo, recorriendo él mismo aquellos túneles?

Gavin se giró, dispuesto a volver a su habitación y buscar a Joanna él mismo. Ella atendería a razones si él tenía que hacerlo...

"Veo que esta mañana te has levantado tan tarde como yo".

Gavin se detuvo ante el Highlander, evitando por los pelos chocar contra él. Cuando miró al rostro del conde, se esforzó por ocultar la expresión de alivio que, estaba seguro, se dibujaba en su cara.

"Pensándolo bien", añadió Athol, con evidente ironía en su tono. "Parece como si llevaras levantado algún tiempo. ¿Y qué ocupa al señor del castillo de Ironcross esta hermosa mañana? ¿Perseguir el retrato de Joanna por el Salón Sur?".

"¿Te estás burlando de mí?" gruñó Gavin amenazadoramente, estudiando al hombre. "Me parece que, para alguien que lleva menos de dos días en este torreón, sabes mucho más sobre los

asuntos del castillo de Ironcross de lo que corresponde a un invitado".

Athol se encogió de hombros con una sonrisa irónica mientras se volvía hacia el Gran Salón y sus ocupantes. "No es frecuente oír una historia más divertida que la que se cuenta en este torreón. ¿No te parece divertido que un hombre de tu reputación pierda los nervios cada vez que un criado mueve un cuadro? Todas las chicas de la cocina y los mozos de cuadra hablan de ello, aunque creo que no saben si reírse o temerte aún más".

"Eso demuestra una gran sabiduría por su parte", gruñó Gavin, sin apartar los ojos del perfil del hombre alto. "Sabes, Athol, casi creería que te has enterado de esto de la forma que dices, si fueras de los que encantan a una sirvienta o incluso de los que merodean por los establos. Pero habiendo tenido el placer de experimentar tu agria disposición durante los dos últimos días, tendría que decir que es poco probable que fueras bienvenido en ninguno de los dos lugares."

Ignorando aparentemente la puya, John Stewart miró a través de las enormes puertas del Gran Comedor antes de volverse y dedicar a Gavin una media sonrisa. "Así que aún no has descubierto al culpable, si no me equivoco".

Gavin hizo una pausa y contempló su respuesta. Tenía ante sí a un hombre que, por muy jovial que fuera en apariencia, podía ser fácilmente la persona responsable del asesinato de los padres de Joanna. A pesar de lo que Joanna había visto y oído, Athol seguía siendo tan sospechoso, a ojos de Gavin, como las mujeres de la abadía. Además, el montañés le irritaba sobremanera.

Gavin se volvió y se encontró con los ojos grises del otro hombre. "Hasta ahora he estado en desventaja, ya que este ladrón conoce más de una forma de viajar por los pasadizos de este torreón". Frunció el ceño. "Y cada intento que he hecho de encontrar un guía que me lleve por las cavernas se ha topado con miradas vacías y silencio. Cualquiera diría que mis nuevos vasallos están de parte del perro escorbuto".

"Sin duda, cualquiera de los criados de la casa podrá llevarte sin dificultad". El montañés devolvió a Gavin el ceño fruncido. "Allan, por ejemplo, lleva viviendo en este lugar desde que era un chiquillo. Sus tatarabuelos probablemente acarrearón piedras para construir el lugar. Sí, si tuviera que señalar a alguien con una memoria justa y fuerte, Allan sería mi primera elección".

"Bueno, afirma que no se ha acercado a esos túneles desde hace bastante tiempo. Pero por lo que he oído -continuó Gavin-, tú mismo te criaste en estas colinas. Tengo entendido que pasaste más de unas horas en este castillo cuando eras un chaval".

"¿Y quién te lo diría? No querrás hacerme creer *que* eres de los que tontean con las mozas en la cocina".

"Cree lo que quieras", gruñó Gavin. "Pero no soy de los que tienen a un vecino tan cerca como tú sin querer saber lo que pueda de él".

Athol le miró fijamente durante un momento, y luego asintió pensativo. "Sí", estuvo de acuerdo. "Y hacer saber a tu vecino a qué atenerse parece ser también tu forma de actuar".

Gavin gruñó de asentimiento.

"Eres un hombre franco y honesto", dijo el conde con seriedad. "Una cualidad poco común en un llanero". Su atención se centró en una trinchera de comida que llevaba un mozo a través del Gran Comedor. "No sé si has masticado tu medida diaria de vecinos descarriados, pero necesito poner algo de comida en este vientre vacío que tengo".

"Primero dime, ¿conoces bien los túneles que hay bajo este torreón?"

La expresión del Highlander era controlada mientras consideraba su respuesta, pero al observarle, Gavin decidió que la respuesta del hombre muy probablemente confirmaría sus propias sospechas. De hecho, mientras esperaba, Gavin estaba cada vez más seguro de que Athol

intentaría ocultar la verdad.

"Sí, mi buen anfitrión. De hecho, diría que hay pocas personas fuera de esta casa *más* familiarizadas con esas cavernas que yo".

Gavin vio cómo el montañés enarcaba una ceja antes de darse la vuelta y dirigirse hacia la mesa -y la comida- que les esperaba. Disimulando rápidamente su sorpresa ante el abierto reconocimiento del hombre, el laird le siguió un paso por detrás.

Cuando llegaron a sus lugares en la mesa principal, Gavin hizo un gesto al conde para que se sentara. "Te haré una oferta. Un intercambio. No te preguntaré cómo es que eres un experto en los llamados pasadizos "secretos" que hay bajo este torreón, y tú me darás una lección".

Athol arrancó una pata de uno de los patos asados que tenían delante, antes de volverse para responder. "No hay necesidad de regatear. Con mucho gusto te enseñaré la ciudad... y aún te contaré cómo es que he llegado a saber tanto".

Gavin miró con escepticismo la cara de su invitada. "¿Ah, sí?"

"¿Eres siempre tan desconfiado, o sólo cuando tratas con un vecino nuevo?"

Gavin frunció el ceño y tocó la copa que había sobre la mesa. "Creo que siempre se me ha considerado un hombre confiado. Pero, de algún modo, ese rasgo me ha abandonado desde que llegué a las Tierras Altas".

Athol gruñó y volvió a centrar su atención en la comida.

"Ahora", continuó Gavin, "¿tendrías alguna idea de por qué debería estar tan afligido?"

"Sólo te ofrecí un recorrido por tu propio torreón", dijo el montañés entre bocado y bocado. "Creo que deberías llamar a un sacerdote para que exorcice *a esos demonios*".

"Ah, es un alivio descubrir que el buen conde de Athol no es un maestro de todos los oficios". Una sonrisa irónica se dibujó en los labios de Gavin mientras sacaba el puñal y apuñalaba un trozo de queso de su propia trinchera.

"Dije *que* llamaras a un sacerdote", dijo Athol socarronamente, acercándose a su taza. "Pero si también quieres que rece por ti..."

"Olvídate de todo eso", gruñó. "¿Estás dispuesto a llevarme a través de las cavernas?"

"¿Hablas en serio?"

"¿Hay alguna razón por la que no debería estarlo?". El Lowlander no aflojó la intensidad de su mirada mientras el conde consideraba la pregunta.

"No, no se me ocurre ninguna razón, ahora que lo mencionas". Athol escurrió su copa. "¿Y cuándo te gustaría que tuviera lugar esta alegre expedición?"

"Hoy", dijo Gavin con convicción. "Esta mañana. Terminad de comer, milord conde, y podremos empezar".

Un rápido vistazo a sus escasas posesiones y Joanna sintió que el corazón le daba un salto de alarma en el pecho. Se agachó y sus ojos escudriñaron la oscuridad más allá del pequeño círculo de luz que la rodeaba. Alguien había estado aquí; las señales eran inconfundibles. Su capa y la raída muda ya no estaban donde las había dejado, dobladas y metidas bajo su pequeño nido de paja. Alguien les había echado un vistazo y los había vuelto a meter bajo la cama improvisada, y a Joanna se le heló la sangre.

La caverna, más allá del bajo saliente, estaba silenciosa y quieta. Poniéndose de rodillas y con la lámpara en la mano, escudriñó la superficie del suelo que salía de la pequeña oquedad hasta que encontró las huellas del intruso. Botas. Las botas de un hombre grande.

Sacudió rápidamente la capa, se la echó a toda prisa sobre los hombros y se la ató al cuello. En cuanto a averiguar quién había rebuscado entre sus pertenencias, ya no podía hacer gran cosa. Pero había algo de lo que estaba segura. Quienquiera que hubiera estado aquí volvería.

Recogiendo el pedernal y guardando todo lo que pudo en los bolsillos profundos de su capa, Joanna se volvió y echó un último vistazo a su alojamiento temporal. Una vez más -y parecía que tan pronto- le arrebatában su refugio.

Una vez más, pensó cansada, había llegado el momento de adentrarse en la oscuridad de estas cavernas para encontrar otro lugar seguro. Pero primero tenía que ir a la cripta. Quedaban tan pocos días para la luna llena que aún tenía mucho que hacer para estar preparada.

Joanna avanzó apresuradamente por la orilla del lago, pero mientras avanzaba no vio la sombra que revoloteaba por la pared más alejada, siguiéndola.

Capítulo Diecinueve

GAVIN SABÍA que debía de estar loco para recorrer los túneles y cavernas bajo Ironcross sin haber avisado antes a Joanna. Pero entonces, el cándido reconocimiento de Athol, y luego su sorprendente disposición a servirle de guía, le habían obligado a martillear mientras el metal brillaba caliente. No pudo contenerse y puso a Athol a prueba.

Gavin sabía, por supuesto, que debía estar alerta y hacer suficiente ruido para advertir a Joanna de su aproximación. Antes de abandonar su cámara esta mañana, al menos la había obligado a decirle que había fijado un lugar seguro junto al lago subterráneo. Y por todo lo que ella le había dicho para que se sintiera cómodo dejándola marchar, Gavin se había hecho una mejor idea de la extensión y la complejidad de aquellas cavernas y del laberinto de túneles. Además, le había jurado que no había forma de que nadie pudiera acercarse a ella sin que ella lo supiera mucho antes de que se toparan con ella.

Levantando en el aire la antorcha que llevaba mientras seguía un paso detrás de la Highlander, Gavin esperaba que ella le hubiera estado diciendo la verdad.

Horas atrás, tras informar a toda su gente de sus intenciones, los dos líderes se habían movido rápidamente por las cocinas, dejando atrás los rostros interrogantes de la cocinera y sus ayudantes, y habían bajado los escalones de piedra que había detrás del gran hogar. Al parecer, ésta era la única forma que Athol conocía de acceder a las cavernas desde la propia fortaleza, o al menos eso había afirmado.

En efecto, los túneles eran tan confusos y laberínticos como habían descrito el mayordomo y Joanna. Pasadizos bajos y estrechos se abrían de repente en enormes cavernas, y la entrada de los dos hombres despertó a un millar de murciélagos dormidos que habían estado posados muy por encima de las antorchas encendidas. Junto a un pasadizo seco aparecieron de repente arroyos subterráneos que gorgoteaban y chapoteaban a lo largo de paredes lisas, para bifurcarse y desaparecer con la misma brusquedad. Y por si no bastasen los giros bruscos y las interminables series de escalones tallados, algunos de los cuales conducían a pasadizos ciegos, parecía que cada pocos instantes atravesaban puertas selladas de roble forrado de hierro.

Gavin intentó marcar en su memoria los puntos distintivos por los que pasaban, pero pronto los dibujos de las rocas y los pasadizos retorcidos empezaron a mezclarse en una borrosa mezcla de piedra y humedad. Y aunque Athol no paraba de comentar las formaciones cristalinas de una caverna concreta o la calidad sin fondo de alguna fisura que estaban atravesando, había veces, pensó Gavin, en que incluso su guía se había confundido. Una de esas veces ocurrió cuando Gavin le había pedido que los llevara bajo el ala sur, con el fin de encontrar el camino que conducía a los pasadizos que llevaban a la Sala Sur. Gavin sentía bastante curiosidad por el camino que había tomado Joanna cuando había robado repetidamente su propio

retrato, pero en lugar de eso acabaron de pie en una cornisa bajo un saliente, observando cómo la lluvia impulsada por el viento barría el amplio lago. Gavin supo inmediatamente que los muros que rodeaban el ala sur estaban muy por encima de ellos.

Tras echar un rápido vistazo a la impresionante vista, así como a la pronunciada caída de los acantilados más allá de la cornisa, Gavin se volvió para encontrarse con la mirada del Highlander clavada en él.

"Desde que llegaste al castillo de Ironcross", empezó Athol, con sus ojos grises fijos en el rostro de Gavin. "¿Ha habido algún momento en que hayas pensado que tu vida podía correr peligro? Quiero decir, ¿ha habido algún atentado contra tu vida?"

"¿Qué te hace preguntar tal cosa?"

Athol frunció el ceño y desvió la mirada hacia el lago barrido por la tormenta. "De algún modo, había tenido la sensación de que, al tratar contigo, lo mejor sería abordarte sin rodeos, honestamente. A diferencia de muchos de los buenos nobles repartidos por la campiña de las Tierras Bajas, me parecías alguien que no malgasta palabras en su trato con los demás".

Gavin asintió ante el evidente cumplido del otro hombre. "Algunos piensan que sí. Pero, ¿qué te hace pensar que tengo algo que temer en mi propia fortaleza?"

"El incendio de tu alcoba la otra noche", respondió Athol. "No sobreviviste en el campo de Flodden, ni al servicio del rey en el extranjero, para perecer en tu propia alcoba por un descuido". Luego se volvió y miró fijamente a Gavin a la cara. "Sé que eres un hombre fuerte y valiente, pero estoy seguro de que no eres un hombre descuidado".

"No", respondió el guerrero. "Eso no lo soy".

"Y además, está el asunto del pasado de este castillo. Tras el incidente del pasado otoño, estoy más convencido que nunca de que el peligro que parece acechar a los lairds de Ironcross es algo más que una patraña."

"¿Así que crees que el incendio que destruyó el ala sur fue provocado intencionadamente?"

Athol asintió y luego enarcó una ceja interrogadoramente. "Sí, así es. ¿Tienes alguna duda al respecto?"

Gavin frunció el ceño, poco dispuesto a revelar sus pensamientos en aquel momento. Al menos, mientras considerase a este Highlander una posible fuerza detrás del mal de aquella noche.

"Continúa", hizo una pausa Gavin, mirando con agudeza el rostro de su guía. "¿Era esto algo que sospechabas desde el momento en que la tragedia se abatió sobre aquellas almas desprevénidas, o es una conclusión reciente?"

"Me gusta ser franco en mis acciones y en mis palabras, por condenatorias que puedan parecer".

"Eso has dicho". Gavin asintió.

"Supe en el momento en que entré en lo que quedaba de aquella ala que alguien con intenciones asesinas había provocado aquel incendio".

Gavin se acarició la barbilla y apoyó la espalda contra la húmeda pared de piedra de la boca de la cueva. "¿Qué has visto para estar tan seguro?"

John Stewart se apartó de la cornisa y apoyó también la espalda en la pared opuesta. "Recorriendo las habitaciones carbonizadas, pude ver que el fuego no se había iniciado en un solo lugar, sino en muchos. Todos los paneles de los pasillos -todos los paneles que yo conocía, al menos- estaban chamuscados, mientras que otras partes de la misma sala apenas se habían quemado. Creo que esos fuegos fueron provocados deliberadamente para impedir que escaparan los del ala sur". Athol tenía el ceño fruncido y miraba fijamente hacia el lago mientras

continuaba. "John MacInnes conocía el camino a través de estas cavernas tan bien como nadie vivo. Fue él quien, hace tantos años, me trajo aquí por primera vez. Ahora, que él y su familia murieran en esa ala y no utilizaran los pasadizos después de encontrar atrancada la puerta de la Vieja Fortaleza..."

"¿Qué quieres decir con 'prohibido'?"

"La puerta que daba al pasillo sobre el arco", respondió Athol, sorprendido por la respuesta de Gavin. "El camino estaba enrejado".

El nuevo laird miró fijamente al conde.

Athol asintió mientras continuaba. "De hecho, fui yo quien quitó la barra, pero cuando abrimos la puerta, el ala estaba en llamas y el humo era tan denso que no se podía entrar. Cuando algunos trozos de techo empezaron a ceder, dejando entrar la lluvia, sólo quedaban cuerpos carbonizados. Si no hubiera sido por los aguaceros que continuaron hasta la mañana siguiente, no creo que hoy quedara nada del ala sur en pie."

"¿Por qué abandonaste Ironcross tan pronto, Athol? Puesto que estabas tan seguro del juego sucio, ¿por qué no te quedaste más tiempo y encontraste a los responsables?"

Enfadado, el montañés golpeó la pared rocosa con la mano y se volvió hacia el lago. "No me dejaron otra opción. El mayordomo, Allan, me trató como si yo fuera el culpable del crimen. Ni siquiera habían sacado los cadáveres de la ruina antes de que empezara a hablar de sellar el lugar y esperar a que Lady MacInnes llegara al norte. Ni siquiera quiso hacer inventario de lo que quedaba".

"¿Había alguna razón para que el mayordomo sospechara de ti?"

"No", se burló Athol. "Aparte del hecho de que John y yo habíamos discutido aquella noche, no había nada que hiciera que aquel hombre pensara siquiera en mí. Por todos los diablos, John MacInnes era como un hermano mayor para mí. No había mala sangre entre nosotros. ¡Pero pensar que aquella gente sospechaba *de mí*! Y cualquiera de ellos podría haberlo hecho con menos sentimiento que matar a una oveja. Desde luego, esa gente no sentía ningún afecto por su señor. De hecho -dijo Athol mientras hacía una pausa y se volvía hacia Gavin-, a su manera silenciosa, John había iniciado un zumbido en sus nidos. No sé si hubo mucha tristeza por su muerte. Desde luego, no hubo sorpresa".

"Así que te fuiste", dijo bruscamente.

"¿Qué más daba? Indirectamente, mi honor estaba siendo cuestionado por el maldito mayordomo, y mi temperamento se acortaba a cada momento que pasaba. Consideré la posibilidad de apoderarme del castillo y someterlo todo a mi control, pero decidí que eso sería contraproducente en el mejor de los casos, y me haría parecer aún más culpable, si lo uníamos a la discusión entre John y yo. No me quedó más remedio que marcharme".

"Aun así, creyendo que se habían cometido esos asesinatos y sabiéndote la única capaz de hacer justicia tras todo ello, te marchaste".

Al oír las palabras y el tono acusador de Gavin, el ceño del conde se ensombreció. Se enderezó desde donde estaba y miró al otro lado. "Puede que haya abandonado el castillo de Ironcross, pero no he renunciado a mi búsqueda de la verdad. Al ver lo rápido que esta gente se había armado contra mí, pensé que lo mejor era dar al asesino una falsa sensación de seguridad".

"Pero, ¿cómo ibas a averiguar la verdad si estabas sentado a un día de cabalgata en el castillo de Balvenie?". Cuando Athol dudó en responder, Gavin miró con suspicacia a su invitado. Por supuesto, pensó. Había estado ciego al no pensarlo antes. "Dejaste espías".

Athol asintió. "Parecía un buen plan... entonces".

"¿Y bien? ¿Volvieron con alguna información de valor?"

"No". Athol negó con la cabeza. "Al principio, pagaba aquí a dos hombres. Pero uno de ellos, el más astuto de los dos, murió poco después de que me marchara. Por lo que pude averiguar, el cráneo del hombre fue aplastado por la caída de una roca".

"¿Una roca?"

"Sí. Caminaba por el desfiladero al sur de la torre del homenaje".

"¿Y el otro? ¿También está muerto?"

"No, está vivo y sano", dijo Athol con frialdad. "Pero no sé si ha sido el miedo por encontrar muerto a su cómplice, pero me ha servido de poco en los últimos seis meses".

Gavin se apartó de la pared y miró al rostro del otro hombre. "¿Quién es tu espía?"

"Antes de que pienses en cómo castigar al hombre", dijo Athol, volviéndose y mirando hacia la oscuridad de la cueva. "Debes recordar que en el momento en que aceptó la tarea, no había ningún lairde sentado en el castillo de Ironcross. Aunque no sea el más brillante de los muchachos, es bueno y...".

"No le castigaré. Ni siquiera cuestiono tu acuerdo con el muchacho", dijo Gavin con firmeza, acercándose al montañés. "Teniendo en cuenta las secuelas de aquel incendio, creo que hiciste bien. Yo habría hecho lo mismo, si estuviera en tu lugar".

Athol palmeó a Gavin en la parte posterior del hombro. "Para ser de las Tierras Bajas, eres un hombre extremadamente comprensivo".

"Quítame la pata de encima", gruñó el laird. Al ver la expresión de alivio en el rostro de Athol cuando su invitado retiró la mano, Gavin repitió su pregunta anterior. "¿Quién es tu hombre? No heriré al muchacho, pero debo saber quién es tu espía".

Athol reflexionó un momento y luego, señalando significativamente con la cabeza la oscuridad de la cueva que tenían ante ellos, se volvió y pronunció el nombre del muchacho.

Capítulo Veinte

LAS MANOS de Margaret se agarraron a su propia garganta, estrangulando el grito de angustia que intentaba escapársele, mientras veía cómo la larga hoja del puñal se arqueaba viciosamente en el aire y se desgarraba en la espalda de David.

La cabeza del mozo de cuadra se retorció de forma antinatural al intentar mirar hacia atrás, hacia su atacante, pero la afilada cornisa de la sima, a sólo un paso de distancia, era todo lo que vería.

Apretando rígidamente la espalda contra las paredes heladas de la cueva, Margaret observó con mudo horror cómo unas manos frías y seguras alargaban la mano y empujaban con fuerza a David por el borde.

Margaret cerró los ojos, tratando de bloquear la visión de los brazos agitados del mozo de cuadra mientras se acercaba.

Si al menos fuera ciega, rezaba sollozando. *Oh Virgen Santísima, déjame ciego*.

Margaret se hundió en el suelo, con los ojos cerrados, pero no pudo silenciar el sonido nauseabundo de la caída del joven, que crujía en las profundidades de las entrañas de la tierra.

Y allí sentada, aturdida y sola, no podía apartar la vista del puñal ensangrentado en la mano de aquel a quien amaba.

En manos de un asesino.

"Quiero que sepas que eres un completo fracaso como guía, Athol. De hecho, empiezo a pensar que o eres un mentiroso o un zoquete de cabeza dura".

Sonrojado, el conde miró amenazadoramente a Gavin por encima del hombro. "Simplemente porque no puedo encontrar un maldito panel, tienes que atacar mi carácter".

"Sí". Gavin apartó al hombre y se colocó a su lado. Los dos se quedaron mirando el espacio abierto de lo que una vez fue el estudio de John MacInnes. "Es imposible que alguien pueda atravesar este panel y llegar hasta el hogar. Por San Andrés, encontré *este panel* yo sola el segundo día que estuve aquí. Debe de haber otro pasadizo que se abre junto a esa chimenea".

"Pues yo no conozco otra", gruñó Athol.

"Es la primera admisión de ignorancia que has hecho hoy. Puede que aún haya esperanza para ti".

"No, retiro lo dicho. Allí arriba no hay paso".

"Te equivocas. Lo hay", espetó Gavin. "Otra vez se te ve la cara de tonto. Más te valdría admitir tu derrota".

"No lo haré". Athol se volvió furioso hacia el pasadizo que acababan de abandonar. "Por Sus Huesos, juro que encontraré el maldito pasadizo".

"Hoy no", dijo el laird con cansancio, siguiendo al otro hombre a través de la oscuridad hasta una vieja escalera que crujía. "Hay algo más que puede ser mucho más valioso. Algo que podría añadir datos útiles a la información bastante inútil que has reunido hasta ahora".

"Eres un miserable, rudo y maleducado perro de villano... incluso para ser de las Tierras Bajas".

"Sí, todas esas cosas". Gavin le dio una fuerte palmada en la espalda. "Pero comprensivo. Tú mismo me lo dijiste".

Athol se volvió y le fulminó con la mirada. "¿A qué lado del infierno quieres que te lleve ahora?".

"El infierno no, canalla. La cripta".

"¿En el kirkyard?"

"No. Och, eres un imbécil. El que está debajo de este torreón".

Athol frunció el ceño, dejando a un lado de repente todo interés por su parloteo verbal. "¿Por qué demonios quieres ver ese lugar?".

Gavin cogió la lámpara de mecha que habían colgado en la pared y volvió a mirar a su guía. "¿Cuánto tiempo hace que no estás allí?".

"Por todos los diablos, *nunca* he ido allí", soltó el montañés. "Incluso de jóvenes, siempre nos asegurábamos de mantenernos alejados de esas bóvedas... y de esa parte de las cavernas".

"¿Me estás diciendo que te da miedo el lugar?"

El conde reflexionó un momento antes de responder. "De lo que no entiendes, te mantienes alejado. Incluso cuando éramos muchachos, teníamos ese sentido común. Sabíamos que en esa cámara sólo había mujeres enterradas. Sólo las mujeres iban allí, y siempre ha tenido un aire de... no sé... inoportuno es la única forma de expresarlo.

Gavin frunció el ceño. "¿Alguna vez le ha pasado algo a un hombre por entrar ahí? ¿O todo esto forma parte, de nuevo, de esa tontería de la maldición?".

Athol negó con la cabeza. "No lo sé, Gavin. Aunque siempre se contaban historias de muertes dolorosas sufridas por aquellos lo bastante temerarios como para traspasar la frontera, yo mismo nunca supe de nadie que lo intentara." Se encogió de hombros en señal de aceptación. "El hecho de que John MacInnes nunca entrara él mismo allí fue razón suficiente para que me mantuviera alejado del lugar".

"Entonces, mi buen señor conde, ¿este día ha sido un completo desperdicio?". desafió Gavin. "Ahora que no me has mostrado el camino desde mi cámara hasta el ala sur, ¿me dices que ni siquiera puedes encontrar el camino a las criptas?".

"No, mi pequeño y delicado toro. *Puedo* contigo, aunque seas un incordio", replicó Athol.

¿"De la misma manera que me llevaste al panel junto al hogar"?

El montañés lanzó una mirada amenazadora antes de darse la vuelta y empezar a bajar por el pasadizo. "Sólo tenemos que dirigirnos hacia el este... que sería por aquí. Por lo que recuerdo, cualquiera de estos túneles debería llevarnos en esa dirección".

"Este", murmuró Gavin con disgusto mientras se colocaba junto al hombre. "Bueno, al menos cuando lleguemos a Jerusalén sabré que hemos ido demasiado lejos".

Para Joanna, el latido de su corazón, que martilleaba fuerte y traicionero en su pecho, parecía

resonar por toda la cripta. Maldiciendo el sonido de su respiración, se agazapó, oculta en la oscuridad tras una de las tumbas de piedra.

Continuando con su esfuerzo diario de cavar en las zanjas del suelo, la había sobresaltado el sonido de una tos que emanaba de algún lugar de los pasadizos del túnel. Rápidamente, había cubierto su trabajo con paja y se había escondido detrás de la cripta, justo cuando se oían los pasos del intruso en la entrada de la cámara.

En un instante, la luz de otra lámpara de mecha parpadeó y cobró vida. La fuente de esta nueva luz se movió por el suelo, las sombras de los grandes pilares de piedra abriéndose paso por la pared detrás de la mujer oculta. Joanna oyó el sonido de la tapa que se retiraba del barril de aceite. Quienquiera que estuviese aquí, obviamente había recibido el encargo de preparar la cripta para la próxima reunión de las mujeres. Un sofoco de pánico la recorrió al pensar que los esfuerzos de la mujer podrían incluir alguna tarea relacionada con cada una de las tumbas. Si así era, Joanna sabía que la descubrirían.

"Ah, por fin estás aquí".

Joanna se quedó helada, reconociendo enseguida la voz de Mater. Cuando, desde la entrada de la cámara acorazada, llegó como respuesta el sonido de un gemido grave, Joanna volvió a agacharse lentamente y escuchó.

"Hay que traer más juncos y maleza de fuera de esa puerta. ¿Y por qué no has traído más aceite? ¿Por qué estáis ahí de pie?"

Hubo una pausa y el silencio llenó la cripta. Un silencio tan profundo que le heló el alma.

"¿Qué ocurre, Margaret?" La voz de la mujer mayor subió de tono, pues una repentina preocupación eclipsó su tono original de fría superioridad. "¿Estás llorando?"

Joanna deseó tener valor para moverse y asomarse a verlas. Pero en lugar de eso, apretando la cabeza contra las frías piedras, intentó concentrarse en cualquier sonido que pudiera emitir la mujer muda. Oyó los pies de Mater moverse por el suelo hacia la entrada.

"¿Por qué actúas así? ¿Por qué te alejas de mí?" La voz de Mater era de repente aguda, reprobatoria. "Sólo quiero ver si estás herido".

Sabiendo que las dos mujeres estaban lo bastante lejos, Joanna se armó de valor y se arrimó a un lado de la tumba de piedra hasta que pudo asomarse por la esquina de la cripta. Margaret estaba de pie junto a la entrada, con la espalda apoyada en la pared y el rostro pálido manchado de lágrimas y suciedad. Cuando Joanna vio que Mater intentaba acercarse de nuevo a ella, las manos de la llorosa mujer salieron disparadas e hicieron un movimiento en el aire, ahuyentando a la mujer mayor.

"¿Qué ocurre, Margaret?" suplicó Mater con suavidad, empujando las manos de la muda antes de conseguir envolver en su abrazo los temblorosos hombros de Margaret. "¿Qué te ha ocurrido, dulce mía?"

Joanna observó atónita cómo Mater estrechaba a la otra entre sus brazos. Las dos mujeres estaban juntas -una de mediana edad, la otra mayor- y Margaret parecía derretirse en el abrazo de la abadesa. La sirvienta seguía temblando y empezaba a sollozar audiblemente, un sonido estrangulado y antinatural. Sin embargo, mientras Joanna la observaba, Margaret cedió visiblemente al consuelo de las palabras tranquilizadoras y las suaves manos de Mater.

Por un momento, el recuerdo de otra Mater cobró vida: la Mater a la que Joanna había respetado y en la que había confiado hacía tanto tiempo. La Mater sabia y siempre protectora.

Pero tras la visión y el recuerdo, Joanna no podía borrar el pensamiento de que se trataba de la misma Mater cuya vida misma servía para encender las llamas de la muerte.

"¿Alguien te ha hecho daño, amor mío?"

Sorprendida, Joanna observó cómo la mujer que lloraba sacudía la cabeza en respuesta. ¿Cuántos en el castillo pensaban que Margaret era sorda además de muda? Viendo lo que ocurría entre las dos mujeres, Joanna no tenía ninguna duda de que Margaret podía oír y comprender perfectamente.

"Me desgarrar el corazón verte sufrir". Mater pasó sus dedos nudosos por el rostro manchado de lágrimas de la otra. "Mi querida hermana".

Joanna contuvo la respiración, tratando de comprender la forma en que la abadesa se dirigía a la mujer muda.

"¿Qué te he hecho? dijo Mater en voz baja mientras seguía apartando con palmaditas las lágrimas rodantes de la otra mujer. "¿Por qué he podido alejarme de mi sufrimiento y, sin embargo, tú -con tantos años transcurridos- aún debes soportar la agonía de una lengua inútil y un alma atormentada?".

Margaret sacudió la cabeza en señal de protesta mientras agarraba con fuerza una de las manos de Mater entre las suyas y se la llevaba a los labios. Tras depositar besos en la espalda de la piel arrugada, apoyó su mejilla húmeda contra ella, como una niña que se reconforta con la fuerza de un adulto.

Joanna regresó a su escondite tras la tumba. Sentada allí, se pasó los dedos por el pelo y se apretó las sienes con las palmas de las manos, intentando sofocar el repentino martilleo que sentía en la cabeza. ¿Cómo era posible que ahora, después de tanto tiempo, de repente sintiera tanta confusión? ¿Por qué, tan tarde en sus planes, la inundaban las dudas? *Maldito* Gavin por hacerla dudar de lo que había visto con sus propios ojos.

Apoyando la cabeza contra la fría piedra, Joanna trató de forzarse a volver, con los ojos de la mente, a los restos carbonizados del ala sur, al olor a carne quemada y a la nube de muerte suspendida en el aire. Estaba allí. Podía verlo. Sentirlo. La tristeza y la ira se apoderaron de su corazón. Abrió los ojos y las lágrimas empezaron a correr por su rostro. No, pensó con firmeza. No dudaría. No podía olvidar.

Detrás de ella, las dos mujeres empezaron a moverse por la cámara, y Joanna siguió escuchando todo lo que decía Mater. En poco tiempo terminaron sus preparativos, y nada más fue revelado a la joven.

Luego, al salir, Joanna oyó que Mater se dirigía a Margaret por última vez.

"Espera, hermana. Quiero que vuelvas al torreón y vayas a buscar a Allan. Te esperaré en los pasadizos sobre la Puerta del Infierno".

A Joanna le pareció que la respuesta interrogativa de Margaret llevaba una nota de protesta ahogada.

"Vete, Margaret", ordenó Mater. "Creo que ya es hora de que vuelva a recordarle su responsabilidad de cuidar de nuestra preciosa hermana pequeña".

Al oír otra protesta apenas audible, Joanna volvió a asomarse por el lateral de la cripta, sólo para ver cómo Margaret agitaba las manos hacia la mujer mayor.

"Harás lo que te digan, Margaret", reprendió Mater. "Sólo quedamos nosotros tres. Y aunque estamos avanzando en edad, tanto Allan como yo somos bastante capaces de atender nuestras necesidades. Pero tú..." Su voz se quebró por la intensidad de sus sentimientos. "No volveré a la abadía, no hasta que nuestro hermano me dé su palabra de que lo hará mejor. Si no te cuida con más esmero, tendrá que responder ante mí".

Mater es su *hermana*, pensó Joanna asombrada mientras se deslizaba silenciosamente hacia las sombras.

El húmedo olor de la tumba era todo lo que podía respirar, y le resultaba notablemente desagradable.

De ninguna manera, juró Gavin, la dejaría volver a esos túneles. Y pensar que había sido tan tonto como para aceptar su razonamiento sin haber presenciado por sí mismo los peligros que acechaban a cada paso. Ciertamente que había sobrevivido seis meses sin él, pero durante ese tiempo había podido refugiarse en aquella habitación de la torre del ala sur. Ella misma se lo había dicho la noche anterior. Pero él, demasiado ebrio por el calor de su pasión, por la excitación que sentía al tenerla en sus brazos y a su lado, se había limitado a aceptar sus deseos.

Pues bien, de pie ahora junto al borde de la profunda sima que Athol llamaba Puerta del Infierno, Gavin estaba más seguro que nunca de que había sido un tonto descuidado al dejar que se saliera con la suya.

La hendidura, aparentemente sin fondo, se extendía a lo largo de la caverna, desapareciendo bajo una escarpada pared rocosa en un extremo y continuando en la oscuridad más allá de su saliente en el otro. En anchura, era demasiado ancha para que un solo hombre pudiera saltar, y el saliente que la cruzaba era más alto que la altura de dos hombres, por lo menos.

Gavin miró dubitativo el antiguo puente de cuerda y, alargando la mano, tiró de una de las cuerdas que se extendían por el abismo. Detrás de ellos, los extremos de las cuerdas desaparecían en un túnel labrado a mano. Siguiéndolas, encontró los anillos de hierro que sobresalían de la pared rocosa y sostenían este extremo del puente. Con el ceño fruncido, regresó a la cornisa. Levantando la linterna, echó un vistazo a las losas de piedra que habían colocado en el borde del saliente opuesto. Las cuerdas desaparecían más allá, y Gavin supuso que allí existían los mismos medios para anclar el puente.

Al mirar a Athol, descubrió que el montañés también estudiaba el puente. Mientras le observaba, el noble pelirrojo pateó una roca suelta hacia el abismo, y ambos escucharon cómo golpeaba los lados de la sima al caer. Nunca llegó a tocar fondo.

"La Puerta del Infierno", murmuró Gavin, sacudiendo la cabeza.

"Sí, yo diría que su nombre es muy apropiado".

"¿Es ésta la única forma de cruzar, entonces?"

Athol negó con la cabeza, con una sonrisa maliciosa dibujándose en su rostro. "No. Hay otros caminos, creo... para los débiles de corazón". Apartando la mirada del gigante ceñudo, el montañés continuó. "Yo mismo nunca tomé ninguno de ellos, por supuesto. Creo que hay un puente natural que cruza esta bestia, en una zona de las cavernas que aún no hemos visto. Está junto a un lago subterráneo. Está un poco alejado de nuestro camino, pero si te da un poco de reparo el puente..."

"Ya he pasado aquí abajo más tiempo del que había planeado. Este puente de cuerda parece lo bastante resistente como para soportar nuestro peso. Pero procura no caerte. No quiero tener que explicárselo a tus hombres".

El montañés se encogió de hombros con buen humor mientras indicaba a Gavin que le guiara. "Recuerda, sin embargo, que a partir de aquí mis conocimientos sobre estas cuevas llegan a su fin".

"No es que tus conocimientos fueran fiables para empezar", refunfuñó el de las Tierras Bajas mientras levantaba la lámpara y estudiaba el camino.

Athol resopló. "Eres un ingrato canalla, Gavin Kerr".

"Y tú", dijo Gavin, pisando los listones de madera y rebotando ligeramente para probar la

resistencia de los puentes contra su peso. "Eres una infeliz excusa de guía, John Stewart".

"Esta pasarela -dijo el conde, apoyando una mano en el brazo del laird- se construyó antes de la época de tu abuelo, quienquiera que fuese. Pero incluso entonces estaba pensada para que los babuinos de tu tamaño pudieran caminar tranquilamente, no a saltos". Empujando a Gavin a un lado, pasó a su lado y tomó la delantera. "Di lo que quieras, está claro que tengo más sentido común que tú y toda tu parentela junta... y sigo siendo el mejor hombre para guiarte por estos túneles".

John Stewart empezó a cruzar el puente, y Gavin le siguió. Pero cuando estaban casi a mitad de camino, el laird se detuvo para mirar más allá del Highlander. Justo por encima del saliente, algo le llamó la atención. Un movimiento.

Gavin elevó más su lámpara de mecha cuando la cuerda de un lado del puente cedió con un chasquido.

Capítulo Veintiuno

EL PUENTE CAYÓ bajo sus pies, quedó atrapado momentáneamente, y luego volvió a caer cuando el peso de los dos guerreros chocó contra las restantes cuerdas de soporte.

La lámpara de Gavin había desaparecido y, cuando Athol cayó junto a él, alargó una mano y agarró al hombre por la parte posterior del cinturón. Con la otra mano, Gavin se aferró a la cuerda y se sostuvo mientras se balanceaban hacia la negrura de la Puerta del Infierno.

En menos de un instante, los dos hombres se estrellaron contra el lateral de la sima, y Gavin sintió que un dolor agudo le atravesaba el hombro mientras luchaba por mantenerse sujeto. Estaban colgados en la oscuridad total, y se preguntó de repente si las cuerdas de este lado habían resistido.

Maldiciendo, palpó las tablillas del puente con los pies mientras un gemido provenía del cuerpo doblado que colgaba sin fuerzas bajo él. Fue el único sonido que rompió el terrible silencio.

Gavin tardó un buen rato en recuperar el aliento, y Athol se estaba volviendo insoportablemente pesado. Era el mismo maldito hombro que se había lastimado cuando la roca le había caído encima en el desfiladero. Intentó ignorar el dolor. El guerrero miró hacia arriba, pero sin las dos lámparas, la negrura era tan absoluta como la muerte.

El montañés gimió de dolor y torció el cuerpo, haciendo que el pie de Gavin se cayera de su sitio. Los dos hombres se sacudieron hacia abajo y Gavin sintió como si el brazo se le fuera a desgarrar. Maldita sea, pensó, haciendo una mueca y esforzándose por recuperar el equilibrio. Un movimiento más como ése y ambos estarían camino del diablo.

El Highlander respiró agitadamente varias veces, y entonces Gavin sintió que el hombre utilizaba las manos para agarrarse a la cuerda y a los peldaños de madera. Poco a poco, la presión sobre la mano del cinturón fue disminuyendo hasta que el conde tuvo una sujeción segura sobre el puente.

"¿Eres lo bastante fuerte para sostenerte?"

"Sí", fue la ronca respuesta de Athol desde la oscuridad. "¿Qué demonios ha pasado?"

Gavin volvió a mirar hacia arriba, a la oscuridad que había sobre ellos. "Alguien cortó la cuerda en el extremo más alejado. Eso bastó para que todo cediera".

"¿Los has visto?"

"Vi un movimiento en las sombras, justo antes de que la maldita cosa se rompiera". Gavin aflojó lentamente su agarre mortal al cinturón de Athol. "¿Puedes trepar sin ayuda?"

Gavin sintió que el conde se elevaba un poco. "Sí, puedo hacerlo".

"¿Estás malherido?"

"Un poco aturdido. Me golpeé la cabeza contra las rocas".

"Bueno, ése es tu punto menos vulnerable".

"Te agradezco tu preocupación -gruñó Athol-.

"En absoluto. Si puedes subir, será mejor que nos pongamos en marcha".

No hacía falta que Gavin dijera las palabras. Alguien había intentado asesinarlos en este puente. Y lo más probable era que ese alguien ya se hubiera dado cuenta de que no estaban muertos, sino colgados de un extremo del puente.

"Voy a soltarte el cinturón".

"Entonces será mejor que lo hagas", gruñó irritado Athol. "De hecho, me gustaría que subieras delante de mí. Ahora ocupas casi todo el espacio".

Gavin sonrió sombríamente y comenzó la dura escalada en la oscuridad, tanteando con los pies a medida que avanzaba. "Dijiste que había otros caminos para rodear esta sima".

"Los hay". El tono entrecortado del Highlander sonaba cada vez más fuerte y claro. "Puede que no tengamos mucho tiempo antes de que dé la vuelta".

"Date prisa, amigo mío", ordenó Gavin. "Antes de que ese diablo despreciable ponga una cuchilla en las cuerdas de este lado".

Al oír el grito resonando por los túneles, Joanna saltó de su escondite tras la tumba de piedra.

Gavin. Estaba segura de ello.

Cogiendo una antorcha del candelabro situado junto a la entrada de la cripta, Joanna se apresuró a golpear un pedernal y levantó la antorcha encendida por encima de su cabeza. La Puerta del Infierno, pensó, corriendo por el túnel hacia la sima. Su grito había procedido sin duda de aquella dirección.

Después de que Margaret y Mater se hubieran ido, había seguido sentada, entumecida por lo que había oído. Pero el sonido de la voz de Gavin la había sacudido bruscamente de su ensueño.

Pero ahora, mientras corría, Joanna sintió que una mano fría le apretaba el corazón, y se preguntó hasta dónde se había alejado Mater de la tumba.

Tal vez fuera la repentina corriente de aire, o una diferencia en la forma en que el sonido resonaba en él. Fuera lo que fuese, Gavin sintió que se acercaba a la cornisa.

El corte del puente de cuerda y su posterior caída habían eliminado cualquier rastro de sospecha que quedara en la mente de Gavin respecto a Athol. Fueran cuales fuesen los deseos que el montañés albergaba hacia las tierras del castillo de Ironcross, Gavin ya no creía que John Stewart estuviese detrás de ninguna de las violencias dirigidas contra sus lairds. El ataque a Gavin no había sido accidental, y de no haber cogido al conde por el cinturón, Athol se habría precipitado sin duda a la muerte.

De repente, Athol se agarró a su bota, haciendo que Gavin se detuviera. Mirando hacia la oscuridad que había bajo él, estaba a punto de hablar cuando oyó los pasos que corrían.

Escuchando atentamente, se dio cuenta enseguida de que el sonido de los pasos procedía de este lado de la sima.

Tontamente esperanzado, pensó por un instante que aquello podría ser una ayuda. Pero esa idea pronto se hizo añicos cuando sintió que alguien intentaba tirar de la cuerda y soltarlos.

Lanzando un grito feroz, el de las Tierras Bajas aceleró su ascenso por la cuerda mientras el sonido de la hoja de un cuchillo cortando las fibras de la cuerda convertía su sangre en fuego.

Se acercaba al pozo negro y sin fondo que llamaban Puerta del Infierno cuando volvió a oírle. Una oleada de alegría la impulsó hacia delante. Los túneles que salían de este pasadizo eran oscuros y amenazadores, pero ella los superó a toda velocidad sin apenas pensar en quién podrían esconder.

Tras una curva cerrada, el túnel se ensanchó de repente, y Joanna se asomó al saliente que se extendía unos metros en ambas direcciones junto a la sima. Con una fuerte bocanada de aire, se detuvo bruscamente.

La pasarela había desaparecido. Con la linterna en alto, Joanna miró hacia abajo, a través de la divisoria. Al otro lado, sólo se veía una de las cuerdas de la antigua pasarela que desaparecía en la oscuridad. Mientras intentaba comprender lo que había ocurrido, una sombra se movió en el túnel del otro lado y Joanna se congeló momentáneamente. La sombra volvió a moverse.

"¿Estás ahí?", gritó asustada.

El sonido de la voz de Gavin llamando desde la oscuridad de la sima situada bajo el saliente opuesto hizo que la sombra retrocediera, esta vez a toda prisa, por los túneles que había más allá. Levantando la lámpara en el aire, Joanna se quedó mirando un instante. Podría correr y, tomando uno de los túneles más largos y tortuosos, llegar al otro lado a tiempo para perseguir al cobarde que huía. Pero la idea de Gavin en algún lugar más abajo obligó a Joanna a centrar de nuevo su atención en el pozo sin fondo.

Joanna se arrodilló al borde del abismo y bajó la antorcha, esforzándose por distinguir su forma en la negrura. ¡Allí! Podía verle subir por lo que quedaba de la pasarela que colgaba de la cornisa al otro lado de la divisoria.

Pero antes de que pudiera decir nada, la voz de otro hombre rompió su momentáneo alivio.

"Joanna", gritó el hombre, y ella no pudo evitar encogerse ante la incredulidad y el deleite en la voz de Athol.

La anciana salió sin aliento de la oscuridad del túnel, sólo para retroceder bruscamente al ver a Joanna arrodillada en el saliente al otro lado de la divisoria.

Así que, pensó Mater con satisfacción, por fin la muchacha ha terminado con su insensato juego de esconderse.

Retrocedió al oír a los hombres subir desde las profundidades de la sima. Luego, asintiendo para sí misma, la abadesa se volvió y se deslizó silenciosamente a través de las cuevas.

Capítulo Veintidós

GAVIN NO APARTÓ la mirada de la expresión atónita de Joanna mientras extendía la mano hacia abajo para subir a la Highlander herida a la cornisa.

Ni él ni Joanna habían susurrado palabra alguna desde que Athol la había llamado al verla en la cornisa opuesta.

Cuando el montañés se enderezó inestablemente y miró a Joanna, Gavin vio una expresión de miedo en su postura. Se dio media vuelta. No había duda sobre su próximo movimiento, pensó el laird. Estaba dispuesta a huir.

"No te vayas", ordenó Gavin.

Ella le miró confundida.

"¿Eres Joanna MacInnes?", llamó, intentando parecer sorprendido a la luz de todo lo que Athol ya había dicho.

"Sí, eso es", afirmó el otro hombre.

Mirándole, Gavin vio, a la luz de la antorcha de Joanna, el sangriento corte en la frente de Athol. En ese momento, las rodillas del montañés se doblaron y retrocedió un paso. La mano de Gavin salió disparada y lo agarró por el hombro, apartándolo del borde del abismo.

"No te he sacado de ahí para que vuelvas a entrar dando tumbos. Siéntate".

"Pero, ¿y Joanna?", protestó.

"Siéntate aquí e intenta que el canalla que cortó las cuerdas no haga lo mismo con tu garganta", ordenó Gavin. "Si me indica el camino a seguir, la escoltaré de vuelta".

Athol sacudió la cabeza en señal de desacuerdo, sólo para que se le nublaran los ojos por el movimiento. "No, yo... conozco el camino. Podríamos ir los dos".

La voz de Joanna resonó imperiosamente en las paredes de la caverna. "John, te quedarás donde estás".

Su orden tenía más peso. Athol apoyó su peso en un pie mientras miraba aturdido a través del abismo.

"Quédate, John", le ordenó de nuevo. "Yo daré la vuelta. Y tú coge la segunda bifurcación a la derecha y sigue por ahí. Me reuniré contigo".

Athol dedicó una débil sonrisa a la figura que empuñaba la antorcha al otro lado de la línea divisoria. "Menuda muchacha".

"Sí", gruñó Gavin, ayudando al Highlander a volver a la pared rocosa de una caverna. "Eso parece".

Cuando Gavin retrocedió, el conde sacó el puñal del cinto y se sentó con cautela. El nuevo terrateniente le miró dubitativo.

"No necesito que ningún Lowlander me haga de nodriza". Athol agitó la hoja de su daga

hacia el túnel. "Sigue adelante. Intentaré no preocuparme demasiado por ti mientras te pierdes".

Con una sonrisa irónica, Gavin se volvió y observó cómo Joanna desaparecía más allá del saliente, al otro lado de la sima.

Margarita se rodeó el medio con las manos y observó cómo el sacerdote recogía apresuradamente sus pertenencias. Incapaz de contener las lágrimas que corrían libremente por su rostro, se las arrancaba de vez en cuando con mano temblorosa. Su cartera de cuero estaba abierta sobre la cama, y ella, vacilante, se agachó y cogió su capucha. Llevándose la prenda de lana a la cara, la olió y se pasó el suave material por las mejillas húmedas. Pero entonces, levantando la vista hacia ella, William se lo arrebató bruscamente de las manos y lo devolvió a la bolsa.

Se detuvo y contempló durante un largo instante la ornamentada cruz de plata que colgaba de la pared. Luego, volcando la bolsa sobre la cama, el sacerdote hurgó en su escaso contenido, como si buscara algo. Con un juramento frustrado, el hombrecillo volvió a meter los objetos en la bolsa de cuero y luego la arrojó al suelo con inesperada violencia. Se pasó las manos por el cabello ralo y se quedó de pie, con aspecto perdido y distraído, junto a la cama.

"Volveré a por ti, Iris -murmuró, sus ojos se desviaron hacia Margaret y luego alrededor de la habitación. Recorrió toda la habitación, se detuvo y volvió a mirar la cruz. "Tienes mi palabra de que volveré a por ti. No os abandonaré ni a ti ni al niño".

Su mirada era salvaje, y ella se preguntó si realmente se había vuelto loco. Sus ojos casi brillaban, como los de un borracho... o poseído por un espíritu demoníaco.

No importa, pensó Margarita. No importaba en absoluto.

Ella le quería. Que siguiera llamándola por el nombre de otra mujer, que huyera por un mal que había cometido, todo eso no significaba nada. Pero tenía que llevársela con él, pensó Margaret, con un sofoco de pánico recorriéndola. Tenía que ir con él.

Decidida a actuar, Margaret sacó rápidamente la tela escocesa de la cama, anudó dos de las esquinas y se la puso por encima de la cabeza. Luego, recogiendo los objetos que se habían derramado de la mochila, se la echó también al hombro.

Él la necesitaba, se aseguró Margaret, ignorando la desesperación que persistía como el sabor del hierro en su boca. La necesitaba más de lo que jamás podría admitirse a sí mismo.

Se acercó lentamente a él, le tendió la mano y la tomó entre las suyas. Ahora sus ojos estaban realmente desorbitados, se dirigían a su cara y se apartaban. Nunca le haría daño, se dijo a sí misma.

Se quedó allí, preparada, y luchó contra las lágrimas. Algo dentro de ella buscaba desesperadamente liberarse. Como si su alma intentara hablarle, gritarle las palabras de su corazón. *Voy contigo. No temas nada. Permaneceré a tu lado, te cuidaré y te amaré, sin importar lo que los demás piensen, digan o hagan.*

Dime que me necesitas. Por favor, William, dime que me deseas.

"Bueno, Iris, ya veo que vienes". Su voz era apenas un susurro, su tono ronco y apagado, como el de un hombre cansado por la falta de sueño. "Esta vez vendrás conmigo".

Margaret asintió mientras permitía que el alivio y la gratitud sepultaran todo sentido de la razón en su interior. Ocultando sus lágrimas de alegría, se llevó la mano de él a la cara y apretó contra ella sus labios temblorosos.

Tú lo entiendes, lloró. Tú me quieres.

Joanna dejó caer la antorcha sobre la tierra compactada y corrió a sus brazos, acurrucando la mejilla contra el suave tejido de su tartán. Estaba a salvo. Había estado tan cerca de desaparecer en las profundidades del abismo. Podrían haberlo matado, alejado de ella para siempre. Se estremeció violentamente entre sus brazos, aferrándose a él con fuerza.

La mejilla de Gavin se apretó contra su pelo. "Joanna, que Athol sepa, no nos conocemos". Habló apresuradamente, sin aflojar los brazos. "No permitiré que arruines tu reputación con..."

"Al diablo con mi reputación. Cuando pienso en lo que casi ocurrió". Ella le miró a los ojos oscuros, que brillaban a la luz de la antorcha. Su rostro descendió y devoró hambriento la boca que ella esperaba. Sin embargo, en un momento demasiado breve, rompió el beso.

"Joanna", gruñó, apretando los labios contra su oído. "Saldrás a la luz, pero nada ha cambiado entre nosotros, amor mío. Seguimos..."

"¿Qué has dicho?", preguntó ella, apartándose y mirándole a los intensos ojos.

"Todavía nos pertenecemos, Juana. Serás mi esposa".

Mi amor. Palabras tan sencillas. Y, sin embargo, ella sabía que él no iba a repetirlas. Pero eso estaba bien, decidió entonces. Sin duda era lo mejor. ¿Qué tiempo tenían para esos pensamientos, para esos términos cariñosos? ¿Qué tiempo tenían para el amor?

"Podemos dar la vuelta y llevar a Athol de vuelta al torreón".

"Pero no puedo", protestó ella. "Si voy contigo, todo será..."

"Joanna, Athol te ha visto", insistió Gavin. "Si crees que hay alguna forma de que pueda convencerle de que no eras más que un delirio causado por un pequeño chichón en su cabezota...". El Lowlander negó con la cabeza. "No, muchacha. Jamás creería tal cosa. Y eso, por supuesto, suponiendo que yo hiciera tal cosa".

En cuanto ella respiró para discutir, Gavin la atrajo con fuerza contra su pecho. "Es hora de que abandones estas cavernas y te unas a los vivos. El peligro que acecha en este lugar no se dirige sólo contra mí. Quienquiera que fuera el que intentaba cortar la última cuerda, te ha visto, Joanna. Vendrán a por ti".

Joanna se estremeció, acomodándose voluntariamente contra su pecho.

"No te dejaré aquí abajo por más tiempo, dulzura mía. Puedes discutir todo lo que quieras, pero vendrás conmigo".

Gavin estaba en lo cierto al suponer que el asesino que se ocultaba en las sombras al otro lado del camino era consciente de su presencia bajo el torreón. La mente de Joanna recordó a Mater y Margaret en la cripta. Margaret había salido primero de la cámara acorazada, pero aun así, Mater habría tenido tiempo de sobra para llegar al puente y cortar las líneas. Pero Joanna se preguntó cómo habría podido conocer el paradero de los dos hombres. Quizá simplemente había aprovechado la oportunidad que le ofrecía la Puerta del Infierno.

De nuevo, las preocupaciones de Gavin trabajaron para perturbar sus pensamientos. Si, como se inclinaba a creer, Mater había cortado las cuerdas, entonces sabía de la presencia de Joanna en las cavernas. Si era así, no descansaría hasta terminar lo que se había propuesto hacer cuando encendieron las hogueras del ala sur meses atrás.

La mente de Joanna se agitó. De ser así, ¿cómo podría seguir adelante con sus planes de vengar la muerte de sus padres? No, Gavin tenía razón. Lo mejor sería regresar con él y replantearse lo que debía hacerse desde la relativa seguridad del torreón.

Pero también había problemas con eso.

"¿Cómo explicaría dónde he estado?"

"No tienes ninguna necesidad. No le debes explicaciones a nadie", respondió. "De hecho, deja que yo me ocupe de los detalles".

"¿Pero qué vas a decir?"

"Sólo lo que hay que decir, muchacha", dijo con confianza. "Mencionaré que nos encontraste a los dos colgados de una cuerda en la sima y conseguiste salvarnos la vida. Pero en cuanto a tu paradero antes de ese momento, por lo que hemos podido averiguar, no recuerdas nada después del incendio".

Intentó encontrar un fallo en lo que acababa de decir, pero no pudo. Preocupada de repente por otro pensamiento, lo miró a los ojos inquisitivamente. "No intentarás protegerme enviándome de nuevo a la corte con mi abuela, ¿verdad? Diga lo que diga, exija o pida, me quedaré en el castillo de Ironcross contigo".

Una pequeña sonrisa se dibujó en la comisura de su hermosa boca mientras asentía con la cabeza. "Pero sólo con la condición de que prometas casarte conmigo en cuanto arregle el asunto de tus esponsales con Gordon".

Hizo una pausa, esforzándose por ignorar el repentino dolor que sintió en el pecho al pensar que tal vez no sobreviviría a la siguiente luna llena, que impartir justicia a las mujeres de la abadía pondría fin rápidamente a la posibilidad de tener una vida, un matrimonio, hijos propios. Joanna respiró hondo.

Pero entonces no había motivo para que Gavin conociera sus pensamientos. Si las cosas fueran diferentes, si su vida fuera suya, si pudiera ser una mujer con sueños y planes como cualquier otra de su edad, entonces casarse con Gavin Kerr sería algo grandioso y emocionante. Quizá todo lo que pudiera desear.

"Sí", dijo ella alegremente, ocultando la tristeza que le arrancaba la vida. "Me casaré contigo".

Capítulo Veintitrés

EL ROSTRO del conde de Athol, repentinamente ceniciento, lo decía todo.

Gavin observó con recelo cómo el Highlander se llevaba una mano temblorosa a la cabeza vendada. Al ver que los ojos inyectados en sangre del hombre le miraban con una expresión de desprecio mezclada con incredulidad, Gavin se cuestionó su propia decisión de dar la noticia a su herido invitado tan pronto.

Sabía lo enamorado que estaba John Stewart de Joanna. Ayer, comportándose como un colegial de abadía, Athol no le había quitado los ojos de encima, ni siquiera desde el momento en que empezaron a subir hacia la torre del homenaje. Gavin estaba dispuesto a ignorarlo entonces, pero algo que no podía identificar del todo -algo que no deseaba identificar- había hecho que Gavin estuviera ansioso por poner fin de inmediato a las atenciones del montañés hacia *su* futura esposa.

"Bromeas", gruñó Athol, encontrando por fin la voz. "Eso de casarte con Joanna no es más que tu miserable sentido del humor. Dime que sólo es eso".

"No", intervino Gavin con determinación, manteniéndose firme. "Pienso casarme con Joanna MacInnes. Es lo correcto, considerándolo todo".

Agarrándose al respaldo de la silla de la que había salido volando un momento antes, los ojos de John Stewart relampaguearon de ira. "¿Tú? Imposible. Ya es bastante malo que esté prometida a ese canalla de James Gordon".

"¡Eso no importa! Se prometió a él, pero de eso hace casi un año. Todo el mundo en Escocia cree que está muerta".

"Pero eso no cambia nada". Athol frunció el ceño y golpeó la silla con la mano. "Och, tienes el cerebro de un tití. Sigue siendo suya, tonto".

"Ella desea romper el acuerdo", corrigió Gavin con obstinación. "Ya he hablado con ella, Athol. Ha consentido en convertirse en mi esposa. Así que esta mañana he enviado a mi hombre Edmund a casa de Gordon, cerca de Huntly, con una carta".

"Espera", espetó Athol. "No es posible que pienses que lo dice en serio. Por todos los diablos, esa mujer lleva seis meses bajo tierra. Es más que probable que aún no se haya espabilado".

"No hay nada malo en su mente. Tú, en cambio...".

"¿Qué prisa tienes?" espetó Athol con rabia, evidentemente frustrado. "No necesitas su oro. En lo que respecta a este castillo, sé que su posesión no es nada comparado con todo lo que tienes en las Fronteras. Ni siquiera sé por qué has venido aquí en primer lugar".

"En Stirling me dijeron que el tiempo aquí no tenía parangón en ninguna parte de Escocia".

"Sí, puede que sea cierto".

Gavin miró a Athol, preguntándose por un momento si se había tomado la broma en serio.

"Pero escucha -continuó John Stewart-, aunque sólo quisieras las tierras, pensando en convertirte en otro de la estirpe de lairds poco vistos de Ironcross, no tienes necesidad de casarte con ella. Angus ya te las ha cedido todas, y no es que la explotación vaya a rendirte mucho si no estás aquí para ocuparte de ella. Mira hombre, a la hora de la verdad, el hecho de que Joanna esté viva no supondrá ninguna diferencia si quieres conservar las tierras".

"Lo que dices es cierto. No es por el título ni por la fortuna por lo que he pedido su mano. Pero lo único que puedo decirte es que -y Joanna y yo estamos de acuerdo- es lo correcto".

Athol se quedó con la boca abierta, incrédulo. "¿Eso es todo?", balbuceó finalmente. "¿Es así?"

Gavin levantó una mano. "Joanna desea permanecer en el castillo de Ironcross y velar por que se haga justicia con el responsable -o los responsables- de la muerte de sus padres".

"Así que la obligas a casarse contigo a cambio de su deseo de quedarse. Esto es una locura por su parte, y tú eres el más bajo, el más bajo nacido, el más ruin, el hijo de..."

"Para, perro, antes de que vayas demasiado lejos. Te digo que no estoy forzando nada". Esta vez era Gavin quien gritaba, sorprendido de que la injusticia de la acusación de John Stewart le hubiera escocido tanto. "El deseo de saber más sobre Joanna y el destino de sus padres fue la principal razón que me impulsó a venir aquí en primer lugar. Desde el principio -antes de conocernos- hubo algo que me atrajo hacia ella".

"¡Bah!" se burló Athol, reforzando su expresión vocal de incredulidad con un gesto desdeñoso de las manos. "Ahora esperas que crea que tú -un babuino con una falda robada- has venido como un amante salido de un romance francés a salvar a la dama en apuros".

"Espero que un perro de corazón negro como tú no crea más que en la cuerda que finalmente te cuelgue". Los dos hombres se miraron durante un instante antes de que Gavin continuara. "No sé por qué te estoy contando esto, pero sentí... bueno, curiosidad por ella desde el momento en que hablé por primera vez con Lady MacInnes. Y desde que llegué al castillo de Ironcross, todo lo relacionado con ella me ha obsesionado, día y noche". Gavin miró directamente a los ojos del otro hombre. "¿Tan difícil te resulta comprender que... que le tengo cariño, y que a ella le gusta lo que ve en mí? ¿Es tan...?"

"¿Difícil?" estalló Athol. "¡Por el demonio, es imposible! Aparte de mirarte -lo que bastaría para espantar a un rebaño de ovejas-, no ha tenido tiempo de saber nada de ti. Antes de ayer, ni siquiera te había conocido". El montañés miró al hacendado con suspicacia. "¿Qué has estado haciendo mientras he estado confinado en esta cámara?"

Gavin deseaba haber podido pasar tiempo con ella. Pero con todo lo que había que hacer, Joanna y él se habían visto muy poco.

"Creo que me has drogado intencionadamente con las pociones que te ha estado mandando esa bruja cocinera". El montañés hizo un gesto con la mano en dirección a los frascos y jarras que había sobre una mesa junto a la cama. "Lo hiciste para poder salirte con la tuya".

"Sólo estás enfadado porque me prefiere a mí antes que a ti", interrumpió Gavin bruscamente. "¿Por qué no aceptas el hecho de que Joanna se ha decidido una vez más -y esta vez por fin- por otro? No quiere casarse contigo".

Con el ceño fruncido, Athol se hundió en la silla y miró a Gavin a la cara. "¿Eso es lo que te ha dicho?"

Gavin bajó la voz y miró fijamente al hombre. "Deberías hablar con ella tú mismo si deseas comprender sus sentimientos. Todo lo que puedo decirte es que se refiere a ti como a un amigo valioso, al que no le importaría perder. Le quedan muy pocas personas en este mundo, así que no te precipites al pensar en ella".

El conde de Athol lo miró fijamente y, cuando Gavin le devolvió la mirada, pudo ver las emociones que parpadeaban en el rostro del hombre.

"Sí", dijo finalmente Athol. "Hablaré con Joanna y cuestionaré sus motivos. Pero mientras tanto necesito saber algo más sobre ti. Algo que me asegure que mereces su mano".

"Eres un hombre arrogante y extralimitado, sin duda".

"Sí", asintió Athol, con una sonrisa en la comisura de los labios. "Y todo lo que sé de ti es que eres un oso rudo y belicoso de las Tierras Bajas, con manos rápidas y un agarre seguro. Pero ¿qué tiene eso que ver con que seas un marido adecuado para la muchacha o incluso un buen laird?"

Sintiendo cómo la tensión se deslizaba suavemente del espacio que los separaba, Gavin arrastró una silla de la pared y tomó asiento también. "Ah, así que ésta fue la causa de tu discusión con John MacInnes la noche en que murió. ¿Cuestionabas la valía de James Gordon para tener la mano de Joanna?"

"Sí". Athol asintió, con el rostro cada vez más sombrío y en sus ojos el cansancio de quien recuerda una batalla librada -y perdida- mucho tiempo atrás. "La conozco desde que era una cosita, no más grande que mis dos manos. Siempre pensé que merecía nada menos que el mejor hombre que Escocia pudiera ofrecerle".

"Eres más tonto de lo que pensaba, John Stewart, al pensar que tu condición de amigo te da derecho a cuestionar la elección de su padre".

Sentándose erguido en su silla, los ojos de Athol relampaguearon repentinamente de indignación. "Sí, pero aquí estaba, entregando a su preciosa hija a Gordon, que se lo lleve el diablo. Un mujeriego y un canalla además. ¿Y para qué? Con el único propósito de mantenerla a unas pocas millas más del Castillo de Ironcross. ¿Qué clase de pensamiento es ése? Tomar una decisión basada en el miedo a los demonios y a viejas maldiciones".

"Teniendo en cuenta cuántos parientes perdió John MacInnes en este torreón, ¿cómo puedes culpar al hombre?"

La piel del rostro tenso de Athol se ruborizó con un tono rojizo. "Aquella noche le llamé tonto y le dije lo equivocado que estaba. Horas después, perdió la vida y demostró que yo era el tonto. No quería que Joanna se expusiera a los males que, según él, rodean este torreón. Pero aquí estamos hoy, y no puedo impedir que vayas en contra de sus deseos".

"Ahora todo es diferente".

"¿Lo es?"

El rostro de Gavin se volvió feroz. "Sí. Joanna ha estado expuesta a lo peor que este lugar puede ofrecer. En estos meses pasados, ha sufrido y lo ha vivido todo. Aunque John MacInnes viviera hoy, estaría de acuerdo en que Joanna es hoy una mujer muy distinta de lo que era aquella noche. Te digo que es una mujer cuyo corazón está lleno de dolor y, sin embargo, sigue intentando traer la justicia -y la vida- a este castillo dejado de la mano de Dios."

"Razón de más, pues, para sacarla de aquí", recalcó Athol. "Quizá lo mejor para ella sea casarse con James Gordon después de todo, o al menos regresar a la corte y a lady MacInnes".

Gavin negó con la cabeza, su voz apenas era más que un gruñido bajo. "Si estuvieras en su lugar, ¿es eso lo que desearías para ti? ¿Esconderte y dejar esos asesinatos sin venganza?"

"Pero ella es una mujer. Por Su Sangre, ella ya ha visto más dolor y más..."

"Espera, Athol". intervino Gavin. "Sé su amigo y no su padre. Joanna MacInnes es mucho más fuerte de lo que crees. Piensa en lo que tú y yo pasamos ayer. Me pregunto si alguno de nosotros habría sido capaz de sobrevivir en ese laberinto de oscuridad durante seis meses, como hizo ella".

"Maldiciones o no, hay un mal que acecha en estas paredes. La muerte se cierne sobre el lugar como un sudario".

"Sea como fuere, ella y yo nos enfrentaremos a ello juntos", afirmó Gavin con seguridad. "Hace seis meses, las palabras de una maldición infundieron miedo en los corazones de la gente de estos lares. Pero hoy sé que no es obra de un demonio, sino de alguien de carne y hueso. Alguien lo bastante vulnerable como para temer ser descubierto. Alguien que necesitó el filo de una espada para enviarnos casi a través de las puertas del infierno".

El profundo ceño fruncido de Athol indicó a Gavin que el Highlander estaba considerando todo lo que acababa de decir. Pero en caso de que no estuviera convencido, Gavin podía decirle algo más.

Casi al mismo tiempo que había enviado a Edmund a reunirse con James Gordon, Gavin también había encomendado a Peter la misión de buscar al sacerdote que había ejercido de capellán aquí antes que el padre William. Gavin sabía que las posibilidades de que Peter encontrara al hombre aún vivo eran escasas, pero si lo conseguía, Gavin estaba seguro de que podría aprender mucho más sobre la historia de la torre del homenaje.

Aquí estaba la clave de los secretos del Castillo de Ironcross. Las razones de aquellos asesinatos tenían sus raíces en el pasado. Quizá en tiempos de Duncan MacInnes, o incluso más lejanos. Tal vez en la época en que las mujeres enterradas en la bóveda aún caminaban sobre esta tierra. Sin duda, Gavin esperaba que el viejo sacerdote tuviera las respuestas.

"Creo que seguiré disfrutando de vuestra hospitalidad un tiempo más, laird".

"¿Es una petición, mi señor conde, o una afirmación?"

"Tómatelo como quieras". Athol se encogió de hombros. "Pero dado que Joanna MacInnes vive entre estos muros mientras esperas una respuesta de James Gordon, considero que es mi deber quedarme".

Gavin sintió que se le erizaban los pelos del cuello. "Si ésa es la única razón...".

"No, no es la única razón. No olvides que atentaron contra mi vida y contra la tuya. No me gustan esas impertinencias. Deseo tanto como tú encontrar a ese canalla".

Gavin consideró las palabras de Athol durante un momento antes de asentir. "Sí, puedes quedarte. Pero sólo mientras mantengas tus astutas maneras para ti y ese rostro magullado y feo lejos de Joanna".

"Och", respondió el montañés, fingiendo herida. "Creía que la dulce Joanna no se dejaba afectar por mis encantos".

"Sí". Gavin miró al conde con suspicacia.

"Pues bien, no haré promesas que tenga intención de incumplir. Y no tienes nada que temer".

"Ojalá pudiera decir lo mismo de ti", gruñó Gavin con mirada amenazadora.

Capítulo Veinticuatro

SENTADA EN UNA silla elaboradamente tallada junto a su cama, Joanna se sobresaltó bruscamente cuando el rayo de sol de última hora de la tarde, que se había deslizado inadvertidamente por la habitación, acarició su pie con sus cálidos rayos.

¿Por qué, pensó, debe mantenerse alejado?

De pie y atravesando la cámara, se colocó de espaldas a la pared. Pronto caería la noche, y Joanna se alegró. Era doloroso fingir que no pasaba nada a su alrededor. Joanna sabía que inevitablemente tendría que abandonar la cámara que Gavin había hecho preparar apresuradamente para ella. Sabía que tendría que salir y enfrentarse a los miembros de la casa. Pero odiaba pensar en ello. Despreciaba la falsa fachada que tendría que mostrar ante ellos.

Juana se movía inquieta por su alcoba. Le hacían preguntas. Sonreían y fingían ser solícitos. Pasando los dedos por el borde liso de las cortinas adamasgadas de la cama, se encogió interiormente al pensar en aquellos encuentros. Sabía que no podría confiar en sí misma para mirar a las mujeres a la cara y mantener a raya su furia.

Joanna ya había vislumbrado a Molly, el ama de llaves. Ella también había estado entre las mujeres de la cripta. Qué diferente había parecido aquella terrible noche, vestida de blanco, cantando y moviéndose con el resto. No había rastro de aquella Molly cuando ayer, ella y dos de los mozos de servicio habían llevado a su habitación un baúl de ropa que no había sido dañado por el fuego.

Joanna había permanecido sentada, con el rostro ausente, hasta que salieron de la habitación. Después permaneció sentada durante largo rato, mirando fijamente el cofre.

Cuando Joanna abrió el cofre, encontró los vestidos que habían pertenecido a su madre, y se le saltaron las lágrimas. Lágrimas de tristeza. Lágrimas de arrepentimiento. Lágrimas de rabia.

Pero aquellas lágrimas ya habían terminado. La joven se acercó a la ventana y miró el vestido que una vez había sido de su madre. Alisó las manos sobre la tela como había visto hacerlo a su madre miles de veces. Se enderezó y contempló las sombras que se alargaban.

Y por enésima vez en el día, Joanna se dijo a sí misma que esperaría el momento presente y aguardaría el momento de la justicia.

Cuando llegó el momento, Joanna estaba decidida a seguir adelante con su plan, pero mientras tanto se encontraba a sí misma anhelando cada vez más pasar tiempo a solas con Gavin. La felicidad de aquella única noche en sus brazos estaba firmemente grabada en su corazón. Y con los pocos días que le quedaban, no podía contentarse con ese dolor que parecía roerle los huesos.

La noche que se había metido en sus brazos y en su cama, lo había hecho sabiendo que ya no podía estar atada por lo que los demás pensaran o dijeran. Ésa era su vida. Nadie más decidiría su

camino.

Y así se lo había dicho al conde de Athol en la visita que éste había hecho a su habitación aquella tarde. En respuesta a su preocupación por su permanencia en el castillo de Ironcross, por su "presunto" consentimiento para casarse con Gavin Kerr, había dicho lo que pensaba -sin rodeos y libremente-, diciéndole al montañés que no le correspondía a él cuestionar sus decisiones si deseaba seguir siendo su amigo. Aunque había hablado con el corazón, a Joanna le sorprendió que John Stewart hubiera mostrado tan buena voluntad, incluso alivio, al aceptar sus deseos.

Pero una vez hecho esto, Joanna aún tenía el problema de atraer a Gavin a su habitación.

La joven se deslizó por la habitación hasta su cama. Su virtuoso amante estaba decidido, al parecer, a esperar el regreso de su mensajero de James Gordon, para poder desposarla primero antes de llevarla a su cama. En lo que a Joanna se refería, para cuando eso ocurriera, bien podría estar muerta y enterrada, y no tenía intención de esperar tanto. Cada momento era ahora más precioso de lo que Gavin pudiera imaginar.

Mientras el sonido de la noche descendía gradualmente sobre la Vieja Fortaleza, Gavin salió a grandes zancadas del Gran Salón, pasó junto a los guerreros y sirvientes dormidos y se adentró en los pasillos que conducían a su cámara.

Avanzando por los tenues pasillos de la torre del homenaje, Gavin pensó en el sacerdote. El padre William llevaba desaparecido desde esta mañana, por lo que se sabía, pero Gavin no iba a cruzarse de brazos y esperar que el extraño hombrecillo regresara. Por lo que el nuevo laird podía ver, el capellán no era de los que pasaban el tiempo visitando a los campesinos enfermos o haciendo cualquier otra cosa tan noble. En el poco tiempo que llevaba conociendo al clérigo, Gavin no le había visto ni una sola vez aventurarse fuera del castillo. Obviamente, las necesidades espirituales de cualquiera que se encontrara fuera de aquellos muros eran atendidas por Mater.

Pero la ausencia del sacerdote no había sido la única desaparición del día. Hablando con Athol, Gavin se había enterado de que el informador del conde, el mozo de cuadra David, también había desaparecido. El conde había admitido abiertamente que, tras encontrar las escasas provisiones y la ropa de cama de algún campesino descarriado, había dejado a David en las sombras del lago subterráneo para que vigilara el lugar. Pero ahora, un día después, no se sabía nada de él.

Y eso no había sido todo. Durante la cena, a Gavin le había llegado la noticia de que Molly estaba disgustada porque no había podido localizar en ninguna parte a Margaret, la hermana del mayordomo.

Tres personas desaparecidas. A este ritmo, pensó Gavin sombríamente, en quince días o así no habrá necesidad de un laird.

Pero entonces, la desaparición de la mujer muda quizá sería la más fácil de resolver, pensó Gavin. Al hablar brevemente con Joanna esta mañana, ella le había hablado de la escena que había presenciado en la cámara acorazada el día anterior, aquella en la que se había enterado de que Margaret y Mater eran hermanas. Lo más probable era que Margaret hubiera ido allí, a la abadía, para estar con su hermana.

Gavin aminoró la marcha al pasar junto a la puerta de Joanna. Su guerrero, que estaba apoyado con la espalda contra la pared, se enderezó y le hizo un gesto con la cabeza.

Tentado de relevar al hombre de su deber y enviarlo por su camino, Gavin se detuvo, luchando contra el anhelo que de repente le acuchillaba a cada paso que daba.

No, no lo hagas, se dijo a sí mismo. Su razón le decía que aquella distancia que estaba forzando entre Joanna y él era necesaria. Hasta que llegara el mensaje de James Gordon, hasta que Gavin pudiera reclamarla como suya, no iba a poner en peligro su reputación en público.

Pero su corazón luchaba contra él a cada paso. La echaba de menos y sentía por ella lo que nunca había sentido por otra mujer en su vida. Pasándose una mano por el pelo negro, Gavin se quitó ese pensamiento de la cabeza y siguió adelante.

Al llegar a su cámara, empujó la pesada puerta y entró en la oscura habitación. Ésta sería una larga noche, pensó con frustración. Entre la búsqueda de un asesino y la supervisión de la enorme reconstrucción del ala sur, que acababa de empezar en serio, Gavin esperaba tener la mente lo bastante ocupada como para no echar de menos la compañía de Joanna.

"Eres un tonto si piensas eso", murmuró en voz alta, dirigiéndose cansinamente en la oscuridad hacia la ventana y abriendo de un tirón los postigos.

La luz de la media luna inundó la habitación con un resplandor blanquiazul, y Gavin se dio la vuelta, contemplando a través de la habitación el retrato que seguía sentado sobre su chimenea. Mirándola a los ojos sonrientes, por su mente se filtraron pensamientos sobre lo que sería la vida entre ellos dos una vez que hubieran acabado con los malditos problemas del presente.

Los dos, pensó, y una sonrisa se dibujó en su rostro.

Por primera vez en su vida, Gavin Kerr se encontró soñando con un futuro. Desde que era un chaval, no se había permitido mirar al cielo nocturno y soñar con lo que había más allá de las estrellas. Pero ahora, aquí estaba, viendo a los dos en una visión tan clara como un lago de las Highlands, codo con codo en los años venideros. Atónito, dejó que sus pensamientos vagaran. Podía verla a ella ahora, hinchándose por la mitad con su hijo. Podía ver a sus hijas e hijos a su alrededor. Y volvió a verlos a los dos envejeciendo.

Sí, pensó, qué bueno sería vivir y envejecer al lado de quien amas.

La repentina opresión en la garganta le pilló desprevenido, y apoyó la cabeza en la pared junto a la ventana y cerró los ojos.

El movimiento del panel de la pared que se abría junto a su cama le sacó bruscamente de su ensueño. Alerta ante la posibilidad de que se tratara de otro atentado contra su vida, Gavin sacó en silencio la reluciente hoja de su puñal de la vaina... y volvió a colocarla en su sitio.

No tuvo que verle la cara para saber que era Joanna. Se movió como una aparición, deslizándose hasta su habitación con la misma gracia y facilidad con que se había introducido en su alma. Con una sonrisa, Gavin se apartó de la pared, más que dispuesto a ofrecerle también su corazón.

"Gavin", llamó en voz baja, dando un par de pasos en su dirección antes de detenerse a la luz de la luna que se acumulaba en el centro de la habitación. "He oído tus pasos al pasar junto a mi puerta. Esperaba... me preguntaba...".

Se detuvo, con las manos nerviosamente apretadas ante ella. A Gavin se le encogió el corazón al verla. Le había parecido impresionantemente hermosa, vestida sólo con harapos. Pero ahora, de pie ante él, una mujer de sustancia, adornada con las galas apropiadas a su posición en la vida, le asombró con su belleza.

"Yo...", tanteó. "Por... bueno, pensé...".

Ella le sonrió, y él se obligó a centrar su atención.

"Joanna, puse un guardia fuera de tu cámara y un pestillo en la puerta del panel, pensando que te quedarías quieta".

"Y lo habría hecho, si no hubieras insistido en mantenerte alejada".

"¿Ah, sí?" Enarcó una ceja y se acercó, atrayendo las manos de ella hacia las suyas. Sujetándola con el brazo extendido, dejó que sus ojos vagaran apreciativamente de la cabeza a los pies y viceversa. "Estuve allí esta mañana".

"También estaban tres de tus hombres, trabajando en el panel, y una sirvienta cuidando de mis cosas. Estabais todos allí al mismo tiempo". Liberó una mano y le tocó el hombro. Gavin pensó que había hecho un buen trabajo ocultando el dolor que le recorrió el cuerpo. "¿Es éste el hombro que golpeó el lateral de la sima?".

No pudo contenerse más. Le rodeó la cintura con un brazo musculoso, la atrajo hacia sí, rozando con la boca los labios entreabiertos.

"¿Qué hombro?", susurró.

"El que John Stewart me dijo que habías herido".

"John Stewart es un bocazas y *no tiene* sentido de la discreción". Gavin profundizó el beso y sintió que Joanna se levantaba contra él, rodeándole el cuello con los brazos y apretando firmemente su cuerpo contra el suyo. El hambre que sentía constantemente por ella se apoderó de él. Sus dedos recorrieron la carne firme de sus pechos antes de moverse hacia sus nalgas y apretarla con fuerza contra su creciente virilidad. La respuesta de ella, inmediata y apasionada, provocó una locura en él. Una locura punzada por el deseo.

"Ése era mi miedo", dijo con voz ronca, rompiendo el beso y posando los labios sobre la dulce piel de marfil del cuello de ella. "De quedarme a solas contigo y no poder detenerme".

"Entonces no pares", dijo ella con voz ronca, pasándole las manos por la espalda, trazándole el trasero. Sus dedos empezaron a tirar del cinturón.

"No puedo arriesgarme a que alguien te descubra aquí". Sus dedos se afanaban en los cordones de la parte trasera del vestido.

"Nadie lo hará", susurró ella mientras él tiraba del escote, liberando uno de sus pechos. "Tengo un guardia...". Él se inclinó y le cogió el pezón entre los labios. "...dentro de mi puerta", consiguió jaderar ella, clavándole los dedos en el pelo.

"Más vale que esté fuera", gruñó Gavin, bajándole el vestido por el cuerpo y deslizándose por las caderas. Miró la fina camisa que no ocultaba su perfecta figura.

"Fuera", repitió ella. Mientras ella le desabrochaba el cinturón y lo dejaba caer al suelo, Gavin se quitó las botas de una patada y la ayudó mientras Joanna le subía la camisa por la cabeza. Ahora le tocaba a ella mirarlo mientras le pasaba las manos por el pecho, y él pudo ver en su rostro el rescaldo del deseo. Ella lo miró y sonrió. "Tengo un guardia *en* la puerta".

"Aun así", continuó, con la convicción de su argumento algo debilitada por el hecho de que sus dedos desprendían suavemente la camisa por encima de la cabeza de ella. "Podrían...", se le cortó la respiración al apartar la prenda. "Podrían atraparnos".

Ya la había visto así antes. Pero cada vez que se encontraban, parecía que era más hermosa que la anterior. Cogiéndole las manos, Gavin contempló la visión que le miraba. Sus ojos absorbieron la piel impecable y resplandeciente.

"El pestillo del panel de mi habitación me impedirá entrar".

"Mantenerte *dentro*", corrigió él con una sonrisa, levantando y besando la palma de la mano de ella. Luego, colocándole el brazo sobre el hombro, la levantó sin esfuerzo y se dirigió fácilmente hacia la cama, tumbándola suavemente sobre ella.

"Sí, mantenme *dentro*", repitió ella. Extendió la mano por el lateral de la cama hacia donde él estaba y tiró de su falda escocesa. La prenda cayó y sus ojos recorrieron su cuerpo, ancho y desnudo a la luz de la luna.

"Aún así", le dijo burlonamente, dejando que sus dedos recorrieran ligeramente el interior de sus muslos. La forma en que cerró los ojos, los labios entreabiertos, la brusca toma de aire, todo hablaba de su anticipación a lo que estaba por llegar. "Deberíamos pensar en respuestas, por si acaso".

"Estoy aquí para curar tus heridas", dijo ella, girándose tranquilamente sobre un costado y encarándose a él en el borde de la cama. "Estás herido y yo estoy aquí para ayudarte a... curarte".

"¿Sanar?", gruñó cuando los dedos de ella subieron por su muslo hacia su excitada virilidad.

"Sí", asintió. "Necesitas mi tacto suave, mi cuidado amoroso". Sonrió con picardía. "Y esto me da la oportunidad de practicar lo que aprendí la otra noche".

Gavin sabía exactamente de qué hablaba. Durante la noche que pasaron juntos, ella había insistido en que él le enseñara la forma de hacer el amor.

Levantándose sobre las rodillas, primero le besó los labios y luego dejó que su boca bajara por el cuello y la clavícula, besándole con cuidado el hombro magullado. La vio retroceder y contemplar con preocupación la mancha negra, amarilla y azul que se había formado bajo la piel.

Gavin dejó que sus dedos recorrieran su pelo, sintiendo la suavidad de éste al caer sobre el dorso de su mano.

Bajando de nuevo sobre la cama, la boca de Joanna rozó los planos de su vientre y su lengua se arremolinó en el hueco de su ombligo. Gavin contuvo la respiración mientras ella seguía bajando en su recorrido.

Vacilante, casi tímida, Joanna frotó contra su mejilla la cálida corona de su grueso pene. Luego, cada vez más atrevida, lo recorrió con los labios.

Gavin apretó la mandíbula, obligándose a mantener el control. Hundiendo los dedos en su melena dorada, vio cómo los labios de Joanna se separaban y se movían alrededor de su miembro, cómo su lengua lo tocaba, lo saboreaba.

"Por el..." Gimió al ver cómo ella lo introducía profundamente en su boca. Le corría el sudor por la frente mientras luchaba por controlarse, y sus ojos se concentraron en los labios carnosos de ella, que amenazaban con extraer su esencia.

En un momento Gavin tenía una tenue correa sobre su deseo, al siguiente sabía que se tambaleaba fuera de control. En su interior, las pasiones surgían, quemándolo, llenándole el pecho de una opresión que le impedía respirar. Sus manos volvieron a agarrar sus sedosos cabellos y la puso boca arriba. Sus ojos se encontraron, e incluso en la habitación a oscuras, él pudo ver el deseo de ella.

Cayendo de rodillas junto a la cama, la boca de Gavin descendió sobre los labios aún entreabiertos de ella. Su lengua penetró profundamente en su calor, tanteando los suaves y húmedos recovecos de su boca.

"¿Decías algo sobre un toque cariñoso?", susurró entrecortadamente contra sus labios antes de agacharse y agarrar las piernas de Joanna. "¿Sobre un toque cariñoso?" La arrastró lentamente hasta que sus piernas colgaron del borde del colchón. Empezó a levantarse, pero él se quedó a medio camino, cogiéndole las muñecas y empujándolas hacia atrás, atrapándolas con una enorme mano por encima de su cabeza. Su boca era áspera cuando volvió a apoderarse de la suya, y Joanna respondió con una pasión arrolladora que igualaba la suya.

Separó su boca de la de ella. "Ya es hora de que administre mi propia medicina". Sin embargo, su ardor amenazó con engullirlo cuando la pierna de Joanna se levantó y se enganchó alrededor de su muslo. Besó el hueco de su garganta y sintió cómo su cuerpo se arqueaba contra él mientras su boca succionaba el pezón endurecido. Joanna gimió suavemente mientras Gavin seguía acariciando la carne sensible con la lengua.

Cuando sus labios descendieron por la suavidad marfil de su vientre, Joanna dejó de respirar. Entonces le separó las piernas y su lengua encontró la dulce y húmeda oscuridad y penetró en su interior.

Con las manos libres, Joanna entrelazó los dedos en sus espesos mechones negros. Sin interrumpir la intimidad, le levantó las nalgas, elevándola e introduciendo su lengua cada vez más profundamente en sus palpitantes recovecos hasta que ella gritó, un grito gutural de éxtasis y liberación.

Gavin la estrechó entre sus brazos y la abrazó hasta que se calmaron sus escalofríos, y luego, sin mediar palabra, se deslizó suavemente dentro de ella. Como dos almas perdidas que por fin encuentran su feliz destino, sus cuerpos y sus almas se amoldaron con una plenitud que los sorprendió a ambos. Mientras yacían momentáneamente inmóviles, él sintió que ella le estrechaba los brazos y, por primera vez en su vida, se sintió amado. Cuando Gavin empezó a moverse, Joanna lo acompañó, y los ritmos palpitantes que cada uno sentía surgieron innegablemente en su interior.

Y cuando por fin alcanzaron ese momento culminante de éxtasis, fueron los dos juntos, cuerpo y alma, conectados como uno solo. Aferrados el uno al otro, cada uno sintió cómo se desvanecía un destino de pérdida, traición y muerte. Envueltos en los brazos del otro, cada uno fue consciente de repente de una vida, de un futuro, de un amor que no podían negar.

Capítulo Veinticinco

GAVIN APARTÓ un mechón de pelo dorado de su frente arrugada. Apoyándose en un codo, trazó el contorno de su rostro con un dedo.

"Debes intentarlo", volvió a animarte. "Por una vez, intenta apartar a Mater de tu mente y piensa en otras personas que podrían haber tenido un motivo para cometer ese crimen".

"Sigo sin entender tu reticencia", argumentó ella, rodando sobre un costado y encarándose con él. "Te digo que, incluso ayer, ella estaba allí, en la cripta. Se dirigía hacia el torreón. Bien pudo ser ella quien cortó la cuerda de aquella pasarela".

"Quizá lo hizo. Pero supongamos que no era ella".

"¿Por qué la defiendes continuamente? No tienes fe en mí -dijo ella, con evidente dolor en la voz-. "¿No ha hecho ya suficiente daño? ¿Cuántos más tienen que morir para que te convenzas?".

Gavin le secó suavemente la lágrima que empezaba a caer por su mejilla. "No se trata de no tener fe, pero hasta que no encontremos alguna prueba de su culpabilidad, no podemos ignorar otras posibilidades".

"No necesito más pruebas". Los ojos de Joanna se encendieron. "Nadie más necesita morir. Si estuvieras ahí abajo, en esa cámara acorazada, si fueras testigo del frenesí de su odio, no estarías cuestionando..."

"Sí, lo que dices es cierto", interrumpió Gavin. "Es fácil cegarse por lo que *creemos* ver. Creemos que uno es culpable y dejamos pasar al verdadero asesino sin ser detectados". Cuando ella abrió la boca para discutir, él le rozó suavemente los labios con el pulgar. "He estado haciendo precisamente eso durante los últimos días. Estaba tan segura de la culpabilidad de Athol".

"¿Athol?", dijo ella con gran sorpresa. "Él nunca... nunca *podría*".

"Ahora lo sé", asintió Gavin. "Pero antes de ayer, antes de encontrar su vida en tanto peligro como la mía, no podía ignorar lo que era posible. Le veía como un hombre que tenía tanto la razón como los medios para asesinar. Y yo, tal vez, quería que él fuera el culpable".

"Entonces tiene suerte de que no le hayas hecho ningún daño".

"Sí, eso es", respondió Gavin. Enmarcándole la cara con una gran mano, el laird la miró profundamente a los ojos azules violáceos. "Simplemente, no quiero cometer el mismo error dos veces. No pretendo actuar como protector de Mater y sus mujeres, sino que sólo trato de averiguar la verdad sobre cualquier otra persona que pueda haber estado implicada. Desde el primer momento en que llegué a Ironcross, ni una sola persona ha dicho voluntariamente la verdad. Todo el mundo dice sólo lo que debe decirse y nada más. El secreto envuelve este lugar como la bruma matinal".

"Pero todo esto es influencia de Mater".

"Tal vez", estuvo de acuerdo. "Pero creo que hay algo más. Algo que va más allá de la voluntad de una mujer". Gavin estiró la mano y le puso una manta sobre el hombro.

"Estás hablando de la maldición".

"¿Has preguntado a alguien por la cripta?", preguntó. Su mirada se desvió hacia la ventana abierta mientras soplabla una brisa inusualmente fría, que le puso la piel de gallina. "¿Alguna vez preguntaste por qué enterraron a aquellas mujeres bajo este torreón?"

"Intenté preguntar una o dos veces, pero nunca recibí una respuesta completa. Son santos que murieron. Nunca supe cómo ni por qué".

"Pero creo que la verdad está en esos viejos huesos", susurró. "Creo que si descubriéramos el secreto de esa cripta, podríamos encontrar el origen de la maldición de Ironcross".

"¿Y los asesinatos?"

"Tal vez", asintió. "La maldición parece remontarse a muchos años atrás, es cierto, pero sabemos muy poco de lo que ocurrió antes de que tu familia llegara aquí. Debemos recordar que, aunque esas tumbas llevan allí muchos años, las muertes de tu familia y los atentados contra mi vida son bastante recientes."

El rostro de Joanna estaba preocupado mientras colocaba su mano sobre la de él. "Pero ésa es una razón más para creer en el mal que se oculta tras esos rituales".

Sacudió la cabeza. "O quizá una razón más para considerar que alguien podría simplemente querer utilizarlo como escudo. No podremos saberlo con certeza hasta que comprendamos la historia de esas mujeres muertas". Le estrechó la mano con fuerza. "Depende de ti y de mí, Joanna. Entre los dos vengaremos los crímenes que se han cometido. Pero debemos mantener la mente abierta y considerar todas las posibilidades, por remotas que parezcan."

Su expresión se suavizó y Gavin percibió que, aunque no estaba persuadida, al menos estaba dispuesta a confiar en él.

Ella no tenía que decirlo; él sabía lo que sentía por él. A diferencia de él, cuyos sentimientos yacían ocultos bajo capas de piel gruesa y llena de cicatrices de guerra, ella mostraba los suyos abiertamente. Mostraba su afecto, su amor, su confianza.

Justo entonces, luchó contra el impulso de decirle lo mucho que la quería. Quería hacerlo, pero no podía. Una voz dentro de su cabeza le recordaba que no era el momento. No podía decir la verdad. No podía revelar su alma, no hasta que pudiera decir honestamente que había matado a sus propios demonios... a sus propias maldiciones.

"Hay otra", susurró ella suavemente, sacándole de su turbada reflexión. "En los días que precedieron a la muerte de mis padres, mi padre tuvo duras palabras con el sacerdote".

"¿Padre William? He hablado largo y tendido con él, interrogándole sobre el pasado. El perro no insinuó ni una sola vez ningún desacuerdo con tu padre".

"No quiso", continuó Joanna. "La muerte de mi padre le salvó de la ruina. Y la muerte de Iris le dio una segunda oportunidad en la vida".

"¿Iris?" repitió Gavin, recordando el nombre.

"Puede que el padre William lleve la capucha de sacerdote, pero todos hemos descubierto la capa que lleva".

Su voz se entrecortó, pero Gavin permaneció en silencio, esperando a que continuara.

"Iris era una de las criadas de mi madre. Una criatura salvaje y pelirroja que disfrutaba mucho con las atenciones que recibía de los pueblerinos mientras mis padres estaban en la corte. Era una de las pocas jóvenes que acompañaban a mi madre, y el castillo de Ironcross era demasiado solitario para ella. De hecho, antes de mi última visita aquí, le preguntó a mi madre si podía volver conmigo y formar parte de la casa de mi abuela en Stirling".

"Pero a causa del incendio, nunca tuvo la oportunidad".

"No, nunca tuvo la oportunidad. Pero aunque aquel incendio nunca hubiera ocurrido, ella no habría ido a Stirling". Joanna miró con gravedad el rostro de Gavin. "La misma semana que llegué a las Tierras Altas, supe por mi madre que Iris estaba encinta".

"Déjame adivinar. Ningún hombre dio un paso al frente voluntariamente para asumir la responsabilidad de sus actos".

Sacudió la cabeza.

"¿Y no quiso nombrar al padre?"

"Al principio, no quiso. No hasta que mi madre le dijo a Iris que la enviaría a la abadía hasta que diera a luz al niño".

"¿Bajo el cuidado de Mater?"

"Sí". Joanna asintió. "Ahora no puedo culpar a mi madre, aunque en aquel momento pensé que estaba siendo dura por no dejar que la pobre criatura se quedara en el Castillo de Ironcross, cerca de la gente que conocía. Pero a mi madre nunca le fue bien en medio de las crisis. Siempre prefirió vivir su vida tranquilamente, sin ser molestada".

"¿Pero esta Iris por fin nombró al hombre?"

"Lo hizo", respondió Joanna. "Nombró al padre Guillermo como el responsable de que quedara embarazada".

De algún modo, oír la revelación de Joanna no le sorprendió demasiado. Había habido algo en el sacerdote desde el primer momento que le había molestado. La mente de Gavin regresó al tiempo que había pasado con el padre William en el pequeño kirkyard. El apego que le había mostrado a una de las tumbas más recientes del muro. El sacerdote incluso había mencionado su nombre. Todo aquello surgía ahora fresco en su mente.

"¿Y aceptó la responsabilidad por la muchacha?"

"Mi padre fue quien se enfrentó a él, y el sacerdote no se atrevió a negar nada de lo que se había dicho. Mi padre le amenazó con la ruina. Por lo que me contó mi madre, le dio al sacerdote una semana para recoger sus cosas y abandonar definitivamente el castillo de Ironcross".

"John MacInnes era en verdad un hombre gentil", dijo Gavin en voz baja. "He conocido a muchos laird que habrían impuesto un castigo mucho más severo por semejante conducta. Aunque el canalla fuera un sacerdote".

Joanna sacudió la cabeza con tristeza. "No había ninguna posibilidad de que Iris tuviera un futuro con aquel hombre. Así que supongo que, aparte de enviarlo lejos, a mi padre no le quedaba mucho más que hacer. Aunque -dijo como ocurrencia tardía-, por muy inadecuado que te parezca ahora el castigo, el padre William estaba indignado por haber sido despedido tan "imprudentemente", como él decía."

"Así que tras el incendio, sin nadie en posición de autoridad, sin nadie que castigara la villanía de aquel hombre, el sacerdote se quedó allí. Y todo el tiempo, tú también sabías que se había quedado".

Se encogió de hombros. "Iris y el nonato estaban muertos, y yo tenía otros asuntos que me preocupaban".

Los ojos de Gavin se clavaron en los suyos y ella frunció el ceño.

"No", dijo ella en respuesta a su pregunta no formulada. "Es una criatura demasiado débil y cobarde para cometer un crimen de tal magnitud".

"Estaba a punto de perder todo lo que tenía", argumentó Gavin.

Negó obstinadamente con la cabeza, rodó sobre su espalda y se quedó mirando el techo ennegrecido. "Hacer daño a mi padre... no, es demasiado exagerado, demasiado increíble cuando

se piensa en el hombre. Pero incluso si lo consideramos, matar a media familia, y a la mujer que amaba junto con ellos..."

"Acostada, Joanna", corrigió. "Puede que el sacerdote se acostara con ella, pero no sabemos qué sentimientos albergaba por ella, si es que albergaba alguno. Por lo que sabemos, puede haberse acostado con todas las demás sirvientas de este torreón".

El hermoso rostro de Joanna se giró de repente sobre la almohada, y la mirada de sus ojos le llegó directamente al corazón. Su tono había sido duro y la vulnerabilidad de su situación se reflejaba claramente en su rostro. La enmarcó suavemente con la palma de la mano mientras se apoyaba en el codo.

"Eres la única mujer de mi vida, Joanna", dijo con fuerza. "Ni en mi pasado ni en el futuro ha habido, ni podría haber jamás, una tan bien emparejada con mi corazón y mi alma".

Le pasó una mano por un lado de la cara antes de hablarle en voz baja. "Te quiero, Gavin. Y quiero que recuerdes siempre lo que siento por ti ahora".

"¿Ahora?", bromeó suavemente, conteniendo las palabras que sabía que ella quería oír. "¿Y piensas odiarme mañana?".

Le presionó el hombro dolorido con el talón de la mano y lo puso boca arriba. Se colocó rápidamente encima de él y le miró a los ojos con una mirada juguetonamente guerrera.

"Bueno, me tienes en tu poder, muchacha. Veo que tendré que hacer todo lo que me pidas". Miró la turgencia de sus pechos, que le oprimían el pecho. Sus manos se deslizaron por la parte baja de su espalda y le acariciaron las firmes nalgas, moviéndola ligeramente mientras su miembro, cada vez más duro, se acurrucaba con fuerza entre sus piernas. "Cualquier cosa -gruñó.

"Quizá deberíamos hablar con el cura", dijo distraídamente, deslizando su cuerpo sobre el de él y provocando un gemido. Apretó los labios contra el hueco de su garganta y luego levantó la cabeza bruscamente. "No es que lo considere culpable de los asesinatos. Pero, aun así, lo correcto es hacerle comprender que conocemos su pasado. Que tal vez aún tenga que asumir su responsabilidad en ello".

La mente de Gavin intentó seguir sus palabras, pero su cuerpo tomó rápidamente el control. La forma en que ella se levantaba de su pecho, su pezón hinchado esperando, llamando a sus labios. Haciéndola rodar bruscamente sobre la espalda, se colocó encima de ella y cogió sus dos pechos con las grandes palmas de las manos y los recorrió con los pulgares.

"Quiero... estar contigo". Ella arqueó la espalda cuando sus labios descendieron. "Quiero estar ahí... cuando le interrogues".

"Me parece justo", exhaló él, levantando la cabeza y sonriendo con picardía al rostro sonrojado de ella antes de fijarse en el siguiente pecho. "En cuanto lo encuentre".

"¿Ha desaparecido?", dijo en voz baja, enganchando los pies detrás de los muslos de él. Su mano se deslizó entre sus cuerpos y Gavin volvió a gemir en lo más profundo de su garganta al sentirla cerrarse en torno a su virilidad.

"Desde ayer". Inclino la cabeza y le lamió el otro pecho antes de llevárselo bruscamente a la boca. Cuando se apartó, la visión de su cuello arqueado, la apasionada nubosidad de sus ojos, todo ello le arrancó una sonrisa de satisfacción. "Por alguna razón, Joanna, sólo con mirarte pierdo todo el interés por el cur".

Una sonrisa diabólica se dibujó en sus labios carnosos mientras atraía la excitación de él hacia su húmeda abertura. "Así que lleva desaparecido desde que subimos de las cavernas".

"Ambos podrían estar relacionados".

Levantó las rodillas y se contoneó debajo de él. Le estaba tomando el pelo, y él hizo acopio de todo su control para contenerse. Tanteó ligeramente la entrada. Tenía el control.

"Pero lo que intento comprender...". Gavin se encontró hablando con los dientes apretados. Podía aguantar más. Tenía el control. "...que... yo era... Él era...".

Inspiró con fuerza mientras las manos de ella le amasaban la parte baja de la espalda, tirando de él, persuadiéndole para que la penetrara. Le corría el sudor por la frente. Control. Intentó terminar de pensar. Estaba...

Gavin la miró a la cara y la lengua de Joanna se deslizó por sus labios entreabiertos.

"Estaba..." Gavin empezó de nuevo, pero su mente se había quedado en blanco.

"¿Crees que...?" Joanna se detuvo y su jadeo se convirtió en gemido cuando Gavin la penetró profundamente.

Al diablo con el control, pensó, sintiendo cómo ella se estrechaba en torno a su palpitante virilidad.

"Ha huido", empezó Gavin con voz desgarrada.

Luchando contra el salvaje impulso de retroceder y penetrarla una y otra vez, la rodeó con las manos y los hizo rodar juntos sobre la cama hasta que ella quedó a horcajadas sobre él. Cuando ella levantó la cabeza, su cabello de seda se extendió como una manta dorada hacia un lado.

"Bonita vista desde aquí arriba", murmuró.

"Eres una muchacha de las Tierras Altas, sin duda", gruñó.

La boca de ella descendió hasta la suya y él la besó profunda y profundamente. Ella se echó hacia atrás, sin aliento, y Gavin sintió que se le cortaba la respiración al apretarle las caderas.

"Ya he enviado a mis hombres en su busca". Gavin la agarró por las caderas y la levantó, haciendo que se deslizara por toda la longitud de su miembro, y su lengua encontró el pezón de ella en la parte superior del recorrido. El jadeo de placer de ella sólo le animó a repetir la acción. "Deberíamos... encontrarle...". No pudo terminar, ya que ella tomó las riendas, cabalgándolo.

Su cuerpo se arqueó en el momento de su liberación, y Gavin la sintió apretarse como una vaina a su alrededor. Cuando ella gritó de éxtasis, los últimos vestigios de su control estallaron en una bola de fuego de pasión. No podía contenerse, sólo sentía la necesidad de derramar su semilla dentro de ella.

"¡Joanna!", gritó, haciéndola rodar sobre la cama bajo él. Mientras ella se aferraba a él, unos cuantos golpes feroces completaron la tarea, dejándolos a ambos jadeantes y agotados.

Permanecieron tumbados, uno junto al otro, durante un buen rato, abrazados, con la noche suave y dulce a su alrededor. Ella fue la primera en hablar, y sus ojos brillaron al mirarse en los de él.

"Creo que hay bastantes *más* miembros de la casa de los que tenemos que hablar. Es nuestra responsabilidad, Gavin".

Con una carcajada estruendosa, Gavin la puso boca arriba. "Es cierto, Joanna. Y supongo que no hay mejor momento para empezar que ahora".

Capítulo Veintiséis

TENÍA QUE BAJAR.

Lo había oído en sus palabras la noche anterior. Joanna tenía sus propios planes para impartir justicia a las mujeres que consideraba responsables de la muerte de sus padres. Y Gavin estaba seguro de que tenía que ver con aquella cripta subterránea.

Como el sacerdote seguía desaparecido y Athol no se había recuperado del todo de sus heridas, el laird sabía que tenía que confiar en su propia memoria y encontrar el camino de vuelta a la Puerta del Infierno.

Recorriendo los pasadizos subterráneos, Gavin estaba seguro de que encontraría la cripta. La encontraría con la misma certeza con la que acabaría abriéndose camino a través de los secretos del pasado del castillo de Ironcross. Y se sentía impulsado a encontrar la verdad... la única verdad que Joanna seguía ocultándole. La verdad por la que sentía la necesidad de morir.

No moriría. Él no se lo permitiría.

Media hora más tarde, Gavin sostuvo la antorcha ante sí y se asomó a la cámara abovedada de la cripta.

Le agarró la mano con fuerza.

Joanna trató una vez más de zafarse de su agarre, pero éste se hizo más fuerte. Se acabó, pensó con decisión. Nada más. La Vieja Fortaleza era lo más lejos que pensaba llegar. Si le daba media oportunidad, escaparía. Volvería a la seguridad de su cámara.

La mirada de reproche de Gavin le dijo que no tenía ninguna posibilidad.

Joanna le devolvió la mirada desafiante. Ya era bastante malo que la obligara a comer en el Gran Comedor, con un montón de ojos curiosos observando cada movimiento y cada bocado; ahora iba a arrastrarla físicamente al sol brillante de la mañana de finales de primavera. Era un monstruo.

Seguía decidida a llevar a cabo su plan en la próxima luna llena, y saber eso la retenía. La muerte la miraba a la cara, y Joanna sabía que le haría daño dedicarse a cualquier otro de los pequeños placeres de la vida.

Los recuerdos eran muy vívidos. Paseando al sol. Sintiendo el azote del viento contra tu mejilla. Respirar aire fresco, perfumado de brezo. Sí, pensó. Tenía sus recuerdos. Serían suficientes.

Gavin volvió a tirar de su mano y Joanna se volvió y lo miró con desprecio. ¿Cómo podía ser tan condenadamente persistente? Estaba arruinando todo lo que ella había planeado. Apenas

había tenido un momento a solas. Aún tenía que volver a la cámara acorazada y asegurarse de que sus planes originales no se vieran alterados. Pero Gavin parecía decidido a no darle la oportunidad de hacerlo.

Desde luego, la forma en que había estado pasando las noches no le causaba ninguna queja, pensó Joanna con maldad. Continuó yendo a su encuentro y uniéndose a él en su cama. ¡Pero sus días! Si no estaba respondiendo a las interminables preguntas de Athol, Gavin la tenía ocupada con la renovación del ala sur. ¿Deberíamos tener una puerta aquí? ¿Y si traemos a un cristalero de Edimburgo para que ponga ventanas? ¿Y las chimeneas? Las preguntas no cesaban.

"Para alguien tan consciente de no llamar la atención sobre sí misma, sin duda has conseguido atraer a una multitud".

Se volvió y miró en la dirección que él le indicaba. Junto a la puerta que daba al Gran Comedor, un grupo de sirvientes y soldados curiosos la seguían con la mirada.

"Si dejaras de ser tan testaruda y simplemente me dejaras elegir mi tiempo..."

Sacudió la cabeza con una sonrisa. "Has tenido tu oportunidad, muchacha, y no has hecho nada al respecto". Volvió a tirar de su mano y su rostro adquirió un tono amenazador. "Ven conmigo, Joanna, antes de que te *lleve* fuera. Aunque estoy deseando darles un espectáculo para recordar".

"¡No te atreverías!"

Enarcó una ceja y dio un paso hacia ella. No le cabía duda de que cumpliría su amenaza.

"Eres un zoquete", gritó ella, arrancándole la mano del agarre mientras pasaba a su lado y salía por la puerta.

El patio bullía con el ruido y la actividad de albañiles, guerreros, mozos de cuadra y otros - todos ocupados en sus oficios- y Joanna se detuvo bruscamente en el último escalón que bajaba de la gran puerta de la Vieja Fortaleza. El placer que sintió en aquel momento fue tan asombroso como inmediato.

La mano aterciopelada del sol tocó su piel, envolviéndola en su calor. Cerrando los ojos y permaneciendo en el escalón, Joanna llenó sus pulmones con los olores del día. La gran mano de Gavin acarició la parte baja de su espalda, y sus ojos se abrieron al ver su apuesto rostro. Se alzaba sobre ella.

"Esto es sólo el principio, muchacha", dijo en voz baja.

Cogiéndola de nuevo de la mano, empezó a bajar los escalones. Junto a los establos, pudo ver dos caballos ensillados.

"¿Adónde me llevas?"

"Pensé que un paseo sería agradable". Aceptó una capa de viaje de una sirvienta que esperaba y la envolvió alrededor de los hombros de Joanna. Aquel gesto de preocupación le hizo sonreír.

Dejando que sus ojos recorrieran el patio mientras cruzaban hacia los establos, Joanna lo observó todo. Todo esto era muy diferente, pensó. Ayer, uno de los hombres de Gavin, un gigantesco guerrero llamado Andrew, había regresado de Elgin con una cuadrilla de canteros, carpinteros y otros artesanos, así como una bulliciosa legión de aprendices. Desde entonces, el ruido y la actividad en el castillo se habían duplicado. Se detuvo un momento, observando a dos jóvenes que izaban una carga de pizarra hasta el tejado.

Por mucho que lo había intentado, a Joanna le resultaba difícil cerrar su mente a la emoción que la rodeaba. Gavin había seguido hablando del futuro de Ironcross y de sus vidas juntos como marido y mujer. Ella había permanecido bastante callada, firme en su insistencia de vivir sólo el presente.

Cuando llegaron a los caballos, Gavin la subió sin esfuerzo a la silla de montar. Joanna miró

a su alrededor. "¿Qué tuviste que hacerle a John Stewart para que no se uniera a nosotros?"

"Hice que lo amordazaran y lo arrojaron a uno de los nuevos fosos que estamos cavando en el kirkyard. Tranquilo, Paris -dijo, calmando a su enorme caballo-.

"¿Te está cansando el buen conde?"

"Soy un hombre paciente, pero la encantadora criatura se está pasando de la raya". Golpeó a su caballo en el flanco y ambos se encaminaron hacia la puerta abierta. "De hecho, si antes de que acabe la semana no ha superado esa herida fingida, ataré su maldito cadáver a su caballo y dejaré que sus hombres lo arrastren de vuelta al castillo de Balvenie".

La imagen del alto y altivo Highlander siendo manoseado por Gavin le hizo sonreír. Al girarse, se encontró con sus ojos clavados en ella.

"Cree que nos está haciendo de carabina", gruñó mientras cabalgaban a campo abierto. Colina abajo, se veían los tejados de una pequeña aldea casi desierta, pero Gavin hizo girar su caballo hacia la derecha, a lo largo de la base de la muralla del castillo. "Y estoy harto de que cuestione cada momento que pasamos en compañía del otro".

Soltó una risita.

"¿De qué te ríes?"

"Me pregunto qué pensaría de nuestras visitas a medianoche, si se enterara de ellas".

Una lenta sonrisa se dibujó en sus labios mientras su mirada se posaba en sus pechos. Un escalofrío de excitación le erizó la piel.

"Al diablo con lo que piense. Estoy deseando que llegue el momento en que podamos tener visitas a mediodía".

Joanna apartó la mirada mientras el calor fundido que recorría su cuerpo subía hasta sus mejillas.

"A finales de semana, como muy tarde, deberíamos tener todas nuestras respuestas", dijo con una nota de certeza. "Para entonces, Edmund debería haber vuelto con noticias de James Gordon. También espero que Peter regrese con noticias del viejo sacerdote".

Y el final de esta semana también traería la luna llena, pensó en silencio, sintiendo que el fuego de su interior se convertía de repente en hielo.

"Tu mensaje para tu abuela también debería haber llegado ya".

Se volvió y le miró.

"¿Crees que hará el viaje al norte para nuestra boda?"

"No lo sé", susurró en voz baja. Sería tan fácil caer bajo su hechizo, pensó Joanna, con la tristeza atenazándole el corazón. Con un movimiento de la cabeza, apartó de su mente aquellos lúgubres pensamientos.

"Le dijiste que, en cuanto tuviéramos respuesta de James Gordon, nos casaríamos".

Asintió con la cabeza. No había motivo para decir nada diferente, aunque una punzada de arrepentimiento la había golpeado después de que el mensajero se marchara.

Su abuela estaba a punto de recibir un mensaje en el que se le comunicaba que su nieta, muerta hacía mucho tiempo, estaba viva. Pero la anciana se enteraría una semana después de que Joanna había perecido en un incendio en la cripta. Habría sido mucho más fácil no ponerse en contacto con ella. Pero Gavin había insistido y, a estas alturas de sus planes, Joanna no podía arriesgarse a levantar sus sospechas.

"¿Alguna noticia del padre Guillermo?", preguntó ella, para cambiar de tema.

"No". Sacudió la cabeza. "Pero estoy seguro de que le encontraremos. Sin caballos y con tan pocos que quieran darle cobijo, es sólo cuestión de tiempo que regrese".

"¿Retornos?", preguntó vacilante.

"Por supuesto. Quiero hacerle unas preguntas".

"¿Y crees que...?" Joanna se movió en la silla de montar. "¿Sigues sospechando que fue él quien provocó el incendio?"

Gavin la miró a la cara. "Bueno, parece que huyó en cuanto se supo de tu supervivencia".

"Pero podría haber temido simplemente que te hubieras enterado de lo de Iris".

"Sí. Pero en cualquier caso, le encontraremos, y supongo que estará de camino de *vuelta* al Castillo de Ironcross cuando lo hagamos".

"¿Por qué dices eso?"

"Porque el padre William no es tonto, y he hecho correr la voz de que tiene que limpiar su nombre de cualquier implicación en el incendio. Si le cogemos escondido, perderá la vida".

"Pero es ante el obispo ante quien debe responder".

"Yo me ocuparé de eso".

"Pero es inocente", dijo Joanna con énfasis, y añadió: "del incendio, al menos".

"Entonces no tiene nada que temer y volverá por su propio pie. Vamos, veamos si esa yegüita es tan vivaz como parece. Te echaré una carrera hasta esa piedra que sobresale de la próxima colina".

Antes de contestar, Joanna fijó la mirada en algo que había a lo lejos. Gavin se giró sobre su silla para ver lo que había captado su atención y, cuando lo hizo, Joanna sacudió las riendas de la yegua con un fuerte grito y salió corriendo colina arriba, dejándole sonriente a su paso.

Capítulo Veintisiete

Los ojos de la mujer muda estaban enrojecidos por la desesperación.

Hacía días que el miedo le había robado todo sueño, todo descanso. Retorció la áspera lana de su falda entre sus finos dedos, y su cuerpo permaneció rígido mientras miraba más allá de la rígida piel roja que hacía las veces de puerta, cubriendo la única abertura de las paredes de la cabaña.

Al otro lado del charco de agua fangosa que había más allá de la entrada, su hermano Allan miraba fijamente al diminuto sacerdote. Cuando su hermano había llegado a grandes zancadas por la colina, William se había apresurado a salir a su encuentro en el camino, en lugar de dejar que descubriera a Margaret en el interior.

Margaret siguió observando nerviosa desde la cabaña. El rostro del mayordomo era un nubarrón de furia contenida, y sus ojos disparaban rayos al hombrecillo mientras esperaba una respuesta.

La hermana del cura, una mujer encorvada, arrugada y vieja antes de tiempo, se movió con cansancio desde los montones de vellón recién pelado que había apilado en un rincón de la pequeña casucha. Aferrados a sus faldas, dos pilluelos harapientos la miraban con los ojos muy abiertos, ocultando el rostro cuando Margarita les dirigió una mirada.

Al volver su atención hacia William y su hermano, Margaret se dio cuenta de que Allan ni siquiera había echado un vistazo a la cabaña, y de repente se le ocurrió que no debía saber que ella estaba allí.

Los ojos de la mujer muda buscaron de nuevo el camino vacío más allá de los dos hombres. Esperaba desesperadamente que el marido de la mujer volviera de los campos.

Mirando de nuevo en dirección a William, Margaret le vio sacudir la cabeza hacia el mayordomo. Allan se dirigió airadamente al pequeño sacerdote, aunque sus palabras eran inaudibles a aquella distancia. Al no obtener ninguna respuesta positiva del clérigo, el mayordomo miró con desconfianza hacia la casucha, y un relámpago de pánico recorrió a la mujer muda.

Volviéndose hacia la hermana de William, Margaret cogió las manos de los dos niños y las atrajo rápidamente a su lado. Mirando desesperadamente a la mujer, Margaret hizo un gesto suplicante hacia la puerta.

Había querido que la campesina saliera y hiciera lo que fuera necesario para romper la tensión del encuentro entre los dos hombres, pero en lugar de eso, la mujer mayor tiró de los dos niños y se los quitó de encima, empujándolos con un rápido movimiento a través de la puerta de piel y hacia el charco de agua turbia.

Margaret vio cómo Allan miraba a los niños durante un momento, y luego sintió alivio

cuando él giró sobre sus talones y volvió a subir por el sendero hacia la cresta.

Joanna se había quedado embelesada con la historia de su vida y se había dejado arrullar por la cadencia de su voz. Pero todo aquello se detuvo bruscamente en cuanto llegaron a la cresta de la última colina.

Dio una sacudida a la rienda de su caballo en un intento de detener bruscamente al animal. Pero la yegua, que se opuso a la brusquedad de la orden, se encabritó. Le costó un gran esfuerzo mantenerse en la silla mientras las enormes manos de Gavin agarraban la brida del caballo.

"¿Por qué has hecho eso? Podrías haberte matado".

"¿Adónde crees que me llevas?", preguntó enfadada, dejando que sus ojos volvieran de las cabañas del valle a la cara de él.

"Vamos a la abadía".

"Ya lo veo. ¿Pero por qué razón?"

"A reunirme con Mater".

"¿Por qué?", le espetó, aumentando su ira. "¿Qué derecho tienes a hacer algo así? Creía que habíamos salido a dar una vuelta. Me engañaste. Me mentiste".

"No, no mentí", argumentó. "Y con todas las veces que debes de haber recorrido esta ruta, simplemente pensé que sabías adónde íbamos".

"Pues te equivocaste. No estaba prestando atención, y tú hiciste todo lo posible por distraerme".

La voz de Gavin era ronca. "Joanna, esto es importante".

"No", protestó ella, intentando sin éxito liberar la cabeza del caballo. "No tenía intención de venir aquí. No puedes obligarme a bajar a ese valle. Voy a volver".

"Joanna". Sin dejar de sujetar la brida de su yegua con una mano, Gavin se acercó y le cogió la mano con brusquedad, obligándola a centrar su atención en él. "Dijiste que querías participar en el descubrimiento de la verdad sobre la muerte de tus padres".

"Lo hago. Lo hago".

"¿Cómo? ¿Escondiéndote en la oscuridad de alguna cueva subterránea, o encerrándote entre los muros de ese torreón?"

"No necesito venir aquí para saber nada más de esas mujeres. Esta abadía es una mentira, y nadie lo sabe mejor que yo". Ella lo miró furiosa. "Yo sé la verdad. He sido testigo de su desdichada maldad. Ahora sólo me queda esperar el día de la justicia, y ese día se acerca".

"Escúchate, Juana". Tiró bruscamente de su caballo hacia ella hasta que sus rodillas se tocaron; los dos animales zapatearon inquietos. "Si siguiera tu forma de pensar, la sangre de Athol ya se habría derramado. El sacerdote sería hombre muerto. Mater y su rebaño estarían colgados, y mi mayordomo habría sido descuartizado por negligencia en el cumplimiento de su deber, si no por deslealtad. ¿Qué te parece eso como justicia?"

Joanna se estremeció al mirarle a los ojos duros y furiosos. Su furia silenciosa era más desconcertante que si la hubiera amenazado con la punta de una espada. Nunca le había visto así y, por primera vez, percibió lo extremadamente peligroso que podía ser Gavin Kerr.

"No puedo seguir adelante con lo que quieres que haga".

"¿Crees que Mater es culpable?"

"Sí, quiero". Habló sin vacilar.

"¿Es una enemiga?"

"El más feroz de los enemigos".

"¿Quieres que se haga justicia?"

"Sí, quiero".

"Entonces, enfréntate a ella", ordenó. "Ella es mucho más que la cáscara de piel vieja y huesos que vemos. Es su voluntad, su espíritu, la fuente de su poder. No puedes derrotarla sin debilitar primero ese espíritu. Y eso no será tarea fácil".

Durante un largo instante se quedó mirándole, demasiado aturdida por sus palabras para responder.

"Eres el último MacInnes que queda", desafió. "Si fuera tu padre o alguno de los hombres de tu familia que aún viven, ¿has pensado qué estarían haciendo ahora?"

Se obligó a hablar. "No me presiones para que lo haga, Gavin. No puedo".

"¿Por qué?", me regañó. "¿Porque eres una mujer? Joanna, tienes más espíritu en ti del que he encontrado en muchos guerreros. Recuerda que eres la heredera legítima del castillo de Ironcross. Y del mismo modo que quieres estar presente cuando me reúna con el sacerdote, o cuando interroge a cualquier otro hombre que pueda estar implicado en estos asesinatos, tienes que estar aquí cuando hable con Mater".

Empezó a temblar cuando comprendió la verdad de sus palabras.

"Si crees que Mater es culpable de ese vil crimen, entonces es tu derecho y tu responsabilidad estar a mi lado cuando la interroge". Su voz se suavizó mientras sus manos rodeaban con más fuerza las de ella. "No te pido que entres desarmada en esta batalla. Lo último que quiero es que te hagan daño. Estaré a tu lado, Joanna. Pero Mater *debe* vernos a las dos como una sola. Es esencial que comprenda que no pereceremos ni desapareceremos en un instante, simplemente porque ella lo desea".

Joanna le arrancó las manos. En el fondo se sentía una cobarde. Todos sus planes, largamente meditados, no habían sido más que una forma cobarde de hacer justicia. Todo le había parecido tan valeroso en la oscuridad y la soledad de las cavernas, pero aquí, a la brillante luz del sol, ante las palabras de Gavin, Joanna sintió que un fuerte sentimiento de culpa e incapacidad le roía el corazón.

"Enfréntate a ella, Joanna. No tengas miedo".

"No tengo miedo. No fue el miedo lo que me mantuvo con vida estos últimos seis meses. Fue mi voluntad de que se hiciera justicia".

"Entonces ven conmigo y enfréntate a ella, amor", te animó. "Demuéstrale a ella, y a ti misma, que *estás* viva y *que* sobrevivirás. Demuéstrale que no hay nada que ella pueda hacer que te disuada de hacer lo que es correcto".

Margarita permaneció arrodillada en el suelo pedregoso, agarrada con fuerza al dobladillo del manto del sacerdote. Ignoraba los ojos redondos de los dos jóvenes y las caras sucias de los niños que la miraban. No le interesaba la expresión de desaprobación en el rostro de la campesina. Incluso le fue indiferente la patada que el sacerdote le dio en el costado en un intento de liberarse.

"Voy a volver a ese castillo ahora mismo", gritó furioso. "Y tú puedes irte al infierno, por lo que a mí respecta".

Sollozó en voz alta, levantando la mano y agarrando mejor la capa de él.

"Suéltame, mujer", tiró. "Quítame tus garras diabólicas de encima".

"No puedes dejarla aquí con nosotros", chilló la campesina, repentinamente preocupada. "No permitiré que ninguna moza tonta viva en este cuchitril con nosotros. Devuélvela a aquellos a quienes se la quitaste. ¿Me oyes, William?"

El hombre dio a Margaret otra fuerte patada en el costado. Se dobló, incapaz de respirar, pero aun así consiguió agarrarse a la áspera lana.

"Échala a la carretera", llamó William a su hermana por encima del hombro. "No es asunto tuyo. Su hermano la encontrará... o algún animal nocturno... no importa cuál".

Margaret miró los fríos ojos grises del sacerdote y sacudió la cabeza con angustia. Su boca se abría y cerraba como la de un animal torturado.

No te vayas, gritó para sus adentros. *Por favor, no vuelvas*.

"Ayúdame con esta asquerosa criatura", gritó el hombre a su hermana.

Margaret alargó la mano y trató de agarrarle las piernas, pero algo pesado la golpeó en la nuca. Mientras brillantes destellos amarillos y anaranjados borraban toda visión, sintió que la fuerza de sus brazos y dedos desaparecía. Su última sensación consciente fue la de ser arrastrada por los pies por el suelo de tierra de la cabaña.

Capítulo Veintiocho

GAVIN SABÍA que se había arriesgado mucho al traerla aquí.

Por supuesto, no era tanto la seguridad de Joanna lo que le preocupaba como el trato que Mater le daba.

No estaba ciego ni era tonto. En los últimos días, desde que Joanna había salido de la oscuridad de los túneles y se había incorporado a la vida cotidiana del Castillo de Ironcross, Gavin había visto la expresión atormentada en sus ojos azul violáceo. En lugar de deleitarse con las alegrías y las comodidades de la vida a la que estaba acostumbrada antes del incendio, Joanna había hecho todo lo posible por permanecer recluida.

Pero él no se lo permitiría, si podía evitarlo, pues había estado en la cripta. No había tardado mucho en descubrir lo que ella planeaba hacer.

Gavin miró a su lado y admiró su fortaleza. Aunque hacía sólo unos instantes había luchado contra él por haberla traído aquí, la mirada decidida y noble que llevaba ahora le decía que estaba preparada para cualquier desafío que les esperara. Sus ojos se encontraron con los de él.

"Nunca los habías visto así en el pasado, ¿verdad?", preguntó.

Gavin miró hacia los campos. Por primera vez, el laird encontró a campesinos trabajando la tierra. Se acercaban a la aldea, y un perro corría hacia ellos, ladrando y anunciando su presencia. Pero a excepción de unos pocos rostros que se alzaban con interés, nadie huía ni se escondía como habían hecho en tiempos pasados.

"No". Sacudió la cabeza, asombrado. "Pero lo has hecho".

"Sí, cuando vine aquí sola".

Los ojos de Gavin se desviaron hacia un grupo de niños que perseguían al perro. Eran los primeros pequeños que veía tan de cerca desde que llegó a Ironcross y sus tierras. "Me parece increíble que no hayan salido corriendo".

Joanna le miró fijamente. "Obviamente, te han aceptado como alteza, y como alguien que no consideran amenazador".

Sacudió la cabeza. "Todo esto es para ti, Joanna. Es su forma de darte la bienvenida de vuelta de entre los muertos. De vuelta al rebaño".

"Nunca fui uno de ellos", susurró furiosa, con los ojos azules violáceos centelleantes.

"En rango y posición, eso es cierto".

Se sonrojó. "No quería decir eso".

"Puede que cortaras tus vínculos con ellos cuando te uniste a los muertos en las cavernas bajo Ironcross, pero por lo que veo, aquí te aceptan sin duda".

Joanna apartó la mirada, y Gavin siguió la dirección de su mirada. Unos niños embarrados corrían descalzos por los charcos.

"No parecen tan viciosos desde esta distancia".

Frunció el ceño, pero guardó silencio.

"Deben adiestrar a sus hijos desde muy pronto para que oculten el mal que llevan en el corazón. Ah, los asquerosos asesinos".

Joanna se abalanzó sobre él. "Nunca dije que *todos* fueran capaces de semejante vileza. Aquí hay mucha gente buena".

Levantó una ceja y la miró críticamente. "Nunca lo habría adivinado oyéndote hablar".

Sus ojos se entrecerraron hasta convertirse en rendijas azul oscuro. "Estoy aquí, ¿no? Podrías abandonar esta burla interminable".

"Puede que sí, Joanna. Pero, sinceramente, es un placer para toda la vida que estoy deseando darme". Su rostro se arrugó con una sonrisa irónica. "Y en más de un sentido".

"Villano", susurró ella, tratando de mantener el ceño fruncido. "No me parece prudente hablar con tanto atrevimiento tanto tiempo antes de casarnos. Una mujer puede cambiar de opinión".

Rápidamente alargó la mano y la agarró, apretándola con fuerza antes de llevársela a los labios. La vergüenza de ella ante su abierta muestra de afecto se hizo evidente en el tinte rosado que coloreaba su piel clara.

"Creo que *sí* tienes intención de casarte conmigo, muchacha".

Ella se puso más roja cuando él le dio otro beso en la palma de la mano.

"Sí", graznó ella mientras le soltaba la mano de un tirón. "He dicho que lo haré".

Gavin respiró hondo y satisfecho. Incapaz de apartar los ojos de su rostro, cabalgó a su lado mientras entraban en el pueblo, y Gavin se deleitó con la idea de que ella fuera suya, por hoy y por mañana y para siempre. El grupo de niños les miraba con los ojos muy abiertos desde la esquina de una de las casitas, y el laird les guiñó un ojo, haciéndoles salir corriendo de su vista.

"Tienes mucha habilidad con los pequeños", comentó Joanna con ironía.

Se volvió y sonrió. "Es un regalo".

Lo superarían, de eso estaba seguro. Y luego tendrían muchos días por delante, días en los que sólo estarían ellos dos. O quizá tres, pensó de repente. Mientras los ojos de Joanna recorrían las ruinas de la abadía, la mirada de Gavin se posó lentamente en su cintura. ¿Podía ser que ya llevara a su hijo, se preguntó? Habían sido imprudentes en su pasión, pero Gavin sabía que él no habría hecho nada distinto. Incluso ahora, sentía la agitación en sus entrañas.

Despejándose rápidamente, juró en silencio que se casarían en cuanto Edmund regresara de James Gordon.

Una mirada de la anciana y Joanna sintió que un viento la recorría, azotando sus entrañas en un mar espumoso de emociones confusas.

Joanna no apartó la mirada de los ojos grises de Mater. Cuando había visto a la abadesa de pie, en silencio, junto al fuego, con aspecto de estar esperándolas, Joanna había estado segura de que en los ojos de la anciana encontraría culpa, ira, muerte. Pero en lugar de eso, lo único que encontró fue tristeza, tan antigua y nudosa como algunos de los pinos que se alzaban enanos y solitarios en las laderas occidentales. Algo en la mirada de Mater atravesó el escudo de ira justiciera de Joanna, su armadura de justicia. La tristeza de los ojos de Mater le llegó directamente al corazón.

Inconscientemente, Joanna entregó la rienda a Gavin y dejó que atara la yegua junto a su

caballo. Y mientras él alzaba la mano y la cogía por la cintura, bajándola al suelo, ni una sola vez fue capaz de apartar los ojos de la mirada de la anciana.

Su cuerpo se movió por sí solo, abriéndose paso alrededor de Gavin. Pero a mitad de camino hacia el fuego, Joanna se detuvo bruscamente. Una voz en su cabeza había empezado a gritar, y el corazón le dolía con una angustia que amenazaba con partirla en dos.

"Has venido". La voz de Mater tembló ligeramente mientras extendía una delgada mano en señal de invitación. "Por fin has decidido volver con nosotros".

Un temblor recorrió el cuerpo de Joanna y sus rodillas empezaron a doblarse bajo su peso. Entonces lo sintió, la gran mano de él, presionando tranquilizadora en la parte baja de su espalda. Pero entonces, con suavidad, la empujó hacia la anciana. Confundida, miró a sus ojos oscuros y vio la fuerza, la confianza, el amor.

"Somos nosotros dos", susurró suavemente. "Tú y yo".

Sus palabras la llenaron de fuerza, y Joanna volvió los ojos hacia Mater. Esta vez, sin embargo, fue la mujer mayor quien dio los pasos y acortó la distancia que las separaba.

La voz de Gavin era ronca, pero Joanna podía oír la ironía en su tono. "¿Mis visitas en el pasado hicieron que la gente de la granja perdiera tanto tiempo en los campos que ya no pueden permitirse esconderse?"

"No te alabes demasiado por tu astucia, laird". reprendió Mater, sin apartar los ojos del rostro de Joanna. "Ésta es simplemente nuestra forma de elogiarte por traerla de vuelta a nosotros, a su pueblo".

"No estaría aquí si no hubiera dado su consentimiento".

"Lo sé", dijo Mater suavemente mientras alargaba la mano y cogía las de Joanna entre las suyas. "Es una mujer y tiene una voluntad mucho más fuerte que cualquier hombre vivo".

Por mucho que lo deseaba, Joanna no se atrevió a soltar las manos del agarre de la abadesa. En su lugar, observó en silencio cómo Mater volvía hacia arriba las palmas llenas de cicatrices y miraba fijamente las manchas de piel roja como si hubiera sabido que estarían allí.

"Se han curado bien", dijo alentadora la anciana. "Mantenlas abiertas al aire y el resto de las cicatrices desaparecerán también".

Joanna la miró atónita, pero Mater ignoró su mirada sorprendida y se volvió, atrayéndola en dirección al fuego.

"¿Cómo sabías que tenía las manos quemadas?"

La pregunta de Gavin a Mater no hizo dudar ni un instante a la anciana.

"Antes de este momento, Gavin Kerr era el único ser vivo que sabía de mis manos quemadas". Joanna no pudo evitar que un temblor de ira asomara a su voz, se quedó esperando mientras la abadesa se sentaba junto al fuego.

"Siéntate, Joanna", ofreció la anciana, señalando el bloque de piedra que había a su lado.

"Necesito una respuesta".

"Sí, y responderé. Siéntate".

Joanna miró a Gavin, que asintió levemente y se sentó frente a ellos.

Mientras se sentaba, vio cómo los ojos grises de Mater se alzaban hacia su rostro. "El laird no era el *único* que sabía de tus quemaduras".

Joanna esperó, pero la anciana no ofreció más. Cada vez más agitada, miró en dirección a Gavin, pero éste no sólo no pareció afectado por las palabras de Mater, sino que cambió totalmente de tema.

"Al contrario de lo que he estado suponiendo", dijo. "Esta mañana me he enterado de que tu hermana no se ha quedado contigo durante estos dos últimos días".

"¿Mi hermana?" La ceja de Mater se alzó en señal de desafío.

"Sí. Margaret, tu hermana menor", asintió Gavin con naturalidad. "Y tu hermano, Allan, me pidió permiso anoche para ir él mismo en su busca".

Hubo un momento de vacilación en la expresión de Mater, y sus ojos no abandonaron en ningún momento su minucioso escrutinio del endurecido rostro de Gavin. "Me sorprende que conozcas mis conexiones familiares".

"Y no soy el único que lo sabe", respondió con indiferencia.

El repentino parpadeo de su mirada no pasó desapercibido para Joanna. Se trataba claramente de un área sensible para Mater. La sola mención del nombre de Margaret había iluminado una grieta en la armadura. Una brecha en el muro.

"¿Cuándo fue la última vez que viste a tu hermana?"

"¿Me estás interrogando, laird?"

"¿Te importa que esté perdida?"

La espalda de Mater se enderezó, furiosa. "Es tu responsabilidad como terrateniente mantenerla a salvo".

"Y pienso hacerlo, en cuanto la encuentre. A menos que conozcas alguna razón por la que no le interese ser encontrada".

"No existe tal razón", respondió ella rápidamente. "No tiene adónde ir. No tiene dónde esconderse. No tiene medios para cuidar de sí misma".

"La última vez que la vieron estaba muy alterada". La afirmación de Joanna atrajo tanto los ojos de Gavin como los de Mater hacia su rostro. Había dicho que eran ellos dos. Tras haber tenido tiempo de templar los nervios, Joanna estaba dispuesta a participar en la conversación, como Gavin había querido. "¿Se te ocurre alguna razón para que esté disgustada?"

La mirada de Mater se posó pesadamente en su rostro, pero Joanna no se inmutó. Tendría que desplegar toda su fuerza en su trato con aquella mujer.

"No, no conozco ninguna razón para su angustia". La voz de Mater sonó de repente más delgada, más vieja de lo que había sido nunca.

El tono de Gavin, en comparación, era duro y su pregunta contundente. "¿Crees que ella y el cura podrían haber tenido algo entre ellos?"

Su pregunta provocó un rubor de indignación en el rostro de la anciana. "¡Nunca!"

"En el castillo hay quien la ha visto hacerle frecuentes visitas".

La propia Joanna se erizó ante la insinuación de Gavin. Miró a Mater a la cara y la encontró dura como una piedra.

"Es bastante seguro que se fue con el cura, Mater". continuó Gavin. "Y aunque es un hombre de costumbres, ese viejo enano parece haberse salido con la suya con más de una mujer en ese torreón".

Había una nota de crueldad en el tono de Gavin y, hasta ahora, Joanna no le habría creído capaz de ello. Pero cuando volvió a mirar en dirección a Mater, vio que la compostura de la abadesa estaba a punto de desmoronarse.

"Tengo que admitir que su edad jugará a su favor".

"Basta, Gavin", ordenó Joanna.

"Esta vez", retumbó, "no tendrá que preocuparse por dejarla embarazada".

"Gavin".

"Al menos no habrá motivos inmediatos para abandonarla".

"He dicho que pares". Joanna se agachó y cogió la mano de la anciana. No había pasado por alto las lágrimas que brotaban de los ojos grises de la abadesa. "No veo razón alguna para una

brutalidad tan cruel".

"¿No, muchacha?", le preguntó, clavando sus ojos negros en los suyos. "¿Ah, sí?"

De repente, se dio cuenta de lo que había hecho. En el espacio de unos instantes, había derribado la fachada de piedra tras la que se ocultaba Mater. Y al hacerlo, había despertado una compasión por la anciana que Joanna creía muerta desde hacía mucho tiempo.

Enfadada con él y enfadada consigo misma, Joanna apartó los ojos de su rostro y bajó la mirada hacia la nudosa manita que se entrelazaba con la suya.

"¿Cuándo fue la última vez que viste a tu hermana?" preguntó Gavin, esta vez con más suavidad.

Joanna sintió que las manos de Mater se estrechaban en torno a las suyas mientras la anciana miraba a Gavin. "La semana pasada, laird, el mismo día en que fue vista por última vez por los demás".

"¿Y no sabes por qué se enfadó?"

"Había estado llorando", dijo Mater con cansancio. "Algo que Margaret no suele hacer. Pero, con lo trabada que tiene la lengua, no podía contarme muchas cosas".

Aunque Joanna estaba concentrada en las palabras que se estaban pronunciando, una creciente comprensión se apoderó de ella, y la conmovió. Podía sentir la frialdad que se había introducido en la mano de la abadesa. Podía sentir cada callo, cada pulso de la sangre de la anciana. Pero también, por primera vez en su vida, sintió que era *ella* quien le proporcionaba la fuerza. Al igual que Mater, la fuente de poder de las mujeres que la rodeaban, ella, Joanna MacInnes, actuaba como la dadora, la proveedora de una fuerza de voluntad que sabía que Mater necesitaba desesperadamente en aquel momento.

"Llevamos buscando al sacerdote desde que desapareció", dijo Gavin en voz baja. "Los pocos campesinos que admiten haber visto al padre William hablan todos de una mujer delgada que hacía compañía al clérigo. Esa mujer sólo puede haber sido Margaret".

"¿Qué pretendes hacer? preguntó Mater con frialdad, volviendo a aparecer un filo en su voz. "Ella es tu responsabilidad".

"Estamos haciendo lo que podemos. He enviado a mis hombres en todas direcciones buscando, pero anoche Allan me habló de una cabaña al norte donde vivió una hermana del sacerdote."

"¿Allan fue allí solo?"

Joanna y Gavin miraron la tez pálida de la mujer mayor.

"Algunos de mis hombres me acompañaron, aunque es posible que se separaran para buscar en las colinas si lo consideraban necesario. ¿Por qué?"

"Porque si encuentra a Margarita con ese sacerdote inútil, no se sabe lo que hará". Mater se detuvo un momento mientras miraba en dirección al cielo, hacia el norte. "Tanto él como yo hemos pasado la mayor parte de nuestras vidas siendo muy protectores con Margaret. Quizá Allan incluso más que yo".

"Tu hermano sabe que quiero recuperar vivo al sacerdote. Hay preguntas que responder. No le hará daño".

Joanna miró a Gavin a la cara, intentando ver si realmente creía lo que acababa de decir, pero su expresión volvió a no delatar nada. Así que se volvió hacia Mater: "¿No crees que le haría daño a Margaret?"

Los ojos de la anciana se desviaron hacia su rostro.

"¡Nunca!", dijo ella con vehemencia.

Capítulo Veintinueve

ESPERA, gritó en su mente.

Margaret bajó a trompicones por la ladera mientras la oscura figura del sacerdote desaparecía por la cresta de la siguiente colina rocosa.

Espérame, rezó, levantando los pies en la lucha por mantener el ritmo.

Un azor voló en círculos sobre la siguiente cresta, pero para ella sólo era un borrón oscuro. La cabeza seguía dándole vueltas y el grito de su pecho se convirtió en un gemido estrangulado.

¡Espera! ¡Espérame!

Ella no había dicho ni una palabra desde que salieron de la abadía, pero a él no le sorprendió realmente. A pesar de lo breve que había sido su visita, Gavin estaba seguro de que Joanna se había sentido profundamente afectada por el encuentro con Mater. Y no le cabía duda de que la anciana también se había sentido conmovida.

Ya habían superado la cresta de la colina, dejando atrás el valle y la abadía. Las arboledas y las colinas coronadas de brezo se extendían hasta el ancho lago, y Gavin decidió que era un momento tan bueno como cualquier otro para sacarla de su silencio.

Se volvió hacia Joanna. "¿Sigues pensando que es culpable?"

De mala gana, apartó la mirada de su camino y miró en su dirección. Sus ojos reflejaban su indecisión.

"¿Sigues creyendo que Mater y su gente fueron los que provocaron el incendio del ala sur?"

Ella siguió mirándole en silencio, como si lo que acababa de preguntarle no tuviera nada de inquietante. Pero él pudo ver el profundo rubor que cubría su piel clara.

"¿Sigues creyendo que son asesinos a sangre fría?". Hizo una breve pausa y, al continuar, levantó una ceja inquisitiva. "¿La compasión que mostraste por aquella anciana no fue más que un artificio?"

"Te estás aprovechando de mí", estalló de pronto, deteniendo el caballo. "Primero me obligas, contra mi voluntad, a ir a la abadía, y luego utilizas tus maneras rudas e insensibles para quebrantar la voluntad de esa anciana. ¿Quién no sentiría pena por los malos tratos que recibió de ti? Y ahora esto".

Rápidamente hizo girar su caballo hasta que se colocó justo al lado del de ella. "¿Y ahora qué, Joanna?", preguntó, inclinándose hacia ella. "¿No quieres oír a tu propia conciencia clamar por justicia? ¿No quieres oír la verdad cuando tu corazón intenta decirla? ¿Por qué no la aceptas, Joanna? Ya no estás segura de su culpabilidad. ¿Por qué no dejas a un lado tu obstinación y

empiezas a considerar todo lo que sabemos? ¿Tratar cada hecho como lo vemos, sin colorearlo con lo que *queremos* creer?"

"No quiero creerla culpable", dijo enfadada. "Te odio, Gavin Kerr".

"No, eso es mentira. Tú me amas. Tú misma me lo has dicho".

"Eso fue antes de conocer esa vena bárbara que corre por tu sangre".

"No es cierto", estiró la mano y agarró con fuerza una de las suyas. Ella intentó retirarla, pero él la sujetó con fuerza y luego empezó a llevársela lentamente a los labios. "Te gusta mi rudeza. Te gusta mi honestidad". Le giró la mano y posó los labios sobre su pulso. "Sé que soy brusco y que mis actos no siempre son lo que esperas".

"Tienes una forma de jugar con mi mente", interrumpió ella con voz temblorosa. "No puedo permitir ni un momento de..."

Le pasó la punta de la lengua por la delicada piel de la muñeca. "¿No puedes *qué*, Joanna?"

"Tienes una forma de hacerme olvidar las cosas".

"¿Ah, sí?", preguntó lentamente. "Sólo he hecho una simple pregunta".

"Pero tú..."

Sus palabras murieron en sus labios cuando Gavin tiró suavemente de su mano y acercó su rostro al suyo. "¿Qué pasa conmigo? Su boca se cernió sobre la de ella. "Eres tú quien me roba el sentido".

Bajó la boca y le besó los labios. Ella le rodeó el cuello con una mano y le animó a seguir.

"¿Lo ves?" Se apartó ligeramente. "Y te quejas de mí. Te digo, Joanna, que no podemos hacer esto en cualquier momento en que decidas que no quieres responder a mis preguntas".

"¿No?", preguntó seductoramente, rozando sus labios con los de él.

"¡Infierno!" Cuando la palabra salió de su boca, Gavin la agarró por la cintura, la levantó suavemente del caballo y la colocó en su regazo.

Sus palabras eran suaves y seductoras. "*Eres un bárbaro. Pero, ¿no es ésta una buena manera de resolver una discusión?*".

Sus labios volvieron a encontrar los de ella y su lengua se introdujo en su boca. Se apartó ligeramente. "Nunca discutimos".

"Sí", exhaló ella, sonriendo. "Luchamos".

"No", se burló él, pasándole la mano por el muslo. "No estamos de acuerdo".

"Es verdad -respondió ella, jadeando y enterrando los labios en el pliegue de su cuello. Giró ligeramente la cabeza y lo miró. "Y cada vez que sientes que la balanza se inclina a mi favor, intentas hacerme el amor. Y digas lo que digas, Gavin Kerr, son mis sentidos los que parecen robarse".

Sin intentar ser suave, la guerrera estiró la mano y colocó las nalgas de ella más ajustadas contra su hinchada hombría.

"Creo, muchacha, que eres la criatura más salvaje y apasionada que he conocido".

"¿Ganas, quieres decir?" Las palabras de Joanna se convirtieron en un suave gemido cuando los dedos de él encontraron su pezón a través de la suave lana del vestido.

Gavin miró a su alrededor y encontró un lugar elevado y protegido bajo una enorme roca saliente. Espoleando a su corcel colina arriba, observó el campo abierto. A lo lejos, el lago brillaba bajo la luz del sol.

"Cuando se trata de ti, Joanna", se rió, "yo soy el libertino. Y creo que eres muy consciente de mi debilidad". Mientras ataba el caballo junto a la base de la roca, Gavin la agarró con fuerza y le dio un mordisco en el lóbulo de la oreja. Riéndose cuando ella chilló, la bajó del caballo y saltó tras ella. Sin mediar palabra, los dos treparon alrededor de la roca hasta un espacio cubierto

de hierba con vistas al lago, y allí él la empujó con fingida seriedad contra la cara erosionada de la piedra.

Mientras su boca se apoderaba de él y su lengua profundizaba en sus suaves recovecos, las manos de Joanna lo rodeaban y ella frotaba seductoramente sus caderas contra la ingle de él.

"No puedes ganar esta discusión", dijo ella sin aliento cuando él rompió el beso.

"¿Qué argumento es éste?" Gavin miró la corbata de su capa y luego alargó la mano y tiró de ella para aflojarla.

"No puedes hacerme cambiar de opinión sólo llevándome a la abadía".

Le quitó la capa de los hombros, la arrojó al suelo y le levantó los pechos con las grandes palmas de las manos, tocando primero uno y luego el otro a través del vestido. Ella apoyó la cabeza contra la roca y enredó los dedos en su pelo.

"Tómame, Gavin. Hazme el amor".

Alargando la mano por detrás, le desabrochó ágilmente los cordones del vestido.

"No hasta que me des tu palabra de que pensarás en nuestra visita". Tiró con fuerza del escote del vestido y sonrió satisfecho cuando uno de sus pechos se desbordó. Tomó el pezón entre el dedo y el pulgar, se detuvo y dejó que su boca se cerniera sobre el premio. "Deja tu obstinación, muchacha. Escucha a tu corazón".

"Nunca", gimió ella mientras su boca descendía y chupaba su carne. "No puedo olvidar el pasado".

Le levantó las faldas hasta la cintura y encajó una pierna entre sus muslos. Ella le rodeó el cuello y los hombros con los brazos y se dejó cabalgar sobre la musculosa dureza de su miembro.

"No te pido que olvides". Sus dedos se dirigieron a las nalgas desnudas de ella, apretándola más contra su ingle. "Sólo te pido que lo tengas en cuenta. Es muy posible que ella no sea la responsable". Mientras ella negaba con la cabeza, él movió una mano entre ellas y deslizó dos dedos profundamente en la húmeda hendidura entre sus piernas. Mientras la acariciaba, Joanna empezó a respirar entrecortadamente. Mientras ella subía más y más, él seguía estrechándola contra él, provocándola, acariciándola, viéndola retorcerse felizmente entre sus brazos.

"Por los santos, tómame, Gavin".

"Dale una oportunidad a Mater, Joanna", dijo con voz ronca. Sabía que no podía contenerse mucho más. "Deja a un lado tu propia culpa y abre tu mente".

"Yo... yo... no hay... oh... ninguna culpa".

La miró profundamente a los ojos azules y oscuros, nublados ahora por la pasión.

"Sí, Joanna", gruñó. "Cargas con una culpa. Es la maldición de los vivos. Lo sé porque es el mismo sentimiento que he llevado casi todos los días de mi vida".

La observó atentamente mientras su liberación la hacía retorcerse y arquearse entre sus brazos. Ella gritó en voz alta antes de envolverse con fuerza alrededor de él. Cuando sus estremecimientos de placer empezaron a remitir, él continuó hablando.

"Te juro que sé cómo te sientes. He vivido el mismo tipo de dolor desde que era sólo un muchacho". Mientras ella apoyaba la cabeza en el pliegue de su cuello, escuchó, y sus manos recorrieron lentamente su camisa de lino y bajaron hasta la abultada hombría que se apreciaba bajo su falda escocesa. Esta vez fue Gavin quien se quedó sin aliento y su susurro se hizo ronco cuando ella le pasó la mano por la lana. "Dale una oportunidad... *dame* una oportunidad".

Joanna le levantó la parte delantera de la falda escocesa y le tocó la piel desnuda.

"No lo hagas", ordenó. "No hasta que me des tu palabra".

Ella se apartó un poco y le miró a los ojos. "Lo intentaré".

La levantó del suelo y ella le rodeó la cintura con las piernas.

"Pero eso es todo lo que puedo decir por ahora. Sólo que lo intentaré".

Gavin gruñó, guiando su virilidad dentro de ella. Meciéndose entre sus brazos, ella absorbió toda su longitud y gritó ante la sensación.

"Sí, Joanna", jadeó, levantándola y penetrándola con potentes golpes.

Capítulo Treinta

EL GRITO ululante reverberó por las colinas bordeadas de rocas, sobresaltando a los caballos y traspasando las almas de los oyentes.

Joanna apretó las riendas y miró alarmada hacia el escarpado acantilado que se alzaba sobre sus cabezas. El sol descendente proyectaba sombras largas e irregulares, y el marcado contraste de luz brillante y sombra profunda sólo servía para enterrar gran parte del terreno que tenían ante ellos en una oscuridad impenetrable.

"¿Qué demonios...?" gruñó Gavin.

El grito volvió a oírse. El sonido no era claramente humano, pero era un sonido que Joanna había oído antes.

"Si fuera supersticioso, diría que es el lamento de una banshee".

Joanna extendió una mano para protegerse los ojos de la luz mientras volvía a mirar las colinas. Ante ellos se extendía la última colina que tendrían que escalar antes de descender al desfiladero situado bajo la muralla del castillo.

"No es una criatura sobrenatural, Gavin".

El lamento volvió a cortar el aire, esta vez seguido de un gemido largo y desgarrador.

"Es por aquí", dijo Gavin, espoleando rápidamente a su caballo hacia la siguiente subida. "El sonido procede de más allá de la meseta".

Joanna le siguió, y su veloz yegua acortó la distancia que los separaba. Mientras galopaban por la cresta de la colina, sintió que un nudo se le hacía apretado en la garganta. No era el miedo a lo desconocido lo que le hacía palpar el corazón, sino el hecho de que el gemido desesperado había sido el grito de una mujer. Temía que fuera una de las mujeres de Mater.

A la sombría ladera siguió una brillante extensión de pradera salpicada de rocas. Allí la vieron.

Estaba sentada a mitad de la colina, en un pedregal de tierra. Estaba de espaldas a ellos. Sus gemidos llenaban el aire, fuertes y nítidos. A medida que Joanna y Gavin se acercaban, el cuerpo oscuro sobre el que estaba acurrucada la mujer se hizo visible.

Gavin levantó la mano, indicándole que se mantuviera alejada, pero Joanna no podía alejarse más de aquella lamentable criatura de lo que podía derribar la gran cruz de hierro que colgaba sobre la puerta de la Vieja Fortaleza. Pero cuando llegaron junto a ellos, sintió que la bilis le subía a la garganta.

Ante la llorosa mujer yacía la figura inmóvil y ensangrentada del sacerdote. Su cabeza, casi separada del cuerpo, yacía en el regazo de Margarita.

La mujer muda, totalmente ajena a todo lo que la rodeaba, se afligía con una ferocidad que Joanna nunca había visto en nadie. Gavin desmontó y se acercó lentamente al cuerpo desde un

lateral. Sin embargo, Margaret no levantó la vista. No dejó de balancear lentamente su cuerpo, un gemido agudo que heló los huesos de Joanna. El vestido de la mujer estaba cubierto de sangre, y Joanna podía ver las vetas de carmesí oscuro que le manchaban la cara.

Y entonces Joanna vio cómo los dedos de Margaret se sumergían en la sangre de la garganta del hombre muerto, untándosela en las mejillas.

"Está muerto, Margaret", dijo Gavin en voz baja pero con firmeza, agachándose junto al cadáver.

Joanna desmontó lentamente y se acercó a la mujer. Los ojos de Margaret se centraron en el cuello ensangrentado y mutilado del sacerdote. La joven volvió su atención hacia la afligida mujer, incapaz de hacer nada por el clérigo muerto.

"Esto no ocurrió hace mucho tiempo", dijo Gavin, mirando el salvaje corte. "Su cuerpo aún está caliente".

Levantándose, miró en todas direcciones, y Joanna siguió su mirada. No había nadie a la vista en ninguna parte, aunque la línea de colinas y el terreno rocoso eran muy adecuados para esconderse.

"Pasamos por aquí esta mañana y no vimos ni rastro de esos dos". Joanna se agachó y pasó suavemente una mano por la espalda de Margaret. La mujer muda no la miró ni reconoció su presencia. "¿Quién crees que ha podido hacer esto? Cortarle así en..."

El resto de la frase se le quedó en la garganta. Allí, en el regazo de Margaret, la empuñadura de un puñal ensangrentado se mezclaba con el pelo enmarañado del sacerdote. Al echar un vistazo al cinturón del sacerdote, Joanna vio una vaina vacía, y cuando sus ojos se alzaron y captaron los de Gavin, vio por la mirada endurecida de su rostro que él también había visto el arma.

"Ella no..." susurró Joanna con firmeza, negándole con la cabeza.

Rápidamente, Gavin se agachó y levantó la daga de la falda de la mujer, limpiando el mango y la hoja ensangrentados en la capa del sacerdote. Los ojos de Joanna siguieron los suyos cuando se movieron desde el reluciente filo de la hoja hasta la garganta del hombre. Sus ojos eran acusadores cuando se desviaron hacia Margaret -hacia su rostro y sus manos manchadas de carmesí- antes de estudiar de nuevo el puñal.

Una súbita furia se encendió en ella mientras Gavin seguía mirando en silencio. Miró rápidamente la cara de Margaret. Nada había cambiado. Seguía actuando como si no hubiera nadie más alrededor: mojando los dedos en la sangre, untándola en la piel de las mejillas. Margaret no podía haberlo hecho, pensó Joanna, pero estaba segura de que moriría por ello. Y era el laird quien impartiría tal justicia.

"Mírala, Gavin", instó Joanna. "Escucha sus gritos. Ella no lo lloraría... no sufriría así si lo matara".

"Tendremos que llevarlos de vuelta al castillo". Se volvió y silbó a su caballo.

Joanna sintió que la invadía una sensación de pánico. Recordó las palabras de Mater, sobre el desamparo de la muda. Aquí no había nadie que cuidara de ella. No habría nadie, ni siquiera su propio hermano, quizá, que creyera en su inocencia. Rodeando con más fuerza los hombros de Margaret, Joanna intentó sacar a la mujer de su trance. Pero no hizo nada que cambiara las cosas.

Nada hasta que Gavin intentó envolver al sacerdote en su propia capa.

Ante sus ojos, Margaret enloqueció. Arañando el manto oscuro, emitió sonidos sin sentido, gimiendo y desgarrando las manos de Gavin, arrojándose sobre el cuerpo del sacerdote asesinado en una frenética y lunática muestra de miseria y pérdida.

Gavin le hizo un gesto a Joanna para que la contuviera, pero la joven no pudo contener sus

propias lágrimas mientras luchaba por mantener a Margaret alejada mientras él envolvía el cadáver atentamente.

Los forcejeos de Margaret disminuyeron y ahora se limitaba a recostar su rostro ensangrentado y apesadumbrado contra el hombro de la joven. Joanna acarició distraídamente la espalda de la delgada mujer, pero no obtuvo respuesta. Se había retirado a un espacio oscuro dentro de sí misma, perdida una vez más de toda actividad a su alrededor.

Joanna miró a Gavin. Estaba atando afanosamente el cuerpo del sacerdote encima de su caballo. La expresión adusta de su rostro le dijo todo lo que necesitaba saber.

Lo que vendría después estaba claro. Margaret sería declarada culpable de matar al sacerdote. Una sensación de horror se apoderó de ella con más fuerza cuando se dio cuenta de que Gavin podría incluso considerarla culpable de matar a los demás. La propia Joanna le había dicho que Margaret había sido una de las mujeres presentes en la cripta. Y en su mente, si ella era capaz de cometer ese asesinato, entonces también era capaz de acabar con las demás. Margaret *había* sido una de ellas, pero Joanna sabía ahora que era la propia hermana de Mater, y algo en ello la hizo reflexionar. Aunque su propia respuesta la desconcertaba, algo en ese hecho parecía excusarla, más que condenarla.

La mujer mayor se agarró al hombro de Joanna y empezó a sollozar en silencio.

"Sé que no lo has hecho", murmuró Joanna suavemente contra la cabeza de la mujer. "Lo sé, Margaret.

Observó a Gavin mientras volvía en su dirección, y Joanna le miró a la cara, esperando ver algún signo de compasión por la criatura rota que tenía en sus brazos. Pero no había ninguna.

"Estamos listos para regresar. Montarás en tu yegua".

"¿Y ella?"

"Puede andar".

"No puede", dijo Joanna brevemente. "Ni siquiera sabe dónde está, ni quiénes somos. Gavin, no se ha movido de mis brazos desde que te llevaste su cuerpo. No puedes esperar que ella..."

"Caminará", dijo, cogiendo a Joanna por el codo y poniéndola bruscamente en pie. Como un montón de harapos, Margaret cayó al suelo a sus pies. "No pienso quedarme aquí todo el día discutiendo. Así que vuelve a tu caballo. Quiero estar de vuelta en el castillo antes del anochecer".

Joanna le miró a los ojos oscuros y fríos con incredulidad. Nunca lo había visto tan insensible, y de repente el impacto de la condena de Margaret la golpeó con toda su fuerza.

"¿Qué piensas hacer con ella?", preguntó en voz baja. "Después... después de que volvamos al castillo de Ironcross".

"No vamos a discutir eso ahora". Se volvió para ir tras su yegua.

Rápidamente le puso una mano en el codo, intentando obligarle a girarse y volver a mirarla. "Gavin, hálame. No puedo permitir que castigues a esta pobre mujer. No creo que pueda haber hecho algo tan... tan horrible".

"Bueno, *podría* haberlo hecho, y *lo ha hecho*".

"No, te equivocas". Joanna igualó su mirada. "Tener un cuchillo en el regazo no la convierte en la asesina. Pudo encontrarse con el cadáver y coger el arma. O podría haber presenciado el asesinato. Mírala, por el amor de Dios. Está asombrada. Atónita". Dejó escapar un suspiro rápido y frustrado antes de continuar. "No hay motivo para que mate al sacerdote".

"Ella habría sabido lo de Iris. Habría sabido que el sacerdote dejó embarazada a la muchacha, para luego eludir su responsabilidad. Está claro lo que ha ocurrido aquí. Margaret se fue con él. Pensó que él también iba a abandonarla. Ésa es razón suficiente para que lo matara". Gavin miró

fijamente a Joanna a los ojos y luego levantó las manos ensangrentadas para que las viera. "Y le mató".

"No puedo creerlo", dijo Joanna con obstinación, mirando a la mujer que lloraba a sus pies. "Nadie tan distraído podría ser un asesino. ¿Cómo puedes estar tan ciega?"

"¿Ciego?", dijo entre dientes apretados, agarrándola por los brazos y sacudiéndola bruscamente mientras la apartaba de Margaret. "¿Esto no te trae algo más a la cabeza? Estás aquí y proclamas inocente a esta lamentable criatura, incluso después de encontrarla con el arma homicida en su regazo, incluso con la sangre del hombre cubriéndola. Nada de esto basta para convencerte de que es culpable de este asesinato. Y sin embargo, por otro lado, consideras a Mater responsable de ese incendio, mientras que todo lo que presenciaste fue un ritual".

"Era mucho más que eso".

"¿Fue así? ¿Viste algo más condenatorio que lo que hemos encontrado aquí? ¿Viste a Mater prender fuego a esa ala? ¿La viste cerca del ala sur?"

"No tenía por qué verla allí", gritó enfadada. "Si hubiera escuchado las advertencias de mi abuela..."

"No habría ocurrido nada distinto", dijo categóricamente. "Porque fueran cuales fueran sus razones para pronunciar esas palabras sobre Mater, no tenían nada que ver con lo que ocurrió aquí el otoño pasado".

"Pero eso no es cierto. Yo los vi".

"¿Dónde, Joanna? Los viste en la cripta. Escúchame. Es hora de *que* te enfrentes a la verdad". Sacudió la cabeza, intentando evitar las lágrimas que empezaban a escocerle los ojos.

"Había cosas que tu abuela nunca te contó, Juana".

"Ya lo sé", respondió ella con dureza.

"Cosas que tienen que ver con por qué Lady MacInnes nunca se quedó aquí, en las Tierras Altas, y por qué estableció su hogar en Stirling. Cosas que podrían explicar por qué odiaba a Mater".

Una calma descendió de repente sobre Joanna. Una claridad que la sobresaltó. Lo miró fijamente, preguntándose ahora qué era lo que no le había dicho.

"Tu abuelo, Duncan, tenía un... gusto por las mujeres". Le puso las manos firmemente sobre los hombros. "Tenía fama de tomar amantes. Dicen que nunca dejaba pasar una cara bonita, fuera quien fuera".

"¿Cómo lo sabes?"

"Algo de Athol", respondió en voz baja. "Pero sólo confirmó la información que reuní sobre tu familia antes de venir al castillo de Ironcross". Aflojó su duro agarre sobre ella. "Lady MacInnes abandonó las Tierras Altas porque estaba harta de ver la fila de mujeres que iban y venían del lecho de Duncan. Se dice que muy pronto decidió pasar el menor tiempo posible con él".

"¿Pero qué tiene esto que ver con su odio hacia Mater?", preguntó, casi demasiado asustada para oír la respuesta.

"No puedo decirlo con certeza", respondió. "Pero ella también fue joven. Creo que no es demasiado descabellado suponer que tu abuelo pudiera haber tenido ojos para ella".

"Pero lleva en la abadía tanto tiempo como se recuerda".

"Desde que te acuerdas", corrigió. "Y ten en cuenta que fuiste *tú* quien descubrió que es hermana de Allan y de esa miserable".

Joanna miró a la sollozante criatura que tenía a sus pies. Margaret se había recogido las rodillas contra el pecho, con la expresión de una persona totalmente perdida para el mundo.

"Podría muy bien haber vivido en Ironcross cuando Duncan era laird", continuó Gavin. "¿No es probable que así la conociera tu abuela?".

La cabeza de Joanna latía con fuerza, y sus pensamientos y sentimientos eran una maraña de contradicciones. Desearía disponer de algún tiempo para vadear aquella avalancha de información.

Miró fijamente a Gavin. "¿Cómo vamos a saber algo más del pasado de la Mater a menos que ella misma esté dispuesta a contárnoslo?".

Gavin miró pensativo a la mujer muda antes de contestar. "Puede que hayamos encontrado la manera".

Capítulo Treinta Y Uno

JAMES GORDON YA ESTABA CASADO. No es que pareciera importar.

Tontamente, Joanna había pensado que Gavin se alegraría con la noticia, pero ni siquiera había ido a verla desde que su guerrero Edmund había regresado con el mensaje del conde de Huntly, a primera hora de la mañana.

Creyendo que Joanna se había perdido en el incendio, el sobrino del buen conde se había prometido y casado con una muchacha bien situada que Joanna conocía de su época en la corte. Para Joanna, esta noticia tenía poca importancia, pues ya se había entregado en cuerpo y alma a Gavin Kerr. Pero incluso antes de que Gavin llegara a Ironcross, nunca había tenido ningún sentimiento de pertenencia hacia el apuesto joven montañés. Después de todo, sólo se había reunido con él un puñado de veces, cada una de esas visitas en compañía de su familia.

Pero aun así, había pensado que la respuesta habría suscitado cierto entusiasmo por parte de Gavin, pues era él quien había presionado tanto para resolver la cuestión de sus antiguos esponsales.

Entusiasmo, pensó. ¡Ja! ¡Nada! Al menos James Gordon había tenido la decencia de escribirle una carta, una carta llena de explicaciones y disculpas. Pero Gavin ni siquiera se había dignado a ir a verla.

Joanna, que no veía ningún motivo para sumirse en una miseria autoinfligida, se sentó en la cama y recorrió las cortinas de damasco. Sintió una punzada de hambre y supo que ella misma no dormiría hasta dentro de unas horas. Su cuerpo seguía diciéndole que era el momento de levantarse e ir a buscar comida. Levantándose y cogiendo su ropa, Joanna decidió ver cómo estaba Margaret una vez más antes de intentar dormir.

No había ninguna razón para encadenar a la muda. Era evidente para todos que la propia Margarita había levantado barrotes de hierro que la aprisionaban con más eficacia que cualquier cosa que el hombre pudiera construir.

Había permanecido en un estado de trance continuo durante los dos últimos días. Incapaz de reconocer a nadie ni nada a su alrededor, Margaret se había limitado a permanecer en una de las pequeñas habitaciones que salían de un estrecho pasillo que conducía desde las cocinas y, una vez pasada la curiosidad inicial, ninguno de sus compañeros de servicio había mostrado interés por ella ni por su bienestar.

Al salir al pasillo desde su habitación, la joven se enfrentó al guardia que parecía estar siempre junto a su puerta. El Lowlander parecía sorprendido de verla.

"El laird pensó que quizá ya os habríais retirado a pasar la noche, milady. Me dejó un mensaje para que te lo diera por la mañana".

"¿Un mensaje?"

"Bueno, milady, seguramente habréis oído que Peter ha venido a buscar al terrateniente esta mañana".

"¿Peter?", preguntó ella, intentando recordar el nombre.

"Sí, estaba buscando en las aldeas al sur de aquí alguna señal de un sacerdote que estuvo aquí... antes de este que fue asesinado".

"¡Oh! Sí... ¡Peter!" soltó Joanna, recordando.

"Bueno, el laird quería que te dijera que Peter ha encontrado al viejo cura. Está en un hospital para leprosos. Dijo que no había forma de que Pedro arrastrara al viejo hasta aquí. Y como el cura no respondería a las preguntas de un Lowlander...".

"¿Qué ha pasado?", preguntó impaciente, viendo cómo se oscurecía el ceño del hombre.

"Bueno", el guerrero se rascó la nuca. "El laird y el conde de Athol decidieron volver a caballo con Peter e interrogar al hombre ellos mismos".

"¿Me estás diciendo que se han ido?"

"Lo son, milady. Pero..."

"Me dijo que me llevaría con él". Se lo había insinuado cuando habían ido a la abadía. Ella había querido estar presente cuando él interrogara a cualquiera que supiera algo.

"Dijo que te transmitiera sus disculpas. Esperaba volver mañana o pasado. Y también quería que te dijera que no estuvieras... bueno, demasiado enfadado con él... pero que no iba a llevarte a visitar a ningún leproso".

Se quedó boquiabierta mirando a la de las Tierras Bajas, poniéndose colorada y sintiéndose como una arpía. Sin embargo, forzó una sonrisa y asintió con la cabeza, volviéndose hacia el pasillo.

Cobarde, pensó, dándose la vuelta y dirigiéndose a la cocina. Gavin Kerr no era más que un cobarde. Demasiado temeroso de enfrentarse a ella por miedo a que lo descubriera. Demasiado temeroso de que ella viera su falta de alegría por las noticias de James Gordon.

Joanna seguía echando humo cuando llegó a la puerta que conducía a la pequeña habitación de Margaret. Incluso aquí, Gavin había colocado a un par de sus hombres a cada extremo del pasillo. No para impedir que la mujer muda escapara, por supuesto, ya que Gavin sabía que su habitación, como tantas otras, tenía paneles que conducían a los pasadizos secretos de los túneles. Los hombres, lo sabía, debían servir para disuadir a otros miembros de la casa de realizar visitas no deseadas... o poco amistosas.

Haciendo caso a la inclinación de cabeza de uno de los hombres, Joanna abrió silenciosamente la puerta y entró en la cámara poco iluminada. Justo donde la había dejado, Margaret yacía acurrucada en un pequeño montón sobre el jergón de paja del rincón. Cuando entró en la habitación y cerró la puerta en silencio, vio que los ojos de la mujer se abrían y la miraban fijamente. Ni siquiera esto era diferente de cómo se había comportado antes. Aun así, el vacío de su mirada abrió ante Joanna una visión de insondables profundidades de desesperación.

Sabiendo que Margaret podía oír y comprender a pesar de su incapacidad para hablar, Joanna había tenido la esperanza de sacarla de aquel trance de muerte. Cada vez que había venido a visitarla, le había hablado. Pero aún no había conseguido ninguna reacción de la muda.

"No podía dormir", susurró Joanna suavemente. "Y también tenía un poco de hambre". Dio un par de pasos cortos y llegó al lado de la cama. Agachada ante la paja, vio junto a la pared un cuenco lleno de caldo y una taza de madera medio llena de un líquido claro. Se sintió aliviada al ver que, al menos, el cocinero Gibby se había apiadado de aquella alma en pena y le había enviado algo de comida.

Colocando suavemente la mano sobre el puño apretado de Margaret, Joanna evaluó el rostro

fantasmal de la anciana. "Pasé demasiados meses allí abajo sola, Margaret. Lo único que prefiero -ahora que puedo caminar entre los vivos- es tener la compañía de alguien cuando como".

Era mentira, por supuesto, pero ahora mismo la verdad sobre sí misma apenas tenía importancia.

Los ojos de Joanna volvieron a posarse en el rostro distraído de Margaret. Aparte de las escasas cucharadas que había podido darle a la fuerza en los dos últimos días, Joanna sabía que Margaret no había comido nada.

Poniendo una mano detrás de la cabeza de Margaret y ajustando su propia posición hasta que la cabeza de la mujer quedó acunada en el pliegue de su brazo, Joanna cogió el caldo y se lo llevó a los labios secos y agrietados.

"No sé dónde estás, Margaret", dijo suavemente. "Pero mientras tu cuerpo siga entre los vivos, tenemos que darte de comer un poco de este caldo".

Le vertió una pequeña cantidad del líquido en la garganta. La mujer muda balbuceó, emitió un sonido de ahogo y cerró los ojos antes de cerrar la boca y apartar la cara.

"A mí me hizo lo mismo".

Joanna casi se sobresalta al oír la voz detrás de ella. Pero no tuvo que girarse para saber de quién se trataba.

El sonido de los pies arrastrando de Mater se movía detrás de ella. Sin embargo, en lugar de volver a apoyar la cabeza de Margaret en el colchón, Joanna abrazó a la mujer con fuerza contra su pecho. Congelada, se preguntó a quién intentaba proteger, si a sí misma o a Margaret.

"Yo también intenté alimentarla. Pero parece haber perdido las ganas de vivir".

Joanna sintió que la capa de Mater le rozaba el hombro mientras la abadesa se colocaba junto a ellas. Siguió un inquietante silencio mientras Joanna volvía a recostar suavemente a Margaret en el colchón y le pasaba suavemente una mano por el pelo canoso.

"No creí que a nadie de los presentes le importara que viviera".

El espesor de la voz de la anciana atrajo los ojos de Joanna hacia arriba, hasta que la miró a la cara. Ocultos en las sombras de la capucha de su capa, los ojos de Mater eran lo único que podía ver. Se estremeció ante su brillo.

"Seguramente...", se detuvo y se aclaró la garganta, deseando desesperadamente ocultar el miedo en su voz. "Seguro que a Allan le importaría".

"Eso no puedo decírtelo". Mater se agachó rígidamente a su lado. "Le perturbó bastante que huyera de la forma en que lo hizo. No sé si ha tenido tiempo de reflexionar hasta el punto de darse cuenta de que ella necesita nuestra ayuda".

Joanna se limitó a asentir en silencio y se quedó mirando el cuenco de caldo. Estiró la mano, cohibida, y volvió a colocar el plato. Por mucho que lo intentara, la idea de quedarse sola en aquella habitación con la anciana helaba la sangre de Joanna. Era una tontería, lo sabía, sobre todo si tenía en cuenta que durante tantos meses había vivido sin miedo, como un espíritu incorpóreo, en los túneles bajo Ironcross. Pero ahora, de nuevo entre los vivos... Joanna se estremeció, sintiendo la huesuda mano de Mater apoyada en su rodilla.

"¿Qué pasa, Joanna?"

"¿Mal?" El sonido que salió fue apenas un ronco graznido. Se aclaró la garganta. "Nada. No pasa nada".

"¿Por qué me temes tanto?"

Tenía que hacerlo. Tan importante como su próximo aliento era para su cuerpo, poder enfrentarse a aquella mujer era, de repente, tan importante como su propia alma. Giró lentamente la cara y miró a los ojos grises de Mater. "¿Qué te hace pensar que tengo miedo?"

"Has estado en la cripta".

Joanna sintió que la cara le ardía de calor. No se atrevía a romper el contacto visual con la anciana; eso sería admitir su culpabilidad. Sería un acto de cobardía. Pero tampoco podía negar razonablemente haber estado allí. Había dejado muchas pruebas para cualquiera que mirara con atención.

"No tienes que esconderte cuando vengas a vernos allí".

Joanna abrió la boca, pero había perdido la voz. Al mirarla a la cara, sólo vio los grandes ojos de Mater en un halo de oscuridad. Sintió que empezaba a temblar de forma incontrolable.

"Eres uno de los nuestros", dijo Mater con voz gruesa. "De hecho, eres más que bienvenida a unirme a nosotros dentro de dos noches. Ya es hora de que aprendas".

La luna llena, gritó Joanna para sus adentros. La estaba invitando a participar en su diabólica ceremonia de luna llena.

"Es sólo lo que no comprendes lo que provoca tu miedo. Quiero que vengas. Te hará comprender el propósito que hay detrás de todo lo que representamos. Detrás de todo lo que somos".

Joanna luchó por armarse de valor mientras miraba a los ojos luminiscentes de la abadesa. "¿Por qué no me lo explicas ahora?"

"No le haré justicia. Y, a decir verdad, no me corresponde a mí relatar las centenarias historias de nuestros antepasados sin nuestras hermanas."

"Eres su ama".

"Soy un guía, hermana. Nada más que un humilde acompañante".

"¿Y qué hiciste?" preguntó Joanna, inspirando trémulamente. "¿Qué te ha dado derecho a tal posición?"

La mirada de Mater vaciló de repente.

"Debió de haber una razón para que dejaras a tus parientes en el castillo de Ironcross y ocuparas tu lugar al frente de las mujeres de la abadía".

Por primera vez, Joanna pensó que podía ver las sombras arrugadas de su rostro saliendo a la luz por debajo de la capucha.

"Para ser... para sentirme como una de vosotras, necesito confiar en ti", dijo Joanna en voz baja. "Confiar en ti, Mater".

Los ojos de Mater se acercaron a su rostro. "Hay muchos en nuestro rebaño que no preguntan la verdad y, sin embargo, nos siguen en este viaje". Puso lentamente una mano huesuda sobre la de Joanna. El increíble calor de su tacto hizo que Joanna se sobresaltara, pero se obligó a mantener la mano donde estaba.

"Pero tú, muchacha", continuó Mater. "Eres de las que no otorgan fácilmente su confianza".

"No dos veces, Mater".

"¿Y he hecho algo para que desconfíes de mí?"

Joanna miró fijamente a los ojos de la mujer mayor, pero no le respondió. En su lugar, repitió su pregunta anterior. "¿Por qué te eligieron estas mujeres para que te convirtieras en su guía?"

Mater levantó ligeramente la barbilla al responder. "Porque he compartido, en cierto modo, el destino de nuestros predecesores".

"¿Compartido?" repitió Joanna vacilante. "Me han dicho que esas criptas llevan allí siglos".

"Sí, es cierto. Pero aún hoy compartimos su sufrimiento, Joanna. Algunos de nosotros, demasiados, compartimos su dolor".

"¿Qué tipo de dolor?"

"El dolor que proviene de la lujuria del hombre, de sus abusos, violaciones y asesinatos".

Joanna se giró bruscamente y miró a Mater a la cara.

"Ellas... ¿fueron violadas y asesinadas? ¿Así murieron esas mujeres? ¿Y tú?"

Se hizo el silencio entre ellos. Mater vaciló, y Joanna sintió una ráfaga de aire en la cara. Miró rápidamente hacia la puerta, pero estaba cerrada, y se volvió hacia la abadesa.

"¿Qué te ha pasado?", repitió.

"Me violaron". La voz de Mater era dolorosa. "Me eligieron para guiar a nuestro rebaño porque, a los ojos de las mujeres de la abadía, yo sufrí el mismo tormento. Mi cuerpo también había sido profanado".

De repente, Joanna se sintió incapaz de hablar. Un nudo apretado había crecido en su garganta, y las palabras anteriores de Gavin empezaron a correr lentamente por su mente. Palabras sobre la infidelidad de su abuelo a la mujer con la que se había casado.

"¿Quién...?", consiguió decir. "¿Quién fue el responsable?" No pudo terminar. En lugar de eso, buscó con la mirada el rostro inmóvil e inescrutable de Mater.

La mujer mayor apartó la mirada. "No te corresponde pensar en el pasado. No es culpa *tuya*".

"Era Duncan, ¿verdad?". Joanna sintió como si aquel nombre fuera a ahogarla. "Fue mi nieto quien te violó".

Los ojos de Mater se volvieron lentamente y se centraron en los suyos. La repentina vulnerabilidad que Joanna vio en sus profundidades le habló más de un pasado torturado de lo que las palabras de la mujer podrían transmitir.

"No es culpa *tuya*, Joanna". La voz de Mater carraspeó en la penumbra. "Debes apartarla de ti".

"No puedo". Entrelazó desesperadamente sus dedos llenos de cicatrices quemadas con los huesos nudosos de la mano de la mujer mayor. "Hazme comprender. Estoy cansada de esta confusión. Necesito ver el pasado para poder afrontar el presente".

"Puedo enseñarte la historia de esas tumbas".

"No. Quiero conocer *tu* pasado. *Tu* conexión con la sangre que fluye por mi cuerpo".

"Te digo que no es culpa *tuya*", argumentó Mater.

"¿Pero no ves que debo soportarlo yo? Siempre lo será hasta que sepa la verdad".

Mater negó con la cabeza.

"Mater, ayúdame", suplicó Joanna. "Sin saberlo, me han enseñado a odiar. Sin darme cuenta, me he puesto una venda en los ojos. Déjame ver. Es mi derecho, Mater".

La anciana abadesa se tomó otro momento para mirar a Joanna a los ojos antes de apartar la mirada hacia la oscuridad. "¿Qué más quieres saber? Era él. Tu nieto, Duncan".

"¿Te llevó contra tu voluntad?"

"Me tomó como acostumbraba a tomar a cualquier mujer que veía y le apetecía".

"Pero hay una diferencia. Otros, tal vez, estaban dispuestos".

"Nunca comprendió la diferencia", dijo Mater en voz baja. "En lo que respecta a Duncan MacInnes, tenía derecho a los cadáveres de todos los que vivían en sus tierras".

Joanna se quedó mirando, con las náuseas atenazándola por la mitad, asqueada al pensar que la misma sangre que sentía palpar en sus sienes era la misma que había corrido por las venas de semejante monstruo.

"¿Te llevó contra tu voluntad y luego te echó?"

Mater no la miró, sino que desvió la mirada hacia la oscuridad.

"Dime la verdad, Mater", la voz de Joanna temblaba de desesperación, de necesidad de saber y de comprender. "¿Qué te ha pasado?"

Los ojos de la anciana volvieron a los suyos. "Huí. En mis luchas por librarme de él, me

habían golpeado. Estaba desgarrada y ensangrentada. Después de que me abandonara, no pude permanecer más tiempo en Ironcross. No viviría con el temor de que en cualquier momento decidiera volver a hacerme lo mismo. Así que huí". Mater dejó escapar un suspiro tembloroso. "Aquella noche, abandoné el único lugar en el que había vivido y me arrastré hasta las colinas. La luna llena brillaba sobre mí y lloré de desesperación. En realidad, casi esperaba que algún animal salvaje me encontrara y me liberara de mi vergüenza. Pero no fue así. El Señor tenía otros planes para mí. Las mujeres de la abadía me encontraron. Me tomaron a su cuidado".

Los ojos de Mater adquirieron una mirada lejana mientras se clavaban en un rincón vacío de la habitación. "Eran compasivas y fuertes, aquellas mujeres. Nunca hicieron preguntas. Simplemente me aceptaron tal como era".

"Así es como te quedaste y te convertiste en uno de ellos. Te convertiste en su líder".

"Sabes, Joanna, creo que habría creído bendecida mi vida si eso fuera todo lo que tengo que contar". La mirada de Mater volvió a fijarse en el rostro de Joanna. "Pero hay más. Entonces no lo sabía, pero estaba embarazada. El hijo de Duncan".

Joanna cogió una de las delgadas manos de Mater y la estrechó con fuerza entre las suyas. "¿Qué le ha pasado a ese niño?"

"I..." La voz de la anciana estaba entrecortada y pasó un largo rato antes de que hablara. "Por tonta que fuera, pensé que sería mejor criar al niño como hijo de Duncan. Aunque era bastardo, viviría mejor en Ironcross que en las ruinas de la abadía, entre pobres mujeres que apenas podían alimentarse".

"Así que volviste".

"Sí. Volví. Y vuelvo a morir cada vez que pienso en ello".

Ahora había lágrimas, y Joanna las vio correr por el rostro arrugado.

"Si había pensado que la primera vez era una penitencia por mis pecados pasados, esta vez era el castigo incluso por vivir. Cuando Duncan se enteró de que había vuelto, de que estaba en las cocinas, vino hacia mí y me arrastró hasta el fregadero. Allí mismo... con los demás mirando. Le supliqué, lloré, le supliqué. Todo eso no significaba nada para él. Me violó de nuevo, y más brutalmente que antes. Y lo que es peor, recuerdo -incluso mientras yacía tendida debajo de él, pensando que me había desgarrado la carne- recuerdo haber pensado, tonta de mí... que tal vez hubiera una forma de hacer las paces con él... por el niño. Cuando acabó conmigo, le dije que estaba embarazada de él".

Mater levantó una mano temblorosa y se quitó las lágrimas que colgaban de su barbilla afilada y huesuda.

"Duncan se rió. Era una risa vil, ebria e incrédula, y me dijo que se ocuparía de ello. Y luego me dejó allí". Dejó escapar una carcajada sin gracia. "Ni siquiera tuve la oportunidad de recomponerme. Levanté la vista y vi a tu abuela junto a la puerta. Sí, ésa fue la forma en que Duncan se encargó de ello. Había ido a ver a su mujer y le había dicho que se ocupara de ello".

"¿Te ayudó?" preguntó Joanna, ahogándose en su pregunta.

"¿Me ayudó? Sí, ella me ayudó. Lady MacInnes era joven y aún no conocía a Duncan como lo haría algún día. Me llamó puta". Mater estrechó con fuerza las manos de Joanna entre las suyas. "Llamó a uno de los hombres de Duncan. Me arrastró fuera de la entrada principal del Gran Salón y me arrojó por las escaleras al patio".

"No..." susurró Joanna entrecortadamente, incapaz de contener las lágrimas. "No puede ser".

"Sí. Es la verdad. Cada palabra".

"Sé que mi abuela te odiaba. ¿Fue entonces cuando empezó todo?"

Mater asintió. "Sí, siempre me ha culpado. Al verme allí y saber que no era la primera vez, ya

que llevaba a su hijo".

"Aun así, que cargue con su odio durante tantos años".

"Una mujer no olvida". Mater hizo una pausa y sus ojos adquirieron un brillo antinatural. "Pero fue lo que dije más tarde, cuando me echaron, lo que ella me echó en cara. Caí por los escalones de piedra y aterricé sobre el vientre en un montón ensangrentado bajo la gran cruz de hierro que cuelga sobre esa puerta. Sentía el calor de la sangre corriendo contra mis piernas, el dolor, y sabía que ya había perdido a mi hijo. Pero entonces miré a la luna y, al ver la cruz de hierro, recordé las historias de las mujeres que estaban enterradas en la cámara. Las que aún veneraban las mujeres de la abadía. Entonces todo se unió en mi mente. Yo era una víctima, igual que ellas. Yacía tendida en mi propia sangre, como ellas en la suya".

Las manos de Mater apretaron con fuerza las de Joanna. Estaba segura de que la anciana ni siquiera sabía que le estaba haciendo daño.

"Entonces la maldije. Se levantó el viento, fuerte y fresco, y maldije a tu abuela. No debería haberlo hecho, pero era ella quien estaba por encima de mí".

"Te había hecho daño".

"No. Fue Duncan quien me hirió. Sólo él. Con el paso de los años, nunca he guardado rencor a tu abuela. A ella también la hirió. Él también la utilizó -lo sé- y la torturó como a cualquier otra mujer".

Joanna se quedó mirando, con los ojos llenos de lágrimas y el corazón arrancado del pecho.

"Grité a Dios contra su lujuria y su brutalidad. Grité la maldición del Castillo de Ironcross. El viento azotaba a los que me miraban, y con mis gritos hice volver esa maldición. Invocaba el Poder. Fue entonces cuando empezó a odiarme. Fue entonces cuando empezó a temerme".

Margaret se agitó ligeramente, pero volvió a acomodarse en el lecho de paja.

"Fue entonces cuando me convertí en Mater".

Capítulo Treinta Y Dos

CUANDO LOS PRIMEROS rayos del sol de la mañana asomaban por el cielo, Juana se envolvió en su capa y se adentró en la oscuridad de los pasadizos que había tras la puerta de paneles de su cámara.

Tenía que ir a la cámara acorazada. Tenía que volver a verla.

En el pasado, había tratado la cripta como un lugar del mal. Para Joanna, había sido el terreno profano de los demonios y sus rituales. Pero ahora Joanna comprendía que era un lugar de bondad, un santuario, un templo del que las mujeres obtenían sustento y paz.

Necesitaba ir allí y experimentarlo ella misma, mirarlo con otros ojos, sentirlo con el corazón abierto. Y necesitaba ir allí para deshacer todo lo que había preparado. Después de oír la historia de la abadesa, una historia en la que su propio abuelo había desempeñado el papel más horrible, Joanna sencillamente ya no podía verse a sí misma como juez y verdugo de Mater.

Su conversación de la noche anterior había acabado con Joanna preguntando por el ritual. Mater se lo había explicado como las oraciones que sus hermanas ofrecían para alejar la violencia y la lujuria de los señores. Oraciones. Eso era todo lo que había dicho. Pero Joanna no creía que las plegarias fueran capaces de matar a la gente.

No es que Duncan no mereciera morir después de toda la miseria que había causado a tantas mujeres. Pero, ¿qué podía explicar las otras muertes, la de sus hijos, la de la madre de Joanna y la de los sirvientes que también habían perecido?

Quizá lo que Gavin había dicho antes era cierto. El poder de la maldición estaba actuando, pero tal vez la mano humana que controlaba ese poder no era Mater, después de todo.

Abriéndose paso a través de la oscuridad de los túneles, Joanna esperaba desesperadamente que así fuera. En efecto, desde su conversación de la noche anterior, Joanna había decidido que ningún MacInnes volvería a hacer daño a la anciana.

Mater ya había sufrido bastante.

La luna descansaba sobre las murallas almenadas de la Vieja Fortaleza mientras cabalgaban hacia el patio. Gavin dejó su corcel a los mozos de cuadra y se quedó mirando la gigantesca cruz de hierro que brillaba a la luz de las antorchas sobre la puerta de la Vieja Fortaleza.

Querían mujeres. Eran guerreros. Se las merecían... o eso creían.

Con los ojos desorbitados y borrachos, salieron cabalgando -ya conoces esa mirada, laird, había dicho el viejo sacerdote leproso- y a través del desfiladero sus gritos enloquecidos de lujuria resonaron hasta el cielo. La luna, llena como una novia de nueve meses, iluminaba su

camino. Los hombres, ebrios, poseídos, cabalgaban por las colinas y se adentraban en el valle de las vírgenes.

Cuando ardió el tejado de la iglesia de la abadía, las llamas abarcaron el mismo cielo. La luz del incendio podía verse desde Elgin hasta Aberdour.

Atando a las mujeres, las sacaron a rastras y las arrojaron como ciervos sobre las monturas de sus corceles que esperaban. Algunos aldeanos y el capellán de la abadía protestaron, y los guerreros los degollaron como a perros. Y así cabalgaron de vuelta, ensangrentados y acalorados por la matanza y la lujuria. Volvieron a su señor, llenos de sí mismos, jactanciosos, crueles.

Arrojando a un lado su gran cuerno para beber, el laird se detuvo en los escalones de su torreón, sonriendo como un rey pagano, con los pies abiertos y los enormes puños en las caderas. Encima de él, la gran cruz de hierro brillaba en la pared de su nuevo torreón, y un gran fuego ardía en el patio ante él. Las mujeres eran salvajes, se agitaban contra sus ataduras y gritaban cuando, una tras otra, los guerreros las arrojaban desde los lomos de los caballos al polvo.

Una virgen. Sí, una virgen. Cuánto tiempo había pasado, pensó el hacendado, y el ladrido gutural de su risa atravesó la noche. Ah, una virgen en la que enterrarse. Eso era lo que les había enviado a buscar.

Desnudadlos a todos, ordenó. Podré elegir entre ellos. Aquél. No, ése. Por el demonio, los tendré a todos.

Allí en el patio, bajo la luna llena y la cruz de nuestra fe, robaron las cabezas doncellas de las santas inocentes de aquella abadía.

Fue una noche horrible, una noche de maldad la que obró este laird.

Y entonces las mujeres gritaron, maldiciéndole. Desgarradas y ensangrentadas, pero aún orgullosas y fuertes, escupieron en la tierra de aquel patio y maldijeron. Invocando el poder de Dios, el poder de la cruz, el poder de la luna y de la propia tierra, le maldijeron a él y a todos los que le siguieron, impenitentes.

El laird hizo que los derribaran. Sus hombres las golpearon y las patearon. Ante aquella cruz de hierro, infligieron una y otra vez sus sucias lujurias a aquellas mujeres sin culpa.

Pero entonces, cuando pensó que por fin se habían quebrado, el laird oyó que se alzaban las voces de las mujeres. Cada vez gemían y se lamentaban más alto, hasta que sus lamentos ahogaron la asquerosa risa de aquellos monstruos. Las voces se elevaron más y más hasta que tocaron la luna, y aquel orbe blanco y resplandeciente se volvió carmesí de vergüenza.

Todos se quedaron mirando, aquellos guerreros. Entonces alguien gritó: ¡La cruz! El laird la miró, el hierro antes brillante ahora rojo de sangre inocente. Escupiendo en la tierra, desenvainó su espada. Se lo demostraría. La sed de sangre brillaba en sus ojos salvajes. Levantó la espada sobre la primera mujer. Cortaría su cuerpo en mil pedazos y la quemaría en el fuego. Luego haría lo mismo con todas ellas. Era el Señor del Castillo de Ironcross. No se dejaría intimidar por los trucos de esas brujas.

Pero antes de que su espada pudiera descender, llegó el viento. Mientras las voces de las mujeres seguían lamentándose, el viento se volvió salvaje, barriendo el lago y haciendo estallar los muros del castillo. Nunca nadie había visto semejante poder.

El laird se tambaleó y cayó, y los guerreros retrocedieron. Observaron cómo la ráfaga se arremolinaba en torno a las mujeres, cómo sus cuerpos se retorcían como poseídos, cómo las chispas de la hoguera las envolvían, cómo, una a una, las mujeres caían sin vida al suelo.

Entonces, tan rápido como llegó, el viento se extinguió, dejando tras de sí sólo los cuerpos

de las mujeres.

Sin una espada que los partiera en dos, sin una daga que les cortara la garganta, todos los de la abadía estaban muertos. Y con ellos el anciano, con el cuello roto y los ojos que no veían mirando a la luna llena.

Nadie sabe quién se llevó los cadáveres y los enterró en la bóveda que hay bajo la torre del homenaje -¿Has visto la cripta, laird? había preguntado el sacerdote. En realidad, no importa quién los puso allí. Fuera como fuese, las mujeres de las Tierras Altas sabían dónde yacían y empezaron a aparecer. Cada luna llena, cada año, acudían.

Vendrían. Y se acordarían.

Gavin se quedó mirando la mancha roja que cubría la cruz gigante que había sobre la puerta. Cuánto había de leyenda y cuánto de verdad, se había encogido de hombros el antiguo sacerdote, era algo que cualquiera podía adivinar. Pero la señoría del castillo de Ironcross pasó a manos de otros hombres malogrados, y finalmente llegó a Duncan MacInnes.

El viejo sacerdote leproso había mirado fijamente a Athol y luego a Gavin. Sabía más de Duncan de lo que le importaba recordar, había dicho. Y recordaba la muerte del laird.

Gavin cruzó el patio y se escabulló por el pasadizo arqueado hacia el kirkyard. Pasó junto a las tumbas de antiguos lairds, junto a los restos sin marcar de otros innumerables, y entró en la pequeña iglesia.

Permaneció allí durante un largo rato mientras los pensamientos sobre inocentes muertos inundaban su mente. Pensamientos sobre las mujeres de la abadía, sobre los que habían muerto sin sentido en el incendio. Pensamientos sobre su propia familia.

Por primera vez en su vida, Gavin permitió que su dolor se derramara fuera de él. Arrodillado ante la cruz de madera de la oscura capilla del castillo de Ironcross, lloró.

Él estaba allí cuando ella abrió los ojos. La luna entraba a raudales, bañando su dormitorio con un resplandor azulado. Gavin había acudido a ella.

Y era evidente lo que tenía en mente.

Descaradamente, dejó que sus ojos captaran cada parte de su glorioso y desnudo cuerpo mientras él se acercaba a la cama.

Su voz, un gruñido grave, hizo que su cuerpo empezara a hormiguear de anticipación. "Te esperaba en mi habitación, pero no has venido". Con una mano agarró las mantas y las echó a un lado.

Se estremeció al ver cómo sus ojos recorrían todo su cuerpo. Era como si su delgado vestido no fuera una barrera para su mirada abrasadora. "Me preguntaba si tal vez no deseabas verme. Te fuiste... sin decir una palabra... No sabía que habías vuelto".

Gavin bajó junto a ella. Extendió una de sus manos y tocó el escote de su camisón, pasando los dedos suavemente por su piel, deslizándose hacia abajo sobre el liso lino. Ella se mordió el labio, jadeando de placer, mientras los dedos de él le apretaban suavemente el pezón que se le estaba endureciendo.

"Vengo a disculparme por ello".

"Oh, ¿para eso has venido?". La mirada de Joanna parpadeó sobre la virilidad completamente excitada que presionaba contra su muslo.

Gavin sonrió, siguiendo su mirada. "Sí. El viejo sacerdote... bueno, la preocupación de Peter de que estaba a las puertas de la muerte me obligó. Era el único, pensé, que nos contaría la verdad sobre el castillo de Ironcross y su pasado".

"¿Y aprendiste...?"

"Más tarde", le ordenó, tirando del lazo del escote de su camisa. Luego, con una mirada maliciosa, deslizó la fina tela por el cuerpo. Joanna se movió ligeramente y Gavin tiró rápidamente la prenda a un lado. "Aún no me han perdonado".

"Pero yo..."

"No, muchacha. Tendremos tiempo de sobra para hablar del sacerdote después de que me hayas concedido tu perdón".

Joanna se estremeció ante el brillo de sus ojos.

"Te he hecho daño y merezco sufrir la penitencia que tú elijas", continuó con fingida seriedad, colocándole una pierna sobre el vientre. "Debo enmendarme. Oblígame a trabajar duro, Joanna. Sudaré por tu misericordia".

Trazó la curva de su pecho.

"No soy una experta... oh". Jadeó cuando la boca de él se posó en su pezón. "No soy experta en métodos para castigar a un hombre como tú. Y además, en busca de perdón, siempre he creído que nos dieron lenguas por una razón". Ella se detuvo cuando Gavin levantó unos ojos ardientes hacia su rostro.

"Tienes razón, mi amor -dijo con voz ronca. Le pasó la lengua por el pezón y bajó lentamente por el vientre, mientras la punta de la lengua le abrasaba la piel. Cuando llegó al montículo de rizos, levantó la cabeza. "Pero en cuanto a los métodos, quizá pueda ayudarte".

"Más te vale", dijo ella con voz gruesa, consumida ya por el torbellino de colores y luz que se disparaban por su cerebro.

"Quédate quieta y haz exactamente lo que te diga. Ése será mi mayor castigo".

Le miró a los ojos oscuros y nublados y vio destellos de humor. No sabía hasta dónde llegaría este juego, pero si se salía con la suya -y se saldría con la suya-, la tortura inminente sería dulce, exquisita... y mutua.

"Separa las rodillas", ordenó.

Aunque se había entregado a él muchas veces en los últimos días, su rostro seguía enrojeciendo de calor. Pero al ver su expresión hosca, Joanna supo que no tenía elección. Así que lentamente, con un placer que sabía que se acercaba al desenfreno, se abrió a él.

"Me retuerzo de dolor", dijo roncamente, bajando la cabeza y saboreándola.

Estuvo a punto de caerse de la cama.

"Ahora tendrás que quedarte quieta si quieres que sufra de verdad".

Se recostó contra las sábanas, esforzándose por hacer lo que él le había ordenado.

La cabeza de Gavin volvió a sumergirse y su lengua acarició el punto sensible. Joanna gimió de placer.

"Levanta las caderas", me animó. "Dime que quieres más de mí, amor mío".

Arqueó la espalda y levantó las caderas, apretando su suave montículo contra su boca devoradora. Al borde de la locura de la liberación, susurró: "Más".

Movió las manos debajo de ella, ahuecándole las nalgas y profundizando aún más con la lengua, y ella sintió que el mundo físico se deshacía.

Joanna gritó, y mientras violentos estremecimientos la recorrían, dejó que las olas de placer la arrastraran con su fuerza.

Cuando abrió los ojos, él había subido sobre su cuerpo y la miraba de una forma que ella nunca había visto. Tenía una sonrisa complacida en los labios carnosos, pero también había una expresión de ternura y amor en aquellos ojos negros.

"¿Así que estoy perdonado?", preguntó con una nota de arrogancia, depositando besos lentos

y tentadores en sus párpados, sus mejillas, su garganta.

Joanna no respondió, sino que levantó la mano y enmarcó las duras líneas de su rostro cincelado. Ella era suya, y él era suyo, para siempre. Por fin podía atreverse a soñar. Por fin, deshechos todos los preparativos de los últimos meses, podía dedicarse a vivir y dejar vivir.

Levantando lentamente la cabeza de la cama, le besó los labios y apoyó firmemente las manos en sus hombros mientras él se movía entre sus piernas, preparándose para penetrarla.

"Todavía no. No he terminado de castigarte".

Con una sonrisa lenta y diabólica, le miró los pechos, pero antes de que pudiera hacer nada más, ella le obligó a ponerse boca arriba.

"Como pecador, muchacha, puede que esté demasiado ido para soportar cualquier larga penitencia que tengas en mente", susurró.

Ella ignoró su queja y se movió sobre él, dejando que sus pechos rozaran sensualmente el vello de su pecho. Con una lentitud insoportable, le besó los labios y le exploró la boca con la lengua. Su cuerpo estaba tenso, cada músculo anudado y tenso. Cuando sus manos empezaron a deslizarse por su espalda y sus nalgas, atrayéndola contra su palpitante virilidad, ella lo apartó y descendió por su cuerpo.

"No, Joanna, esto es... yo... no puedo aguantar mucho más".

Ella sonrió y lo miró, dejando que su lengua le rodeara el ombligo antes de bajar aún más. Sintió cómo todo su cuerpo se tensaba bajo sus caricias, y escuchó con placer cómo jadeaba cuando ella pasó lentamente la lengua por toda la longitud de su pene, totalmente excitado.

"Ahora separa las rodillas, amor mío", susurró.

Un profundo estruendo de risa en su pecho le hizo sonreír. Encantada, bajó la cabeza y se lo llevó a la boca.

"¡Joanna!"

Ella levantó la cabeza y lo miró.

"Ahora levanta las caderas", le ordenó, provocando de nuevo otra oleada de risa en su rígido cuerpo.

Llevandoselo de nuevo a la boca, chupó con fuerza su virilidad.

Se incorporó tan rápido que ella no tuvo oportunidad de moverse. Cogiéndole la cara y el pelo con las manos, Gavin la atrajo hacia sí y aplastó su boca contra la de ella. Demasiado consumida por los exigentes empujones de su lengua, apenas pudo quejarse cuando él volvió a tumbarse con ella encima, con su miembro hinchado presionándola tan íntimamente.

"Espera", gruñó, apartando la boca. "¿Estoy perdonado?"

Ella se levantó ligeramente y lo acogió lentamente en su cuerpo. "Lo eres, *amor mío*. Pero tienes toda una vida de penitencia por delante".

Sus ojos se encontraron y el humor se disolvió en el aire, mientras algo suave y profundo pasaba entre ellos.

"Te quiero, Gavin".

"No quiero perderte".

"Nunca lo harás. Soy tuya, para siempre".

"Pero debes saber que tengo fantasmas de mi pasado. Me persiguen".

"Los ahuyentaremos", susurró, moviéndose con deliberada lentitud. "Del mismo modo que hemos expulsado a los míos".

Le agarró las nalgas con fuerza y ella supo que tenía que estar presionando los límites de su control.

"¿Hemos matado a los tuyos?", gruñó entre dientes apretados.

"Lo hemos hecho", respondió ella. "Me has ayudado a abrir los ojos".

"Te deseo, Joanna".

"Me tienes a mí. Soy tuya".

"Para siempre".

"Siempre estaré contigo".

"Pero tengo miedo", dijo roncamente. "Tengo miedo de perderte".

"No hay por qué temer", respondió ella. "Abre los ojos, Gavin, y veme. Abre tu corazón y me tendrás siempre".

"Te necesito, Joanna".

Intentó apartar las lágrimas de sus ojos. "Dilo otra vez, Gavin".

"Te deseo..." Empezó a penetrarla lentamente. "Te necesito".

"Dilo, Gavin", le ordenó, sintiéndolo muy dentro de ella.

"Te quiero".

Capítulo Treinta Y Tres

ACURRUCADOS el uno en brazos del otro en la cama de Joanna, Gavin había hablado primero, hablándole del anciano sacerdote, tan próximo a la muerte, con la carne y la vista destrozadas por la lepra, y aun así tan orgulloso y desdenoso de los habitantes de las Tierras Bajas. Gavin le dijo que si Athol no hubiera estado presente, dudaba que el sacerdote se hubiera dignado a relatar los horribles orígenes de la maldición de Ironcross. Y cuando terminó, Joanna le contó lo que había aprendido de Mater sobre la aterradora experiencia de la abadesa con Duncan.

"Sí, el viejo sacerdote sabía de la violación de Mater por Duncan. Pero no creo que supiera que había estado embarazada". Apartó un mechón de pelo de la frente de Joanna y volvió a pensar en las palabras del anciano. "La primera vez que Mater desapareció, todos pensaron que simplemente había decidido marcharse y unirse a las mujeres de la abadía. Pero cuando regresó un tiempo después, todo el castillo fue testigo de su desdicha. Todos oyeron sus gritos de angustia cuando la violaron y la arrojaron al patio".

"Santa Madre", susurró ella, rodando sobre su espalda y mirando fijamente el dosel que había sobre ellos. "Limpia esta sangre que corre por mis venas".

"Basta, Joanna", le ordenó, volviéndola hacia él. "Duncan se llevó su naturaleza repugnante a la tumba. El viejo sacerdote juró que, a pesar de todos sus defectos, los hijos de Duncan siempre fueron amables con la gente del castillo de Ironcross".

Le levantó la barbilla hasta que pudo encontrarse con su mirada. "Y hubo algo más que el sacerdote dijo sobre Mater. Algo que al parecer no te dijo".

Joanna le miró fijamente a los ojos.

"Cuando Mater volvió a Ironcross la última vez, Margaret y Allan estaban con ella en las cocinas".

"¿No querrás decir que esos dos presenciaron la violación de su hermana?"

"Sí. Lo hicieron", respondió en voz baja. "Allan era sólo un muchacho. Margaret, la más joven de los tres, apenas era más que una chiquilla, quizá de tres o cuatro años".

"¿Cómo pudo hacer algo así? ¿Cómo ha podido ser un monstruo?"

Gavin la estrechó contra sí. "El cura dijo que Margaret no volvió a pronunciar palabra después de aquella noche".

"¿Quieres decir que antes podía hablar?"

"El sacerdote dice que sí, que no era diferente de ninguno de los otros niños que correteaban por el castillo. Pero después de aquel día, cuando la encontraron acurrucada y llorando contra la pared de las cocinas, no volvieron a oírla hablar."

"Esto explica muchas cosas", murmuró Joanna.

"¿Qué quieres decir?"

"El día que las oí a las dos en la cámara acorazada, Mater preguntó a Margaret por qué había podido alejarse de su sufrimiento, cuando Margaret debía de seguir atormentada después de tantos años". Joanna miró a Gavin a los ojos. "A esto se refería. Se refería a que Margaret fue testigo de la crueldad de Duncan".

Gavin asintió. "Sí, tiene sentido".

"¿Y qué hay de Allan?", preguntó. "¿Cómo pudo crecer y convertirse en el mayordomo de Duncan y de sus hijos? Ver semejante crimen debió de destrozarle".

"El sacerdote nos dijo que el niño desapareció aquella misma noche. Algunos pensaron que tal vez Mater se lo había llevado consigo y había dejado atrás a Margaret. Pero entonces, unos quince días después, el muchacho regresó, notablemente más delgado, pero aparentemente resignado a lo que había presenciado."

Joanna apoyó la barbilla en el pecho de Gavin y miró pensativamente en dirección al panel. "¿Mencionó el cura adónde había ido Allan?"

"No. ¿Por qué?"

"Abajo, en las cavernas, junto al lago subterráneo". Sus ojos volvieron a los de él. "Hay dibujos en las paredes. Podría haberlos hecho un niño. Me preguntaba..."

"¿Y crees que Allan se refugió en las cavernas?"

"Seguramente conocía el camino", argumentó ella. "Si hubiera escapado a la abadía y a Mater, ella nunca le habría permitido volver".

Gavin asintió. "¿Me llevarías allí?"

"¿Al lago?"

"Sí". Asintió, se quitó las sábanas y se levantó de la cama. Cogió su falda escocesa y se la envolvió.

"¿Ahora? ¿En mitad de la noche?"

"¿Por qué no, amor?" Se volvió y le ofreció una mano para salir de la cama. "¿Crees que me he olvidado? Sé que ésta es tu hora habitual para merodear y robar cosas".

El olor húmedo de la tierra llenó los sentidos de Gavin cuando Joanna lo condujo a la gran caverna que había junto al lago subterráneo. Siguió su mirada hasta una pequeña pila de ropa de cama semioculta bajo un saliente bajo, y su ceño se frunció de inmediato.

"¿Has vivido así? ¿En este suelo húmedo y frío durante tantos meses? Podrías haber muerto y nadie lo habría hecho..."

"No morí", interrumpió ella, cogiéndole de la mano y atrayéndole hacia las paredes del lado opuesto de la caverna. "Y durante la mayor parte del tiempo transcurrido desde el incendio, viví con relativa comodidad en lo alto de la torre, en el ala sur. Si no hubiera sido porque me echaste de allí y..."

"Espera, muchacha. Ahora me haces sentir culpable".

"Como es debido", bromeó ella, sosteniendo la antorcha por encima de la cabeza cuando llegaron a la pared más alejada. "Aquí están las marcas -dijo, bajando la voz a un susurro-.

Alzando su propia antorcha, Gavin contempló las toscas imágenes. A juzgar por su sencillez y su altura en la pared, se podía pensar fácilmente que las había hecho un niño. Y eran exactamente como Joanna las había descrito. Una cruz y, bajo ella, la figura postrada de una mujer, como un palo. Y no muy lejos, otra figura de palo agarrando una cabeza por el pelo y, en la otra mano, un gran cuchillo o espada. Gavin acercó la antorcha y se inclinó para ver mejor. A

los pies del portador de la espada había otra imagen, algo que parecía desvanecerse con el paso del tiempo.

"Es una taza", dijo Joanna en voz baja.

"Parece que se está contagiando la sangre", respondió.

Gavin notó el escalofrío de Joanna al acercarse a su lado. "De la cabeza cortada", terminó. De repente señaló la taza. "Mira".

Gavin se volvió. Desde la taza, una fina línea de marcas se extendía a lo largo de la pared de la caverna, como si alguien hubiera golpeado la pared a intervalos mientras él caminaba. Las marcas desaparecían en la oscuridad del fondo de la caverna. Cogiendo a Joanna de la mano, empezó a moverse a lo largo de las marcas.

"Nunca me había fijado en esto. Pero nunca me había fijado tanto".

"Tenían que estar ahí desde el principio", le dijo por encima del hombro. "Están tan borrosas como el resto de las marcas".

El techo de la caverna descendía rápidamente, y en un momento Gavin caminaba con la cabeza agachada. Apareció una estrecha fisura en la pared lateral y, cuando entraron en el túnel, el laird se volvió hacia Joanna.

"¿Es otra forma de volver al torreón?"

"No lo sé". Ella vaciló. "No. Vamos en dirección a la cámara acorazada".

El pasaje era más alto aquí, y Gavin se enderezó. A medida que avanzaban, podía sentir la creciente reticencia de Joanna mientras la llevaba de la mano.

Tomaron otra curva y ella se detuvo. "No podemos seguir".

"¿Por qué, Juana? Esto no es diferente de cualquier otra vez que hayas vagado por estas cavernas tú sola".

"Pero lo es", suplicó ella. "Estás conmigo, y tengo la terrible sensación de que algo va a salir mal".

"Te llevaré hasta..."

"No lo hagas", le ordenó. "Es *tu* vida lo que me preocupa. Es *a ti a* quien quiero lejos de esa cámara acorazada".

"Joanna, hemos llegado hasta aquí y no voy a dar media vuelta y olvidarme de esto, a menos que tengas demasiado miedo para continuar". Sabía que la estaba provocando. "Si lo prefieres, te llevaré de vuelta al torreón. Estoy seguro de que podré volver aquí abajo y encontrar adónde conduce este túnel".

"No me llevarás de vuelta al torreón -dijo ella obstinadamente, con los ojos brillantes mientras pasaba junto a él.

Afrojando el puñal en su funda, Gavin sonrió irónicamente y se puso rápidamente a su altura, cogiéndole de nuevo la mano.

"Quiero que sepas que ya he estado en la cripta".

Su sorpresa fue evidente en la forma en que se echó hacia atrás e intentó detenerse. Pero él tiró de su mano y continuó. "He encontrado el camino de vuelta". Se volvió y le sonrió. "Y, a pesar de lo que dice todo el mundo, no me desvanecí ni morí de una muerte horrible en el momento en que entré en aquella cámara sagrada".

"Tú..." Se aclaró la garganta. "¿Hubo... algo...?"

"Descubrí tu obra, Joanna. O lo que pensé que debía de ser obra tuya. ¿Los juncos? ¿Las zanjas en el suelo cubiertas de paja? ¿Crees que Mater no lo habría visto?"

"¿Por eso fuiste tan brutal conmigo el día que fuimos a la abadía?"

Gavin se detuvo y, agarrándola con fuerza por la cintura, atrajo su esbelto cuerpo hacia el

suyo. "No creo que hacer el amor en la ladera de una montaña sea..."

"No quería decir eso", dijo rápidamente. "Yo... antes de eso... Eres un granuja, Gavin Kerr".

"¿Y sigues pensando en llevarlo a cabo?"

Ella negó con la cabeza. "No, no puedo. Ya he deshecho todo eso. Después de oír la verdad sobre Mater y mi abuelo, no puedo imaginarme causarle más daño. Culpable o inocente, simplemente no podría pasar por ello".

Se detuvo y le besó la boca con una pasión tan feroz que la dejó sin aliento.

"Te quiero, Joanna", susurró. "Pero debo decirte ahora que si descubrimos que Mater es la asesina, la llevaremos ante la justicia, no importa lo que haya sufrido".

Joanna le devolvió la mirada. "Entonces rezaré para que no sea culpable".

Capítulo Treinta Y Cuatro

CUANDO GAVIN ABRIÓ la pesada puerta de roble, el hedor que los recibió hizo que la garganta de Joanna se llenara de bilis.

Revuelta, se quedó en la entrada mientras él entraba en la cámara. La habitación olía a carne muerta y podrida. No lejos de su pie yacía el cadáver sin cabeza de una oveja. Joanna se quedó donde estaba y lanzó una mirada a Gavin.

Volvió a mirarla. "Y pensar que pasaste el invierno en la habitación de la torre cuando, todo el tiempo, podrías haber estado aquí".

"Quédate donde estás, Gavin", dijo temblorosa, mirando más allá de él.

El suelo del otro extremo de la sala parecía moverse. Gavin se volvió y levantó la antorcha en el aire, y ella le vio estremecerse y retroceder un paso al verlo.

Joanna se puso a su lado y le miró a la cara. Estaba tan pálido como la luna llena. "¿Qué ocurre?"

"Ratas", susurró entre dientes apretados. Ella le vio sacar la daga. "Odio a las ratas".

"¿Entras alegremente en un matadero, pero tienes miedo de una cosita como una rata?"

"No es nada de nada. Mira, debe de haber cientos de ellos. Y *no* tengo miedo", dijo amenazadoramente. "Los odio".

"Lo mismo", murmuró burlonamente, bajando la antorcha y agitándola, haciendo que las alimañas se escabulleran por las grietas y a lo largo de las paredes.

Le gruñó.

Joanna contempló con asco los montones de cadáveres de animales en descomposición. Gallinas, ovejas, perros, lo que parecía una vaca. "¿Qué... qué es este lugar?"

"Una carnicería, diría yo. Pero por toda la carne vieja que se pudre en estos huesos, no creo que esta matanza se hiciera para alimentar ninguna boca hambrienta."

"No tengo ningún deseo de quedarme aquí, Gavin -dijo ella, con el pánico recorriéndole la espalda.

"No", aceptó. "Yo tampoco".

Joanna se volvió hacia la pesada puerta de roble. "¿Pero por qué alguien utilizaría una habitación como ésta, tan bajo tierra, para hacer carnicerías? ¿Por qué...?" Las palabras se marchitaron en sus labios.

"¿Qué pasa, Joanna?"

"La taza". Señaló la copa adornada que había sobre una mesita de madera. "Ésta es la copa".

"¿Qué taza?", preguntó dando un paso en su dirección, pero se detuvo cuando una rata corrió por el suelo delante de él.

"La copa que he visto usar a Mater cada luna llena".

Se agachó y cogió la pieza ornamentada, mirándola a la luz de su antorcha.

"Durante su ceremonia, Mater vierte un poco de líquido de esta copa en el fuego".

Gavin se volvió y miró dentro de la taza vacía. "Sangre".

"Utilizan esta cámara para matar". Dio un paso atrás y miró hacia la oscuridad del túnel antes de volverse hacia él. "No estamos muy lejos de la cripta. Todas las veces que he pasado por aquí, nunca supe de esta sala. Nunca oí estos animales podridos".

"Bueno, yo, por mi parte, me alegro de que sólo utilicen animales", dijo Gavin, mirando con curiosidad los huesos y la enorme pila de cadáveres variados. "He oído historias de algunas de las antiguas religiones que utilizaban otros sacrificios como parte de su ritual".

De repente, una brisa fría hizo que un escalofrío recorriera la espalda de Joanna. Tembló incómoda y miró hacia atrás por encima del hombro.

"Por favor, Gavin, devuelve la taza", suplicó. "Déjanos salir de este horrible lugar".

"¿Miedo?"

"No voy a dejar que te burles de mí", susurró ella con urgencia cogiéndole del brazo. "Ya hemos visto demasiado para una noche. Sigamos nuestro camino, mañana será pronto".

"Sí, sin duda". Devolvió la copa al banco de piedra y se enderezó. "Mañana es luna llena".

"La luna llena", repitió entumecida. "Mater me ha pedido que me una a ellos en su reunión".

Gavin la cogió de la mano y empezó a sacarla de la habitación.

"¿No tienes nada que decir al respecto? ¿No te opones? ¿No me pides que me aleje?"

"No, creo que deberías irte. De hecho, yo mismo estaré allí para vigilarte".

"¿Tú?" Ella le miró incrédula. "Es imposible que estés allí y pases desapercibido".

"Los has vigilado durante meses", dijo con calma. "Seguro que una cosita como yo podría arreglárselas para permanecer oculta durante *una* noche".

La cálida caricia de la brisa sobre su frío rostro despertó a la muda mujer.

Margaret abrió los ojos y contempló la oscuridad de la habitación sin ventanas. Tirando la manta que la cubría, se sentó sobre la ropa de cama y dejó que el aire se arremolinara a su alrededor.

Era luna llena, recordó, poniéndose lentamente en pie. Era el momento de la limpieza y había mucho que hacer.

Con las manos extendidas, avanzó por la pared hasta la puerta de panel y la abrió de par en par. Respiró hondo y entró en el pasadizo. No necesitaba luz. Se limitó a seguir el viento.

Era luna llena y había mucho que hacer.

El sol ya se estaba ocultando en el cielo occidental cuando Joanna se despertó sobresaltada de su sueño agitado. Se incorporó grogui, contempló los largos trozos de luz dorada que se extendían por la cama y trató de recordar dónde estaba.

Sintió un pánico repentino al darse cuenta de que se había quedado dormida. Miró hacia las ventanas y se dio cuenta de que había dormido toda la tarde. Cuando se acostó, sólo pretendía descansar unos instantes.

Mientras Joanna estaba allí sentada, sus sueños empezaron a volver a ella. Durante todo el

sueño, las imágenes de lo que habían visto bajo el castillo habían jugado en su mente. Animales sacrificados, una copa llena de sangre, muros oscuros que se cerraban sobre ellos, sin posibilidad de escapar.

De repente, al recordar el motivo de su preocupación, Joanna se quitó las mantas de encima y se puso rápidamente en pie.

Esta noche era la noche de luna llena.

No estaba segura de si Gavin había tenido realmente la intención de esconderse y presenciar la reunión de mujeres. Pero si era así, tenía que convencerle de que no lo hiciera. La idea de que estuviera allí entre quienes creían que todos los hombres eran instrumentos del mal le revolvía el estómago.

Tenía que protegerle. A pesar de toda su fuerza, no era rival para el poder de su creencia.

Joanna se vistió rápidamente, abrió la puerta y, haciendo un gesto con la cabeza al guerrero que estaba fuera, se dirigió al Gran Comedor. El rugido de su estómago le recordó que no había comido nada desde anoche. Sabiendo que faltaba mucho para la cena, dirigió sus pasos hacia la cocina.

El peludo sabueso Max la saludó en el pasillo, junto a la puerta de la cocina. Tras darle una cariñosa palmadita en la cabeza, Joanna entró en la cálida cocina.

"¡Fuera! ¡Fuera, mugroso!"

Joanna se detuvo en seco cuando el corpulento cocinero Gibby se abalanzó sobre ella blandiendo una enorme cuchara de madera como si fuera una espada.

"Yo...", empezó la joven.

"Perdón, milady", dijo Gibby, forzando la marcha. "Fuera, ladrón, encantador bueno para nada".

Con el rabo metido entre las piernas, Max se escabulló hacia la puerta y fuera del alcance de la cocinera.

"Sí, será mejor que te alejes de mí, vago...". Gibby se volvió hacia la joven, con la cara aún roja y la voz ronca. "Bienvenida, ama. ¿Necesitas algo?"

"Sé que es tarde", empezó Joanna, sintiéndose de repente tan tímida como el perro ante aquella mujer que dirigía sus cocinas con la misma muestra de autoridad que Gavin dirigía a sus hombres. "Pero esperaba..."

"Venid a sentaros en este banco de aquí", ordenó Gibby bruscamente, indicando con un gesto un asiento junto a la gran mesa de trabajo. Dirigiendo una aguda mirada al personal de cocina, ladró: "Volved al trabajo, diablillos perezosos, o no habrá cena para ninguno de vosotros".

Joanna hizo lo que le dijeron.

"Es como tener una tropa de hadas trabajando para ti", refunfuñó la cocinera mientras se acercaba al enorme hogar y sacaba de una hornacina una fuente de comida cubierta con un paño de lino. Se la trajo a Joanna y la colocó ante la joven. "Sabía que estaríais hambrienta, ama".

Joanna se quedó mirando la maravillosa selección de pan y carne. El dulce aroma de la comida la llenó de satisfacción. "Gibby, esto es mucho más de lo que yo podría comer".

"Hazlo lo mejor que puedas", dijo la mujer con un gesto de la mano, tomando asiento en un sólido taburete junto al fuego de la cocina. Delante de ella había un cubo lleno de verduras y seguía preparando la cena. "Tenemos que asegurarnos de volver a poner algo más de carne en tus huesos. Evan, gira ese asador. Si ese lado de la carne se quema... Estás demasiado delgada, ama. ¡Por los santos! Mary, trae una jarra de vino para mistress Joanna, y date prisa".

Joanna se limitó a sonreír. A pesar de todos los gritos, el chico que estaba volteando la carne sobre el fuego no parecía demasiado preocupado por sus amenazas, y Joanna incluso se dio

cuenta de que varias de las chicas intercambiaban miradas disimuladas de diversión ante los gritos de la cocinera. Al empezar a comer, Joanna se dio cuenta de que, incluso antes del terrible incendio, nunca había pasado mucho tiempo en compañía de aquella mujer. Aunque ruda en sus modales, podía intuir que la cocinera debía de tener un corazón amable en el fondo. Su trinchera estaba casi vacía antes de que la corpulenta mujer volviera a hablar.

"Es muy decente por tu parte cuidar de Margarita como lo has hecho".

Joanna miró la cara redonda de Gibby. "Lo estoy... Sólo me sorprendió que el resto de la casa no hiciera nada por ella".

"Con ella matando al sacerdote, y con el nuevo laird tan enfadado...". La corpulenta cocinera miró las verduras que tenía en la mano. "No nos pareció correcto ir en contra de sus deseos".

"Hay algo que deberías saber sobre tu laird". Cuando Gibby levantó la vista, Joanna la miró directamente a los ojos. "Es muy diferente de cualquiera de los que le han precedido. Y hablo también de mis propios parientes. Gavin Kerr es un hombre muy bueno y compasivo. Cree de verdad en el cuidado de su pueblo y en hacer todo lo necesario para protegerlo de cualquier daño".

"Tu propio padre, ama...".

"Era un buen hombre, Gibby, pero no tenía ningún interés en ser laird. Llevaba una vida demasiado apacible para molestarse con los problemas de dirigir un castillo y sus tierras. A decir verdad, si mi padre hubiera sido quien descubrió a Margaret con un cuchillo en la mano y al capellán muerto, la habría mandado ahorcar ese mismo día y se habría acabado el asunto. Pero mira lo que ha hecho Gavin Kerr. Espera a que ella vuelva en sí". Joanna apartó la zanjadora vacía. "Y con Mater. Estoy segura de que es obvio para todos vosotros lo mucho que respeta a Mater. Ahora bien, mi padre, el mejor laird MacInnes de todos, la creía loca y ni una sola vez se molestó en cabalgar hasta la abadía o en ocuparse de ellos."

La repentina actitud pensativa de la cocinera le dijo a Joanna que había tocado una fibra sensible. Bueno, pensó, ya era hora de que esta gente empezara a apreciar a su nuevo laird.

Se puso en pie, sonrió y asintió agradecida hacia la comida. "Gracias, Gibby. Has sido muy amable al guardarme un plato".

Cuando se volvió hacia la puerta, las tranquilas palabras de la cocinera congelaron sus pasos. "Se dice que te reunirás con nosotros esta noche".

Joanna se volvió lentamente y encaró a la mujer. "Mater me pidió que viniera. Así que pensé... pensé que podría".

"Eso sí que hará feliz a Mater, ama. De todo el año, esta noche es la más especial".

"¿Especial?" Ella tragó saliva. "¿Por qué, Gibby?"

"Éste es el aniversario, ama", respondió la cocinera en voz baja. "La noche de la limpieza. Pero no puedo decir más. No quiero estropear la noche. Ya lo verás por ti misma".

Con una lenta inclinación de cabeza, Joanna se dio la vuelta y salió de las cocinas de la habitación. Fuera lo que fuese lo que se había planeado para esta noche, estaba segura de que era algo que no había presenciado antes.

Y por mucho que Gavin odiara las ratas, Joanna MacInnes odiaba las sorpresas.

Capítulo Treinta Y Cinco

LA CÁMARA GIRÓ en torno a su cabeza, pero Gavin se obligó a abrir los ojos, se levantó tambaleándose una vez más y se estrelló contra la pared junto a la ventana.

Me han envenenado.

El pensamiento atravesó la neblina de la fiebre y Gavin se dio cuenta de que estaba de nuevo en el suelo. Un sudor frío le empapaba la piel, y la luz de su dormitorio era cada vez más tenue.

No moriré hasta llegar a Joanna.

Gavin sintió que el dolor le desgarraba el vientre y se disparaba como un rayo hacia su cerebro.

Debo advertirla. No puedo dejar que me maten todavía.

Media hora antes, de pie en el pequeño kirkyard, Gavin había sentido los primeros calambres atenazándole las entrañas como una garra. Alejándose de los hombres que trabajaban en las tumbas de los MacInnes, había escapado a su cámara. La comida la había tomado en el Gran Salón. No había comido del mismo plato que Athol y los demás, recordó. Gavin había llegado tarde a la comida del mediodía, y alguien había colocado una trinchera de comida ante él. Demasiado ocupado con su charla con Athol, ni siquiera había mirado hacia atrás.

Gavin abrió los ojos, inseguro de si estaba cayendo la noche o se estaba quedando ciego. Ni siquiera estaba seguro de cuánto tiempo había estado en el suelo esta vez, e intentó secarse el sudor que le escocía los ojos. Pero tenía los brazos inertes, sin coordinación ni siquiera para una tarea tan sencilla.

El dolor de su vientre parecía disminuir y consiguió erguirse sobre unas piernas que se bamboleaban como las de un potro recién nacido. Entornó los ojos hacia la puerta. Parecía estar a cientos de kilómetros de distancia.

Justo entonces, oyó que se abría la puerta del panel de su pared, y volvió la cara hacia el sonido de pasos.

"Joanna", susurró débilmente, intentando mantener la cabeza erguida.

Sus palabras se congelaron en su boca y su mano se movió por reflejo hacia el puñal que llevaba al cinto. Sin embargo, los dedos de Gavin no pudieron asir el mango de la daga.

Miró los ojos grises que se acercaban. En aquellos ojos crueles, Gavin vio odio. En ellos, vio la muerte.

"Estaba antes en el kirkyard, milady. Puedo decirle que le estás buscando".

Joanna susurró sus palabras de agradecimiento a Andrew y observó cómo el gigante de las

Tierras Bajas salía al patio. A través de las puertas abiertas pudo ver cómo encendían las antorchas, y consideró la posibilidad de correr tras Andrew. Ten paciencia, se dijo. Seguro que Gavin no tardaría en volver.

Apretando las manos frías, se dio la vuelta y entró en el Gran Comedor. Se detuvo junto a la entrada, miró con inquietud a su alrededor y casi se sobresaltó cuando Max apoyó la nariz húmeda en la palma de su mano.

Una inquietante sensación de fatalidad inminente parecía flotar en el aire. No, no seas tonta, pensó. Está fuera comprobando la construcción. Sus propios hombres le habían visto. ¿Qué lugar podría ser más seguro? argumentó en silencio, dándole una palmadita en la cabeza al perro y empezando a pasear por la Sala.

Al darse cuenta de que empezaba a atraer las miradas curiosas de los criados que preparaban la cena, Joanna dirigió sus pasos hacia la cocina. Haría una visita a Margaret mientras esperaba. No había visto a la enferma en todo el día.

En unos instantes, llegó a la puerta de la pequeña cámara y, alzando la lámpara de mecha que llevaba, se encontró con el mismo guardia de guardia. Con una rápida inclinación de cabeza que esperaba no delatara su agitación, alcanzó el pestillo.

Instintivamente, Joanna miró primero en dirección al panel cuando entró. No tenía intención de verse sorprendida de nuevo por la presencia de Mater. Pero allí no había nadie, y el panel de la pared estaba cerrado. Cerrando la puerta tras de sí, se volvió hacia Margaret.

El lecho de paja de la esquina de la pequeña cámara estaba vacío.

Sobresaltada, escrutó la habitación. El cuenco de caldo y la taza estaban intactos donde los había dejado la noche anterior. Las escasas pertenencias de la mujer, traídas aquí siguiendo las indicaciones de Joanna, estaban en un rincón.

Joanna se volvió y abrió la puerta. Sin mirar siquiera a la guerrera, volvió a cerrar la puerta y se apresuró a recorrer el pasillo. Atravesó rápidamente la cocina y se dirigió al Gran Comedor, sabiendo que sólo había dos posibilidades: que Margaret se hubiera marchado por voluntad propia o que Mater se la hubiera llevado.

En cualquier caso, Gavin debe saberlo.

En el Gran Comedor echó a correr, ignorando a los que empezaban a reunirse allí. En un momento bajó los escalones y se dirigió al kirkyard.

El aire era fresco, pero Joanna no lo sintió mientras cruzaba apresuradamente el patio y se adentraba en el pasadizo arqueado. En el kirkyard vio a unos cuantos hombres que seguían trabajando a la luz de una antorcha, pero al acercarse vio que Gavin no estaba entre ellos.

No podía frenar los latidos de su corazón, ni calmar su estado de agitación mientras se acercaba a los hombres.

"¿Habéis visto al laird?", llamó al grupo.

De repente, se detuvo. En la hierba, detrás de los hombres, Joanna podía ver la gran losa de piedra que había cubierto a sus padres y a la pobre alma que se creía que era ella. Mientras todas las manos se detenían y los hombres la miraban con sorpresa, Joanna miró hacia la tumba abierta, a los cuerpos amortajados de su querida familia.

Aturdida por la inesperada visión, dio un paso atrás, y un trabajador mayor se interpuso entre ella y la tumba.

Su voz era amable. "¿Buscáis al laird, ama?"

Los sentimientos de pena que Joanna creía haber dejado atrás brotaron de repente en su pecho, y la joven no pudo hablar durante un largo momento mientras luchaba por controlar sus sentimientos. Obligándose a centrarse en lo que había venido a hacer, miró al hombre y asintió.

"No ha venido desde última hora de la tarde".

"¿Aquí no?", repitió ella, estupefacta.

"Estaba de pie donde tú estás, diciéndonos lo que teníamos que hacer, y entonces se puso pálido, ama, como alguien que ha bebido demasiada cerveza. Se fue por ahí, ama".

Cuando Joanna se volvió para mirar hacia la Vieja Fortaleza, hacia donde apuntaba la mano del hombre, por el rabillo del ojo divisó la luna que se alzaba tras las colinas al otro lado del desfiladero. El pálido orbe blanco estaba lleno y amenazador.

Sin pronunciar palabra, se dio la vuelta y echó a correr, atravesando el pasadizo arqueado y cruzando el patio. El miedo la atenazó por dentro al mirar la cruz de hierro ensangrentada, y subió volando los escalones de la Vieja Fortaleza. En la puerta abierta se estrelló contra el pecho del conde de Athol, rebotando hacia atrás y casi cayendo por los escalones. Las manos del montañés se alargaron y se aferraron a la suya, estabilizándola.

"¿Qué pasa, Joanna? Parece que el diablo te pisa los talones".

Se encontró luchando contra las lágrimas y se maldijo interiormente por su debilidad.

"¿Has visto a Gavin?", consiguió decir.

"Creía que te lo había dicho".

"¿Decirme qué?", preguntó ella brevemente.

Athol miró detrás de él, asegurándose de que no había nadie al alcance de su oído. Sus ojos grises se centraron entonces en su rostro. "Iba a la cripta, a presenciar la reunión de las mujeres".

"¿Quieres decir que ya se ha ido?" Golpeó al gigantesco montañés en el pecho con el puño, provocando en él una mirada de sorpresa. "De todas las personas, *tú* deberías saber lo peligrosos que pueden ser esos pasadizos. ¿Cómo has podido dejarle ir solo? ¿Qué clase de amigo eres?"

"¿Quién dice que soy su amigo? Ese cabezota de las Tierras Bajas ya no es un...".

"Cállate, John", dijo ella brevemente. "Te conozco".

Cuando Joanna intentó rodearle, la gran mano de Athol descendió sobre su hombro, deteniéndola en seco.

"Confía en él, Joanna", dijo con calma. "Tiene todo esto planeado".

"¿Pero cómo puede?", espetó ella. "Está solo ahí abajo".

No dispuesta a demorarse más, empujó la mano del hombre alto y se movió rápidamente a su alrededor. Tenía que bajar a la cripta e intentar sacar a Gavin de allí antes de que llegaran Mater y las mujeres. Tal vez aún tuviera tiempo, rezó Joanna, corriendo hacia la cocina y el pasadizo que había tras el enorme hogar.

Tal vez no fuera demasiado tarde.

A Gavin se le empezaron a aclarar los ojos al contemplar el reflejo de la vela contra la copa ornamentada.

Qué tonto había sido al desear la muerte durante tantos años. Y ahora, aquí estaba, con un futuro de amor y vida aparentemente a su alcance, sólo para que los hilos de su vida se tensaran de repente contra la hoja cortante de la desgracia.

Gavin se retorció las manos, sintiendo que las cuerdas de cuero le cortaban más profundamente las muñecas. Aún tenía los tobillos atados con la corta pero resistente cuerda que le había permitido bajar andando, o más bien a trompicones, de su cámara. Miró alrededor de la pequeña habitación. El hedor del lugar era horrible, y echó un vistazo a los cadáveres putrefactos.

¿Qué sabrás tú? pensó con disgusto cuando apareció una pequeña criatura gris en el montón. Alimento para ratas, al fin y al cabo.

Su captor le había abandonado hacía poco, dejando la puerta entreabierta. No llegaría muy lejos con los tobillos cojos, eso estaba claro. Bueno, si conseguía llegar hasta la sima, tal vez caer en la Puerta del Infierno sería preferible a que le cortaran el cuello. Gavin echó un vistazo a la copa que recogería su sangre. El metal brillaba a la luz de la vela. ¡La vela!

Gavin se arrastró por el suelo tan rápido como pudo. Aunque la distancia era sólo de unos metros, la cabeza le daba vueltas por el esfuerzo. Al llegar a la vela, se tumbó sobre la tierra dura, levantó los pies y estiró con cuidado la cuerda sobre la pequeña llama.

"Arde, cabrón", maldijo.

Por el rabillo del ojo, vio aparecer otras dos ratas junto a los animales muertos, que le miraban con curiosidad y se acercaban cautelosamente hacia él.

"¡Quémate tú!"

Pero la cuerda apenas había empezado a echar humo cuando la puerta se abrió de par en par, haciendo que las ratas corrieran en busca de seguridad.

"Bueno, laird, veo que no puedo dejarte solo ni un momento".

Gavin miró fijamente a la figura de la puerta abierta.

"¿Estás preparado para conocer tu destino?" preguntó Athol con despreocupación, entrando en la cámara.

Capítulo Treinta Y Seis

MATER SE SITUÓ en el centro de la cripta e hizo una seña.

Con el corazón en la garganta, Joanna miró fijamente en la fría habitación a las pocas mujeres que se movían.

"Has decidido unirme a nosotros antes de tiempo", dijo Mater tendiéndole una mano.

"Yo... pensé que sería mejor que presenciara toda la ceremonia". Tan discretamente como le fue posible, Joanna echó un vistazo a la bóveda, buscando alguna señal de Gavin. Pero las profundas sombras ofrecían muchos escondrijos más allá de las tumbas. Podía estar en cualquier parte y, en cualquier caso, ya era demasiado tarde para hacer nada al respecto.

Mater se volvió hacia Molly. "Ya que nuestra hermana está aquí, ¿por qué no le damos algo que hacer?".

El ama de llaves se volvió tímidamente hacia ella. Joanna sabía que, incluso en su pequeña comunidad, el hecho de ser hija del último laird creaba una incómoda distancia entre sus posiciones. Para que se sintiera más cómoda, la joven se adelantó y cogió el manajo de juncos que la anciana tenía en los brazos.

"¿Quizá podría hacerlo yo?" se ofreció Joanna.

Molly asintió y le entregó el fardo. Volviéndose hacia las otras dos mujeres de la abadía, que trabajaban en silencio, Joanna las siguió en los preparativos. Pero siempre que podía, miraba entre las sombras, buscando a Gavin. Sabía que no podía decir nada si lo encontraba escondido en aquella cámara. Pero, de algún modo, esperaba que verlo aliviara el martilleo de su corazón, la preocupación que le corroía el alma.

Pero él no estaba aquí. Mientras las mujeres seguían trabajando en silencio, se dio cuenta de que, sencillamente, él no estaba en la cámara acorazada.

"¿Crees que Margaret podrá desempeñar sus funciones o debo...?".

"Claro que lo hará".

La pregunta de Molly y la cortante respuesta de Mater llamaron inmediatamente la atención de Joanna.

Se acercó a las dos mujeres mayores. "Pasé por la habitación de Margaret antes de bajar aquí. No pude encontrar allí ni rastro de ella".

La abadesa se volvió y se encontró con la mirada directa de Joanna. "Sean cuales sean sus problemas, Margarita sabe que es la portadora de la copa. Cumplirá con su deber. Supongo que ya está junto al lago preparándose para esa parte de la ceremonia de esta noche".

"¿Junto al lago?" preguntó Joanna confundida.

Mater se volvió hacia Molly y le hizo un pequeño gesto con la cabeza. "¿Por qué no se lo dices a la muchacha? Es mejor que lo sepa con antelación, para que pueda apreciar mejor el

ritual".

Joanna sintió que la bóveda se inclinaba y empezaba a girar mientras volvía la mirada hacia el ama de llaves.

La mujer delgada se enderezó hasta alcanzar su estatura máxima. "Una vez al año, en esta luna llena -la misma noche en que las almas de nuestras santas hermanas fueron llamadas al cielo-, iniciamos nuestro recuerdo mensual con un ritual especial en el lago".

"¿Por qué en el lago?"

"Vamos allí para presenciar la matanza", dijo Molly con sencillez. "Otros meses, Margaret nos trae aquí la copa llena, pero en esta única noche del año, espera en el lago y celebra la ceremonia con el resto de nosotros".

Joanna pensó por un momento que el corazón se le saldría del pecho. Recordó la imagen de Margarita sentada con la daga y la garganta cortada del sacerdote en su regazo. Ya no podía oír todo lo que decía la otra mujer.

¿Dónde podría estar Gavin? Santa Madre, gritó Joanna para sus adentros, que no fuera lo que pensaba.

"...ungir las frentes con la sangre fresca... es una limpieza...".

Con los ojos desorbitados, Joanna miró fijamente a Molly. ¿Qué era lo que acababa de oírle decir? Dejó caer al suelo los juncos que llevaba en la mano y se dirigió hacia la puerta. Pero el firme agarre de una mano en el brazo la hizo detenerse.

"¿Les oyes? Están aquí".

Los dedos huesudos de Mater se clavaron en su carne, pero la voz de la anciana abadesa parecía venir de muy lejos.

"No es momento de que te vayas, hermana. Estamos a punto de empezar".

Joanna sintió que se le hacía un nudo en la garganta. "Pero..."

"Todo irá bien, niña. Todo irá bien".

"Deja tu maldito parloteo y ven a soltarme las manos".

"¿Qué habrías hecho si yo no hubiera decidido bajar aquí antes de tiempo?". Athol apoyó despreocupadamente un hombro en el marco de la puerta y miró.

"Me habrían degollado". Gavin se retorció las manos detrás de él. "Pero cuando me hubiera encontrado con San Pedro, habría exigido que me enviaran de vuelta para poder torturar tu miserable cadáver. Date prisa, perezoso indolente; tenemos poco tiempo".

Athol se enderezó en la puerta. "Tenemos tiempo. Podía oír a las mujeres reunidas en la cámara acorazada. Sinceramente, tienes suerte de que viera la vela a través de la rendija de la puerta. Pero ¿dónde está...?" Miró a los animales muertos con desagrado. "¿Dónde está Joanna?"

"Suéltame las manos", exigió el laird. "No voy a permitir que esto... ¡Athol!".

El grito de Gavin no fue lo bastante rápido para alertar al Highlander. La empuñadura del puñal golpeó con fuerza a John Stewart detrás de la oreja y, sin emitir sonido alguno, se desplomó en el umbral de la puerta.

Se movían a través de la oscuridad. El chisporroteo de las velas y el arrastrar de los pies sobre la

tierra y la piedra eran los únicos sonidos que rompían el silencio mortal de la caverna.

Aferrando la vela encendida con las dos manos, Joanna sintió que las lágrimas le corrían libremente por el rostro mientras miraba la nuca de Mater y avanzaba con el resto hacia el estanque subterráneo. Las mujeres la habían "honrado" cediéndole el puesto detrás de la abadesa, pero mientras caminaba, podía sentir los ojos del resto del rebaño de túnicas blancas clavándose en su espalda, comprobando cada uno de sus movimientos.

No tuvo más remedio que acompañarlos. La superaban en número y no podía luchar para librarse de ellos, así que decidió poner su mejor cara y fingir que estaba dispuesta e interesada... al menos hasta que llegaran al lago. La única esperanza que la sostenía ahora residía en lo que Molly había dicho sobre las mujeres que presenciaron la matanza. Si lo que temía era cierto, tal vez Gavin al menos siguiera ileso.

Joanna buscó con una mano la pequeña daga que llevaba al cinto bajo la túnica blanca que le habían dado. Moriría antes de permitir que ninguno de ellos le hiciera daño.

Olió el aire húmedo y fresco del lago. Ya estaban bastante cerca. Mientras seguía a Mater hacia la caverna, Joanna escrutó rápidamente la zona en busca de Gavin, pero no había rastro de él allí.

Pero al borde del agua, en la losa donde había notado las manchas oscuras, crepitaba un pequeño fuego junto a una mesa de madera. Junto a ella estaba Margaret, vestida toda de blanco, tan silenciosa y quieta como un muerto.

Miró a lo largo de la orilla del agua hasta el otro extremo de la caverna. No había rastro del lecho de paja ni de sus escasas pertenencias. Un escalofrío la recorrió al pensar que alguna vez se había refugiado en este lugar, incluso que había caminado sobre este altar del mal.

Las mujeres formaron un semicírculo alrededor de Margaret, y Joanna observó cómo Mater se movía hacia el centro junto a su hermana. El silencio se apoderó del grupo, y Mater levantó sus delgadas manos en el aire.

"Hermanas", llamó. "Por las almas de nuestras hermanas muertas, invocamos al Poder".

"Mater", proclamaron en respuesta las voces de las mujeres. "Invocamos el Poder".

Apenas se hubo apagado el eco de las palabras, un viento arremolinado barrió las aguas del lago. Joanna sintió que se le erizaban todos los pelos del cuerpo mientras miraba asombrada a su alrededor, el aire que corría tirando de su túnica.

"¡Hermanas! Por nosotras mismas, en memoria de su dolor, invocamos al Poder".

"Mater, invocamos el Poder".

Esto no se parecía a nada de lo que había presenciado antes. El viento la empujaba. Había algo aquí con ellas: una fuerza, un poder que no podía explicar. Joanna contempló cómo cada una de las mujeres levantaba las manos en el aire, balanceándose y dejando que la brisa arremolinada acariciara sus cuerpos. Sintió el suave roce de una mano en su propia cara. Sobresaltada, se volvió hacia ella. Pero no había nada más que el aire. Lleno, cargado y cálido como una noche de verano.

"Están aquí, hermanas. Están con nosotras", cantó Mater.

Atónita, Joanna observó cómo Margarita cogía una vela y se dirigía en silencio hacia el pasadizo que conducía a la cámara de la matanza.

Iba a traerlo aquí, gritó Joanna para sus adentros, con una mano temblorosa aferrando su daga.

Mater y las demás mujeres empezaron a cantar de nuevo, y los ojos de Joanna recorrieron los rostros de los reunidos. Todas estaban en trance, balanceándose y cantando mientras el aire seguía girando a su alrededor. Miró el rostro de Mater. Los ojos grises de la mujer brillaban con

el resplandor de cien velas. Ella tenía el Poder. Ella *era* el Poder.

Joanna miró la losa de roca, las manchas que había delante de los pies de Mater. La mancha roja... la sangre.

Empezó a sacudir la cabeza. "No lo hagas", susurró. "Deja que me equivoque. Que no lo esté".

Nadie la oyó. El aire azotaba a su alrededor con una violencia cada vez mayor. El chillido del viento bloqueaba el sonido de los cánticos. Se llevó las manos a los oídos, intentando ahuyentar el sonido. Esto no era real, se dijo Joanna. No había Poder.

Los chillidos le taladraban el cerebro; no podía contenerlos. Cerró los ojos, sólo para ver cosas: el patio, la luna de verano. Allí, ante la cruz de hierro sangrante, las llamas saltando tras ellas, las mujeres inocentes de la abadía. La brutalidad de los hombres. Gritó, y la visión fue sustituida por otra. El rostro de Duncan. El de Mater.

Un grito más fuerte que los demás desgarró la visión, y Joanna apretó las manos con más fuerza contra sus oídos. "No más", gritó. "¡Ya no más!"

De repente, un silencio mortal se apoderó del grupo. Joanna abrió los ojos lentamente, segura de que todas las miradas se dirigirían a ella. Sorprendentemente, las miradas no se dirigían a ella, en absoluto, y siguió sus miradas hacia la oscuridad de la abertura por la que Margaret había desaparecido. El aire estaba muerto y quieto.

Otro grito atravesó la penumbra. Un grito de mujer. Pero no era su propia voz, se dio cuenta Joanna. Y no era el grito del viento.

Con un grito ululante, apareció. Saliendo de la abertura del pasadizo como un animal herido, Margarita apareció tambaleándose, salvaje y llorosa.

"¡Ma...ki...Ma...ki...va!". La mujer balbuceó incoherencias mientras gritaba y corría hacia Mater. La vela había desaparecido y, en su lugar, Joanna pudo ver que Margaret sostenía una larga daga.

"¿Dónde está?" gritó Juana, empujando hacia delante. "¿Qué habéis hecho con él?"

Unas manos se aferraron a ella, cogiéndola por las muñecas y los brazos, y Joanna se retorció para liberarse mientras Margaret caía de rodillas, empezaba a sacudir la cabeza e intentaba hablar.

"Ma...ki...va...ki...Wi...ki...la..."

"¿Qué estás diciendo, Margaret?" preguntó Mater, adelantándose y levantándola. "¿Dónde está Allan?"

Capítulo Treinta Y Siete

JOANNA OBSERVÓ cómo empujaban a Gavin hacia la luz. Su rostro, endurecido por la ira, carecía de su color habitual, y su enorme cuerpo se tambaleaba inestablemente sobre unas piernas que, según pudo ver, estaban atadas por los tobillos.

Con un grito, saltó hacia delante para correr hacia él, pero las manos de media docena de mujeres la retuvieron firmemente en su sitio.

Detrás de Gavin, Allan salió del túnel y se detuvo en seco. El rostro del mayordomo estaba oculto bajo el techo inclinado de la cueva, pero la punta de la reluciente daga que sostenía a la espalda de Gavin hablaba claramente de su intención.

"¿Qué significa esto?" La voz de Mater, fría como la nieve de la montaña, heló el aire mismo de la caverna.

"Es luna llena, hermana. Es el día para recordar".

No era el mismo hombre que Joanna había conocido. Algo iba mal. Estaba en su voz, en sus ojos. Joanna sintió que un miedo frío le recorría la espalda y tiró de quienes la sujetaban.

Mater dio un paso en su dirección sin apartar los ojos del rostro de Allan. "¿Por qué has traído aquí al laird?"

Dejando caer la antorcha al suelo, Allan apoyó la hoja del puñal contra la cara de Gavin y luego lo empujó con la otra mano hacia la losa de roca que había junto al lago. Joanna se mordió el labio mientras una fina línea en la mejilla de Gavin se abría y la sangre empezaba a correr por su rostro y a gotear por su barbilla. Gavin se volvió y miró sin miedo al hombre.

La voz de Mater cortó el aire con un filo tan cortante como la espada de Allan. "Te he preguntado por qué has traído aquí a este hombre".

"Es el laird. Es su sangre la que sacrificaremos".

Joanna liberó una mano y sacudió la cabeza. Aquel hombre estaba loco. El rostro de Allan era una máscara de furia, y ella sabía que pretendía hacer daño a Gavin.

"Nuestros santos nunca pretendieron que derramáramos sangre humana. Nunca fue nuestra intención traer más violencia a este mundo".

"¡Ja!" Allan empujó a Gavin más cerca. "Sean cuales sean sus intenciones -o las tuyas-, da igual. La violencia engendra violencia, y la venganza de Dios caerá sobre el pecador, hasta la séptima generación".

"No, hermano", argumentó Matter. "Esto está mal. Es el *recuerdo* de su sacrificio lo que nos trae de vuelta aquí. Es el poder de los santos lo que invocamos y su protección lo que buscamos. No hay venganza en el perdón, Allan. Debes liberar al laird. No iremos contra la voluntad de nuestras hermanas muertas hace tiempo".

"¿No importa lo fuerte que sea tu odio?", gritó. "Sé lo que hay en tu corazón".

"No sabes nada".

"Conozco la maldad que ennegrece los corazones de estos hombres, ¿y aún así crees que puedo dejarle marchar?".

"Sí, Allan. Le dejarás marchar". respondió Mater con rotundidad. "No importa *lo que* la vida nos haya deparado -sufrimiento o dolor-. No mancillaremos la memoria de nuestras hermanas".

¿"Profanar"? Tal vez hayas olvidado lo que significa esa palabra -carraspeó, empujando a Gavin hacia el círculo de mujeres y sobre la losa de piedra. Miró fijamente a Mater, y ella le devolvió la mirada, inquebrantable. "Pero no *te* he olvidado *a ti*, utilizado y arrojado como un perro a la noche. No he olvidado cómo te vi desangrar a tu bebé nonato en la suciedad bajo la cruz de hierro".

Allan alargó la mano y agarró a Margaret por el hombro, llevándola bruscamente a su lado. Las rodillas de la muda se doblaron y se desplomó sobre la roca.

"Y mírala", Allan señaló a la mujer que tenían a sus pies. "Es nuestra hermana. Una puta. Pero sigue siendo nuestra hermana. ¿Y qué hay de ella? No ha hablado desde aquella noche, pero no lo ha olvidado... y yo tampoco".

Los ecos de su voz se habían apagado en la caverna antes de que Mater volviera a hablar.

"Eso fue hace tanto tiempo. Me hicieron ese daño y...".

"Él es la causa de la herida". El rostro sin sangre de Allan se volvió hacia Gavin. "Ha sido él quien nos ha causado dolor".

"No, Allan. Fue Duncan. Y hace mucho que murió".

"Sé que Duncan ha muerto, hermana". Siguió mirando fijamente a Gavin. "Yo le maté. Tuve que esperar muchos años, pero le maté. Igual que maté a sus hijos. Sí, todos han muerto por los pecados que cometieron contra nuestras hermanas. Pero ninguno murió como yo hubiera querido. Sólo el sacerdote murió como se merecía. Demasiado secreto, demasiada preocupación por lo que todo el mundo debería saber".

"Allan, no sabes lo que dices".

"Sé lo que digo", gritó. "¿Crees que estoy loco?"

"Allan..."

"¿Crees que es fácil llevar un secreto en el corazón durante toda la vida?"

"¿Un secreto?"

"Sí, soy yo quien lleva la maldición de Ironcross. Fue nuestro tataranieta quien fue mayordomo del laird aquella noche de verano". Tenía los ojos desorbitados. "Él mató al primer laird. Y su hijo y su nieto y el suyo, a su vez, han mantenido viva la maldición. Sí, hermana. Nosotros somos la maldición".

Girando sobre sí mismo, Allan apartó de una patada las piernas de Gavin y tiró de la cabeza del laird hacia atrás, dejando al descubierto su garganta.

"Soy la maldición de Ironcross, hermana. Soy la mano de Dios. Ahora dame la copa y la daga, y limpiaremos, una vez más, los pecados del Castillo de Ironcross. Dame la copa, Margaret".

Gavin sacudió la cabeza para zafarse del agarre del mayordomo cuando Margaret atacó a Allan. Con la velocidad de un rayo, la daga que llevaba en la mano atravesó el aire, apuñalando a Allan en el pecho. "Ki...Wi...yu...ki...Wi...ki...ki..."

Aturdido por el ataque, el mayordomo se quedó mirando la hoja y la empuñadura del cuchillo que sobresalía de su pecho, y luego a su hermana, que seguía gritando con palabras entrecortadas y llorando mientras retrocedía vacilante alejándose de él.

El movimiento de Gavin fue rápido. Dejándose caer a un lado, barrió los pies del mayordomo

con sus propias piernas atadas, y Allan cayó como una piedra sobre la losa. Gavin estaba sobre él antes de que el hombre pudiera moverse, utilizando su hombro para clavarle profundamente la daga en el corazón.

Mientras el laird mantenía todo su peso sobre el hombre, los únicos sonidos que se oían en la caverna eran los últimos gorgoteos del mayordomo y el eco suave y susurrante de un viento apacible.

Joanna se sacudió las manos que la sujetaban y corrió a su lado. Arrancó la daga de su cinturón y cortó las cuerdas que le ataban los tobillos y las muñecas. Gavin se apartó del mayordomo muerto, pero ni siquiera tuvo oportunidad de ponerse en pie antes de que Joanna se arrojara a sus brazos.

"Creí que iba a perderte", sollozó, incapaz de contener nada. "Estaba segura de que éste era el final".

Sus brazos la apretaron ferozmente contra su pecho. "Te quiero, Joanna". La meció entre sus brazos. "Ya ha terminado".

Su voz seguía tensa, y ella se apartó rápidamente, comprobando si presentaba signos de lesión. Su rostro estaba pálido, pero antes de que ella pudiera abrir la boca para expresar su preocupación, él la silenció con un beso. Y allí, en el silencio de la caverna, los dos se aferraron el uno al otro, saboreando aquel sencillo acto de amor.

Un momento después, Joanna ayudó a Gavin a ponerse en pie. Aparte del corte en la cara, no parecía herido, pero aún parecía débil. Sin embargo, no permitió que se preocupara por él, y juntos se dirigieron hacia Mater.

El grupo de mujeres se había apartado de la losa de piedra, y la anciana abadesa permanecía en el centro de ellas, con el brazo alrededor de Margaret. Cuando el grupo se separó, dejando que Joanna y Gavin entraran en su seno, la joven vio que los ojos de Mater se alzaban y se encontraban con la mirada del laird.

"Sabes que no tenemos nada que ver con esto".

"Lo sé", respondió Gavin. "Tu hermano, al parecer, tenía su propio ritual".

"De niños, nos hablaron de la maldición de Ironcross", empezó Mater. "Aprendimos las historias de las mujeres. Las historias de sus muertes, y también de las muertes de los señores. Pero nunca se dijo nada de que nuestro padre o nuestros nietos fueran en modo alguno responsables de nada de aquello". La anciana negó rotundamente con la cabeza. "Eran los mayordomos, es cierto. Pero no puedo creer que fueran asesinos".

"Te creo", asintió Gavin. "Después del trato que Duncan te dio, debió de ser fácil para Allan imaginar el pasado tal y como él lo deseaba".

La cabeza de Margaret descansaba ahora sobre el hombro de Mater, y la anciana soportó su peso, pasando una mano suave por el pelo de la llorosa. "Debería haberlo visto, sin embargo, en el pasado. Todas aquellas muertes... todos los supuestos accidentes. Y no eran sólo los lairds. Ahora muchas cosas tienen sentido. Quienquiera que le ofendiera, o le desafiara, todos parecían desvanecerse. Debería haberlo sabido".

"Fue Allan quien asustó al cura para que huyera". Gavin asintió. "Y mató al padre William cuando los encontró volviendo a Ironcross".

Margaret levantó lentamente la cabeza y sus ojos volvieron a lagrimear al mirar los de Mater. "Al...ki...Wi", asintió.

"En la mente de Allan, sus hermanas eran tan sagradas como los santos". Mater miró a la frágil mujer que tenía en brazos. "Fue la razón por la que nunca permitió que Margaret se casara cuando era mucho más joven. El asesinato del sacerdote tuvo más que ver con que William la tocara que con cualquier otra cosa. En el pensamiento de Allan, supongo, ése era un crimen que sólo podía castigarse con la muerte".

"H...ki...va..."

"También mató a David", repitió Gavin, mirando atentamente a Margaret. "Athol hizo que el mozo de cuadra vigilara este lago cuando vio las posesiones de Joanna desperdigadas, pero nadie volvió a ver al joven". Señaló con la cabeza a la mujer muda. "Pero parece que Margaret pudo presenciar el asesinato".

La muda asintió lentamente antes de volver a apoyar la cabeza en el hombro de su hermana.

"En aquella luna llena, la noche en que tus padres se perdieron en el incendio...". los ojos de Mater se posaron en Joanna, "ésa fue la primera vez que percibí que algo grave ocurría en mi hermano. Estaba inquieto, y a la vez jubiloso, y sin ninguna razón que pudiéramos ver. Fue su comportamiento antes de la reunión lo que me hizo volver para hablar con él después. Pero cuando subí a los pasadizos bajo el castillo, el ala sur ya estaba en llamas".

"Supongo que recorría los mismos caminos que tú", susurró Joanna, mirando fijamente a Mater. "Pero debí de desmayarme en los pasadizos del ala sur".

"El humo era lo suficientemente denso como para matar".

Joanna y Gavin la miraron fijamente.

"Fuiste tú, Mater", susurró Joanna. "Fuiste tú quien me salvó del fuego. Así fue como supiste de mis manos quemadas".

Mater se detuvo un momento y luego sonrió sombríamente. "Sí, Joanna. Te traje aquí con la esperanza de que estuvieras a salvo. Volví a la Vieja Fortaleza, pero no pude encontrar a Allan. Todos los demás parecían estar haciendo lo que podían para apagar el fuego, así que volví contigo. Pero cuando regresé con los demás al lago, ya te habías ido. Luego, cuando no acudiste a mí, cuando decidiste mantener en secreto tu existencia, temí que sospecharas de nosotros. Supe que debía dejarte para que descubrieras la verdad por ti misma".

"Podría haber muerto en aquellos pasadizos. Pero me salvaste la vida, incluso después de todo lo que te hizo Duncan. Todo esto proviene de la crueldad de mis parientes". insistió Joanna. "Si no fuera por el terrible pecado contra ti, y que Allan lo viera..."

"No", interrumpió Mater. "Mi hermano habría encontrado otra razón. Ahora todo está mucho más claro, querida. Incluso de niño, antes de presenciar el acto de Duncan, estaba demasiado consumido por el pasado. Parece que es un rasgo familiar". La anciana miró el cuerpo inmóvil sobre la losa. "Sus actos, sus costumbres, deberían habernos advertido hace tiempo. Mientras nosotros nos conformábamos con sacrificar un faisán gallo en luna llena, él quería matar una docena de ovejas. Ahora sé que en realidad quería ser el sumo sacerdote -como en la antigua religión-, el asesino que derrama sangre".

Joanna contempló al mayordomo muerto, su propia sangre goteando sobre la losa de roca.

"Estábamos ciegos". Mater apartó la mirada.

"¿Qué quieres que se haga con él?" preguntó Gavin, estrechando a Joanna contra su costado.

"Es... era mi hermano, y lloraré por él. Rezaré por su alma. Pero no puedo olvidar que sus acciones han manchado para siempre la memoria pura de nuestras hermanas. Casi destruyó todo lo que durante tanto tiempo nos hemos esforzado por recordar... la promesa del Poder curativo".

Joanna sintió la presión de la mano de Gavin y levantó la vista para mirarle a los ojos oscuros. El mensaje era silencioso, y ella aceptó.

La joven se apartó de su lado y se acercó a Mater.

"Mater", susurró, atrayendo en silencio la mirada de la anciana hacia la suya. "La noticia de las acciones de Allan, de sus vínculos con las mujeres de la abadía, no tiene por qué salir nunca de este lugar. Habéis hecho demasiado durante demasiado tiempo para permitir que la caída de un hombre rompa el vínculo que une a tantos". Joanna enlazó suavemente sus manos con los nudosos huesos de Mater. "¿Por qué no lo dejas con nosotros? Le enterraremos en el kirkyard y nos ocuparemos de todo lo que haya que hacer aquí".

Pasó un largo rato antes de que Mater asintiera con la cabeza. "¿Vendrás a vernos?", preguntó, mirando profundamente a los ojos de Joanna.

"Lo haré, y llevaré a mi marido conmigo".

Los ojos de Mater brillaron al mirar con aprobación al gigante de las Tierras Bajas. "Sí, nos lo traerás. Y le daremos la bienvenida como nuestro laird".

Cuando la anciana y su hermana se volvieron para marcharse, Joanna retrocedió junto a Gavin, cogiéndole las manos entre las suyas. En fila india, el resto de las mujeres siguieron a su líder fuera del lago de la caverna. La cocinera Gibby, sin embargo, se movió de su sitio y se detuvo ante los dos.

"Debería haber sabido que Allan no tramaba nada bueno cuando vino él mismo a buscar tu bandeja este mediodía".

"Y todo el tiempo pensé que era tu cocina la que me dejaba tan mal".

La corpulenta mujer se sonrojó.

Gavin sonrió. "Pensé que tenía que ser algo así. Pero lo que sea que haya añadido a mi comida no tenía intención de matarme, puesto que ya empiezo a sentir mis entrañas".

La mujer asintió en señal de aprobación. "Recupérate, laird, y te prepararé una comida que nunca olvidarás".

"Sí, te tomo la palabra", dijo él mientras ella se unía al final de la fila de mujeres.

Joanna los observó hasta que todos se marcharon y sólo quedaron Gavin y ella.

"Podría matarte, Gavin Kerr, con mis propias manos", estalló Joanna en cuanto se quedaron a solas. "¡De tanta obstinación! Nunca he visto a nadie más obstinado que tú. Maldita sea, ni siquiera eres un Highlander. ¿Qué creías que hacías viniendo aquí sola?".

"¿Sola? Por todos los diablos!" Gavin le agarró la mano con fuerza entre las suyas y empezó a tirar de ella en la dirección que Allan le había llevado.

"¿Adónde me lleváis?", preguntó ella, cogiendo la antorcha que se le había caído al mayordomo. "¿Y qué vas a hacer con ese cadáver?".

"Estoy seguro de que mis tres mejores guerreros estarán encantados de bajar más tarde y subirlo para darle un entierro adecuado. Pero por ahora, mi amor, no podemos quedarnos aquí".

Joanna empezó a correr para seguir sus zancadas cada vez más largas. Mientras se apresuraban por los pasadizos, ella tiró de su mano, frenándole un poco. "Gavin, ¿sospechabas de Allan?"

"Sí, desde la primera vez que me llevó al ala sur y se aseguró de que entrara en la cámara con el suelo en mal estado. Colocó algunas cosas de valor, algunos libros, donde yo no podía evitar verlos. No era el único del que sospechaba, pero pronto vi que siempre estaba ausente cuando atentaban contra mi vida. Entonces, después de que se cortara el puente en la Puerta del Infierno, supe que no podía ser Athol, y supe que quienquiera que fuera tenía que ser lo bastante fuerte como para casi sacudirnos de aquellas cuerdas."

"¿Entonces por qué no le detuviste?"

"Había demasiadas cosas que no sabía. Demasiadas preguntas seguían sin respuesta. Ni

siquiera podía estar segura de si Allan actuaba solo o como cómplice de Mater y sus mujeres".

Joanna tiró de su brazo, frenándole aún más.

"Entonces me alegro de que hayas esperado", dijo inocentemente. "Habría sido horrible hacerles responsables de un crimen que no cometieron". Sonrió y luego sacudió la cabeza. "Sinceramente, pensar cuánto daño podríamos haber hecho juntos, si hubiéramos estado de acuerdo además de equivocarnos".

Gavin asintió con una sombría sonrisa. "Sí. No quedaría ni un alma con vida en el Castillo de Ironcross. Los habríamos matado a todos".

Joanna se estremeció con exagerado horror y miró hacia la oscuridad que tenían delante. "¿Adónde me lleváis?"

"Pronto lo sabrás".

Agarrándola de la mano, la Lowlander se apresuró a seguir adelante. Sin embargo, en unos instantes, a medida que se acercaban a la cámara de sacrificio, sus pasos empezaron a vacilar.

"¿Qué más hay que aún no me hayas contado? Por favor, no me digas que hay más cadáveres esperándonos".

Le dedicó una rápida sonrisa cuando doblaron la última esquina. "Yo no tendría tantas esperanzas, mi amor. Sería demasiado pedir".

La figura tendida del montañés, inmóvil junto a la puerta de la cámara, hizo que Joanna soltara un grito ahogado. "¿Está muerto?"

"Si yo tuviera esa suerte", bromeó Gavin, indicándole que acercara la luz mientras hacía rodar suavemente al Highlander sobre su espalda. "No, no está muerto. John Stewart tiene un cráneo demasiado grueso para morir por un golpe tan suave en la cabeza".

"¿Un suave... golpecito?" Athol gimió, y sus párpados se agitaron antes de permanecer abiertos. "Me han partido la cabeza en dos y...".

"¡Guarra!" rió Gavin, observando más de cerca el corte que tenía el hombre en un lado de la cabeza. La sangre ya había empezado a endurecerse en el corte, y a su alrededor se estaba formando un bulto grande y atractivo. "Todo este tiempo, mientras Joanna y yo salvábamos las Tierras Altas del demonio encarnado, tú estabas aquí arriba echándote una siesta. ¿Qué ha pasado con lo de guardarme las espaldas?"

"¿Queréis impedir que la habitación dé vueltas?". Athol los miró a los dos con los ojos entrecerrados. "¿Te pasa algo en la espalda?"

"¿Se suponía que tenías que estar aquí abajo por si había problemas?" preguntó Gavin.

"¿Problemas? ¿Qué problemas?", preguntó el montañés, abriendo más un ojo. "¿Hay problemas?"

Gavin miró a Joanna a la cara y sonrió. "Por fin se han escuchado mis plegarias. Creo que, con este último golpe, el buen conde se ha convertido realmente en un idiota, amor mío".

"Herido o no, perro villano, no consentiré que ningún Lowlander me llame '*mi amor*'", intentó gritar Athol antes de hacer una mueca de dolor y terminar con un susurro. "Por Sus Heridas, tengo una reputación que considerar, ya sabes".

Epílogo

Junio de 1528

UNA SUAVE brisa jugaba contra los pilares de la nueva iglesia abacial mientras un silencio se apoderaba de la reunión de mujeres.

La luz de la luna llena entraba por las altas ventanas laterales del altar y bendecía a las tres personas y al niño con un suave resplandor azulado.

Sintiendo el contacto tranquilizador de la mano de su marido sobre su hombro, Juana extendió la mano y depositó a su hijo dormido en las manos extendidas de Mater. Los ojos grises de la abadesa brillaron de afecto al contemplar el rostro redondo del niño dormido.

Aquella mañana, Joanna y Gavin habían presenciado el bautizo de su hijo en la pila de la capilla del castillo de Ironcross. Para su gran alegría, incluso Lady MacInnes había hecho el largo viaje hacia el norte. Aunque frágil por el avance de la edad, la abuela de Joanna había dejado a un lado sus temores y sus amargos recuerdos del pasado, y había aceptado la oferta de Elizabeth y Ambrose Macpherson de acompañarla en este viaje. Más que nada en el mundo, había deseado estar aquí con su nieta y presenciar el bautizo de su bisnieto.

Y esta noche, Joanna y Gavin habían traído a su hijo en medio de su pueblo para esta segunda bendición. La nueva iglesia había surgido de las cenizas de la antigua con la ayuda del laird de Ironcross y su esposa. Éste era ahora el pueblo de Gavin Kerr, y sería un lugar de paz para las mujeres de la abadía, así como para todos los demás que regresaban a las tierras y pueblos que rodeaban el castillo de Ironcross.

Al apartar los ojos del rostro querúbico de su hijo, Joanna levantó la vista y descubrió a su marido mirándola amorosamente. Su corazón se hinchó con todo lo que sentía por él. La había sacado de una vida sin futuro y la había calentado con los rayos del sol. Sabía que las llamas del amor ardían en su interior. La apreciaba más que a nadie. Y le había hecho creer en el poder de la vida.

"Hermanas... y hermanos", gritó Mater, sacando a Joanna de su ensoñación.

"¡Para la bendición de este niño, invocamos al Poder!"

La congregación respondió al unísono "Mater, invocamos al Poder".

"Por la paz sanadora que este hijo nuestro traerá a nuestra tierra, ¡invocamos al Poder!"

Cuando la cálida brisa entró por la puerta abierta, Gavin y Joanna volvieron la mirada hacia el bebé dormido en brazos de Mater.

"¡Invocamos al Poder!"

No te pierdas [El soñador](#), donde el conde de Athol encuentra a su propia pareja romántica.

Gracias por dedicar tu tiempo a leer *Fuego*. Si te ha gustado, por favor, díselo a tus amigos o publica una breve reseña. El boca a boca es el mejor amigo de un autor... y se agradece mucho.

Y no dejes de buscar la aventura romántica del Conde de Athol en *El Soñador*, Libro 1 de la Trilogía del Tesoro de las Highlands.

Cada una de las hermanas Percy tiene una pista sobre el tesoro de su familia, y la llave del corazón de tres guerreros de las Highlands...

Cuando su difunto padre fue tachado de traidor al rey, Catherine Percy encontró refugio en Escocia. Pero un error de identidad la puso en una situación comprometida con el conde de las Highlands que había jurado protegerla. Casarse con él salvó su reputación, pero nada pudo salvarla de la pasión que doblegó su cuerpo a su voluntad y destrozó su última defensa...

Nota del autor

A diferencia de nuestras obras anteriores, en las que hemos intentado combinar la historia y la política del siglo XVI con historias de amor y pasión, *Flame* es algo un poco distinto. Esta novela representa nuestro esfuerzo por llevar a nuestros lectores una historia oscura y ricamente romántica, pero con un aire de los antiguos castillos encantados de Escocia, lugares con nombres como Fyvie, Cawdor y Lochidorb.

Hay maldiciones que trascienden el tiempo. Hay fantasmas que perduran a través de los siglos.

Y nos complace admitir que este libro se escribió en respuesta a las muchas cartas que recibimos tras presentar a Gavin Kerr en *Corazón de Oro*. A las almas bondadosas que nos escribisteis pidiéndonos la historia de Gavin, gracias. Esperamos que no os hayáis sentido decepcionados.

Como muchos de vosotros sabéis, desde nuestra primera historia, hemos creado un vasto mundo interconectado de historias que abarcan siglos. Si te interesan las historias que han crecido orgánicamente a lo largo de los años, echa un vistazo a la siguiente lista:

Una boda de verano: la precuela de todos los cuentos de la serie Macpherson. Alexander Macpherson, el patriarca de la familia, encuentra a su pareja en Elizabeth Hay.

El Cardo y la Rosa - Mientras aún perdura el humo de la batalla del Campo de Flodden, se presentan Colin Campbell y Celia Muir, una mujer-guerrera que tiene en sus manos el destino de Escocia. Esta historia está en la lista de "Los mejores romances históricos de todos los tiempos". *El Cardo y la Rosa* presenta a Alec Macpherson, hijo mayor de Alexander y Elizabeth.

Ángel de Skye - Alec Macpherson ha servido al rey Jaime con su espada. Ahora daría hasta su alma por proteger a Fiona Drummond del pasado que la persigue y de la intriga que podría cambiar el futuro de Escocia.

Corazón de Oro - Ambrose, el hermano menor de Alec, segundo hijo de la familia Macpherson, siente un ardiente deseo por Isabel Bolena, la exquisita hija natural de un diplomático inglés. Pero el odiado rey inglés también la desea, y no se detendrá ante nada para tenerla. Ambrose fue presentado en *Ángel de Skye*.

La Belleza de la Niebla - A John, el hermano menor de los Macpherson, le han encargado que traiga a casa a la prometida de su joven rey, pero en el camino rescata a la misteriosa María, a la deriva en el mar.

Los Prometidos - Malcolm MacLeod, pupilo de Alec Macpherson en *Ángel de Skye*, y Jaime Macpherson, hija de María Bolena (*Corazón de Oro*), tienen que encontrar el camino de vuelta a Escocia desde las mazmorras del rey Tudor.

Fuego - Gavin Kerr, introducido en *Corazón de Oro*, descubre que el castillo que le han adjudicado encierra más de lo que espera: el "fantasma" de la anterior propietaria, Joanna MacInnes, que recorre las torres quemadas y los pasadizos secretos.

Tess y el Highlander (Finalista del Premio RITA©) - Colin Macpherson, el hijo menor de Alec y Fiona (*Ángel de Skye*), llega a una remota isla de la costa de Escocia, donde encuentra a una joven solitaria, Tess Lindsay.

Trilogía del Tesoro de las Highlands:

La Soñadora - Cuando su difunto padre fue tachado de traidor al rey, Catherine Percy encuentra refugio en Escocia. Pero un caso de confusión de identidad la pone en una situación comprometida con John Stewart, el conde de Athol (*Fuego*).

La Encantadora - La sensata Laura Percy (la segunda hermana de los Percy) se refugia en las Tierras Altas, pero cuando es secuestrada por William Ross, el temible Laird de Blackfearn, todos sus planes bien hechos se desbaratan.

La Firestarter - Adrienne Percy (la menor de las hermanas Percy) está escondida en las Islas Occidentales, a salvo de los enemigos de su familia, hasta que sus hermanas envían a Wyntoun MacLean para que la devuelva a las Tierras Altas. Colin Campbell y Celia Muir (*El Cardo y la Rosa*) hacen su aparición en este emocionante final de trilogía.

La Trilogía de la Reliquia Escocesa:

El Problema de los Highlanders - Alexander y James Macpherson, los dos hijos mayores de Alec y Fiona (*Ángel de Skye*), se encuentran con más problemas de los que esperaban. Alexander quiere recuperar a su novia fugitiva, pero un secreto mortal del pasado de Kenna Mackay ha salido a la luz y un villano despiadado se está acercando.

Domar al Highlander (Finalista del Premio RITA©) - Innes Munro tiene la capacidad de leer el pasado de una persona con sólo tocarla. Conall Sinclair, el conde de Caithness, lleva cicatrices cortesía de los captores ingleses. Ambos se resisten a dejar que el otro se acerque, pero ninguno puede negar su creciente atracción.

Tempestad en las Highlands - Miranda MacDonnell naufraga en la mítica Isla de los Muertos con el notorio corsario Halcón Negro. Alexander Macpherson y Kenna Mackay (*El Problema de los Highlanders*) desempeñan un papel importante, y Gillie el Hada (*The Firestarter*) aparece en la novela mientras busca a su familia perdida.

Amor y Caos - Una divertidísima adaptación medieval de *Arsénico y Encaje Antiguo*, ambientada en parte en las Islas Occidentales, con la aparición de Alec y Fiona (*Ángel de Skye*).

Si te ha gustado *Fuego*, por favor, deja una reseña. No olvides [suscribirte para recibir noticias y actualizaciones](#) y seguimos en BookBub.

Otras Obras de May McGoldrick

NOVELS BY MAY McGOLDRICK

16th Century Highlander Novels

[A Midsummer Wedding \(novella\)](#)

[The Thistle and the Rose](#)

Macpherson Brothers Trilogy

[Angel of Skye \(Book 1\)](#)

[Heart of Gold \(Book 2\)](#)

[Beauty of the Mist \(Book 3\)](#)

[Macpherson Trilogy \(Box Set\)](#)

[The Intended](#)

[Flame](#)

[Tess and the Highlander](#)

Highland Treasure Trilogy

[The Dreamer \(Book 1\)](#)

[The Enchantress \(Book 2\)](#)

[The Firebrand \(Book 3\)](#)

[Highland Treasure Trilogy Box Set](#)

Scottish Relic Trilogy

[Much Ado About Highlanders \(Book 1\)](#)

[Taming the Highlander \(Book 2\)](#)

[Tempest in the Highlands \(Book 3\)](#)

[Scottish Relic Trilogy Box Set](#)

[Love and Mayhem](#)

18th Century Novels

Secret Vows

[The Promise \(Pennington Family\)](#)

[The Rebel](#)

[Secret Vows Box Set](#)

Scottish Dream Trilogy (Pennington Family)

[Borrowed Dreams \(Book 1\)](#)

[Captured Dreams \(Book 2\)](#)

[Dreams of Destiny \(Book 3\)](#)

[Scottish Dream Trilogy Box Set](#)

Regency and 19th Century Novels

Pennington Regency-Era Series

[Romancing the Scot](#)

[It Happened in the Highlands](#)

[Sweet Home Highland Christmas](#) (*novella*)

[Sleepless in Scotland](#)

[Dearest Millie](#) (*novella*)

[How to Ditch a Duke](#) (*novella*)

[A Prince in the Pantry](#) (*novella*)

Royal Highlander Series

[Highland Crown](#)

[Highland Jewel](#)

[Highland Sword](#)

[Ghost of the Thames](#)

Contemporary Romance & Fantasy

[Jane Austen CANNOT Marry](#)

[Erase Me](#)

[Tropical Kiss](#)

[Aquarian](#)

[Thanksgiving in Connecticut](#)

[Made in Heaven](#)

NONFICTION

[Marriage of Minds: Collaborative Writing](#)

[Step Write Up: Writing Exercises for 21st Century](#)

NOVELS BY JAN COFFEY

Romantic Suspense & Mystery

[Trust Me Once](#)

[Twice Burned](#)

[Triple Threat](#)

[Fourth Victim](#)

[Five in a Row](#)

[Silent Waters](#)

[Cross Wired](#)

[The Janus Effect](#)

[The Puppet Master](#)

[Blind Eye](#)

[Road Kill](#)

[Mercy](#) (novella)

[When the Mirror Cracks](#)

[Omid's Shadow](#)

[Erase Me](#)

NOVELS BY NIK JAMES

Caleb Marlowe Westerns

[High Country Justice](#)

[Bullets and Silver](#)

[The Winter Road](#)

[Silver Trail Christmas](#)

Sobre el autor

Nikoo y Jim McGoldrick, autores superventas del *USA Today*, han escrito más de cincuenta novelas trepidantes y llenas de conflictos, además de dos obras de no ficción, bajo los seudónimos de May McGoldrick, Jan Coffey y Nik James.



Estas populares y prolíficas autoras escriben novelas románticas históricas, de suspense, misterio, westerns históricos y novelas juveniles. Han sido finalistas del Premio Rita en cuatro ocasiones y han recibido numerosos galardones por sus obras, como el Premio Daphne DuMaurier a la Excelencia, el Medallón Will Rogers, el Premio de la *Revista Romantic Times*, tres Premios Golden Leaf de la NJRW, dos Medallones Holt y el Premio del Club de Prensa de Connecticut a la Mejor Ficción. Su obra forma parte de la colección Popular Culture Library del Museo Nacional de Escocia.